HISTORIAS Y GEOGRAFÍAS 

EL MACIZO BOLIVIANO y
El factor geográfico en la nacionalidad boliviana

Jaime Mendoza

Ignacio Mendoza | Estudio introductorio

El Macizo Boliviano
y
El factor geográfico en la nacionalidad boliviana

El Macizo Boliviano

y

El factor geográfico en la nacionalidad boliviana

Jaime Mendoza







Mendoza, Jaime
El factor geográfico en la nacionalidad boliviana
1ª edición, Sucre: Imprenta Bolívar, 1925
2ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016
El Macizo Boliviano
1ª edición, La Paz: Arnó Hnos., 1935
2ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016
320 p.; 23 x 15 cm
ISBN (TAPA DURA): 978-99974-62-01-5
ISBN (TAPA RÚSTICA): 978-99974-62-00-8

Diseño de colección: Pilar Montesinos, Rubén Salinas, Sergio Vega Camacho
y José Manuel Zuleta
Ilustración de tapa: óleo de Enrique Arnal
Edición al cuidado de Plural editores y BBB

Calle Ayacucho Nº 308
La Paz, Bolivia
(591 2) 2142000
Casilla Nº 7056, Correo Central, La Paz

Primera edición en esta colección: julio de 2016

3.000 ejemplares

Edición tapa dura:
DL: 4-1-214-16 P.O.
ISBN: 978-99974-62-01-5

Edición tapa rústica:
DL: 4-1-202-16 P.O.
ISBN: 978-99974-62-00-8

Imprenta: Plural editores
Impreso en Bolivia



Índice

El Macizo Boliviano

[1935]

Apéndices

Presentación

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Álvaro García Linera

Uno de los principales problemas en la formación educativa de los estudiantes tanto de nivel secundario como universitario es, por decirlo de alguna manera, su relacionamiento conflictivo con los libros; es decir, la dificultad que tienen para apropiarse de la información y el conocimiento universal depositado en el soporte material de los textos impresos.

A lo largo de mi trabajo académico universitario, he podido detectar diversos componentes de esta relación conflictiva. Uno de ellos, el débil hábito de la lectura o, en otras palabras, el rechazo, la negativa o resistencia del estudiante para dedicarle tiempo, esfuerzo, horas y disciplina a su acercamiento con el conocimiento, de manera sistemática, rigurosa y planificada. La tendencia a buscar el resumen rápido en vez de esforzarse por sumergirse en la narrativa del texto, a copiar del compañero en vez de escudriñar la estructura lógica o los detalles de la argumentación de la obra, es mayoritaria. Se trata de una ausencia de paciencia y disciplina mental, y, a la larga, de una falta de aprecio por el trabajo intelectual, que hace que el estudiante se aproxime al conocimiento universal en distintas áreas –ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias sociales– de una manera superficial, mediocre y poco rigurosa.

Un segundo problema es la falta de comprensión de lo que se lee, la carencia de métodos para una lectura que posibilite encontrar

el núcleo argumental y sedimentar en el cerebro el conjunto de información, procedimientos y resultados que están presentes en los libros e investigaciones. Por lo general, la capacidad de comprensión –e incluso de retención– de lo leído es bajísima. Eso significa que además del ya reducido esfuerzo que el estudiante promedio despliega en la lectura, gran parte del mismo resulta inútil porque ni siquiera consigue aprehender el núcleo argumental de lo planteado o escrito por el autor.

Estos son problemas estructurales que se arrastran desde la formación educativa escolar y que, por tanto, requieren de una transformación igualmente estructural de la formación educativa básica, de la disciplina educativa, de la facultad para construir lógicamente los conceptos y de la inculcación de hábitos duraderos de investigación y métodos de estudio.

Otro problema que también se presenta en la formación educativa de los colegiales y, en particular, de los universitarios, tiene que ver con el acceso a la información y documentación, y a la disponibilidad de las publicaciones a fin de poder acceder a los conocimientos que nos brindan.

Ciertamente existen libros útiles y libros irrelevantes. Sin embargo, no cabe duda de que el texto escrito –ya sea bajo el soporte material de impresión (libro impreso) o de información digitalizada (libro digital)– representa, en la actualidad, el lugar fundamental de preservación del conocimiento que los seres humanos han sido capaces de producir en los últimos cinco mil años de vida social. En todo caso, esto no niega la presencia de otros soportes de información como el que se encuentra, por ejemplo, en el cuerpo, en la experiencia; mas, aun así, la única manera de universalizar y socializar ese conocimiento e información sigue siendo el texto escrito: el libro.

El conocimiento, en calidad de bien común universal y no únicamente como sabiduría local, tiene su base material en los libros; desafortunadamente, el acceso a ellos no es siempre universal. Por ejemplo, en nuestro país, dado que generalmente los textos de mayor referencia en el campo académico son de edición extranjera, gran parte de ellos tienen costos elevados o son de difícil acceso para los estudiantes. Adicionalmente, nuestras bibliotecas poseen obras editadas décadas atrás y, muy excepcionalmente, de relevancia para la formación académica. Por otro lado, nuestras librerías

presentan una limitada disponibilidad de obras producidas en el extranjero (no más de 20 ejemplares por cada título), cuyos únicos destinatarios se convierten en un grupo de expertos; mientras que, en el caso de las obras editadas en Bolivia, aquellas a las que se tiene acceso no siempre son las más adecuadas o necesarias para la formación educativa estudiantil. Entonces, las dificultades que tienen los alumnos para acceder de manera directa a las publicaciones e investigaciones más relevantes, recientes, sólidas y mejor elaboradas, que les permitan potenciar su formación académica en las diferentes áreas de estudio, son notorias.

Con tristeza he podido atestiguar, en la universidad, que parte de la autoridad académica de algunos profesores, lejos de sostenerse en su capacidad intelectual o didáctica –y mucho menos en su capacidad de síntesis o investigación–, se sustenta en la mezquindad o el monopolio del acceso a ciertos libros necesarios para su materia. He visto a profesores facilitar a sus alumnos simplemente algunos capítulos de una obra importante, preservando para sí el resto a fin de poder contar con un mayor conocimiento que ellos. De hecho, algunos profesores conservan su autoridad académica y su puesto no –como se podría esperar– gracias a su mayor capacidad de conocimiento e investigación, sino porque básicamente restringen o conservan el monopolio de tal o cual investigación y/o publicación, que difunden a sus estudiantes de manera selectiva (a cuenta gotas) y no en su plenitud.

¿Cómo ayudar a superar estos límites de la formación académica estudiantil y universitaria? ¿Cómo facilitar el acceso de los estudiantes a las publicaciones más importantes, de manera rápida, fácil y barata, para que coadyuven con su formación intelectual y académica? ¿Cómo inculcarles la idea de que un buen alumno no depende de su capacidad adquisitiva para la compra de determinados libros o de la buena voluntad del profesor para proporcionarle las respectivas fotocopias, sino de su formación en la construcción de esquemas lógicos, de su capacidad de análisis, síntesis e investigación, y de su capacidad de sedimentación e innovación de las investigaciones y/o aportes realizados en diferentes latitudes del país o del mundo?

Esta preocupación constituye, pues, el punto de partida del nacimiento de este destacable proyecto. Lejos de pretender la mera publicación de 200 obras relucientes para ser guardadas

en los rincones o anaqueles de algunas bibliotecas (particulares o pertenecientes a instituciones públicas o privadas), sin utilidad alguna, la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) nace con una función práctica muy clara: apoyar a ese trabajo de acercamiento profundo a la lectura por parte de estudiantes, investigadores y ciudadanía, en general, facilitándoles el acceso a las 200 publicaciones más importantes y necesarias para la comprensión de la realidad boliviana en los últimos siglos.

¿Por qué 200 libros o publicaciones? En reconocimiento a los 200 años de independencia y fundación de Bolivia, cuya celebración tendrá lugar el año 2025.

Nuestro deseo habría sido que ese objetivo (de acceso fácil, rápido y barato de los lectores bolivianos y bolivianas a las 200 investigaciones más importantes del país) abarcara todas las áreas de la formación académica (desde las ciencias exactas y naturales hasta las ciencias sociales), pero queda claro que, en las actuales circunstancias, esto resulta imposible.

Por ello, el trabajo de selección tuvo que enmarcarse a un conjunto de estudios referidos a Bolivia a lo largo de los últimos 400 o 500 años que, en su mayoría, abarcan la historia social, económica y política boliviana, aunque también se orientan al campo de la literatura, la cultura y las artes, entre otras áreas.

Se trata de textos –muchos de ellos de difícil acceso– publicados años atrás, pero nunca más reeditados; o publicados en otras partes del mundo, pero de difícil acceso para el estudiante; o publicados recientemente, pero con costos elevados y excluyentes. Nuestra tarea consistió en juntarlos e incorporarlos en una biblioteca a la que estudiosos e investigadores del país entero, pero, en particular, jóvenes escolares, colegiales y universitarios, puedan acceder de manera sencilla.

Para llevar adelante el proyecto con éxito, se tomó la decisión de reunir a importantes –si no es que a los mejores– investigadores y estudiosos de las distintas áreas de las ciencias sociales, artes y letras para que, en un largo debate conjunto, ordenado a través de comisiones temáticas, fueran seleccionando, a partir de los cientos de títulos disponibles, esos 200 más importantes para la comprensión de la historia de nuestro país.

Para nosotros fue determinante el hecho de que este proceso de selección sea realizado con la mayor pluralidad posible. Por ello,

los más de 30 notables estudiosos de la realidad boliviana (la mayor parte de ellos residentes en territorio nacional y otros en el extranjero) invitados a conformar el Comité Editorial de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, trabajaron en base a un amplio catálogo (que superó los mil títulos) elaborado gracias a sus sugerencias, las de decenas de especialistas invitados y la participación directa de la ciudadanía a través de la web del proyecto, en la selección final de las obras.

Este gran esfuerzo colectivo y estatal por brindar a la juventud estudiosa un material de calidad y decisivo para la comprensión de la formación de la sociedad, el Estado, la economía y la estructura social boliviana, en los últimos siglos, queda sintetizado en las siguientes cuatro colecciones que engloban las 200 obras seleccionadas: 1) Historias y Geografías (69 textos), 2) Letras y Artes (72 textos), 3) Sociedades (49 textos) y 4) Diccionarios y compendios (10 textos).

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia no habría sido posible sin la participación comprometida de todas las personas que apoyaron a su realización. Un agradecimiento especial al Director del Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia (CIS), Amaru Villanueva; a la Coordinadora Académica del CIS, Ximena Soruco Sologuren; al equipo de la Coordinación General del Proyecto; y, por supuesto, a todos los miembros del Comité Editorial que trabajaron de manera gratuita en largas y apasionantes reuniones durante más de seis meses, en procura de seleccionar esas 200 obras imprescindibles para la comprensión de la historia de nuestro país. Nuestros mayores reconocimientos para: Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells, Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval, Juan Carlos Fernández, José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Jürgen Riester, Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert, Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monrroy, Roberto Choque, Rubén Vargas, Verónica Cereceda y Xavier Albó.

Es indudable que toda formación pasa por el tamiz de la lectura, estudio y abordaje del conocimiento depositado en los libros. Y la BBB ha sido justamente imaginada como una herramienta de estudio y de formación.

Nuestro mayor deseo es que estos 200 libros no se queden intactos y sin uso en el rincón de alguna biblioteca, sino que sean leídos, debatidos y comentados por estudiantes e investigadores, que sumergiéndose en el contenido de sus líneas y páginas (marcándolas, subrayándolas, tomando o haciendo notas en sus bordes), las puedan procesar, utilizar y transformar.

Si en los siguientes meses o años vemos a los jóvenes estudiantes agarrando una obra del Bicentenario en la mano, debatiendo o reflexionando acerca de tal o cual idea o tal o cual capítulo; entonces, el objetivo y la misión de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia se habrá cumplido: ayudar a la formación de una nueva generación de estudiantes con una mejor capacidad intelectiva, de estudio, análisis e investigación en el ámbito de la realidad social boliviana.

Estudio introductorio

El pensamiento geoestratégico de Jaime Mendoza

Ignacio Mendoza Pizarro*

Me dice usted: "En todo eso ¿Dónde está la geografía?".
Mi querido amigo: la geografía está en todas partes y en ninguna.
Exactamente como la historia del arte. Exactamente como el derecho.
Exactamente como la moral. Exactamente como… No sigo.
¿Por qué? Porque no hago una Encyclopédie des sciences.

Lucien Febvre, *Combates por la historia*

Jaime Mendoza, personalidad multifacética cuya memoria debe recuperarse por las presentes generaciones, nació el 25 de julio de 1874 en Sucre.[1] Transcurrió su infancia en la hacienda familiar de Yanani. Durante sus estudios de medicina cultivó asiduamente la poesía, la composición musical y escribió sus primeras novelas. El ambiente universitario de la capital fue pintado por Mendoza en la novela breve *Los estudiantes*, en 1907, acerca de los últimos años de la Colonia.

Se desatacó por su labor como médico de soldados y trabajadores de la goma (siringueros) en la Campaña del Acre, transmitió luego sus experiencias en su novela *Páginas bárbaras*, que retrata el paisaje y los nativos del noroeste boliviano. Desde ahí retornó al centro minero de Llallagua, como él dijo, "a seguir trabajando entre

* Abogado y sociólogo. Nieto de Jaime Mendoza. Catedrático de la Universidad Andina Simón Bolívar y del Postgrado en Ciencias del Desarrollo (CIDES) de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Fue docente de Sociología boliviana e Historia crítica de Bolivia en la Universidad San Francisco Xavier (USFX).

1 Esta parte está basada principalmente en Vargas (2003), Larson (1997), Gunnar Mendoza (1966 y 2005) y Martha Mendoza (1974).

seres anónimos y desheredados", ratificando su compromiso social con la tierra y la gente con las cuales inició su carrera en 1905.

Durante más de diez años, Mendoza desplegó su quehacer entre los mineros, fundando los primeros hospitales y escuelas, sociedades, mutuales de trabajadores, de beneficencia y de deporte. Promovió además el establecimiento de centros de protección para desvalidos, mujeres y niños. Y escribió artículos periodísticos en defensa de los mismos.

El prestigio literario de Jaime Mendoza se manifestó en 1911 con la publicación de un intenso cuadro de la vida de los trabajadores del subsuelo: la novela *En las tierras del Potosí*. En razón de ella, el poeta nicaragüense Rubén Darío llamó a Mendoza "el Gorki americano", consagrándolo a nivel internacional.

Hacia 1915, por la Primera Guerra Mundial, Mendoza, junto a sus familiares, volvió a Sucre a impartir la cátedra universitaria en San Francisco Xavier, donde enseñó patología interna, pediatría, psiquiatría y medicina legal. De ese periodo datan varios de sus trabajos científicos sobre temas médicos. En el campo del periodismo, la actividad de Mendoza se prolongó desde 1912 hasta su muerte. Fundó en Sucre los periódicos *Nuevas Rutas* y *La República*, y colaboró activamente en *La Mañana*, *La Capital*, *La Industria*, *La Prensa*, *La Tribuna*, *El País* y *El Tiempo.*

Su obra de solidaridad social en favor de la infancia se expresó en la fundación de la primera sala de niños en el hospital Santa Bárbara. El ensayo *El niño boliviano*, de 1928, que se refiere a los niños indios, mestizos y blancos, constituye una importante contribución sociopedagógica.

Motivo preferente de preocupación de Jaime Mendoza fueron los pueblos originarios y los obreros. Los temas sociales fueron abordados por él en diversas conferencias y artículos y significaron una continua llamada de atención a la conciencia ciudadana sobre la necesidad de implantación de la justicia social.

Aportó también a la historiografía boliviana con ensayos sobre el surgimiento del Estado boliviano y la influencia del pensamiento universitario en La Plata, hoy Sucre, en la revolución emancipadora americana.

Estudió asimismo los antecedentes sociológicos, geográficos e históricos de la emergencia de Bolivia como República independiente en variados ensayos como *El factor geográfico en la nacionalidad*

boliviana (1925) y *El Macizo Boliviano* (1935).[2] En estos trabajos, Mendoza expuso sistemáticamente su doctrina de la reintegración territorial y social.

Para el historiador y bibliógrafo Gunnar Mendoza, el ejemplo de vida de su padre constituyó una singular y permanente lección de energía, voluntad, dignidad y entrega a los demás. En muchas páginas biográficas resumió los principios fundamentales de su obra intelectual, de aquella vocación creadora, fecunda y vigorosa. Al referirse a Jaime Mendoza ofreció este retrato:

> fue hombre de ciencia en sus estudios sobre problemas sanitarios; poeta en una extensa producción lírica; novelista en relatos intensos e inolvidables; dibujante y pintor de tipos y paisajes; músico que tocaba el piano, el violín, el violonchelo, la guitarra, la mandolina, la cítara y que compuso canciones delicadas, rudas o desgarradoras; geopolítico y estadista que trazó una doctrina y un rumbo trascendentes para su Patria; escrutador del pasado, del presente y del porvenir de Bolivia; médico que combatió la miseria y el dolor de los desheredados; filántropo que fundó y ayudó a fundar y sostener hospitales, escuelas, manicomios, ligas de defensa de la niñez; deportista que escaló montañas de seis mil metros de altura y ganó medallas de oro en tiro al blanco [con] fusil a quinientos metros de distancia (Mendoza, 2005: 516-517).

El "Estatuto de la instrucción pública" de Daniel Sánchez Bustamante estableció la autonomía universitaria en 1930 como conquista que posteriormente se refrendó, a través del referendo de 1931, en el gobierno del general Carlos Blanco Galindo. Mendoza fue así el primer rector de la Universidad San Francisco Xavier como Universidad Central de Bolivia, a pedido de los estudiantes en Sucre. Al poco tiempo Mendoza resultó elegido senador por Chuquisaca y concurrió a las legislaturas de 1931 y 1936, y en el Parlamento prosiguió sus campañas sociales y camineras, que le habían costado el confinamiento en Quiabaya. Al estallar la guerra con Paraguay, la voz de Mendoza sonó discordante en medio del coro belicista: planteó la divisa de "ir a pisar fuerte en el Chaco" en sentido constructivo y participó como médico en la campaña y director de los hospitales de Macharetí y Charagua.

Van enseguida un par de anécdotas pertinentes sobre sus ideas políticas:

---

2 Se nombran, a partir de aquí, estos ensayos como *El factor* y *El Macizo.*

> Recuérdese al respecto, la conferencia que acerca del comunismo ofreció Jaime Mendoza en el teatro 3 de Febrero el 8 de mayo de 1930, con motivo de que la FUB [Federación Universitaria de Bolivia] se opuso al prorroguismo del expresidente Hernando Siles y el gobierno de éste acalló la voz del universitario colgándoles el sambenito de "comunistas" y logrando el confinamiento no sólo de universitarios sino del propio Mendoza (Ríos Quiroga, 1974: 24-25).

Recuperamos también el comentario del polémico Tristán Marof, rememorando cómo Mendoza declaró su condición de "escritor socialista":

> No lo era o lo era en realidad porque su vida íntegra fue consagrada al pueblo donde nació y sus escritos lo consagran como uno de los precursores de la verdad social, un abanderado de la justicia, aunque no hubiese teoría alguna en lo que decía, y no por eso dejaba de acertar. Luchaba él por la justicia; sus observaciones revelaban su corazón generoso (Marof, 1961: 168-169).

A su vez, Carlos Medinaceli creyó que Mendoza tuvo un sentido ético y un corazón tan bien puesto que no fue solamente un "maestro de energía y perseverancia", sino también alto ejemplo de una moralidad superior. Era en el momento, de los años treinta, "la conciencia más libre con que cuenta el país", siendo "un maestro de independencia moral desprejuiciada y humana muy superior al ambiente, muy lejos de la domesticidad social y de la hipocresía prudente que es nuestra moral en uso" (Medinaceli, 1972: 263). De vuelta a Sucre, luego de los ajetreos senatoriales, se consagró enteramente a su labor de escritor que continuó hasta su muerte, el 26 de enero de 1939. En su tumba se inscribió un epitafio que resume su legado:

Tal es mi sola ambición,
mi solo anhelo de gloria,
el vivir no en la memoria
pero sí en el corazón.

Sobre el autor y sus obras

No fueron pocos los autores que reflexionaron sobre el pensamiento de Jaime Mendoza con énfasis en su producción bibliográfica y

sociogeográfica.[3] Sin pretensiones de jerarquización subjetiva, se adopta el criterio cronológico a modo de sintetizar las ideas de los principales escritos.

El conocido ensayista chuquisaqueño, exrector de la Universidad de San Francisco Xavier, Guillermo Francovich,[4] enfatizó cómo preponderaba en Mendoza la influencia de lo telúrico sobre la nacionalidad, siendo el imperativo geográfico de El Macizo el que impuso la necesaria configuración republicana a Bolivia. Al caracterizar la corriente de pensamiento como "mística de la tierra", consignó en ella a escritores como Emeterio Villamil de Rada, Franz Tamayo, Roberto Prudencio, Humberto Palza y Fernando Díez de Medina (Francovich, 1956: 156).

Subrayando la influencia decisoria del medio geográfico y su proyección en el destino del país, Francovich sostuvo que:

> Jaime Mendoza pensaba que el Macizo Andino, de la misma manera que había actuado en la vida política de la nación, había influido en la formación del alma de sus pobladores. El paisaje moldea los espíritus como moldea los cuerpos, según él [...]. Lo fundamental en la realidad boliviana era lo indígena. El indio era para Mendoza la encarnación del propio espíritu andino (*ibid.*: 161).

Por su parte, el bibliógrafo José Roberto Arze, que realizó un importante rastreo de autores sociológicos del país, hizo hincapié en los postulados sociogeográficos de Mendoza bajo la óptica de que él planteó tres proposiciones básicas:

> 1. El macizo boliviano es la unidad geográfica sobre la que surge y se desarrolla la nacionalidad boliviana, pero esta nacionalidad nace deformada por no ocupar plenamente la base geográfica que le corresponde; 2. El porvenir de Bolivia depende de la restauración de su unidad geográfica, sobre cuya base habrá de asentarse la unidad política y moral de la nación, lo que exige, por una parte, la integración interna y, por otra, la restitución de las zonas del Pacífico que le corresponden por naturaleza; 3. Como producto del medio está el hombre, la raza indígena, la nacionalidad y a la cual podría tocarle el papel activo de hacer de Bolivia una gran nación (Arze, 1979: 2).

---

3 En la presente introducción se omiten opiniones de autores como José Antonio Arze, Valentín Abecia Baldivieso, Eduardo Ocampo Moscoso, René Zavaleta Mercado y otros, en razón de la especificidad del tema.

4 En su obra *El pensamiento boliviano en el siglo* XX (1956) reprodujo sus conceptos de *La filosofía en Bolivia* (1945).

Al confesar la dificultad de la valoración del pensamiento de Mendoza, bajo su concepción *sui generis,* este se inscribiría en la escuela del "materialismo geográfico" según caracterización del sociólogo ruso-estadounidense Pitirim A. Sorokin. Arze concluye con una polémica afirmación al respecto:

> el absolutismo geograficista de Mendoza sólo se quiebra ocasionalmente, cuando compelido por las limitaciones de dicho exclusivismo, se ve obligado a reconocer que, cuando no se obra oportunamente con arreglo a las sugestiones del medio, "nacen otras de carácter tradicional, sociológico, económico, etc." que llegan a imponerse aún en contra de las normas trazadas por aquel medio (*ibid.*: 4).

Según Arze, aquel cubre en su análisis la temática de la unidad nacional, el problema del indio, la adhesión socialista y la obra socioliteraria. Al retomar su crítica, Arze puntualizó presuntas restricciones científicas que "no le disminuyen la talla de escritor progresista, de ardoroso bolivianista, de luchador de avanzada, de optimista confiando en el futuro del país" (*ibid.*: 7).

Es probable que el investigador Juan Albarracín Millán haya sido el autor que escribió el estudio más amplio sobre el pensamiento social boliviano, desde fines del siglo XIX hasta la década de 1960. En el tercer volumen de *Sociología contemporánea de Bolivia,* serie que publicó entre 1976 y 1982,[5] y bajo el subtítulo de "Corrientes eclécticas de transición del positivismo al marxismo", Albarracín ubica a Mendoza, más que como determinista, como un avanzado pensador sociogeopolítico. Mendoza, dice Albarracín:

> desarrolla una teoría completa del papel de una base geográfica sobre la sociedad y la historia. Mendoza se propone probar de qué manera actúa la geografía del Macizo Andino sobre el destino histórico de Bolivia, tanto en sus orígenes como en su posterior cercenamiento, a través de un siglo de frustraciones que provocaron la pérdida de la mitad de la hoya del Titicaca, la pérdida subsiguiente del Litoral boliviano del Pacífico y su clausura al comercio internacional; el disgregamiento de extensos territorios bolivianos que le daban comunicación con el Amazonas y con el Plata. Sin estos territorios desarrolla una

5 La serie tiene cinco volúmenes: *Orígenes del pensamiento social contemporáneo de Bolivia*, 1976; *El gran debate. Positivismo e irracionalismo en el estudio de la sociedad boliviana,* 1978; *La sociedad opresora. Corrientes eclécticas de transición del positivismo al marxismo,* 1979; *Sociología indigenal y antropología telurista,* 1982; *Geopolítica, populismo y teoría sociotriconopanorámica,* 1982.

> teoría completa del papel de que formaban la estructura geográfica de la nación, Bolivia quedó encerrada y aislada sobre la meseta altiplánica y los contrafuertes de la Cordillera de los Andes, provocando un enorme *minus* histórico que estrecha estructuralmente su actividad económica, ahogando las aspiraciones sociales y espirituales de los bolivianos (Albarracín, 1979: 27).

Analizando la fatalidad, al haber actuado en el país supuestamente de manera "incontrastable" el papel del factor geográfico, Albarracín consideró que este:

> no consiste en la determinación de la fuerza de la geografía sobre la sociedad, en sus últimas raíces sino solo en su actividad política, esto es, sobre la composición y fuerza de sus instituciones. Las palabras de Mendoza son suficientemente expresivas de su fuerza determinante cuando escribe a este respecto: "este factor ha sido tan eficiente y decisivo, que hasta ha triunfado sobre las mismas contradicciones, sobre la vacilación, sobre el miedo de los propios elementos humanos que debían formar esta nación" (*ibid.*: 237).

Es interesante recuperar el examen de este ensayista sobre la tesis mendociana del "haceos fuertes" ante amenazas de expansión foránea, a fin de lograr que nuestra cuna geográfica sea mantenida incólume: "Para explicarla con claridad tiene que abandonar el campo geográfico e ingresar en el voluntarismo sicológico, así la fuerza vital de hombre era opuesta al derrumbe de la geografía que sostiene la existencia de la nación" (*ibid.*: 245).

En ese sentido invoca Mendoza, según señala Albarracín, que el poderío de la voluntad:

> sobre la unidad geográfica debe surgir la unidad moral como un condicionamiento necesario. La unidad nacional no tendría sentido si ella no estuviera dirigida a objetivos nacionales definidos. Mendoza concluye afirmando que la unidad nacional debe ser la fuerza que evite la caída de la nación en el error de dejar tocar la parte vital que queda en la base geográfica del país al precio caer en la destrucción total (*ibid.*: 245).

De modo gráfico, un cuasi contemporáneo de Mendoza, el ingeniero Roberto Arce, en una serie de artículos periodísticos publicados bajo el título de "El pensamiento de Jaime Mendoza y la integración nacional", logró hacer esta adecuada síntesis de la personalidad del autor:

> Los que tuvimos el privilegio de gozar de la amistad de Jaime Mendoza, admiramos en él su entereza moral, su sentido de humanismo

> y de la bolivianidad, su compenetración directa con los elementos físicos y sociales que constituyen la realidad boliviana, sus miras previsoras respecto al futuro de Bolivia. Y todas estas brillantes cualidades unidas a una gran modestia, propia de los hombres superiores llamados a ser conductores espirituales de las nuevas generaciones (Arce, 1981: 3).

Para Arce, fueron dos los aspectos que cautivaron particularmente la atención de Mendoza: el medio geográfico en que se desarrolla la nación boliviana y su influencia en el factor humano que lo habita. En su estudio, Arce comenta el pensamiento de Mendoza en temas relacionados con el factor geográfico de Bolivia y la importancia de la integración nacional: unidad geográfica y sociológica de Bolivia a través del Macizo Andino, integración de Bolivia, vías de comunicación y conflictos internacionales del país, y comunicaciones con las cuencas amazónica y platense:

> Conocedor como pocos del país, su poder extraordinario de síntesis aparece relevante en su estudio del Macizo Boliviano. Concibe dicho macizo como una unidad geográfica creadora de la nacionalidad. Vuelca luego su poder intuitivo estudiando la relación entre la tierra y la sociedad boliviana. Médico y hombre de ciencia, aborda también diferentes temas de su profesión aplicados a la población del país. Su amplio espíritu lo empuja a estudiar con gran acierto psicológico los factores humanos y sociales del pueblo de Bolivia (*ibid.*: 8).

En materia internacional, el diplomático y jurista Gustavo Medeiros, luego de un dilatado estudio de las tesis mendocianas sobre el andinismo y la política internacional de Bolivia, estableció que:

> Si bien Sánchez Bustamante no negaba en absoluto la gravitación de Bolivia sobre el Atlántico por sus dos cuencas, la reducía a mínimas proporciones en beneficio de su tesis occidentalista. Mendoza, en cambio, en su entusiasmo por la ruta atlántica llegó al punto de hacerse portavoz del famoso postulado de Reyes Cardona: "dar las espaldas al Pacífico" (Medeiros, 1939: 25).

Según Medeiros, la base sustancial de la doctrina política internacional boliviana de Jaime Mendoza constituye su tesis andinista, que en último análisis afirma la influencia del Macizo Andino Central en sus aspectos geográfico, histórico, económico, social y cultural en la formación y desarrollo de la nacionalidad

boliviana, típicamente diferenciada a través de etapas sucesivas. Esta interpretación de la historia boliviana resulta integral y sus alcances son de política interna y externa.

Como una interesante contribución en este orden, Medeiros insistió acertadamente en reconocer coincidencias y diferencias entre la postura de Sánchez Bustamante (1979) y la concepción internacional de Mendoza, asignando a la última una gran proyección, dado que implicó la búsqueda de "una justa expansión por el oriente, camino de la evolución económica y robustecimiento político". De ese modo, según Medeiros:

> La tesis internacional de Mendoza tendría una enorme ventaja sobre la de Sánchez Bustamante, pues entraña la posibilidad de abandonar momentáneamente –ya que definitivamente sería absurdo– nuestras preocupaciones sobre el Pacífico (*ibid.*: 25).

Y continúa:

> Mientras para Mendoza la base de la clasificación debía ser el concepto puramente geográfico, para Bustamante todo dependía de un simple cálculo aritmético de transporte, cálculo, por cierto, muy discutido (*ibid.*: 53).

En este contexto destacó la propuesta del internacionalista Julio Méndez (1972) sobre los "tres destinos" de Bolivia, desplegando una amplia explicación acerca de la propuesta mendociana a favor de la reintegración marítima, la política exterior, la alianza Perú-boliviana, las negociaciones postbélicas y las alternativas o tendencias para encarar la cuestión del enclaustramiento del país.

A nuestro juicio, en esa misma línea se inscribieron las conclusiones del ensayo *Las relaciones internacionales de Bolivia* del historiador Valentín Abecia Baldivieso, cuando afirmaba:

> Bolivia, ¿tierra de contactos?, indudablemente, pero ese contacto sólo pudo manifestarse cuando los bolivianos más seguros de su identidad nacional, iban a pensar en los caminos, en la integración interior y cuando los países limítrofes al necesitarse mutuamente, dejarán de mirar a Europa y Estados Unidos y comenzarán a meditar sobre la identidad sudamericana y en su propia intercomunicación (Abecia Baldivieso, 1979: 617).

La obra de Jaime Mendoza

A continuación se hace una sinopsis de las obras *El factor* y *El Macizo* en relación a la producción intelectual total del autor.[6]

Literatura

En materia narrativa, su novela *En las tierras del Potosí* (1911) pintó el paisaje y el drama de la miseria material y espiritual del minero en el área del emporio estañífero de Llallagua (Potosí) a comienzos del siglo xx. En su obra *Los malos pensamientos* (1916), un sacerdote joven e imbuido de nobles ideales se adentra en la vida de la ciudad y la aldea en Bolivia.

El paisaje pletórico y vario de la región de la goma elástica de Bolivia y el drama de los siringueros y soldados, entre los cuales figura un médico joven y disconforme que abandonó el mundo citadino, adentrándose en la selva para integrarse a una tribu de araonas, fue relatado en *Páginas bárbaras* (1917), que retrata la situación del Territorio Nacional de Colonias, hoy departamento de Pando.

Memorias de un estudiante (1918) incluyó tres novelas breves: "Una historia clínica", "Los amores de un joven cándido" y "Los estudiantes". *Los héroes anónimos* (1928) es una novela corta sobre un niño de 12 años, hijo casual de un señorito con una "sirvienta" del hogar en La Paz, que se enganchó como tambor en la banda de música de una unidad militar y participó en la campaña contra el Brasil (1903-1904) en el Acre, territorio amazónico boliviano. Por su cuento "El desertor", Mendoza fue premiado en el concurso del Círculo de Bellas Artes de La Paz, siendo su postrera producción literaria la novela *El lago enigmático* (1936).

Poesía

Tres poemarios se destacaron en la inspiración de Jaime Mendoza. Sus *Poemas* (1916), que contiene "El huérfano", dedicado a las madres, "Poema rojo. A mi patria" y "Como el viento. A los estudiantes de la Facultad de Medicina". En 1926, Mendoza obtuvo el primer premio en los Juegos Florales orureños con una expresión poética

6 Agradezco el apoyo bibliográfico y documental prestado por el archivista Gonzalo Molina para esta parte del estudio, así como para las bibliografías.

sobre la compenetración entre la tierra y el hombre, la naturaleza y la historia en Bolivia, bajo el título de "Oruro". Y poco antes de su muerte reunió lo que un día llamó "cantos serranos" en *Voces de antaño* (1938), cuyo prólogo, "Un poeta primitivo", fue suscrito (con el seudónimo de Plácido Supay) por su hijo Gunnar.

Asimismo, publicó el poema "Visión heroica" en *El Macizo Boliviano* (1935). Y como evocación lírica de la historia chuquisaqueña, "El poema de Santiago", en *Chuquisaca* (1939) y, en teatro, *Los estudiantes*, juguete dramático en tres cuadros de escenas de la vida estudiantil en Sucre, con alusión a la Guerra del Chaco, incluido en el *Homenaje a la Universidad de Chuquisaca* (1938).

Salud pública

En el ámbito médico, el autor editó su importante conferencia en el Instituto Médico Sucre acerca de "El trípode psíquico: o sea, proyecto de esquema en forma de signo escalonado para la explicación de los procesos psíquicos" (1929). También se preocupó de la salud pública escribiendo sobre "El paludismo en Bolivia" (1931), una ponencia para el Primer Congreso Médico Boliviano. He hizo conocer sus reflexiones en *Apuntes de un médico; ensayos y semblanzas* (1936), hasta su último ensayo *Notas sobre la hipocondría* (1939), para las Jornadas Neuro-psiquiátricas Panamericanas en Lima, semanas antes de su muerte en 1939. Por todos sus escritos y conferencias, se considera a Mendoza precursor de la geografía médica en Bolivia.

Ensayos históricos

En su único estudio biográfico, *Figuras del pasado. Gregorio Pacheco* (1924), Mendoza incluyó la importante iniciativa del exmandatario sobre la integración nacional a través de la proyectada carretera Sucre-Chaco.

Entre su producción histórica destaca el *Homenaje al centenario de Ayacucho. 9 de diciembre de 1924*, que comprende "Ayacucho y el Alto Perú; estudio histórico" y "Ayacucho. Poema".

La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria. Ensayo histórico (1924), cuyo contenido se refirió a "La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria" y "La Universidad [de Charcas] bajo la

República", por Ignacio Prudencio Bustillo. Se trató de un repaso del proceso histórico de la idea revolucionaria, a partir de 1624 en la postura tomística sobre leyes que consulten el bien común, hasta el levantamiento popular del 25 de mayo de 1809, fase culminante de dicho transcurso.

Homenaje a la Universidad de Chuquisaca en el CCCXIV aniversario de su fundación (1938) contiene "Chuquisaca, ciudad universitaria"; y *Chuquisaca* (1939) incluye "El Macizo de Charcas; su sentido económico. Descubrimiento de Chuquisaca y fundación de La Plata" y "Año en que se fundó la Villa de la Plata", de Gunnar Mendoza.

El Chaco en los albores de la Conquista (1937) aborda la etapa inicial de las relaciones humanas entre el Macizo Boliviano y la hoya platense hasta 1564, con un apéndice de documentos originales. Luego, *La tragedia del Chaco* (1933) contiene trazos geográficos, prehistóricos y la historia acerca de los bárbaros, misioneros, guerra de la Independencia y la República.

Más adelante *El ideal pacifista; líneas adicionales al libro* La Tragedia del Chaco (1933) constituye una sinopsis histórica del conflicto de Bolivia y Paraguay, con antecedentes prehispánicos, análisis de la situación bélica, necesidad de la paz fundada "en los intereses solidarios de ambos pueblos, ya que por la misma oposición de sus productos puede el uno complementar al otro".

Escritos sociogeográficos

El factor geográfico en la nacionalidad boliviana (1925) sustentó una fundamentación geográfico-histórica desde tiempos preincaicos (Tihuanacu), el coloniaje español (Audiencia de Charcas) hasta el presente, como un imperativo de fusión entre la inspiración telúrica y el destino humano. Resulta un ensayo clave para comprender el pensamiento y la obra de Mendoza como una unidad, desde su doctrina geopolítica boliviana crítica e integradora, hasta su diversa producción literaria.

Acerca de la gravitación de Bolivia sobre el océano Pacífico, cuyo acceso le fue despojado por Chile en la guerra de 1879-1880, Mendoza publicó en 1926 *El Mar del Sur*. Este texto obedeció a un ineluctable imperativo geográfico, económico y geopolítico, según

el cual Bolivia retornará al mar cuando los factores artificiales producidos por la guerra ya no puedan reprimir el libre juego de ese imperativo.

En *La ruta atlántica,* de 1927, examinó los antecedentes geográficos, históricos y económicos bolivianos en relación al este del país, en busca de una salida hacia el océano Atlántico por el río Paraguay. Este ensayo trasuntó la honda preocupación por el "problema oriental" de Bolivia y, como parte de este, por el conflicto que derivó en la Guerra del Chaco. En este escrito, Jaime Mendoza cuestionó la insensatez del recurso bélico y defendió la conveniencia de un entendimiento recíproco, directo, pacífico y de una integración económica entre ambos países.

Un año después, editó un estudio sobre un camino carretero de la Altiplanicie hacia el Paraguay, *La ruta al Oriente*, que junto a otros es conclusivo de la concepción sociogeográfica de Mendoza sobre la urgencia de alcanzar una fusión del destino de la tierra y del hombre. Como escritor y senador, Mendoza desarrolló un sostenido esfuerzo para persuadir a sus compatriotas respecto a la necesidad de que una infraestructura vial básica articulara las diferentes regiones geográficas "como paso imprescindible para crear la verdadera nación".

Puntualizando ventajas de distancia, disposición de recursos para la explotación, vinculación de las regiones andina y oriental de Bolivia y de conexión internacional, luego publicó *La ruta al Oriente; estudio de un ferrocarril del Paraguay a la Altiplanicie* (1928), tramo complementario para el tráfico entre el Atlántico y el Pacífico, desde Río de Janeiro hasta Antofagasta o Arica. Jaime Mendoza abogó por una ferrovía entre los puertos bolivianos Pacheco o Suárez, sobre el río Paraguay, y la ciudad de Uncía, en el área minera estañífera de Catavi y Siglo xx, pasando por Sucre. En 1928, su tercer folleto fue "La ruta al Oriente; el tramo Sucre-Chaco".

En su opúsculo "La carretera Oruro-Sucre", de 1929, relató las ventajas de esta vía de comunicación por Pocoata y Uncía: relieve orográfico, hidrografía, clima, población, recursos y distancias. También se refirió a la comparación entre las rutas de Sucre-Potosí-Challapata-Oruro y Sucre-Macha-Challapata-Oruro, en topografía, distancias, clima, población, recursos y significación internacional para comunicar los grandes centros de actividad con el territorio del Chaco boliviano.

Característica de la clarividencia de Mendoza fue el importante ensayo *La ruta diagonal (y sus proyecciones militares)* (1929), así como resultó ostensible la indiferencia con que sus admoniciones fueron recibidas por la clase dirigente boliviana de entonces y después. A propósito, sentenció Mendoza:

> Hablamos antes de lo que hemos llamado la *ruta diagonal* en cuanto ruta de paz, de comercio e industria, de vinculación interna, de convergencia nacionalista. Hablemos ahora de su significación en la guerra. Guerra que no es ninguna hipótesis; guerra que ya acaba de dejar su huella sangrienta a vera del misterioso Otuquis y en el corazón del Chaco Boreal. Hoy, justamente, con motivo de los últimos incidentes bélicos ocurridos en este territorio, vuelve a aparecer la importancia que tiene para el porvenir esa ruta (1929a).

Por otra parte, *Pisar fuerte en el Chaco (para el H. Senado Nacional)* (1932) y *Vialidad al Chaco; las grandes zonas de explotación* (1932) se inscribieron en el mismo propósito. También hizo un detenido examen sobre la gravitación humana desde el Macizo Boliviano hacia la hoya platense a partir de la prehistoria hasta nuestros días, bajo el título de *La tesis andinista. Bolivia y el Paraguay* (1933).

Finalmente, la obra mayor que sistematizó diversos escritos periodísticos de Jaime Mendoza, con una visión de conjunto, como se verá más adelante, fue sin duda *El Macizo Boliviano* (1935).

Sociogeografía y vialidad

A través de un recuento cronológico despuntan las reiteradas preocupaciones del autor en este orden.

Hacia 1911, Mendoza realizó una síntesis descriptiva del paisaje, la gente y la situación coetánea de Bolivia, acuñando en su artículo "Bolivia" definiciones rotundas que circulan bastante desde entonces, como "el país de los contrastes" u otras, como la caracterización de la puna: "era la tristeza hecha tierra", repetida 37 años después por Adolfo Costa du Rels sin más variación que el tiempo verbal: "Es la tristeza hecha tierra" (Costa du Rels, 1948: 159):

> Esta tierra de tan gigantescos relieves está necesitando de seres también gigantescos. Gigantes, se entiende, en su acción, en los vuelos de su inteligencia, en sus audacias para emprender obras que la transformen en un imperio de progreso y de poder. Está necesitando

> una mano con aquella que alzó los estupendos monumentos de Tihuanacu […] (Mendoza, 1929c).

Desde el periódico *Nuevas Rutas,* fundado por Mendoza en 1919, el autor postuló –en “La ruta al Oriente”– que Bolivia no puede esperar nada de Chile, Perú y las organizaciones internacionales para resolver su salida al Pacífico. La única solución está en la fuerza, o sea en la guerra. Pero como Bolivia no “está en condiciones de hacerla”, por el momento debe “dejar este asunto” y, entre tanto, “volverse hacia el otro lado, el Oriente, donde […] está, a nuestro juicio, la verdadera vía para abrir en el país una era de engrandecimiento y prosperidad que le hagan en el futuro un Estado fuerte. Se nos cierra el Pacífico, natural es volverse hacia el Atlántico” (Mendoza, 1919a).

Asimismo, en el artículo “La cuestión del Atlántico”, publicado en ese mismo órgano de prensa, Mendoza planteó cómo:

> a pesar de haber perdido nuestro litoral, contamos ya con dos ferrocarriles que nos comunican con el Pacífico. Todo, o casi todo, nuestro movimiento comercial se hace por ahí. Bolivia, aun sin costas, continúa perteneciendo al sistema del Pacífico. Y entre tanto, allá, hacia el oriente, ese territorio enorme, colmado de todos los recursos para la vida humana, sigue tanto o más olvidado que en pasados tiempos. Cerramos los ojos ante sus innúmeros tesoros. Y ni en el punto de vista internacional ni en el de la vinculación con Europa por el Atlántico damos mayor importancia a las vías fluviales del oriente y del sur del país (Mendoza, 1919b).

La ruta diagonal

Un artículo especialmente valioso en la doctrina sociogeográfica de Jaime Mendoza fue “La ruta diagonal”, de 1928, que, como parte de una serie de divulgación sobre las ventajas de este trazo, definió claramente este camino troncal: “Colocamos sus puntos extremos en La Paz, o sea en la zona boreal de la Altiplanicie, por el norte, y en Cuevo, vale decir en la zona del Pilcomayo, por el sureste, teniendo como centros intermedios a Oruro y Sucre”.

De este modo se impuso formalmente el nombre de *ruta diagonal* –que se ha hecho clásico–, cuya denominación explica el autor:

> Así considerada esta ruta traza, en efecto, una gran línea diagonal. Una ojeada al mapa bastará para verificarla, y su itinerario básico:

> ella comienza en La Paz y dirigiéndose de noroeste a sureste en la Altiplanicie, llega a Oruro. De Oruro sigue en igual dirección, atraviesa los Asanaques por Uncía, y colocándose en el *divortium aquarum* de los ríos Grande y Pilcomayo entra a Sucre. Luego, de Sucre, siempre diagonalmente, llega por Azurduy a Cuevo (Mendoza, 1928: 4).

Además, Mendoza identificó los tres tramos básicos: La Paz-Oruro; Oruro-Sucre; y Sucre-Azurduy-Cuevo. Luego detalló los tres tramos y las ventajas de distancia, topografía, clima, salubridad, población, explotación, conexiones, recursos económicos y conexiones internacionales (a Cuzco por el norte y a Asunción por el sur).

Posteriormente, escribió diversos artículos de difusión en el periódico *El Chaco* sobre los beneficios de esta vía para comunicar los centros más activos del país con el Chaco, La Paz-Oruro-Uncía-Macha-Sucre-Tarabuco-Sopachuy-Monteagudo-Cuevo, en cuanto a topografía, clima, salubridad, recursos humanos, recursos económicos, etcétera.

También en "Las rutas al Chaco", de 1931, siguió describiendo las ventajas de la *ruta diagonal* La Paz-Oruro-Uncía-Sucre-Cuevo respecto a la de La Paz-Oruro-Uyuni-Villazón-Tarija en distancia, clima, topografía, conexiones marginales y significación estratégica para ir al Chaco, hasta Villamontes. E hizo una comparación con el tramo La Paz-Cochabamba-Santa Cruz-Villamontes y diversas variantes Sucre-Villamontes.

En una "Remembranza" (*La Democracia*, 1931), Mendoza realizó nuevas consideraciones sobre el proyecto del presidente de Bolivia Gregorio Pacheco en 1885 para abrir un camino carretero de Sucre al río Paraguay y colonizar el Chaco mediante el Ejército nacional.

Ir a pisar fuerte…

Hacia 1929, al ingresar el diferendo con el Paraguay en una fase diplomática, Mendoza recomendó "coger el pico, tender el riel y empuñar el arado" en vez de confiar "en los gabinetes diplomáticos extranjeros", pues "es inútil seguir viviendo de ilusiones" y "Bolivia no debe confiar sino en sí misma", es decir, "pisar fuerte en el Chaco". Dos años más tarde, habiendo la prensa paraguaya atribuido esta consigna (planteada por él) al presidente Daniel Salamanca "como un grito de guerra", Mendoza explicó con antecedentes los

alcances de la fórmula: "Pisar fuerte no precisamente con el sable y el fusil sino con la azada y el riel" (1929b).

El autor insistió sobre la atribución con sentido bélico erróneo de esta divisa, que él había proclamado con un sentido de trabajo y de paz. La denominó una inversión de conceptos entre el público nacional e internacional para disipar la interpretación belicista que se hacía de ella. Años más tarde, el propio Salamanca, en carta de 16 de noviembre de 1934 a Martha Mendoza, restableció la verdad histórica.[7]

El problema de la mediterraneidad

Mendoza reflexionó que "Bolivia sigue obsesionada con el *miraje* del Pacífico. Seguimos siendo unilaterales. Y por inclinarnos al frente del Pacífico estamos descuidando los frentes amazónico y platense". Y relató cómo surgió la tesis de que, para resolver su mediterraneidad, Bolivia debía "dar las espaldas al Pacífico" momentáneamente y llevar a cabo su integración con las hoyas amazónicas y platense de su territorio.

Entre 1903 y 1905, Mendoza –al concurrir como voluntario a la campaña del Acre en el Territorio Nacional de Colonias del Noreste–, en la hoya amazónica boliviana, reflexionaba:

> Y así fue que, desde entonces, sin haber leído obra alguna de cualquier orientalista boliviano, yo lo estaba hecho de golpe. Fue así como, sin necesidad de mayores razonamientos intelectivos, míos o ajenos, surgió hecha en mi mente la convicción de que Bolivia, para ser la verdadera nación del porvenir, debía integrarse en la espléndida región amazónica que hoy mismo permanece casi inexplorada.[8]

En 1932 redactó un importante editorial en la línea de la "La tesis atlántica" sosteniendo que los "desastres económicos que ahora sufre el país, y los sufrirá por mucho tiempo todavía", eran:

> Resultado lógico de haber consagrado casi todas sus energías a la industria minera y de haber seguido en el comercio derivado de ella la sola vía del Pacífico. Frente a esta situación, la necesidad de que

---

7 "El Dr. Salamanca afirma no ser el autor de una frase célebre", en *La Razón* (La Paz), 18 de noviembre de 1934.

8 Sobre este aspecto de la doctrina boliviana geoestratégica de Mendoza, ver sus libros *El Mar del Sur* (1927) y *La ruta atlántica* (1936).

> Bolivia busque otras rutas para su desarrollo se impone como un postulado utilitarista y –valga la palabra– científico.

Concepción sociogeográfica integracionista

Tras publicar cuatro años antes *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*, difundió en la revista francesa *L'Amérique Latine* la significación del Macizo Boliviano como estructura geográfica que posee ventajas para la comunicación terrestre vial entre el Pacífico y el Atlántico a través de Bolivia ("Las grandes vías continentales").

"La ruta diagonal suramericana" (1926) y luego su ensayo *El Macizo Boliviano* ampliaron su concepción sociogeográfica de la *ruta diagonal* boliviana, con una prolongación La Paz-Cuzco-Lima por el norte, y otras dos por el sureste, desde Cuevo por Puerto Esperanza, en el río Paraguay, hasta Río de Janeiro, y desde el mismo Cuevo por la margen izquierda del Pilcomayo hasta Asunción, y, sucesivamente, por Villa Rica y Puerto Alegre hasta Montevideo.

Mendoza además dijo, en "La precolonización en el Chaco": "hablo de la colonización ahora mismo, durante la guerra, o, si se quiere, a favor de la propia guerra". A continuación pasó revista al problema con referencia a los transportes, las zonas colonizables y los elementos humanos.

Por otra parte, *La tesis andinista. Bolivia y el Paraguay* (1933) fue un fundamental estudio sobre la gravitación humana desde el Macizo Boliviano hacia la hoya platense, desde la prehistoria hasta nuestros días.

"El factor geográfico en la América del Sur" (1935) alude a la situación de Bolivia en el Plata con motivo de la Guerra del Chaco, y aborda la tesis de Carlos Badía Malagrida –quien sostenía que "Bolivia, geográficamente, es un 'conglomerado', o sea, un conjunto forzado de territorios inconexos"–, señalando los riesgos de los criterios errados del autor español.

En pleno conflicto con Paraguay, Mendoza proclamó su ideario sociopolítico:

> para mí los genuinos constructores de la nacionalidad, son más bien, esos seres humildes, anónimos, sacados en general de los campos que, armados del pico y la pala, van entre las breñas labrando caminos, perforando montañas y dialogando con las rocas que caen desmenuzadas ante su esfuerzo, para dar paso al viandante. Sin saberlo, esos pobres seres son los que realmente van haciendo la nación del porvenir. Porque

> los caminos son como las arterias y venas de un organismo que llevan y traen los elementos necesarios para su vida y desarrollo (1935b).

En ese contexto, Mendoza publicó *El Macizo Boliviano*.[9]

Labores parlamentarias

En un memorial sobre su actuación como Senador nacional para el Centro de Estudiantes de Provincias, Mendoza abordó la problemática vial en referencia a las siguientes cuestiones: la carretera Sucre-Chaco; el ferrocarril Potosí-Sucre; la red telegráfica al Chaco; la Comisión revisora de la carretera al Chaco; y la carretera Oruro-Chaco. También se refirió a los siguientes puntos: la cuestión agraria, el conflicto con el Paraguay sobre el Chaco y la violación de garantías constitucionales en perjuicio de los indios.

Las miras previsoras de Mendoza no fueron atendidas, con desastrosos resultados para Bolivia:

> Estamos oyendo los aldabonazos que da el Paraguay en el Chaco. Y todavía no acabamos de dar el paso decisivo construyendo la carretera central de Chuquisaca antes aún que la de Tarija que es marginal y está bajo el control argentino.

En la legislatura ordinaria de 1934, Mendoza tuvo varias actuaciones parlamentarias sobre sociogeografía y vialidad.[10] Formuló peticiones de informes a los ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra en cuanto al conflicto del Chaco, a la doctrina de los países neutrales sobre el no reconocimiento de las conquistas, al embargo de armamentos, el arbitraje y la oportunidad de un entendimiento directo; y a la posición de los países vecinos. En el hemiciclo senatorial expresó cómo el concepto de traición a la patria era, según su percepción:

> Muy elástico y varía mucho según las situaciones. Yo mismo, alguna vez, por haber invocado la paz, que amo en bien de Bolivia, y que

---

9 Cabe mencionar que los estudios geopolíticos en Bolivia son pocos. Se destacan las obras de Valencia Vega (1965), Baptista Gumucio (1978) y Saavedra Weise (1995). Desde hace una década, con la corriente geoestratégica de integración no hegemónica, hay un renovado interés en América Latina y en el país, fuera de la preocupación marítima, por temas sociogeográficos y fronterizos. Ver al respecto los ensayos de Mamani Ramírez (2005), Perrier Bruslé (2012), García Linera (2013) y varias publicaciones de la Agencia para el Desarrollo de Macroregiones y Zonas Fronterizas (ADEMAF).

10 Una buena parte de su actuación parlamentaria es inédita y la documentación se conserva en el Archivo de la Sucesión Mendoza.

> nunca he arriado esa bandera, he sido llamado traidor, concepto que para mí, por la explicación que acabo de dar, significa un laurel puesto sobre mi frente.

Además, propuso un proyecto de ley para la fundación de una ciudad en el río Parapetí, cuyo nombre sería Andrés Manso. Asimismo, abogó por que se dictara amplia amnistía a favor de los "ciudadanos perseguidos por motivos políticos y a los que con el rótulo de comunistas y derrotistas se hallan en esa situación".

En sesión secreta planteó que el Senado usara su influencia en el Ejecutivo para buscar una solución pacífica al enfrentamiento bélico y para que no se extremen medidas de rigor con la raza indígena, en relación con las necesidades militares, prefiriendo ocuparla en trabajos camineros y otros adecuados a su capacidad y preparación. Otra relevante iniciativa fue la de la necesidad de encarar la reforma agraria, comenzando por el Chaco.

Durante su petición de informe al ministro de Guerra sobre condiciones del reclutamiento de los indios para la guerra, Jaime Mendoza leyó exposiciones sobre "El indio soldado" y "El indio agricultor", ambas inéditas, y la urgencia de abrir, con fines estratégicos, una vía de comunicación desde Iboperenda, en el Izozog (bajo Parapetí) hasta empalmar con el camino carretero de Roboré e Ingavi.

En la legislatura de 1935 del Senado y Congreso Extraordinario de ese año, Mendoza recordó –como lo sostuvo siempre en tiempos de paz– que "el punto central de mira para Bolivia en la cuestión del Chaco debiera ser su presencia en el río Paraguay. A esta finalidad bien podrá sacrificarse gran parte del mismo aspecto territorial". Asimismo, propició la reforma agraria comenzando por el Chaco, y la construcción de una carretera de Iboperenda, en el bajo Parapetí.

A través de una recomendación al Ejecutivo, Mendoza sostuvo la necesidad de que en las negociaciones de paz se contemple la adquisición por Bolivia de un puerto sobre el río Paraguay. Por otra parte, en carta al presidente Salamanca, propugnó una adición de Bs. 500 mil para "la carretera de Monteagudo a Cuevo con un ramal a Camiri, siguiendo la línea del Parapetí". Y en la legislatura ordinaria de 1935 presentó un proyecto de ley asignando 100 mil libras esterlinas para el ferrocarril Potosí-Sucre.

El contexto sociohistórico[11]

Procurando hacer un resumen de las circunstancias particulares que rodearon la publicación por parte de Jaime Mendoza de una serie de artículos periodísticos, en 1925 el ensayo *El factor* y diez años después *El Macizo* se considerarían enseguida los temas de la viabilidad estatal de Bolivia, la mediterraneidad y el conflicto bélico con Paraguay durante la época de hegemonía liberal en la primera mitad del siglo pasado.

Para comprender la concepción geopolítica crítica e integradora de Jaime Mendoza, cabe hacer referencia a varios escritos de su refutación a argumentos de un ensayista español, Carlos Badía Malagrida, en la década de 1920 del siglo xx, contenidos en su libro *El factor geográfico en la política sudamericana*.[12] Este autor, de modo similar a otros que ocuparon funciones de estadistas dentro y fuera del país, sostuvo la supuesta incongruencia territorial de Bolivia, aludiendo a que el país estaba divorciado en tres regiones muy disímiles entre sí. Esto motivó que la tesis del "conglomerado", así llamada por el jurista español, fuera cuestionada severamente por Mendoza, rescatando, por contraste, la viabilidad histórica, geográfica, económica, política y estratégica de nuestro país.

Badía Malagrida abordó inicialmente, en su capítulo o libro primero, el "criterio geográfico" en política.[13] Abarcando doctrina e ideología, examinó el mapa político y la estructura geográfica hispanoamericana. Acerca de la Confederación del Plata, el libro segundo analizó la unidad estructural y la función sociogeográfica, puntualizando aspectos sobre climatología, agricultura y ganadería; el elemento humano en la vida económica, valoración agrícola, pecuaria e industrial, la dispersión ferroviaria y la dinámica económica, concluyendo con una comprobación histórica del Río de la Plata.

Luego de repasar la ordenación geológica y la estructura andina, se sumergió de lleno en la Confederación del Pacífico (libro tercero),

---

11 Expreso mi agradecimiento al general de Ejército (r.) Edwin De La Fuente Jeria (2016) por facilitarme su estudio geoestratégico sobre el pensamiento de Jaime Mendoza.

12 Se trata de un extenso trabajo presentado originalmente como disertación o memoria en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación Española.

13 Oblitas Fernández publicó nuevamente el capítulo sobre "El problema geográfico de Bolivia" de Badía Malagrida (1997, ii: 201-214).

tratando el denominado "problema geográfico de Bolivia". Subrayó la importancia de esta materia y en la parte más polémica de su trabajo sostuvo la existencia de una supuesta *incoherencia geográfica del territorio* boliviano. Más aún, se preguntó si existía "una unidad geográfica característicamente boliviana", revisando a continuación las divisorias septentrional y meridional. Paradójicamente, en torno a esta fundamental cuestión es de destacar su punto de vista respecto del papel de *nexo unificador* boliviano:

> La función estructural del Macizo Boliviano es la de articular las dos fracciones del sistema andino, otorgándole una visible unidad de conjunto. Las consecuencias sociogeográficas de este hecho pueden ser muy significativas, si con él coinciden en igual sentido los rasgos climatológicos y biológicos de aquellas regiones. En tal caso, podría afirmarse que el territorio de Bolivia sería el nexo unificador de los países del Pacífico. En su seno se produciría el contacto entre las Repúblicas vecinas de Chile y Perú. Y además merced a su privilegiada situación continental, facilitaría las comunicaciones de Perú con el Plata y de Chile con Brasil (Badía, 1919: 246).

Esta parte de la obra puso énfasis en el problema político-geográfico, incidiendo en inducciones sociogeográficas, dinámica climatológica, influjo del mar, además de la localización de recursos agrícolas y ganaderos. Por otra parte, en "Bolivia: desarticulación económica de su territorio", Badía Malagrida examinó la riqueza minera, el enlace ferroviario, la economía y la comprobación histórica, siendo dos los temas más polémicos en su ensayo: "el problema territorial de Bolivia" y la "creación de la República".[14] En sus conclusiones, por ejemplo, afirmó:

> La antinomia político-geográfica que se produce en Bolivia condena a aquella República a una inestabilidad constante, alcanzando proporciones de un grave conflicto nacional, cuya solución podía buscarse restaurando la armonía entre sus límites naturales y sus fronteras políticas (*ibid.*, 1919: 248).

Hay que puntualizar que, periódicamente, también en nuestros días se deslizan parecidas opiniones en medios de comunicación y otras publicaciones, como cajas de resonancia de la visión geopolítica hegemónica antiboliviana.

14 El autor español abordó en los siguientes libros las confederaciones propuestas: colombiana, brasileña, centroamericana, mexicana (IV, V, VI y VII, respectivamente).

Otro asunto vital del país constituye su enclaustramiento desde la Guerra del Pacífico, al cual Mendoza dedicó muchos escritos, refiriéndose a dos preocupaciones centrales: la reintegración marítima y la integración territorial, ambas estrechamente unidas. Para él, la reintegración marítima tenía como prerrequisito la integración territorial.

Dando un nuevo sentido a esa visión, Jaime Mendoza fue desarrollando su concepción y, en esa línea, sostuvo que la pérdida del Litoral también fue consecuencia de la falta de ocupación espacial o demográfica por parte de las élites del país y obviamente por la carencia de una estrategia, no solamente militar sino diplomática. De la misma manera fue planteando criterios sustentables acerca de cómo se podría encarar la solución de la mediterraneidad. Con todo, lo fundamental hace referencia al tema territorial.

Para Mendoza, la articulación interna de nuestro país pasaba, sustancialmente, por tres criterios: vialidad, colonización y explotación económica. En cuanto a la vialidad, esta se inserta en la necesidad de vertebración física, un planteamiento reiterativo formulado desde 1918 en el periódico que dirigía, *Nuevas Rutas*, y en aquella tesis de la *diagonal* que hoy lleva su nombre. Valga la rememoración del Libertador Simón Bolívar, en su famoso decreto del 18 de diciembre de 1825 –el decreto histórico– que estableció entonces la urgencia de la comunicación entre Oruro y Chuquisaca. En consecuencia, vale decir que el precursor de la conocida *ruta diagonal* fue el propio Bolívar y cabe considerar, en este orden, hoy en día, el pensamiento mendociano como expresión también de esa tesis bolivariana.

A propósito, Mendoza hizo una serie de consideraciones en una conferencia que dio en la Sociedad Rural de Chuquisaca, cuestionando la inercia y la falta de iniciativa local. Aunque paradójicamente se hablaba de iniciativa privada, los terratenientes chuquisaqueños de entonces no estaban interesados en esa intercomunicación por lo que Mendoza les echó en cara la ausencia de una orientación prospectiva, de manera que las riquezas no siguieran "durmiendo", argumentando persistentemente por qué debía realizarse esta vinculación gracias a la cual todos iban a salir ganando.

Por otra parte, luego de años de labor integracionista, en los prolegómenos de la Guerra del Chaco, Jaime Mendoza desarrolló una tesis pacifista que fue incomprendida. Hacia 1927, o desde sus

primeros escritos, sostuvo la perentoriedad de llegar a un acuerdo –que significara inclusive concesiones al Paraguay– para evitar una conflagración de trágicas consecuencias, calificada después por Augusto Céspedes como "la guerra estúpida" que el país nunca debió haber encarado. Pero ¿cómo se dejó llevar la población por una prédica chovinista? Se cuenta cómo jóvenes estudiantes de entonces salían a las calles en Sucre y otras ciudades gritando la consigna "¡Asunción para Bolivia!", acaso pensando que íbamos a entrar con paso de parada a la capital paraguaya. Por el contrario, solitariamente, Mendoza se opuso a concepciones tan irracionales que llevarían al enfrentamiento bélico, y más bien sostuvo una tesis malinterpretada en especial por círculos militares de esa época, que no tenían suficiente lucidez y que lo convocaron amenazándolo por sus opiniones supuestamente derrotistas, para llevarlo inclusive a un juicio que terminaría en el paredón. Jaime Mendoza, que era muy consecuente e iconoclasta, enarboló el ideal pacifista en esas difíciles circunstancias, contra viento y marea.

Consecuente con esa convicción, impulsó su tesis sobre la prioridad de la vialidad en las políticas públicas, porque él postulaba, como se ha aclarado, que había que "pisar fuerte en el Chaco" no con el sable ni con el fusil, sino, fundamentalmente, con la picota y la riel, siendo estas las mejores armas, según consideraba, si se tomaba en cuenta nuestra situación como país invertebrado y la correlación de fuerzas en el plano internacional. De esa manera, antes del armisticio con Paraguay, pese a su avanzada edad, Mendoza estuvo en la guerra como médico y fundó centros hospitalarios que continúan funcionando hasta hoy.

Actualmente, al haber visitado recientemente el Chaco boliviano, nos parece una decisión fundamental poblar y educar, porque hoy en día en esos pueblos tan olvidados, donde faltan servicios básicos, se carece de agua o aire acondicionado, sin embargo se levanta la universidad guaraní, una universidad indígena con mil jóvenes estudiantes que hoy por hoy proyectan también el concepto de la soberanía territorial y la necesidad de seguir pisando fuerte en el Chaco.

Los temas y las formas

Durante la elaboración de este Estudio introductorio, se consideró la necesidad de proponer una contextualización de las obras

reunidas en este volumen. Se trata de dos ensayos, cada cual de un peso específico. También se analizó que quizá *El factor* pese más, por haber sido el texto pionero de las preocupaciones de Mendoza sobre la integración nacional, escrito además mucho antes de la Guerra del Chaco. La consiga patriótica de “pisar fuerte” viene de ahí y de nutridas reflexiones del autor en un gran número de escritos periodísticos.

De modo que, con referencia a ambos ensayos, vale la pena destacar que *El factor* se publicó diez años antes que *El Macizo*. De ahí que no sería justo considerar “principal” al último y relegar al primero entre los *apéndices* o *complementos* del segundo.

Veamos lo que apuntó el más calificado biógrafo de Jaime Mendoza al respecto:

> En “La creación de una nacionalidad”, el primer ensayo histórico-geográfico de Mendoza, entendemos está, sin duda, el germen de su “tesis andinista” para la interpretación del fenómeno boliviano en todos los tiempos y en el espacio. Esta idea, concretada ampliamente en *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*, llega después a su máxima expresión en *El Mar del Sur*, *La ruta atlántica* y *La tragedia del Chaco*, y se difunde en *La tesis andinista*, *Bolivia y el Paraguay*, *Pisar fuerte en el Chaco*, *El Macizo Boliviano* y *El Chaco en los albores de la Conquista*, y alcanza con absoluta precisión sociográfica y tensión filosófica, eso que podemos llamar la base, el fundamento y el complemento –el andamiaje sustancial– de la doctrina del “andinismo” que arranca del Macizo Boliviano (Vargas Sivila, 2003: 49).

Vargas Sivila agregó cómo “el mismo día y año que la publicación anterior (6 de agosto de 1925) [se refiere al artículo ‘La creación’] aparece en Sucre este otro ensayo [*El factor*] que amplía el anterior, en el que Mendoza sustenta a fondo sus tesis” (*ibid.*: 203). Esta simultaneidad no fue fruto de la casualidad, sino una línea troncal que Mendoza despliega en toda su vida pública sin prisa y sin pausa, en todos los escenarios donde participó.

Ahora bien, *El Macizo*, cuya edición original apareció en 1935, consignó en su ordenamiento de textos de los apéndices, la reproducción del artículo “Reaparición de una nacionalidad” (*La Nación*, Buenos Aires, 1925). En ediciones sucesivas se sustituyó el término “reaparición” del título por “creación” y luego se volvió a publicar el artículo como “Advenimiento de la nacionalidad boliviana”, con algunas adiciones al texto original: más de 20 notas al pie de página incorporadas por Gunnar Mendoza para mejor entendimiento del

lector. Estas son sustanciales pues las citas provienen de investigadores de renombre como Vicente Lecuna (*Documentos referentes a la creación de Bolivia*), Gabriel René Moreno (*Bolivia y Perú*), M. Felipe Paz Soldán (*Historia del Perú independiente*), entre otras. En consecuencia, se incluye esa versión del texto en esta obra reunida. Además, en función de un criterio cronológico, se decidió que vaya primero en la presente obra reunida. Los criterios del autor, en la primera edición de *El Macizo Boliviano*, fueron otros.[15]

Por otra parte, consultando el prolijo fichero de escritos –muchos de ellos inéditos– de Jaime Mendoza, que armó durante años laboriosamente su hijo Gunnar, se seleccionaron los materiales más representativos de entre sus innumerables textos periodísticos relativos a geopolítica y vialidad, a fin de no extender las bibliografías de modo interminable.

Desde su primera edición, en 1925, *El factor* solo fue publicado como parte de antologías pero no de forma independiente.[16] Este ensayo empieza con la descripción de los Andes continentales –el eslabón andino central– para abordar el tema del Macizo Boliviano y sus rasgos principales, como altiplanicie, cordilleras, zona hidrográfica y clima. En sucesivos capítulos abunda en datos geológicos, historia geogénica del Macizo y su configuración. Mendoza enseguida desarrolla su concepción de la unidad geográfica, el eslabón andino y el hombre mediante varias consideraciones sociogeográficas, haciendo un recorrido desde la prehistoria, Tihuanaco, época preincásica, incásica, coloniaje, Guerra de la Independencia y República.

Curiosamente, el capítulo quinto del ensayo no suscitó debate entre la intelectualidad de la época, aunque el autor teorizó sobre "Los defectos geográficos con que nació Bolivia", preguntándose quiénes fueron los responsables, al destacar la supervivencia nacional a pesar de ellos. En este estudio hay un valioso rastreo de rasgos históricos, de los que se deduce que "lo que constituye el núcleo

---

15 En la misma figuran ocho textos y un poema, que posteriores ediciones mantuvieron sin alteración. Hay que acotar que el artículo "Bolivia" de Rubén Darío, extraído de su libro *Prosa política,* aunque se refiere a Chuquisaca como la "docta y pretérita", nombra a La Paz como la "capital de la República boliviana".

16 Véase Baptista Gumucio (1978) y Oblitas Fernández (1997).

básico de la nacionalidad boliviana, geográficamente hablando, es el Macizo Boliviano" (pág. 89).[17]

Por otra parte, en su examen de la Bolivia de su época, Mendoza remarcó las limitaciones de la mediterraneidad y luego abundó en la importancia del Macizo en el futuro, identificando su verdadero concepto de proyección estatal. Al reflexionar alrededor de las ocasiones para consolidarse que perdió Bolivia, advirtió la emergencia, de nuevo, del "peligro chileno en el porvenir", de cara al plebiscito sobre la posesión de Tacna y Arica, señalando: "Hoy el mundo todo presencia un espectáculo peregrino: dos países que se disputan un territorio que en el fondo no es de ninguno de ellos" (pág. 99).

A nuestro juicio, el capítulo medular de la obra es el relativo a "la tesis del conglomerado" y a las ideas de Badía Malagrida, a las que se hizo referencia anteriormente. Su refutación central apuntó a considerar exageradamente a Bolivia como "un conjunto forzado de territorios inconexos", siendo que ella está en el mismo caso de los demás países andinos. Concluyó Mendoza con una necesaria recapitulación geográfica, geológica e histórica.

Las "Líneas finales" de la obra tratan consideraciones singulares sobre la fuerza, la unidad y el indio; aunque muchas de estas reflexiones están en extensas notas al pie de página, no dejan de tener un alcance independiente.

En cuanto a *El Macizo,* el autor lo definió como una "recopilación de una serie de artículos periodísticos, escritos ya hace algunos años, tocando diversos aspectos de la gran división geográfica andina". Relató que su proyecto inicial fue publicar una serie, primero en la prensa extranjera, pero quedando los restantes materiales, "es decir, la mayor parte, inéditos". En "Nota final" refirió que en el estado de la postguerra boliviano-paraguaya, por la escasez de papel, tuvo que "comprimir el libro, suprimiendo algunos capítulos y reduciendo otros" aspectos que "no dañen mayormente el fondo de la obra" (pág. 313).

Tras una visión de conjunto, en esta obra describió la altiplanicie y sus cordilleras circundantes para culminar con el estudio del Macizo de Yungas, el Macizo de Charcas y las hoyas

---

17 NE: La paginación corresponde a la presente edición.

(o cuencas del Amazonas y del Plata). Mendoza consideró que el ensayo constituye la reunión en "un solo cuerpo" con "algunas modificaciones" de su concepción sociogeográfica e integracionista sustentada en artículos de prensa y principalmente en libros como *El Mar del Sur*, *La ruta atlántica* y *La tesis andinista*.[18] Otro antecedente interesante es que cuando publicó *La ruta diagonal y sus proyecciones militares* (1929a), respecto a vialidad hacia el Chaco, manifestó que ese estudio no era definitivo, siendo más bien "la introducción de otro más amplio y editado, que con el acopio de nuevos elementos, nos reservamos emprender en otra ocasión".

Resulta así entonces que *El Macizo* fue la culminación de una prédica de muchas décadas, así sea que el propio autor considerara su alcance de divulgación popular o pintoresca, sin incurrir en una "tendencia a ese cientificismo presuntuoso de que suelen hacer lujo ciertos escritores" (pág. 125).

Así, su fundada esperanza consistió en dar "en forma rápida, una idea integral de la complicadísima geografía boliviana, cuyo macizo montañoso es sustrato básico de su nacionalidad". En la coyuntura bélica del conflicto chaqueño y *a posteriori* se incrementó el interés por la temática que aborda el ensayo en su tesis central "una nueva afirmación bolivianista, basada en postulados geográficos", planteada, como queda dicho, a través de obras anteriores (pág. 137).

Jaime Mendoza además recordó cómo, desde su refutación a los criterios del escritor Badía Malagrida en *El factor*, quedó "solo en el palenque", detectando "la conspiración del silencio" (pág. 138) en el mundo intelectual boliviano. Sin embargo, viendo con optimismo recurrente el porvenir de la patria, observó que "la siembra empieza a dar frutos" (*idem.*) en el pensamiento juvenil. Esto es, las nuevas generaciones fueron asumiendo la importancia de la visión pionera que tuvo el autor a través del *andinismo* como paso fundamental de la integración sustentada en una geopolítica crítica y autodeterminativa. En ese sentido, superó de lejos lo que

---

18 Esta trilogía remarca el inconfundible itinerario geopolítico de Mendoza por la integración nacional y demanda una reedición en las actuales circunstancias del país. En *La tesis andinista,* por ejemplo, Mendoza menciona al explorador francés Eliseo Reclus en su monumental obra *El hombre y la tierra,* acerca de su estudio de Irán, "que tantas analogías tiene con el eslabón central de los Andes".

Lucien Febvre en su crítica al reduccionismo académico llamó acertadamente el pernicioso “espíritu de especialidad” (1992: 160).

En el balance general, cabe señalar que –soñando que América fuera “un gran pueblo de hermanos”– Mendoza abrió la senda del reconocimiento indispensable de que el sustento material o base territorial de un país como el nuestro hace que los sujetos protagónicos de la construcción de la nacionalidad confluyan en la unidad dentro de la diversidad, bajo un mismo horizonte sostenible y fortalecido.

Concluimos con Carlos Medinaceli, quien al hacer una semblanza de la intelectualidad sucrense –en cuyo espectro estuvo también Jaime Mendoza– planteó que “la literatura verdadera debe ser una literatura que llegue hasta la crueldad, revolucionaria hasta la tortura, henchida de dolor hasta el tope y en ese sentido flamígera en cuanto al compromiso del espíritu de redención y justicia” (Medinaceli, 1975: 145). Comparándolo con Joaquín Costa, por sus campañas periodísticas que nadie leía y sus conferencias que nadie quería comprender, Jaime Mendoza en Bolivia representaba *la tragedia de una voluntad frente a un país abúlico*, como juicio de valor más cabal que cabe expresar sobre la personalidad del autor de *El Macizo Boliviano*.

Como presintiendo su propio fallecimiento, poco antes de su partida, Jaime Mendoza publicó este verso dedicado a la Madre Tierra:

Pacha Mama

Tierra querida, almáciga fecunda,
¿cuándo vendrá la gloria para mí
de que mi cuerpo en tus entrañas se hunda
y todo él se trasfunda
en ti, no más que en ti?
Quiero pronto dormir en tu calmo lecho;
quiero darte mi amor, mi juventud.
Quiero ser tuyo en el sepulcro estrecho,
y que entre ti y mi pecho / no haya ni el ataúd.

Bibliografía citada

Abecia Baldivieso, Valentín
1979 *Las relaciones internacionales de Bolivia*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Albarracín Millán, Juan
1979 *La sociedad opresora. Corrientes eclécticas de transición del positivismo al marxismo. Sociología contemporánea de Bolivia*, vol. III. La Paz: Universo.

Arce, Roberto
1981 "El pensamiento de Jaime Mendoza y la integración nacional". *El Diario*, 26 de abril y 3, 10 y 17 de mayo de 1981. La Paz.

Arze, José Roberto
1979 "Jaime Mendoza". *Presencia Literaria,* 18 de febrero de 1979. La Paz.

Badía Malagrida, Carlos
1919 *El factor geográfico en la política sudamericana*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés.

Baptista Gumucio, Mariano y Agustín Saavedra Weise
1978 *Antología geopolítica de Bolivia*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Baptista Gumucio, Mariano
2012 *Atrevámonos a ser bolivianos. Vida y epistolario de Carlos Medinaceli.* La Paz: Plural editores.

Costa du Rels, Adolfo
1948 *El embrujo de oro*. Buenos Aires: Viau.

De La Fuente Jeria, Edwin Alfonso
2016 *Análisis del pensamiento de Jaime Mendoza desde la perspectiva estratégica.* Inédito.

Febvre, Lucien
1992 *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.

Francovich, Guillermo
1956 *El pensamiento boliviano en el siglo* XX. México: FCE.

García Linera, Álvaro
2012 *Geopolítica de la Amazonia*. *Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista.* La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Larson, Brooke
1997 "Memorias de su Padre y Patria: Una entrevista con Gunnar Mendoza en 1990". *Anuario 1997. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*. Sucre: ABNB: 387-402.

Mamani Ramírez, Pablo
2005 *Geopolíticas indígenas*. La Paz: Centro Andino de Estudios Estratégicos.

Marof, Tristán
1961 *Ensayos y crítica. Revoluciones bolivianas, guerras internacionales y escritores*. La Paz: Juventud.

Medeiros Querejazu, Gustavo
1939 "Jaime Mendoza y la política internacional de Bolivia". *Revista Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca*, vol. VI, núm. 21, julio-septiembre. Sucre.

Medinaceli, Carlos
1972 *El Huayralevismo*. La Paz: Los Amigos del Libro.
1975 *La reinvidicación de la cultura americana*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Méndez, Julio
1972 *Realidad del equilibrio hispano-americano y necesidad de la neutralización perpetua de Bolivia*. Biblioteca del Oficial Boliviano. La Paz: Don Bosco.

Mendoza L., Gunnar
1966 "Jaime Mendoza 1874-1939. Resumen biográfico". *Presencia Literaria*, 27 de marzo de 1966. La Paz.
2005 "Sinopsis de la vida y la obra de Jaime Mendoza". *Obras completas*, vol. V. Sucre: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia / ABNB: 513-527.

Mendoza, Jaime
1936 *El País*, núm. 1066, 22 de junio de 1932. Sucre.
1935a *El Macizo Boliviano.* La Paz: Arnó Hnos.
1935b *Los constructores de la futura nacionalidad*. Sucre: Propaganda nacional.
1929a *La ruta diagonal (y sus proyecciones militares)*. Sucre: Imprenta Bolívar.
1929b *El Chaco*, núm. 2, 6 de enero de 1929. Sucre.
1929c *La República*, núm. 10, 29 de junio de 1929. Sucre.
1928 *La Razón*, 23 de noviembre de 1928. La Paz.
1927 *La ruta atlántica*. Sucre: Imprenta Bolívar.
1926 *El Mar del Sur*. Sucre: Imprenta Bolívar.
1925 *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1919a *Nuevas Rutas*, núm. 2, 30 de marzo de 1919. Sucre.
1919b *Nuevas Rutas*, núm. 4, 13 de abril de 1919. Sucre.

Mendoza, Martha
1974 *Anotaciones breves para una biografía de Jaime Mendoza*. Sucre: Romva.

Oblitas Fernández, Edgar
1997 *La polémica en Bolivia. Un panorama de la cultura de la nación a través de las grandes polémicas.* 2 vols. La Paz: Publicidad y Marketing.

Perrier Bruslé, Laetiti
2012 "Frontera Bolivia con Brasil, nuevos esquemas fronterizos en el 2012, marco de la integración continental y de la integración nacional: el ejemplo de Pando". *Revista Estudios Fronterizos*, núm. 1. La Paz: 47-68.

Ríos Quiroga, Luis
1994 *Jaime Mendoza. Nativismo y folklore.* Sucre: Sucre Ciudad Universitaria.

Saavedra Weise, Agustín
1995 *Bolivia y el mundo. Ensayos y notas sobre la realidad nacional e internacional*. 2.ª ed. La Paz.

Sánchez Bustamante, Daniel
1979 *Bolivia: Su estructura y sus derechos en el Pacífico.* La Paz: Universo.

Valencia Vega, Alipio
1965 *Geopolítica en Bolivia*. La Paz: Juventud.

Vargas Sivila, Enrique
2003 *Jaime Mendoza. Vigía de la nacionalidad boliviana*. Sucre: Universidad Andina Simón Bolívar.

Bibliografía mínima de Jaime Mendoza

1911 *En las tierras del Potosí.* Barcelona: Imprenta Viuda de Luis Tasso.

1916 *Los malos pensamientos.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1916 *Poemas.* Sucre: Imprenta La Mañana.

1917 *Páginas bárbaras*. 2 vols. La Paz: Arnó Hnos.

1918 *Memorias de un estudiante.* Sucre: Tipografía Ligera de Wayar Hermanos.

1924 *Figuras del pasado. Gregorio Pacheco*. Santiago de Chile: Imprenta y Litografía Universo.

1924 *La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria. Ensayo histórico*. Sucre: Imprenta Bolívar.

1925 *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1925 "La ruta al Oriente; el tramo Sucre-Chaco. (Tercer folleto)". Sucre: Imprenta Bolívar.

1926 *El Mar del Sur*. Sucre: Imprenta Bolívar.

1926 *Oruro; poema*. Sucre: Imprenta Bolívar.

1927 *La ruta atlántica*. Sucre: Imprenta Bolívar.

1928 *Los héroes anónimos.* Cochabamba: López.

1928 *La ruta al Oriente; estudio de un ferrocarril del Paraguay a la Altiplanicie.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1929 *La carretera Oruro-Sucre.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1929 *La ruta diagonal (y sus proyecciones militares).* Sucre: Imprenta Bolívar.

1929 *El trípode psíquico.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1931 *El paludismo en Bolivia*. Sucre: Escuela Tipográfica Salesiana.

1932 *Pisar fuerte en el Chaco* (*para el H. Senado Nacional*). Sucre: Imprenta La Glorieta.

1932 *Vialidad al Chaco.* Sucre: Imprenta Bolívar.

1933 *La tesis andinista Bolivia y el Paraguay*. *Ensayo*. Sucre: Imprenta Bolívar.
1933 *La tragedia del Chaco*. Sucre: Imprenta y Litografía Salesiana.
1933 *El ideal pacifista*. Sucre: Imprenta de La Glorieta.
1935 *El Macizo Boliviano.* La Paz: Arnó Hnos.
1936 *Apuntes de un médico*. Sucre: Escuela Tipográfica Salesiana.
1936 *El lago enigmático*. Sucre: Charcas.
1937 *El Chaco en los albores de la Conquista.* Sucre: Imprenta y Litografía Salesiana.
1938 *Homenaje a la Universidad de Chuquisaca en el CCCXIV aniversario de su fundación.* Sucre: Charcas.
1938 *Voces de Antaño.* Sucre: Imprenta y Litografía Salesiana.
1939 *Notas sobre la hipocondría*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
1939 *Chuquisaca.* Sucre: Charcas.

Publicaciones periódicas sobre geopolítica y vialidad[19]

1911 "Bolivia". *Mundial. Magazine*, agosto de 1911. París.
1917 "La visión del porvenir". *La República,* núm. 10, 29 de abril de 1917. Sucre.
1919 "La ruta del Oriente". *Nuevas Rutas*, núm. 2, 30 de marzo de 1919. Sucre.
1919 "La cuestión del Atlántico". *Nuevas Rutas*, núm. 4, 19 de abril de 1919. Sucre.
1928 "Ruta diagonal". *La Razón*, 23 de noviembre de 1928. La Paz.
1929 "Pisar fuerte en el Chaco". *El Chaco*, núm. 2, 6 de enero de 1929. Sucre.
1929 "Dar las espaldas al Pacífico". *La Prensa*, núms. 2154-2157, 8, 10, 11 y 13 de agosto de 1929. Sucre.
1929 "Las grandes vías continentales". *L'Amerique Latine*, núms. 34 y 36, 24 de agosto y 8 de septiembre de 1929. París.
1929 *La ruta diagonal. (Y sus proyecciones militares)*. Sucre: Imprenta Bolívar.
1931 "Las rutas al Chaco". *La República,* núms. 1815 y 1821, 23 y 30 de abril de 1931. Sucre.
1931 "Memorial sobre mi actuación como Senador Nacional para el Centro de Estudiantes de Provincias". *La Democracia*, núms. 4, 5, 6, 7 y 8; 4, 8, 11, 15 y 18 de julio de 1931. Sucre.

---

19 Ver Gunnar Mendoza, "Bio-bibliografía de Jaime Mendoza, 1886-1993. Catálogo general cronológico por fechas de publicación. Escritos de Jaime Mendoza", Sucre, 1974. Incluye 37 entradas. Aquí se seleccionan los principales artículos en periódicos y revistas.

1932 “La tesis atlántica”. *El País*, núm. 1066, 22 de junio de 1932. Sucre.

1935 “El factor geográfico en la América del Sur”. *Última Hora*, 28 de febrero y 2 de marzo de 1935. La Paz.

1935 “Los constructores de la futura nacionalidad”. *Propaganda Nacional*, 12 de septiembre de 1935. Sucre.

1935 “La ruta diagonal suramericana”. *El Macizo Boliviano.* La Paz: Arnó Hnos. 199-206.

Intervenciones parlamentarias de Jaime Mendoza sobre geopolítica y vialidad

1935 “Legislatura ordinaria de 1934. Redactor del H. Senado Nacional”. La Paz: Litografías e Imprentas Unidas.

1936 “Legislatura de 1935. 1.º, 2.º y 3.º Congreso extraordinario y Congreso ordinario de 1935. Redactor del H. Senado Nacional”. La Paz: Litografías e Imprentas Unidas.

Bibliografía sobre Jaime Mendoza[20]

Alba, Armando
1945 "Andanza y señorío de Jaime Mendoza". *Universidad,* núms. 19-20 (octubre-diciembre): 376-381. Potosí.

Alvarado, José María
1977 "Jaime Mendoza, *El Macizo Boliviano*". La Paz: El Siglo.

Alvarado, Roberto
1948 "El complejo geográfico de Bolivia". *Revista de la Federación de Estudiantes de Chuquisaca,* núms. 3-4: 57-70. Sucre.

Arauz, Óscar Emilio
1939 "Jaime Mendoza, sembrador de ideales". *El Diario,* 28 de enero de 1939. La Paz.

Arce, Roberto
1981 "El pensamiento de Jaime Mendoza y la integración nacional. *El Diario,* 26 de abril y 3, 10, 17 de mayo de 1981. La Paz.
1976 "Integración de Bolivia a la luz del pensamiento de Jaime Mendoza". *Presencia,* 26 de mayo de 1976. La Paz.

Arduz Eguía, Gastón
1941 "Jaime Mendoza constructor de cultura, maestro de verdad y de vida". *Punto y Coma,* núm. 5: 11-13. La Paz.

Arguedas, Alcides
1912 "Letras bolivianas. Jaime Mendoza, en las tierras del Potosí". *La Revista de América,* núm. 5: 187-190. París.

Arze, José Antonio
1981 "Jaime Mendoza: el hombre y el escritor". *Escritos literarios (comentarios y semblanzas).* La Paz: Roalva. 197-204.

AA.VV.
1926 "Bibliografía. *El Mar del Sur,* por Jaime Mendoza. Sucre, 1926". *Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre,* núm. 268-269: 40-41. Sucre.

20 Ver Gunnar Mendoza, "Bio-bibliografía sobre Jaime Mendoza, 1886-1993. Catálogo general cronológico por fechas de publicación. Escritos sobre Jaime Mendoza", Sucre, 1974. Fichero Sucesión Mendoza. Se seleccionaron los principales artículos en periódicos y revistas.

Condarco Morales, Ramiro
1974 “Acercamiento de Mendoza a Tamayo”. *Presencia Literaria,* 23 y 30 de junio de 1974. La Paz.

Crespo Rodas, Alberto
1977 “Jaime Mendoza y la historia”. *Revista de Última Hora,* núm. 3, 13 de diciembre de 1977. La Paz.

Diez de Medina, Fernando
1961 “Jaime Mendoza, el incomprendido”. *El Diario,* 15 de octubre de 1961. La Paz.

Díaz Arguedas, Julio
1974 “Jaime Mendoza, el Gorki boliviano”. *Presencia Literaria,* 21 de julio de 1974. La Paz.

Díaz Machicao, Porfirio
1966 “Jaime Mendoza; 1874-1939”. *Prosa y verso de Bolivia. Antología*. La Paz: Los Amigos del Libro. 167-168.

Durán Boger, Luciano
1939 “Jaime Mendoza, el valiente acusador de nuestra realidad”. *La Noche,* 28 de enero de 1939. La Paz.

Francovich, Guillermo
1928 “Las ideas nacionalistas de Jaime Mendoza”. *Universidad de San Francisco Xavier,* núm. 4: 31-40. Sucre.

Gamarra Durana, Alfonso
1993 “Concepción geopolítica de Jaime Mendoza”. *El Diario. Suplemento Literario,* 26 de septiembre de 1993. La Paz.

Martínez Salguero, Jaime
1973 “Mendoza, abanderado de la bolivianidad”. *Presencia literaria,* 6 de agosto de 1973. La Paz.

Medeiros Querejazu, Gustavo
1939 “Jaime Mendoza y la política internacional de Bolivia”. *Universidad San Francisco Xavier,* núm. 21: 473-582. Sucre.

Medinaceli, Carlos
1927 “La personalidad intelectual de don Jaime Mendoza”. *El Día,* 27 de junio de 1927. Potosí.

Medinaceli, Emilio
1941 “Jaime Mendoza: Paradigma de Bolivianidad”. *Libertad,* 26 de octubre de 1941. núm. 1: 15-18. La Paz.

Mendoza, Gunnar
1992 *Obras completas*, vol. v, t. viii. Sucre: abnb.
1983 "La ruta diagonal en la concepción geopolítica boliviana de Jaime Mendoza". *La ruta diagonal y sus proyecciones militares*. Jaime Mendoza. Sucre: cordech. 25-28, 32.
1974 "Bibliografía de Jaime Mendoza. Libros y opúsculos publicados por separado (no en revistas o periódicos)". *El Diario Suplemento Literario,* 28 de julio de 1974. La Paz.
1966 "Jaime Mendoza, resumen biográfico". *Presencia Literaria,* 27 de marzo de 1966. La Paz.
1939 "Prólogo". *La interpretación telúrica de Bolivia en Jaime Mendoza, Charcas*, núms. 1-9: 125. Sucre.

Ortiz Sanz, Fernando
1976 "Jaime Mendoza y la nueva Bolivia". *Américas,* núm. 9: 21-26. Washington, d.c.
1974 "Jaime Mendoza. Grandeza y homenaje". *El Diario. Suplemento Literario,* 28 de julio de 1974. La Paz.

Prudencio Bustillo, José
1927 "Jaime Mendoza". *El País,* núm. 388: 2-3. Sucre.

Parker, Belmont William
1922 "Jaime Mendoza, Physician, Man of Letters". *Bolivians of Today. The Hispanic Society of America*. London / New York.

Ríos Quiroga, Luis
1974 "Jaime Mendoza: Nativismo y folklore". *Los Tiempos,* 24 de septiembre de 1974. Cochabamba.

Riverín, Renato A.
1930 *Manifiesto a la juventud de mi patria.* Antofagasta: Nacional.

Vargas Sivila, Enrique
1933 "Al servicio de la nacionalidad. La tesis andinista por Jaime Mendoza". *El País,* 5 de julio de 1933. Sucre.

Sobre esta edición

En esta edición se reproduce la primera y única de *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (Sucre, 1925) y la primera de *El Macizo Boliviano* (La Paz, Arnó Hnos., 1935). Se corrigieron erratas y errores, además se modernizó la ortografía de las primeras versiones mencionadas. Se respetaron, sin embargo, algunos rasgos de la escritura de Jaime Mendoza: el uso de mayúsculas para identificar algunas unidades geográficas (por ejemplo, el Macizo Boliviano, el Macizo de Charcas, la Cuenca Beniana, etc.) y sus topónimos (Tihuanacu, Boyuibi, etc.). Se ha sustituido el texto "Reaparición de una nacionalidad", uno de los apéndices incluidos en *El Macizo Boliviano* de 1935, por una versión más completa publicada en 1974, con notas de Gunnar Mendoza, con el título "El advenimiento de la nacionalidad boliviana" (Apéndice v, págs. 273-288 de la presente edición).

El factor geográfico en la nacionalidad boliviana
[1925]

Líneas iniciales

Hace algunos meses, habiendo sido presentado a la Sociedad Geográfica Sucre, leí, como trabajo de ingreso, un estudio histórico titulado "La aparición de la nacionalidad boliviana en Sur América", que fue elogiosamente acogido por ese centro científico.

En ese escrito que probablemente registrará en estos mismos días *La Nación* de Buenos Aires, insinuaba yo ya la tesis acerca de la importancia primordial del medio físico, o sea del factor geográfico, en la constitución de la nacionalidad altoperuana, aun antes de los factores sociológicos que intervinieron en tan singular evolución.

En el presente trabajo no hago sino explayar algo más esa tesis.

Bien es verdad que, por dificultades materiales, he debido reducir el libro que primitivamente escribí sobre este asunto a las proporciones (casi la tercera parte) con que ahora lo presento. El gobierno nacional habíame ofrecido su ayuda tanto para esta publicación como para la de mi libro *El Mar del Sur*, obra igualmente de índole sociogeográfica que versa sobre nuestra cuestión del Pacífico, que a mi juicio es una cuestión secular. Ambas obras quería yo presentarlas como un homenaje al Centenario de la República. Mas, desgraciadamente, solo a última hora y después de hallarse ya impreso este folleto, he recibido una pequeña subvención del gobierno; quedando el otro libro aún inédito por ser muy voluminoso y porque no es posible reducirlo en sus dimensiones sin desfigurarlo.

Después de todo, paréceme que en las siguientes páginas queda explícitamente planteada la tesis que sostengo respecto de que

la nacionalidad boliviana está asentada radicalmente sobre una verdadera unidad geográfica en oposición a aquellos escritores, como el español Badía Malagrida, que sustentan la tesis opuesta –o sea del "conglomerado"– al referirse a la configuración territorial de Bolivia.



Se ha hecho una edición limitadísima del presente folleto –200 ejemplares–, de los que cien serán enviados al supremo gobierno. La Sociedad Geográfica Sucre lo registrará también en su boletín. Y en cuanto a la presentación material de la obra, ella, según verá el público, no puede ser más modesta; pero así y todo, representa una ofrenda, aunque humilde, efectiva a la patria en el punto en que va a cumplir sus primeros cien años de vida.



Para concluir, y en atención a la índole de este trabajo, dedícolo con respeto a las sociedades geográficas del país, haciendo votos porque la unidad moral de que tanto han menester los bolivianos y de la que he hablado incidentalmente en estas páginas al tratar de la unidad geográfica, sea una bella realidad en el porvenir.

Sucre, agosto de 1925

El factor geográfico en la nacionalidad boliviana

I
Los Andes continentales. El eslabón andino central. El Macizo Boliviano y sus rasgos principales. La Altiplanicie. Las cordilleras. La zona hidrográfica. El clima

La cordillera de los Andes constituye la gran unidad geográfica de Sur América. Pero dentro de ella hay otras unidades parciales, que sin romper la que les es común, le dan una extraordinaria variedad arquitectónica y estructural. Así, en unas partes, se presenta la cordillera formando un solo cuerpo; en otras, se divide en varias ramas; estas ramas llegan, en veces, por el oeste, hasta el Pacífico, formando allí semilleros de islas, como el de Chiloé, por ejemplo; o bien, por el este, entran a formar una gruesa parte de la masa continental, semejando las costillas de un torso gigantesco; tal las ramificaciones patagónicas del sur o las colombianas del norte, que van a morir al Atlántico. Pero, otras veces, después de un trayecto más o menos largo en el continente, esos ramales vuelven al tronco matriz, para unirse a él, formando nudos; y por último, entre las ramas y nudos se ven con frecuencia altísimas mesetas.

Es decir, la cordillera andina está formada de diversos segmentos que se articulan unos con otros, formando otros tantos eslabones, cada uno de los cuales, a la vez de integrar la cadena que les es común, se muestra, sin embargo, con caracteres propios que le dan su respectiva individualidad.

Y, ahora bien, entre esos eslabones hay uno que resalta notablemente entre los demás por los siguientes caracteres:

1.º Porque ocupa justamente la parte central de la cordillera andina, entre los paralelos 14º y 27º sur.
2.º Porque es el más elevado: sus legiones de picos tienen 6.000 y 7.000 metros sobre el nivel del mar.
3.º Porque es el más ancho: hay puntos en que pasa con mucho de 400 kilómetros en su espesor.
4.º Porque es el más largo; su longitud abarca por lo menos 12 grados geográficos.

A esta gran formación continental es a la que damos el nombre de "eslabón andino central". Y ahora puntualicemos algunos detalles.

El Macizo Boliviano. Hacia el paralelo 27º austral (Copiapó) la cordillera de los Andes, que desde el estrecho de Magallanes se dirige al norte, formando un solo tronco, sufre un fenómeno de dispersión. Grandes masas montañosas se desprenden hacia el oriente (Tres Cruces, San Francisco, etc.) e, internándose en el continente, forman una nueva cordillera que va también al norte, paralelamente a la primera, hasta el nudo de Vilcanota en el paralelo 14º sur, en que ambas cadenas vuelven a unirse.

Como resultado de esta bifurcación queda entre las dos cordilleras un gran espacio de tierra y agua que es la Altiplanicie.

Resulta, pues, así, un primer hecho característico: un bloque colosal de los Andes, formado por una meseta circundada de dos cordilleras. O, lo que es lo mismo, queda constituido lo que se ha llamado el Macizo Boliviano, nombre que también nosotros conservaremos, hechas ciertas restricciones que después se explicarán.

Réstanos, ahora, caracterizar las principales líneas del macizo:

Meseta Central. Ella no es solo esa faja de tierra que describen las obras de geografía, extendiéndose desde el lago Titicaca por el norte hasta el nudo de Potosí por el sur, o a lo sumo hasta los Lípez. Es mucho más. Es la gran altillanura que corre desde los pies del Vilcanota hasta los confines australes de la puna de Atacama. Abarca, por consiguiente, unos 12 grados geográficos de longitud por lo menos, si se tiene en cuenta la inflexión curvilínea occidental del continente suramericano en estas latitudes, teniendo por ancho alrededor de cien kilómetros. Por el norte encajonan esta

grandiosa meseta los nudos de Vilcanota y Apolobamba. Por el sur muere ella en el amplio zócalo que contornean los brazos abiertos de Tres Cruces y otras montañas. Su altura varía entre 3.800 a 4.000 metros sobre el nivel del mar. Su aspecto es en general el de inmensas sabanas de tierra de perfecta horizontalidad, sembradas, de cuando en cuando, por moles orográficas esporádicas y mostrando en diversas partes grandes masas de agua, como los lagos Titicaca y Poopó, o enormes salares, como los de Coipasa y Uyuni. La forma de esta meseta es la de una faja longitudinal ligeramente arqueada hacia el occidente.

Las cordilleras. Cordillera Volcánica o de la Costa. Ella forma el marco occidental de la Altiplanicie. Por su vertiente oriental desprende sobre esta sus contrafuertes, algunos de los cuales se aproximan a los que vienen de la Cordillera Real que está a su frente. Por la vertiente occidental desprende asimismo poderosos contrafuertes, que van degradándose poco a poco, hasta llegar al Pacífico, donde forman las playas de Atacama, Tamarugal, Arica y Mollendo. La línea trazada por esta cordillera es también la de un arco, una vez que contornea al Altiplano. Entre sus picos culminantes se pueden citar, yendo de sur a norte, los de Llullaiyacu, Licancaur, Sajama, Misti, que pasan de 6.000 metros.

Cordillera Real u Oriental. Tiene, con mucho, proporciones superiores a la otra. En el marco oriental del Altiplano se desarrolla en grandiosos eslabones como los de Carabaya, Ancohuma, Tres Cruces, Frailes, etc. Por sus faldas occidentales entra a formar parte del Altiplano. Por el lado oriental se dilata en colosales ramificaciones que, en lo general, van también longitudinalmente (Chichas, Caipa, Tacsara, Centa, etc.) formando profundos valles hasta que, al fin, por sus últimas estribaciones, se esparce en la región de las llanuras. En esta cordillera culminan soberbiamente los nevados de Cachi, Lípez, Tres Cruces, Illimani, Illampu, Cololo.

Nudos. Hay los que podemos llamar principales y los secundarios. Los primeros están en los extremos norte y sur; los segundos aparecen con frecuencia en el resto de las cordilleras. Por el sur, después del gran desplegamiento de la cordillera de los Andes (paralelo 27° sur) para formar las primeras plataformas del Altiplano, sigue corriendo la cordillera ya en un solo cuerpo, o a lo sumo desprende macizos aislados, como los de Potro, Aconcagua,

etc. Por el norte, desde Vilcanota, la cordillera andina se divide en tres cordilleras que constituyen las sierras peruanas. Además, allí mismo se constituye un verdadero *divortia acuarum* para los ríos que vienen al sur, a la hoya del Titicaca y para los que van al norte (ríos Apurímac, Urubamba, etc.).

Entre los nudos secundarios se notan en la Altiplanicie los de Lípez, Frailes, Oruro, La Paz y, en la Cordillera Real, se destacan los de Potosí, Cochabamba y Apolobamba.

La zona hidrográfica. El Macizo Boliviano es también, como hemos dicho alguna vez, un *acuarium* gigantesco. Diríase un enorme tazón en cuyo fondo hubiesen quedado los restos del líquido que antes le colmaba hasta los bordes, constituyendo un mar interior de vertiginosa altura. Esos restos son los grandes lagos salinos de la Altiplanicie, así como el Poopó y el Titicaca. Hoy mismo, de los bordes fracturados del tazón escapan las aguas que van al Atlántico y al Pacífico. Pero, fuera de estas aguas visibles, el gran Macizo deja también escapar, por trayectos subterráneos, otras aguas que, reuniéndose a las primeras, contribuyen en gran escala a constituir los formidables estuarios del Amazonas y el Plata por el lado del Atlántico, así como los otros ríos de menor consideración que van al Pacífico.

El legendario Titicaca es el lago más elevado del mundo (su altura se aproxima a 4.000 metros); y confluyen a él por el norte, oriente y occidente, los ríos que no pueden ir afuera de las cordilleras. Por el sur, el Titicaca se comunica con el Poopó por el Desaguadero, y este, a su vez, desborda una parte de sus aguas hacia el Coipasa y el Chipaya.

Estos lagos no muestran ninguna salida visible. Sus aguas, en este sentido, son estrictamente continentales. Forman una gran cuenca interior.

Y de aquí mismo resulta que el Macizo Boliviano viene a constituir un cuádruple *divortia acuarum* divisible en: 1.º Sistema del Pacífico; 2.º Sistema de la Altiplanicie; 3.º Sistema Amazónico y 4.º Sistema del Plata.

Clima. A la incontable variedad de relieves físicos que presenta el eslabón andino central dentro de sus líneas fundamentales, corresponde, naturalmente, otra variedad climatológica.

Y en tal sentido, podría decirse que aquí se resumen todos los climas del globo, desde los propios de las regiones polares hasta los del África Central.

Pero también, sin tener en cuenta detalles de poca importancia, pueden reducirse los climas dominantes en el país a tres tipos: el cálido, el frío y el templado. El clima cálido domina en las regiones bajas hacia las faldas y llanuras que siguen a las vertientes occidentales y orientales del macizo: región de la costa al oeste, región de los bosques en el este. El clima frío es el dominante en la meseta central y las cordilleras (puna brava, puna, etc.). Y, en fin, el clima templado abarca todas las zonas intermedias, dando lugar a los matices que se llaman *cabecera del valle, valle, Yungas*, etc.

Se comprende, por lo demás, cuánto debe influir el régimen de lluvias. En las costas del Pacífico, correspondientes al eslabón andino central, no llueve. La gran mole del Macizo Boliviano no deja pasar los vientos alisios venidos del Atlántico que favorecen las lluvias y, por tanto, el clima en esas costas es seco; el suelo es árido. Pero a medida de ir del Altiplano hacia las llanuras orientales, las lluvias se hacen más y más abundantes, desplegándose allí, ante los ojos, las inmensas selvas pletóricas de recursos para la vida.

II

Datos geológicos. Historia geogénica del Macizo Boliviano. Su estructura y configuración actuales

Geogenia. Según el pensar de los más que han estudiado este asunto, en tiempos posteriores a la época arcaica del planeta, los Andes orientales fueron los primeros en surgir en el mar siluriano. El Atlántico y el Pacífico, unidos entonces, los bañaban directamente. Luego, en el terciario (oligoceno) emergió la otra cordillera constituyendo una línea de fuego, la cual, al anudarse a los extremos de la cadena oriental, dio lugar a la formación de una gran oquedad donde fue aprisionada la parte correspondiente del océano, formándose de este modo un brazo de mar mediterráneo. Después, con los tremendos movimientos tectónicos que seguían produciéndose, se fueron desaguando por los bordes deprimidos de las cordilleras hacia el Atlántico y el Pacífico, ya separados, las aguas antes encerradas. Por último, vaciado el mar interior y bajo el influjo de nuevos movimientos catastróficos, como los del

periodo glacial y postglacial, el espacio comprendido entre aquellas se fue rellenando con los materiales de erosión de las montañas circundantes y de las centrales, muchas de las cuales acabaron por desaparecer, al aplanarse, quedando así constituida la meseta. Esta, en tiempos remotos, habría sido de un nivel muy inferior al que ahora tiene, habiendo ido elevándose gradualmente en millares de años, y según algunos, hasta en pocos minutos en uno de esos cambios geológicos bruscos que en veces se han producido en el mundo.

En cuanto a las cordilleras laterales del macizo, ellas naturalmente sufrieron también diversos cambios geológicos, muy singularmente la Occidental, la cual ha sido la última en constituirse dentro de la forma en que actualmente la vemos.

Constitución y morfología actuales. Hoy, si bien la geología del eslabón andino central no está debidamente estudiada, se pueden establecer algunos de sus principales rasgos en la forma esquemática siguiente: en el relieve más culminante y amplio del macizo, que según hemos dicho, está constituido por la Cordillera Real, se nota el predominio de las formaciones paleozoicas (periodo primario). Puede decirse que ellas dan lugar a una gran faja de terrenos silurianos extendidos a lo largo de dicha cordillera y sus contrafuertes. Los terrenos devónicos se notan asimismo en cierta disposición longitudinal que ocupan, además de las vertientes occidentales de la cordillera que dan al Altiplano, también en las orientales, llegando hasta el cauce de los ríos que de ella nacen, como el Beni y el Mamoré. Los estratos carboníferos y permeanos siguen análoga dirección. Las formaciones jurásicas (periodo secundario) caracterizan una gran extensión de la cordillera occidental y de la Altiplanicie.

Las capas terciarias ocupan la mayor parte del Altiplano y también de las zonas orientales. Calcúlase que su extensión no es menor de 700 mil kilómetros cuadrados entre ambas regiones.[1]

En cuanto a los terrenos cuaternarios, se los ve en zonas inmensas, tanto en la meseta central como en las llanuras que siguen a las vertientes de ambas cordilleras.

1 Díaz Romero dice a este propósito: "Quitando íntegramente el Altiplano (200 mil km^2), nuestro país tiene todavía formación terciaria al oriente y sudeste en una extensión que equivale a la tercera parte de todo el territorio nacional, o sea 500 mil kilómetros cuadrados en números redondos".

Las rocas eruptivas (granitos, pórfidos, traquitas) se encuentran igualmente en las dos cadenas, predominando en la occidental las dioríticas y en la oriental, muy singularmente en los cerros mineralizados, la dacita, riolita, andesita, etc.

MINERALES. Dentro del punto de vista geológico, podemos también decir que el eslabón andino central presenta sus principales formaciones metalíferas agrupadas o seriadas en cierta disposición que, salvo las complicaciones que necesariamente han debido seguirse a los cataclismos terrestres, presenta bastante regularidad.

Así, la plata, que constituye una de las más notables características en este respecto, forma una gran faja de yacimientos que se dirige de sur a norte siguiendo ya el tronco principal o ya las ramificaciones de la Cordillera Real (Incahuasi, Lípez, Potosí, Oruro, Cochabamba, La Paz, etc.). El estaño, asimismo, sigue más o menos un rumbo análogo. Y, aunque con diversas restricciones, pueden formarse así otras líneas con los demás metales en que es tan rico el Macizo Boliviano, tales como el oro, el antimonio, el cobre, el hierro, el plomo, el wólfram, etc.

En la zona correspondiente al lado occidental del macizo pueden verse también ciertos productos de origen mineral y orgánico distribuidos en series. Así, en el relieve inicial que baña el Pacífico, sabido es cómo los yacimientos de salitre, que tanto caracterizan esa zona, ocupan una faja de tierra que se extiende desde el sur (Copiapó) al norte, hacia el paralelo 14º, más o menos, o sea en toda la zona correspondiente a las faldas occidentales del macizo. Y, avanzando hacia las alturas del mismo, se ve también que los enormes yacimientos de bórax y de cloruro de sodio, que ocupan una parte inmensa de la cordillera occidental y de la Altiplanicie, ofrecen una disposición de sur a norte bastante regular.

Por último, debemos recordar las formaciones petrolíferas que, desde el Altiplano, se extienden hacia las zonas orientales en yacimientos seriados de sur a norte, ocupando, sobre todo, grandes extensiones que siguen a las últimas estribaciones de la Cordillera Real.

III
El eslabón como unidad geográfica

Los datos consignados anteriormente, no obstante su brevedad y parsimonia, son suficientes para llevarnos a la conclusión ya enunciada anteriormente, a saber: que el eslabón de la cadena andina que acabamos de describir constituye una verdadera unidad geográfica en el continente, o sea, un territorio homogéneo que, aun cuando en sus detalles presenta innumerables accidentes físicos, en cambio, por sus grandes y fundamentales delineamientos, se presenta como uno de los sectores mejor definidos entre los que presenta el sistema andino americano.

Los límites norte y sur de este sector se hallan claramente establecidos por los nudos que allí reúnen a las cordilleras. El límite occidental lo constituye el mar Pacífico, ya que los Andes, por su vertiente que da al levante, llegan hasta ese mar. Y en cuanto al límite oriental, este se encuentra en la región correspondiente a las hoyas amazónica y platense. Bien es verdad que en este último punto hay cierta dificultad para establecer un lindero exacto; pero en realidad esto depende del criterio que se adopte. Así, para los más, el eslabón andino debería acabar allá donde concluyen las últimas ramificaciones orientales y donde comienza la zona de las grandes llanuras. Mas, a nuestro juicio, si aparentemente esto parece racional, en realidad no lo es, puesto que una enorme porción de esas llanuras no es sino la continuación horizontal de la misma zona montañosa. Y según esto, por ejemplo, la ciudad de Santa Cruz, que parece escapar al núcleo orográfico, por hallarse en el comienzo de los llanos orientales, todavía le pertenece. Es todavía una ciudad andina. Más adelante, volveremos con más extensión sobre este punto.

IV
El eslabón andino y el hombre

Consideraciones sociogeográficas. La prehistoria. Tihuanacu y la época preincásica. La época incásica. El coloniaje. La Guerra de la Independencia. La República

Ahora, trazado en sus grandes rasgos el bloque que la Naturaleza talló en esta parte del continente, réstanos ver hasta qué punto el hombre

se dejó influir por aquel. Existen, en diversos puntos del gran eslabón andino, las huellas inequívocas del hombre prehistórico y de la deslumbrante civilización a que pudo llegar. Refirámonos, únicamente, a las más ostensibles de esas huellas: a Tihuanacu.

Tihuanacu –ya no cabe duda– fue la metrópoli de un potente Estado que hace más de 10 mil años floreció en el mundo. Tal nos lo dicen sus monumentos. Así nos lo demuestran esas piedras labradas, que bien valen por una historia larguísima escrita por manos gigantescas. Esas piedras son lenguas, son signos contundentes que nos están diciendo que, así como el Macizo Andino había sabido elevarse sobre la faz continental a tan enorme altura, merced a las fuerzas recónditas del globo, que allí reventaron con proporciones colosales, de igual suerte, una raza de hombres rudos, bajo el influjo de sus incontenibles energías, supo constituir en esas altitudes un foco de cultura humana extraordinario, una de cuyas manifestaciones, plasmada en la piedra, ha llegado hasta nosotros para asombro de las edades.

Y estos mismos monumentos nos están diciendo además otra cosa: que el medio en que actuaba esa raza fue parte, y no pequeña, para inducirla a realizar esos prodigios. ¡Claro! Un medio grandioso, con una planicie inmensurable ante los ojos, orlada de centinelas titánicos como el Illampu, el Illimani, el Sajama, el Huallatiri, bajo el dombo de un cielo radiante, donde los astros lucen más brillantes, por lo mismo que se les ve de más cerca y a través de una atmósfera más diáfana; un medio en que se alza un gran lago, que lo era muchísimo más en esos tiempos remotos, quizás formando uno mismo con el Poopó y otros, brindando sus aguas tranquilas para un sistema de comunicación amplio y rápido; un medio rodeado a todos lados por territorios de variada productibilidad en los tres reinos; un medio de admirables condiciones estratégicas, donde el sistema de defensa de un Estado podía hacerse en condiciones por demás ventajosas y desde donde era más fácil desbordar a las zonas bajas, imponiéndose en la guerra o en la paz; un medio, en fin, que por uno de sus costados recibía los beneficios del mar, de ese mismo mar hasta cuyas riberas llevaba la raza los rastros de su civilización, no podía menos que ser, para esa raza, un inspirador de sus pensamientos, una fuente perenne de su afectividad superior y un propulsor eficiente de su voluntad.

Hay que recordar a este propósito la admirable armonía que desde tiempos inmemoriales se ha producido entre ciertos medios y sus

moradores. En la meseta del Irán (Asia menor) vivió otrora una raza que realizó obras portentosas. De allí nació el gran Imperio Persa. Y no sabemos si antes ya hubo allí aun mayores cielos de civilización. Y sin ir hasta el Asia, fijémonos que en América, en la meseta del Anahuac (México), floreció también otra raza briosa, cuyos rastros luminosos se encuentran allí, a cada paso, ante los ojos avizores del investigador. Y ahora, tratándose de la gran meseta, que entra en gran parte en la constitución del Macizo Boliviano, es muy natural deducir que allí también una raza bien dotada hubiese hallado condiciones propicias para su cultura y engrandecimiento.

V
Los aymaras

Pero, pasa Tihuanacu, y viene la noche. Una noche larga, quizás de miles de años.

Acaso un gran cataclismo astronómico o terrestre destruye la soberbia urbe de la Altiplanicie. O acaso el destructor es el hombre… el hombre mismo que con frecuencia es un Gengis Kan. Lo cierto es que aquella civilización desaparece. Y, en torno a esas ruinas, surgen otros hombres, otros pueblos, otras razas.

¿Cuáles fueron ellas? No lo sabemos. Lo único que sabemos es que, antes del advenimiento del Imperio Incásico, estaba enclavada en el macizo altoperuano la raza de los quechuas y aymaras que hasta hoy mismo supervive aquí.

¿Pero de dónde procedían esos hombres? ¿Eran autóctonos de esta misma tierra? ¿O eran, como creen Díaz Romero y otros, meros advenedizos, tal vez una fracción mongólica, venida desde lejanos lares en luengos periodos de tiempo, que llegó hasta estas alturas y procediendo a sangre y fuego, cual procediera después en el Asia misma, destruyó la civilización de Tihuanacu?[2] Tampoco lo sabemos.

---

2 Ulloa da mucha similitud a la lengua quechua con la hebrea.

Fidel López da a los quechuas rasgos propiamente pelásgicos. Otros los hacen próximos parientes de los aymaras, a quienes se les hace afines de la raza paleosiberiana.

Díaz Romero cree que se sucedieron dos civilizaciones en Tihuanacu; la primera, de los atlantes, y la segunda, de los arios, habiendo sido destruida esta última por los mongoles, de los que serían los aymaras una rama desprendida, hace unos seis o siete mil años.

Pero, entre tanto, es digno de llamar la atención el hecho de que esa raza, sea cual fuere su procedencia, ha sabido permanecer dentro del gran Macizo en condiciones de resistencia verdaderamente admirables, venciendo los incontables factores de destrucción que sobre ella han caído. En lo cual también debemos ver una intervención providencial del medio.

VI
Los incas

Según leyendas muy conocidas, el primer impulso civilizador que dio origen al Imperio de los Incas salió del Titicaca, es decir, del seno mismo del Macizo Boliviano. Reinaba la sombra en el mundo –dice la mitología indígena–; era una noche larga de lobreguez y misterio, cuando al fin apuntó el sol tras el peñón sagrado del lago, trayendo la vida y la luz a los hombres.[3]

Ahora bien, la leyenda que ha conservado el recuerdo tan profundamente impreso de esa noche larguísima, acaso se refiere a algún cataclismo cósmico durante el cual pudo, en efecto, hallarse oculto el sol por mucho tiempo. Bien que, igualmente, parece encerrarse en esa leyenda una imagen metafórica, un hermoso símbolo en el cual podemos descubrir que, durante mucho tiempo, reinaba allí la sombra de la barbarie y del terror hasta que surgió del lado del Titicaca la primera llamarada civilizatoria que iluminó las conciencias y enardeció los corazones.

Mas sea como fuere, y ya cuando se trate de Manco Cápac, por ejemplo, se trate de un ser real de carne y hueso, o ya se trate del mismo sol o de un mero símbolo, el hecho es que, de todos modos, el famoso lago, famoso ya desde el inmemorial Tihuanacu, tornaba a jugar un enorme papel en el escenario de la América. Y de este modo el Macizo Andino venía a ser la cuna de una nueva civilización.

---

3 El nombre *Titicaca* suele ser motivo de diversas interpretaciones: creen algunos que significa "el peñón del puma" (*titi* o "león" de los indígenas). Nosotros creemos que le conviene mucho mejor el de "peñón del sol", lo que se halla de acuerdo con la leyenda aludida.

Cierto es que, por razones fáciles de explicar, el centro principal del poderío incásico quedaba desplazado hacia la ciudad andina del Cuzco, pero no es menos cierto que el gran Macizo continuaba siendo el sustentáculo fundamental del nuevo imperio. Allí estaban los terribles aymaras y los quechuas, cuya conquista habían emprendido los incas ya por medios conciliatorios o ya por medio de la guerra. Por aquí también y con los mismos elementos del suelo habían marchado a la conquista de Chile. El Titicaca continuaba siendo para ellos el lugar sagrado, donde se recogían llenos de unción y respeto. En sus islas edificaron los soberbios palacios cuyas ruinas aún quedan en el presente. Esa tierra los atraía no solo con el prestigio de su incalculable antigüedad, sino también por ella misma, por sus montañas, por su cielo, por sus llanuras, por su aire extrañamente grandioso e imponente. El imperio, en esta región, llegó a extenderse hasta los últimos contrafuertes de los Andes, en la región oriental, abarcando por tanto más de 400 kilómetros, o sea toda la anchura del eslabón. Hoy mismo aún se conservan en las serranías de Vallegrande (Abapó), las ciclópeas terrazas a las que ascendían los fieles de la religión incásica a ver salir el sol de entre el mar de verdura de los bosques del Gran Chaco y rendirle un culto fervoroso. Y por allí también la palabra *Incahuasi* aún ha quedado hasta hoy, como ha quedado al sur, en los confines del macizo (Atacama) y como se la encuentra en muchos otros puntos de la América.

VII
El Alto Perú

Cuando después del descubrimiento e invasión del Perú escalaron los españoles el territorio andino que hoy constituye Bolivia, lo llamaron Alto Perú. Y sobre el Alto Perú, a los pocos años, organizaban aquella célebre entidad colonial que se llamó Real Audiencia de Charcas. Esta Audiencia estaba comprendida dentro del Virreinato de Lima, que España había forjado casi sobre los mismos moldes territoriales del Imperio de los Incas, que acababan de destruir los invasores. Y de este modo comenzó en estas tierras un nuevo ciclo de evolución humana que debía durar cerca de 300 años.

Lo curioso es que los españoles, al fundar esta repartición, diéronle como primordial basamento el mismo núcleo montañoso que

vamos estudiando. Lo que quiere decir que el medio seguía imponiéndose en los conquistadores, aun cuando ellos, por la deficiencia de sus conocimientos geográficos, no se dieran cuenta de eso.

Y es curioso también que, no obstante la condición de territorio conquistado a que había ingresado el macizo, supo sin embargo destacarse desde el primer momento de un modo singular. Aquí ocurrieron los primeros gestos de rebeldía contra la Corona Hispana entre sus mismos súbditos castellanos. Aquí se alzó Pizarro hasta caer en Sacsahuana. Aquí, en lo intelectual, una pequeña ciudad, perdida entre los contrafuertes andinos, irradió una soberbia luz desde su universidad: Chuquisaca. Y aun por su misma constitución geológica brilló el país en todo el mundo, en un derroche colosal de plata, que hizo famoso el nombre de Potosí.

VIII
La Guerra de la Independencia

En la Guerra de la Independencia de las colonias hispánicas contra España, el papel que cumple el eslabón andino central es también capital, tanto por sus condiciones estratégicas, como por su situación en el continente.

Y, desde luego, llama la atención el hecho de que, no obstante su condición mediterránea, que la hacía casi inabordable al aliento del mundo exterior, muy al contrario de otros territorios más favorecidos en este orden como Buenos Aires o Chile, sin embargo, es de entre los rincones más recónditos de sus montañas que salen los primeros gritos en favor de la libertad.

Y es, asimismo, este territorio que se empapa con los primeros hechos de sangre. En 1809, cuando aún no había ocurrido en el resto de la América ninguna acción de armas contra España, ya en el Alto Perú se producen los hechos de Chacaltaya, Chicanoma, Irupana, etc.

Y luego, en el curso de la guerra, el Alto Perú, por sus condiciones geográficas, sigue llenando un papel enorme. Aquí los insurgentes, que se habían lanzado a una aventura realmente temeraria, saben aprovechar todos los recursos que les ofrece el terreno. Mil veces son aplastados y vuelven a levantarse mil veces. No pueden organizar ejércitos regulares y se hacen simples guerrilleros. No cuentan con

fusiles o cañones y se arman de mil singulares herramientas, entre ellas, las *makanas* con que saben triunfar en Aroma. No tienen, a veces, hasta los alimentos indispensables y sufren largos ayunos o la pasan con un poco de coca. Pero el medio, del que son hijos, los favorece. Él les da esa indomable resistencia con que abruman al enemigo poderoso.

Y es de tal suerte, con este simple sistema de guerrillas, que el Alto Perú sabe entretener dentro de su territorio los ejércitos bien tenidos y mandados por ilustres jefes de que dispone la España, dando así lugar a que los países vecinos se aprovechen para obtener más pronto su independencia. He aquí, pues, uno de los principales aspectos del singular papel que el Alto Perú, por razón de su situación y de sus relieves físicos, desempeñó en la Guerra de la Independencia.

Pero, a la larga sobrevino un fenómeno que lógicamente debía producirse. Los realistas, a fuerza de estar luchando cada día con los guerrilleros altoperuanos, acabaron también por familiarizarse con la topografía del territorio que pisaban y, puesto que tenían muchos más recursos que los otros, supieron, diestramente, posesionarse de los mejores sitios para de allí realizar sus movimientos en todas direcciones. Esto es, los españoles volvieron en su favor las condiciones estratégicas del gran Macizo altoperuano. Y de esta suerte, cuando ya la guerra continental había concluido y la España había sido vencida desde Venezuela hasta la Argentina, todavía continuaba adherida al Alto Perú.

Y entonces, por una rotación curiosa de los sucesos, el mismo territorio en que se había iniciado la guerra vino a ser el postrer baluarte de los peninsulares. Lo cual constituía una grave amenaza para el resto de Sud América.

Tal lo comprendió Bolívar cuando decía estas palabras refiriéndose al Alto Perú: “El Potosí es hoy el eje de una inmensa esfera: Toda la América Meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio”. Y, por eso, después de Ayacucho, hizo Bolívar que Sucre pasase al Alto Perú. Y es sabido cómo acabo este asunto. Los altoperuanos, aún antes de que Sucre se encarase con el ejército del realista Olañeta, destruyeron a este en Tumusla y solo entonces quedó el Alto Perú libre del yugo español.

IX
La República

Y henos ahora en el punto de partida capital de este estudio. El Alto Perú, que en su condición de Audiencia de Charcas había formado parte del Virreinato de Lima por más de dos siglos, había sido segregado por la España de dicho Virreinato para añadirlo al de Buenos Aires, en los últimos 40 años.

Ahora bien, al declararse en 1825 independiente de España, ¿en qué situación quedaba este país respecto a aquellas grandes formaciones coloniales a que había estado antes agregado? ¿Debía constituir nación con alguna de ellas? Tal fue la cuestión que se planteó para el Alto Perú después de la guerra y que le tocó resolverla a él mismo.

Hacia el Perú parecían llamarle diversas razones. Territorialmente se hallaba vinculado a él. El Perú ya ocupaba el extremo boreal del Macizo Andino, geográficamente perteneciente al Alto Perú. El mismo lago Titicaca estaba partido en dos para cada uno de ellos. Juntos habían entrado a formar el Imperio de los Incas. Y juntos, asimismo, estuvieron por más de 200 años en el Virreinato de Lima. Añádase a todo esto los factores correspondientes a la raza, lengua, religión, etc.

Mas, por el lado de la Argentina, existían también poderosos antecedentes para propiciar la integración en esa nacionalidad del Alto Perú. Había también allí unión territorial. La Argentina poseía ya los flancos orientales del extremo sur del macizo altoperuano (sierras de Aconquija, Tucumán, Salta, Jujuy, etc.). Al estuario del Plata iban a dar las aguas nacidas en una gran parte del Macizo Andino (Pilcomayo, Bermejo, etc.). Toda la zona de los llanos del sudeste de la extinguida Audiencia de Charcas (Chaco) parecía inclinada decididamente a formar un solo todo con la nación platense. Y sobre todo existía el siguiente argumento: El Alto Perú había formado parte del Virreinato de Buenos Aires en los últimos 40 años, según hemos dicho. Y entonces, conforme a las doctrinas del derecho americano que entonces se invocaban en la formación de las nuevas nacionalidades, el Alto Perú estaba ciertamente destinado a unirse con la Argentina. Tal lo pensaba el mismo Bolívar.[4]

---

4 He aquí lo asentado por Bolívar a este respecto: “No cabe en justicia el fundar nacionalidad alguna americana afuera de los términos y jurisdicción de

Pero he aquí que el Alto Perú, una vez en situación de disponer de su suerte, no quiso plegarse a nadie, ni al Perú ni a la Argentina. Quiso conducirse por sí mismo. Nuevo gesto de temeridad que estaba a la misma altura de aquel otro que, según vimos, le había lanzado hacia 17 años a una guerra descomunal.

Y así nació en el mundo, sobre el gran Macizo Andino de que venimos hablando, una nueva nación con el nombre de *Bolivia*.



Por todo lo dicho hasta aquí, se ve que la formación andina, que llamamos eslabón andino central, ha sido desde los tiempos prehistóricos asiento de diversas evoluciones humanas, una de las cuales es la actual República de Bolivia, que hoy mismo supervive en la parte central de aquella y que pronto cumplirá cien años, no obstante las dificultades de toda clase que ha debido afrontar para su desarrollo. Esto nos demuestra, sin lugar a dudas, que este formidable bloque de la cadena andina, al constituir como constituye, en efecto, una unidad geográfica, es propicia para encerrar esas otras unidades políticas que llamamos Estados.

Aquí se ha venido cumpliendo una evolución análoga a la de otras reparticiones de los Andes que han servido de plataforma a diversas naciones. Sobre la meseta de Bogotá nació la República de Colombia. Sobre la de Quito nació la del Ecuador. Y si nos trasladamos, siguiendo siempre la cordillera continental, al otro lado del estrecho de Panamá, vemos que, allí también, sobre la meseta del Anahuac, nació la República de México.

Asimismo, sobre la enorme meseta del Alto Perú, nació la República de Bolivia, que hoy mismo, en el lenguaje oficial, es llamada "la República del Altiplano". El factor geográfico, en todos esos casos, ha obrado de un modo incontrastable, podríamos decir, fatal.

---

los antiguos virreinatos y capitanías generales. Chile y Guatemala han podido constituirse cada una en nación aparte, respectivamente de los virreinatos del Perú y Nueva España, porque al emanciparse ya no dependían de la superioridad jerárquica de aquellos gobiernos vicerreales. En este caso no están la Presidencia de Quito ni la de Charcas o Alto Perú; aquella dependía de Nueva Granada y esta era parte integrante del Virreinato del Río de la Plata. Para que una y otra presidencia, dentro del concierto pacífico de la justicia puedan formar soberanía independiente, es previo que obtengan por consentimiento o reconocimiento su emancipación legal; tendrían para ello que entenderse con la suprema autoridad que ha sucedido en el mundo a su antiguo gobierno superior".

Y para hablar solo del caso de Bolivia nosotros creemos que ese factor ha sido tan eficiente y decisivo que hasta ha triunfado sobre las mismas contradicciones, sobre la vacilación, sobre el miedo de los propios elementos humanos que debían formar esta nación.

X

Los defectos geográficos con que nació Bolivia. ¿Quiénes los responsables? La supervivencia de esta nación a pesar de ellos. Rasgos históricos. Deducciones

Demostrada la intervención del factor geográfico en la constitución de la nacionalidad boliviana, tócanos ahora decir hasta qué punto todas las partes integrantes de ese factor han entrado a servir de basamento a esta República.

Pero, ante todo, puntualicemos otra vez lo ya dicho anteriormente. Según el trazado esquemático que hemos hecho del eslabón andino boliviano, sus lineamientos fundamentales son: una gran meseta central circundada de dos cordilleras que le forman una corona. Estas dos cordilleras se anudan al sur y norte por nudos montañosos. Por sus vertientes, la occidental llega al Pacífico; y la oriental forma grandes llanuras en el corazón del continente. El macizo es al mismo tiempo un acuario continental. En su meseta están los lagos y ríos que forman la cuenca hidrográfica más elevada del mundo; y de sus lados se descuelgan sus fuentes de agua para ir a ambos océanos. Las formaciones geológicas del macizo, no obstante su intrincamiento, completan, sin embargo, su unidad.

Ahora bien, cuando nació Bolivia, no alcanzó, desgraciadamente, a ocupar todo este marco geográfico que parecía haberle trazado la Naturaleza para hacer de ella un Estado robusto y grande.

Al norte, según hemos dicho, ya dominaba el Perú en una considerable extensión de la meseta y de las cordilleras circundantes del macizo. Las tierras de Puno, Lampa, Azángaro de la Altiplanicie estaban en poder de aquella nación, así como los Andes de Carabaya al oriente y una gran fracción de la volcánica en el occidente. Más aún: el mismo lago Titicaca, lago exclusivamente altoperuano por su situación geográfica, se hallaba dividido en dos mitades, de las que la del noroeste estaba en manos del Perú, así como una porción de la margen derecha del Desaguadero. Luego, por el lado de

la vertiente occidental de la cordillera de la costa, el Perú era también dueño de toda la lonja de tierras y de costas que se extendían hacia el sur hasta la desembocadura del río Loa. Es decir, ocupaba ya las playas de Arequipa, Moquegua, Arica, Iquique, etc., que geográficamente pertenecían al eslabón central.

En cuanto al extremo sur de la meseta, ni siquiera era conocido en esos tiempos. No se había aún explorado aquellos páramos espantosos que hoy mismo causan terror al viajero. Y por eso, únicamente en los territorios de esa zona (altiplanicie de Atacama), ocupados por algunas tribus indígenas, se pudo establecer sin contradicción la nueva nacionalidad. Pero, en la región de las costas correspondientes a las tierras interiores (desierto de Atacama), tampoco la situación de la República de Bolivia era firme y ni siquiera clara. Desde luego, ya Chile había avanzado hasta el río Paposo (paralelo 25 sur); y al norte de este río quedaba el resto de costas inhospitalarias que únicamente cuando se descubriesen sus ingentes riquezas serían disputadas por los dos países limítrofes.

En suma, tratándose de las relaciones del Alto Perú con el mundo exterior por el océano Pacífico, no aparecía, como cosa definida, sino una estrecha faja de playa (Cobija, Antofagasta, etc.) sobre la que, penosamente, comenzó a ejercitarse el dominio de la República.

Quedaban las zonas orientales del eslabón andino central.

Solo por allí Bolivia, no obstante ciertos puntos de detalle con la Argentina, quedaba en posesión total de todas las ramificaciones montañosas y aun de una faja ancha de llanuras que, aunque no fuesen ya precisamente todas ellas dependencias de aquel, con todo, el nuevo Estado las obtenía como legítima heredad que debía corresponderle conforme al derecho americano adoptado por los pueblos para su constitución (*uti possidetis*).



Resulta pues entonces de lo dicho que Bolivia, al nacer, venía al mundo profundamente deformada en su estructura físico-geográfica. Y deformada, precisamente, en lo más fundamental de su organismo. Ella no ocupaba toda la meseta andina, no obstante ser esta el núcleo radical de su constitución. Y, después de esto, nacía despojada de casi todas las costas que le pertenecían por la Naturaleza.

Si por el oriente ella ocupaba todas las prolongaciones del macizo y aun le sobraban tierras opulentas de recursos para su vida

orgánica, en cambio, por el occidente, le faltaba el complemento indispensable para su vida de relación: el mar.

La unidad geográfica que hemos indicado se hallaba, pues, rota. El marco eurítmico donde el nuevo Estado debía desarrollarse normalmente se hallaba fracturado en sus extremos más esenciales.

He aquí el defecto original, defecto gravísimo, con que nació Bolivia, y el cual, a nuestro juicio, es el factor principal que nos explica los más de sus males pasados y actuales. Defecto, como se ve, de carácter ante todo geográfico, pero que ha tenido la virtud de trascender a lo moral, causando dificultades que solo podrán desaparecer el día en que se lo corrija.



Pero entonces, si todo esto es así, ¿qué hicieron los creadores de la nacionalidad boliviana que al tiempo de realizar tal obra no se cuidaron de presentarla mejor hecha? Aquí entramos en una cuestión en que es preciso hacer algo de historia. Y, desde luego, cabe preguntarse: ¿quiénes fueron los creadores de la nacionalidad boliviana?

Dicen los unos que fue Bolívar. Otros afirman que fue Sucre. Para nosotros fueron los mismos altoperuanos. Con lo cual no queremos negar, ni mucho menos, la acción intensa y en veces capital que en la constitución del nuevo Estado tuvieran Bolívar y Sucre, muy especialmente el último. Pero es preciso hacer ciertos distingos en esta materia.

Los verdaderos promotores de la idea de hacer sobre estas “breñas de los Andes”, una república; los que imaginaron primitivamente esa entidad, y aun podemos decir los que la inventaron, no podían ser otros que los mismos hijos del país.

Y esa idea original, esa imaginación, esa invención fueron inspiradas a nuestro juicio en los hijos del país, por su propio medio, según dejamos dicho. Pero es el caso que, por mucha imaginación e inventiva que tuviesen a los altoperuanos, se hallaban terriblemente embarazados para llevar a la práctica sus propósitos.

La situación era por demás difícil. La obra estaba erizada de dificultades. Los riesgos apuntaban por todos lados. Érales preciso proceder con las más grandes precauciones, poner de su lado todos los recursos más eficaces en las circunstancias. Y fue entonces que los altoperuanos supieron valerse astutamente de Bolívar y Sucre.

Si, pues, ha de llamarse a Bolívar y Sucre creadores o fundadores de la nacionalidad boliviana, hay que hacerlo solo en este sentido. Fueron fundadores de ocasión. Mejor dicho, fueron los ejecutores –eficientes, eso sí– de lo que, por sí solos, no se hallaban en condiciones de realizar debidamente los altoperuanos.



Y ahora, hecha esta aclaración, bien podemos contestar a la interrogación que nos hacíamos antes tocante a la responsabilidad de los fundadores de la República acerca del asunto que vamos tratando. Hay muchos que achacan a Bolívar esa responsabilidad. Se habla del "gran error de Bolívar". Se dice, por ejemplo, que estando en sus manos trazar aun cuando fuese con su espada las fronteras que convenían a su "hija predilecta", no lo hizo.

Tales acusaciones son injustas.

Si Bolívar no fue el verdadero creador de esta República, no vemos por qué hubiese estado obligado a darle una estructura geográfica mejor. Bolívar, cuando acabó por acatar la creación de Bolivia después de no pocas resistencias, no hizo sino subordinarse a los hechos consumados y por tanto no le podía tocar la responsabilidad pertinente a la deformación de sus fronteras.

Y en cuanto a eso de trazar con su espada las fronteras del Perú y del Alto Perú, no hay sino que recordar que Bolívar era en aquellos momentos el *Dictador del Perú*, y mal podía, sin acarrearse la protesta de ese país, tocar el punto delicado de fronteras por el hecho de favorecer con eso las miras del Alto Perú.

La verdad es, más bien, que Bolívar había sido siempre escéptico respecto de la nacionalidad boliviana; y si acabó por acatarla, fue solo cuando ya no podía hacer otra cosa, y cuando se persuadió que ni el gobierno argentino se opondría a eso ni lo haría el congreso del Perú; y cuando, en fin, se vio rodeado de un pueblo que le llenaba de honores, que lo endiosaba y que al hacerse libre se ponía su propio nombre.

¿Y en cuanto a Sucre, el ínclito, podía acaso hacer más que Bolívar?

Sucre, es verdad, figuró en el escenario boliviano no más de dos años y en ellos bien pudo conocer de cerca las deficiencias que traía al país la deformación de sus fronteras naturales, sobre todo con el Perú; pero Sucre tan solo pudo tocar en forma parcial

este asunto, tratando de adquirir siquiera una faja en las costas del Alto Perú, poseídas por el Bajo Perú, ofreciendo en cambio ciertas compensaciones: todo en vano.

Y más bien, en vez de pensar en una rectificación de fronteras por el lado del Perú, a Sucre le quedó la tarea ruda de velar por la independencia misma del país que había quedado bajo su mando, independencia que vio siempre amenazada.

Bolivia acababa de nacer a la vida libre en medio de grandes dificultades internas y externas. No era, ni mucho menos, un pueblo fuerte que pudiera afrontarse ante el hermano mayor reclamando sus derechos naturales e imponerlos en su caso por la fuerza. Al contrario, era un pueblo débil, y por tanto, aunque mal hecho como había nacido, tenía que someterse a su destino y conservar lo único bueno que había ganado: la libertad.

Y esa fue la tarea primordial de Sucre, como lo recalcaba él mismo.[5]

Y con lo dicho de Bolívar y Sucre queda también explicada la conducta de los altoperuanos fundadores de la República respecto de este asunto.

Si esos hombres habían conseguido con tantos inconvenientes su ideal de hacer una República, aunque fuese deforme o hecha solamente a medias, mal podían pensar en redondearla desde el primer momento, en darle todas las fronteras que le correspondían por la geografía y aun por la historia.

Lo que les urgía era, ante todo, conservar esa obra, tal como había podido venir a la vida.

Verdad es que se dirá por algunos –y entendemos que ya se había dicho– que para fundar una República así era preferible no hacerlo, y optar más bien por el recurso de agregarse a uno de los países vecinos. Pero, justamente, es esta la cuestión. Los altoperuanos no quisieron agregarse a nadie. Quisieron hacerse un pueblo independiente, aunque fuese deforme. Quisieron, aunque aislados entre sus montañas, aunque pobres y obscuros, vivir esa vida que el hombre siempre ama sea cualquiera su condición: la vida de la libertad.



5 Aun las famosas palabras que dejó Sucre en su mensaje a la Asamblea Nacional al pedir que no se destruyese la obra de su creación, o sea la independencia de Bolivia, se referían sobre todo al hecho –tal lo entendemos– de haber sostenido él la independencia de Bolivia respecto del Perú.

Y es aquí que nosotros volvemos a ver la acción del medio. Creemos nosotros que este medio extraño, caprichoso, imponente, orlado de afiladas crestas, perforado de profundos valles, surcado de vertiginosos torrentes, con llanuras sin término, con selvas cerradas, con rincones inexplorados, fue quien inspiró a sus hijos ese anhelo vehemente de sustraerse a toda extraña dominación, a ir sueltos, aunque fuese al abismo, a ser libres, aunque debiesen incurrir en increíbles locuras.

El medio estaba detrás de todo. Estaba detrás de todos esos motivos que parecen explicar las acciones humanas y que solo son factores de ocasión, del momento. Estaba detrás de los mismos impulsos personales: la ambición, la vergüenza, el odio… Bien no podía verse su sombra gigantesca, pero no por ello su acción era menos real e inflexible. Detrás de las mismas tendencias ancestrales estaba el medio. El medio había hecho así a los antecesores, y eso se había hecho herencia en sus descendientes. Quizás en ellos quedaban aún partículas de la sangre pujante de los constructores del Tihuanacu. Y, sin duda alguna, había en ellos sangre del rudo habitante de la Altiplanicie, del aymara tenaz o del de los contrafuertes andinos: el quechua, más dulce, pero no menos resistente.

Y en ellas estaba también la sangre del español, de ese fiero soldado que apenas trasladado a estas montañas, sintió su extraño influjo y se rebeló contra su mismo rey.



He ahí las condiciones en que vino al mundo el pueblo boliviano. Nació deformado. No contó desde sus primeros pasos en la vida con el marco geográfico que le correspondía. En el hecho, solo ocupó el centro de la gran meseta que era su plataforma, hallándose su extremo norte ya tomado por otro país y el del sur poco menos que inexplorado. En el mar apenas contó con un estrecho corredor que mal podía alcanzar a soportar el peso de su gravitación interior.

Y si bien es cierto que al oriente tuvo por heredad inmensas y magníficas tierras, estas se hallaban tan lejos del eje nacional que más que la atracción de este debían sentir la de los Estados vecinos.

Y añádase a estos inconvenientes, de carácter geográfico general, los demás que se refieren a los accidentes del suelo, aun dentro de la misma zona donde se alzaban los pueblos del Macizo Andino, los que, dificultando una comunicación fácil, tenían que retardar el espíritu de asociación nacional.

Y añádase, asimismo, en estrecha conexión con los contrastes geográficos, los elementos étnicos opuestos, el indio, el blanco, el mestizo…

Y añádase, por fin, la falta o deficiencia de la cultura general y la gran dificultad de crearla y extenderla a todos los ámbitos del país.

En verdad, pues, todo parecía anunciar que un pueblo nacido así no era un pueblo viable, y que, muy pronto, debía desaparecer como desaparecen, aun automáticamente, las cosas mal hechas, informes, monstruosas…

Y sin embargo ese pueblo ha vivido… y vive todavía. ¿Cómo se explica esto?

He aquí un asunto digno de estudio. Se trata de la supervivencia de un pueblo al que se ha considerado por muchos, geográficamente, como un simple conglomerado artificioso; de un pueblo que desde su nacimiento ha sido víctima de discordias intestinas que le han dejado exangüe infinitas veces; de un pueblo que ha sostenido guerras exteriores en las que jugaba su vida al frente de países en mucho superiores a él por sus recursos bélicos; de un pueblo, en fin, que, apenas nacido, parecía destinado por sus defectos orgánicos a una muerte inmediata, y que, sin embargo, ha vivido hasta hoy y pronto ha de cumplir cien años.

Pero bien, para abordar este tema, en el que sigue siempre jugando el primer rol el factor geográfico, cabe seguir haciendo algunos recuerdos de carácter histórico.

XI
Rasgos históricos

Apenas ha nacido Bolivia cuando ya en su seno empieza a hervir el espíritu anárquico. Los doctores y militares, que tanto figuraron en la revolución, aguardan. Pero, afortunadamente, aquí está Sucre. Y ante Sucre, callan, por de pronto, los impulsos levantiscos de puerta adentro. Luego, afuera asoman puntos negros en el horizonte. La Argentina quiere Tarija y Bolívar la entrega. Entonces Tarija, último torreón del Macizo Boliviano, se alza en armas y no quiere abandonar la nacionalidad boliviana. He aquí un fenómeno neto de gravitación geográfica de uno de los extremos andinos a

su centro de gravedad. En cambio, por el otro lado, por el Pacífico, Tacna, Arica, Moquegua, Locumba, que el Perú se había agregado, piden su incorporación a Bolivia. Y he aquí también otro fenómeno de rotación de esos territorios a ese mismo centro. Se trata, como se ve, de movimientos de orden geográfico, de pueblos que instintivamente buscan su nivel.

Luego la situación se complica. Surge del lado del Perú la figura sombría de Gamarra amenazando a Bolivia. Sucre sabe parar muy bien los manejos del adversario. Pero, al cabo, la anarquía revienta. Blanco defecciona inclinándose a Gamarra. Y al frente de Blanco brota una legión que rechaza toda idea de agregación de Bolivia al Perú. Después, Sucre deja Bolivia (1828) y empieza la orgía trágica. Blanco, el amigo de Gamarra, logra ser hecho presidente, pero a los cinco días es asesinado. ¡Terrible advertencia para los amigos del Perú!

Y sin embargo otro boliviano, amigo del Perú, llega al sillón presidencial: Santa Cruz (1830). ¿Y qué hace Santa Cruz? Realiza la Confederación Perú-Boliviana (1835). Hecho notable, en el cual no se sabe si va a sucumbir como nación uno de los dos países. Después de todo, ambos países temen. Y temen aún más los países de fuera. Bolivia y el Perú son ya una nación gigantesca. Entonces Chile manda sus ejércitos al Perú y la Argentina mueve los suyos hacia la frontera sur de Bolivia. Brown vence a estos en Iruya y Montenegro; pero Santa Cruz es vencido en el Perú por las fuerzas unidas chileno-peruanas. Y acaba la Confederación. Hay que recordar que, bajo Santa Cruz, las mismas provincias antes nombradas tornaron a pedir su incorporación a Bolivia.

Y siguen, siquiera en la diplomacia, las animosidades entre el Perú y Bolivia. Gamarra no se cansa. Van a ser 20 años que persigue sin desmayo su ideal de aplastar a Bolivia. Bolivia sigue pagando copioso tributo a sus anomalías geográficas por el lado del mar, en aquellas mismas costas que le destinara la Naturaleza y cuyos pueblos habían en la época de Santa Cruz repetido su clamor de anexión a Bolivia. La cuestión aduanera es el eterno dogal con que el Perú mortifica a su hermana menor.

A todo esto, Bolivia, dentro de casa, sigue desangrándose en sus luchas domésticas. Gamarra aprovecha y pasa la frontera boliviana con un fuerte ejército. ¿Va a perder, al fin, Bolivia su independencia? ¡No!

Todos los enconos de adentro se apaciguan como por encanto. Aparece Ballivián. Y allí, en la gran meseta, cerca al sagrado lago y frente a los Andes, confirma Bolivia una vez más su independencia infiriendo una derrota definitiva a Gamarra, quien queda muerto en el campo.

Pero pronto aparece otro punto negro en el horizonte, por el lado de Atacama. En el desierto de esas latitudes se ha descubierto el guano (1842) y esto es una campanada. Chile avanza y Bolivia reclama. Surge un pleito que dura más de 20 años. Y durante ese tiempo pasan por el escenario presidencial de Bolivia las figuras trágicas de Guilarte, Belzu, Córdova, Linares, Achá (tres de ellos asesinados), hasta llegar al más sangriento y feroz entre todos: Melgarejo. Melgarejo es una especie de niño terrible, un espécimen de bravura, un borracho estupendo. Pues bien, los respetables gobiernos del Brasil y de Chile tratan con este ser sobre sus altas cuestiones geográficas. El Brasil condecora a Melgarejo con la Gran Cruz de la Orden del Cruzeiro y Chile lo hace general chileno. Resultado: pérdida para Bolivia de una enorme zona en sus territorios orientales y el tratado de 1866 con Chile, que un chileno califica como "la última expresión del absurdo".

Y entre tanto los asuntos con el Perú siguen siempre enconados. Se cierran y abren las aduanas al arbitrio de los mandones. Bolivia amenaza. Un día Belzu ha pisado fanfarronamente con su ejército el suelo peruano; y cualquier otro día Melgarejo quiere ir allí en son de conquista. Pero, en fin, todo esto no es serio. Hay aquí una cuestión grave, gravísima. Es la cuestión de Chile. Chile avanza por el sur en el litoral de Bolivia y pronto avanzará al del Perú. Bolivia y el Perú empiezan a acercarse haciendo contraste con sus animosidades anteriores. En 1871 cae al fin Melgarejo derribado por Morales, quien a su vez muere el año siguiente asesinado. Llegan al solio presidencial dos figuras nobles. Ballivián y Frías. Se hace con el Perú el Tratado de Alianza de 1873. Los dos adversarios tradicionales se han ligado para defenderse del enemigo común. El salitre, como el guano, continúa enloqueciendo a las gentes en Atacama. Se explora el desierto por todos lados. "El páramo maldito" que, desde los tiempos de Almagro, fuera de tan siniestra fama, es ahora pisado como un nuevo Canaán. Aquello es un frenesí por el lado de Chile. En 1876 cae Frías derribado por "su hijo", ese otro "niño terrible": Daza.

Nuevos males se ciernen sobre el país. El pueblo está exangüe. Entonces surge la famosa cuestión de los diez centavos, o sea el

pretexto para la guerra. Chile ya tiene su ejército de tierra y mar listos. Bolivia se muere de hambre y desnudez. Es la hora de obrar. Rompe la guerra. Bolivia recuerda al Perú el tratado de 1873. El Perú interviene como mediador. Entre tanto, Chile se apodera de las costas bolivianas y acaba declarando la guerra al Perú. Esa es la Guerra del Pacífico (1879), guerra en que triunfa Chile sobre los aliados en completa desigualdad de condiciones.

Bolivia se retira de la guerra en situación lamentable. Ha perdido su única comunicación con el mar y debe replegarse entre sus montañas. Trata entonces de volver sobre sí misma. Da prueba de gran sensatez en la desgracia. Se suceden los presidentes Campero, Pacheco, Arce, Baptista. Pronto trepa el primer ferrocarril a la Altiplanicie desde el Pacífico. Pero luego vuelven los contrastes internos y externos.

El Paraguay avanza hasta Puerto Pacheco por el oriente. Por el oeste Chile sigue también avanzando hacia las alturas del macizo. Bolivia se ve obligada a ceder a la Argentina la Puna de Atacama. Chile y la Argentina se reparten ese territorio. Y así Bolivia pierde también la parte meridional de la gran meseta andina.

Y siempre lo trágico: una espantosa convulsión interna vuelve a azotar el país. Corren ríos de sangre en la Altiplanicie. Cae el Partido Conservador y se levanta el Liberal (1900). Y, mientras esas luchas intestinas, allá a lo lejos, por el lado del Brasil, surge otro punto negro. Son los filibusteros fluminenses. La goma es ahora la culpable como lo fueron en Atacama el guano y el salitre. Bolivia se defiende. Su presidente es Pando. Gloriosas expediciones se descuelgan desde los Andes a las tierras bajas del noroeste, en éxodo épico. Se lucha contra el clima y contra el enemigo y se triunfa cien veces. Pero todo inútil. Bolivia, que no fue vencida en la guerra, pierde en la diplomacia. Resultado: 200.000 km^2 de tierras opulentas cedidas a cambio de dos millones de libras esterlinas que puede sacar el Brasil en uno o dos años del mismo territorio que ha ganado (1903).

Luego viene, por el lado de Chile, el Tratado de 1904, que es llamado por Sánchez Bustamante “un gran desastre”. Bolivia, por tal tratado, declara que Chile es dueño “absoluto y perpetuo” de su litoral. Y aquí también media el dinero. ¡El dinero! Chile gana además nuevas tierras con el tratado. Ha puesto los pies en la Altiplanicie.

Luego, se suceden otras cuestiones de fronteras con el Perú bajo Montes, sucesor de Pando. Se va al arbitraje *juris* y el árbitro

es la Argentina. Falla, pero Bolivia no lo acepta y queda mal con el Perú y la Argentina. Y en fin de cuentas el resultado es que vuelve a perder otra gran fracción de tierra por el noroeste.

Y en medio de tantos conflictos exteriores, apenas si el país puede afrontar sus graves problemas internos. Entre ellos el que más le preocupa es el ferrocarrilero. Bolivia pugna por vincular todos los puntos de su accidentado suelo con las vías férreas. Y en tal propósito sírvele siempre la gran Altiplanicie del núcleo central a donde van y de donde parten esas vías. Tal los ferrocarriles de Antofagasta y Arica suben hasta la meseta. Dentro de esta quedan en unidad Oruro y La Paz. Luego parten los caminos de hierro hacia los contrafuertes de la Cordillera Real. Potosí y Cochabamba quedan también unidos a la meseta. Y siguen avanzando trabajosamente los ferrocarriles de Sucre, de Yungas, de Tupiza. Y ya se traza la gran línea de Santa Cruz que debe unir la Bolivia alta y la Bolivia baja.

Por otra parte, Bolivia tampoco puede olvidar el mar. Ella quiere volver al Pacífico. Pide siquiera un puerto. Se habla de Arica, de Antofagasta, de Cobija. Pero Chile y el Perú hacen mal gesto a tales exigencias. Y, por desgracia, sigue mezclándose en tan graves asuntos la política casera. Los últimos presidentes liberales son: Villazón, Montes (segunda vez) y Gutiérrez Guerra. Este último es derribado por Saavedra, quien actualmente, y en medio de una oposición violenta, rige los destinos de la nación.



Como se ve por este breve extracto, la historia de Bolivia es en general una historia triste, desordenada, trágica. Domina fuertemente en ella la nota roja. Surgen, en verdad de allá en cuando, figuras superiores, gentes de gran alteza moral, episodios gloriosos, pero ellos mismos acaban por ahogarse en un lago de sangre. Diríase que el país, durante la mayor parte de su carrera, ha estado andando a tientas, buscando un derrotero que, si lo hallaba a ratos, pronto volvía a perderlo entre las sombras de un camino caótico.

Pero, sin entrar en mayores consideraciones sobre tales tópicos y puesto que el presente estudio es de carácter geográfico, refirámonos sobre todo a las pérdidas territoriales sufridas por Bolivia durante los cien años que tiene de vida.



Al nacer a la vida independiente, el territorio de Bolivia tenía alrededor de tres millones de kilómetros cuadrados. Hoy [1925] apenas se aproxima a la mitad de esa cifra. Ya por tratados amigables, ya con los impuestos por la guerra, el país ha ido perdiendo durante su vida fracciones territoriales en todas sus fronteras. Así, comenzando por el litoral del Pacífico, donde empieza la línea generatriz o relieve inicial del eslabón andino central, vemos que allí pierde la República en favor de Chile todo el sistema de costas desde el río Loa hacia el sur; y es esta, ciertamente, la pérdida más dolorosa. Luego, siguiendo de allí mismo hacia el oriente, pierde también a favor del mismo Chile y de la Argentina el extremo austral de la Altiplanicie y cordilleras envolventes (puna de Atacama).

Queda de aquí hacia el este otra lonja fronteriza con la Argentina que hoy mismo está aún sin solución. Más al este le fueron también segregados los territorios del Bermejo en el Chaco austral. Y, siguiendo siempre al este, llegamos al Pilcomayo y luego al Chaco central en el que la República del Paraguay ha realizado también considerables avances. Luego, siguiendo de la desembocadura del Pilcomayo hacia el norte por el curso del Paraguay, nos encontramos con que allí también ha avanzado el país de igual nombre hasta Puerto Pacheco. En seguida, pasando a la hoya amazónica, encontramos las segregaciones hechas por el Brasil desde 1866 en las zonas orientales. Y siguiendo de allí hacia el noroeste llegamos a las regiones del Acre y Purús, donde los territorios perdidos son los de mayor extensión de todos los restantes. Y, por último, llegando al noroeste, a la frontera peruana, la última línea de demarcación acusa también para Bolivia nuevas pérdidas territoriales.

Así, contorneado todo el país, por el oeste, sur, este y norte vemos que ninguna de sus fronteras ha escapado a algún recorte.



Y ahora, hecho este resumen de las pérdidas territoriales de Bolivia, contestemos a la pregunta que nos hacíamos tocante a cómo ha podido subsistir hasta hoy la nacionalidad boliviana en medio de los terribles conflictos que habrían dado cuenta de la vida de otros pueblos. Hemos invocado a este propósito el factor geográfico. Volvamos, pues, ahora a este tópico.

En nuestro concepto –y esto también ya lo hemos dicho– lo que constituye el núcleo básico de la nacionalidad boliviana, geográficamente hablando, es el Macizo Boliviano. Pero, entre las mismas partes constitutivas de este macizo, creemos que, en último término, se puede señalar una de ellas como formando la gran plataforma de la República: la Altiplanicie.

Ella es el eje cerebro-medular del país. A ella convergen las mayores actividades de todas las tierras vecinas por un movimiento centrípeto común. Y de ella, por un movimiento centrífugo, se dirigen hacia las demás derivaciones del macizo las corrientes engendradoras de un nacionalismo evidente.

La meseta se impone a tal punto que hasta llega a suscitar las protestas de los demás pueblos del contorno. Así se explica el predominio de La Paz. Se dice que él es un predominio político. Nosotros creemos que es, ante todo, geográfico. Es una influencia fatal. Es la misma que debió ejercer Tihuanacu en los tiempos pretéritos. Es como la influencia macedónica en la Grecia o como lo que fue la de la meseta del Irán en Persia, o como son en nuestra América las influencias de las mesetas de Quito y Bogotá en sus respectivos territorios circundantes.

Ahora bien, siendo todo esto así, bien se comprende que, si hasta hoy supervive la nacionalidad boliviana, es porque en el Macizo Boliviano, y en especial sobre la gran meseta que lo integra, subsisten también los elementos generatrices que lo formaron.

Por muchos recortes que se hayan hecho al país ellos no han tocado a la parte esencial. Así, los enormes jirones arrancados a sus extremos, si bien le han causado profundos dolores, no han podido afectar a sus verdaderas fuentes de vida y energía.

La misma substracción de su litoral marítimo, con ser un golpe de los más tremendos que se le podían dar –seguramente el mayor que hasta hoy haya recibido–, no ha alcanzado a destruir la nacionalidad que, si bien necesita del mar para su desarrollo normal, no obstante, respecto de su verdadera fuerza, esta se halla asentada ante todo sobre la meseta.

Es decir, Bolivia conserva aún sus primeras posiciones. Ella –en verdad– nació deformada; no ocupó todo el Macizo Andino; ella ocupó desde luego solo la parte central de la meseta. Pero, a lo menos, ya con solo eso pudo constituir la base primordial para su nacionalidad.

Hoy, desde los Lípez hasta el Titicaca, en la meseta, y desde la cordillera de Caiza hasta el Cololo en los Andes orientales, ella ocupa todo lo más culminante del macizo. Sus ciudades principales, yendo de sur a norte, Oruro y La Paz en la meseta, y escalonadas en los contrafuertes andinos, Tarija, Potosí, Sucre y Cochabamba, constituyen lo más sólido de su organismo. La misma ciudad de Santa Cruz de la Sierra, si bien está situada en el comienzo de las llanuras orientales, pertenece al sistema andino, según hemos dicho.

He aquí, pues, por qué se ha conservado la nacionalidad boliviana hasta hoy. El factor geográfico ha seguido jugando en esto el rol principal. Ha triunfado el espíritu creado por él aun por sobre las contradicciones de la raza.[6]

XII
Bolivia en el presente

Para darnos cuenta del territorio nacional boliviano en el presente podemos dividirlo en dos relieves fundamentales: 1.º El relieve montañoso, o sea, la Bolivia alta, la Bolivia anterior o la Bolivia occidental. 2.º La zona de los llanos, o sea la Bolivia baja, la Bolivia posterior o la Bolivia oriental.

En el primero de estos relieves está el gran Macizo Andino de que tanto hemos hablado, es decir, la meseta central con las cordilleras laterales. En el segundo, está la región plana cubierta en su mayor parte de bosques que constituyen los llanos del Madre de Dios, Beni, Mamoré, Guaporé y Paraguay. Estos relieves fundamentales forman dos grandes fajas de tierra, de forma arqueada, con la concavidad mirando al Pacífico, y el lado convexo internándose en el corazón del continente.

La faja montañosa es la más pequeña y está abrazada por los extremos norte y sur y por el flanco oriental por el gran arco de la otra. Ahora, analizando algo más estos dos relieves opuestos del suelo boliviano, se ve que pueden ser subdivididos en otros relieves secundarios, que se marcan y diferencian con bastante precisión unos de otros.

6 "Es tan honda y persistente la acción del espíritu territorial que por él se explican ciertas supervivencias políticas que no logran borrarse a través de la historia" (Ganivet).

Así, el relieve montañoso presenta tres grandes subrrelieves muy bien diferenciados que forman siempre líneas longitudinales, en arco, que se distribuyen unas detrás de otras, yendo de oeste a este en la forma siguiente: 1.º Cordillera Occidental; 2.º Altiplanicie; 3.º Cordillera Oriental.

Luego, el relieve de los llanos (Bolivia posterior) presenta también, por su parte, dos subrrelieves en forma de dos planos inclinados al norte y al sur, separados por pequeñas elevaciones de tierra del sistema brasiliano [*sic*], que forma una línea oeste-este. Estos subrrelieves forman: el del norte, la hoya amazónica boliviana y el del sur, la hoya platense.

De modo pues que, conforme a este criterio geográfico, todo el país boliviano puede subdividirse en cinco fajas de tierra de estructura más o menos individual que forman líneas seriadas de izquierda a derecha, fajas que tienen la forma curva y que a medida de alejarse del Pacífico se van haciendo cada vez más largas y más anchas.

Esta forma de distribución topográfica es por demás cómoda, está de acuerdo con la Naturaleza y permite orientarse a primera vista dentro del cuadro al parecer laberíntico del suelo caprichoso de Bolivia. En conformidad con esto, nosotros proponemos la siguiente fórmula esquemática, dividiendo las dos mitades fundamentales del país en cinco zonas, a saber, contando de izquierda a derecha:

1.º Cordillera occidental.
2.º Altiplanicie.
3.º Cordillera oriental y sus derivaciones.
4.º y 5.º Región de los llanos subdividida en hoyas amazónica y platense.

Ahora, aplicando el esquema anterior de la Bolivia actual al eslabón andino, según lo hemos descrito, nos hallamos con los resultados siguientes, siempre procediendo conforme a los lineamientos de dicho esquema:

1.ª Línea. Cordillera occidental. Ambos extremos de ella, que se ligan en el paralelo de Tres Cruces al sur y en el de Vilcanota al norte, no están dentro del territorio político de Bolivia. Pertenecen a la Argentina, Chile y Perú. Además de que toda la vertiente occidental del resto de esta cordillera, que va hasta el Pacífico, está ocupada por Chile y el Perú.

2.ª Línea. Altiplanicie. También sus dos extremos boreal y austral no entran en Bolivia. Al sur lo ocupan Chile y Argentina hasta el paralelo 23º sur; y al norte lo ocupa el Perú hasta la mitad septentrional del Titicaca. Chile además ocupa diversos extremos del Altiplano.

3.ª Línea. Cordillera Real u Oriental. Por el sur esta cordillera, desde el paralelo 23º hasta el paralelo 27º sur, se halla bajo la soberanía de la Argentina y, por el norte, en la del Perú.

4.ª Línea. Zona de los llanos. Bien que no forma esta zona parte integrante del sistema montañoso que forma el eslabón, podemos, sin embargo, decir que desde los límites arcifinios que separan Bolivia de sus vecinos Brasil y Paraguay (ríos Mamoré, Guaporé y Paraguay), dichos países han avanzado aproximándose por tanto a las vertientes orientales de la Cordillera Real.



Como se ve –y esto ya lo hemos dicho pero es preciso repetirlo siempre–, Bolivia solo ocupa la parte central del Macizo Boliviano, o sea un territorio cuyo centro viene a estar representado en el mapa por el lago Poopó. Los extremos norte y sur, así como todo el flanco occidental, se hallan en poder de los vecinos.

Según lo cual Bolivia, en la actualidad, aparece aún más deformada territorialmente que en los tiempos de su aparición, pronto hará un siglo. Porque, en efecto Bolivia, en esos primeros tiempos, por mal hecha que naciese, tenía por lo menos sus comunicaciones con el mar por Cobija y su soberanía en la meseta se extendía en la Puna de Atacama, mucho más al sur del paralelo 23º, su actual límite.

Hoy, en cambio, con el avance de los vecinos, Bolivia se está replegando gradualmente hacia el centro del macizo. Y si salimos del macizo, hacia la zona marginal de los grandes llanos, se ve igualmente que los vecinos por ese lado están avanzando, sobre todo el Brasil, quien rodeando a Bolivia por el noroeste, norte, este y sudeste, traza con su cuerpo gigantesco un gran arco que se está estrechando siempre y cuya presión ya ha soportado tanto Bolivia durante su accidentada vida.

Y ahora, únanse al arco del Brasil los que forman los países restantes en las demás fronteras de Bolivia y queda constituido un círculo hermético dentro del cual tiene que moverse esta nacionalidad, sufriendo en veces fenómenos de compresión que la dañan hondamente.

Pero lo peor, lo más grave, naturalmente, en este círculo férreo, está en el sector occidental.

Allí la deformación que ha sufrido el país no puede ser más funesta. En el oriente, norte o sur, por grandes pérdidas territoriales que haya sufrido la República, ellas, por lo menos, como ya hemos dicho, no afectaban su misma vitalidad, su contextura propiamente nacional.

En el occidente, por el contrario, tales pérdidas constituyen serios peligros para aquellos.

Y es que por allí se encuentra el núcleo verdadero de esta nacionalidad. Basta dirigir una simple mirada al mapa de Sur América para notar, desde el primer momento, la deformación de que ha sido víctima Bolivia por el occidente.

Allí se ve que este país, como los demás países andinos, está mirando al Pacífico, no llega sin embargo al Pacífico. Una larga y estrecha lengua de tierra que corre de sur a norte lo separa de él. Ella es su costa natural; y sin embargo no está dentro de su soberanía. He ahí el "absurdo geográfico" de que hemos hablado en otro libro. Y en tal sentido, Bolivia viene a ser el único de los países del Pacífico que se halla en este caso.

Porque, en efecto, si se recorre de norte a sur las playas occidentales de Sur América, se ve que todos los países andinos correspondientes, que están escalonados en ellas, se abren ampliamente al mar. Tal pasa con Colombia, Ecuador y Perú, al norte de Bolivia. Y tal pasa con Chile hacia el sur hasta llegar al cabo de Hornos.

Bolivia, en cambio, siendo un país de volumen relativamente considerable, y perteneciendo como queda dicho al sistema de los países del Pacífico, está, no obstante, artificiosamente desvinculado de lo que son sus propias costas, de su propio mar. ¡Aberración lastimosa! ¿Y quién es el país que ha obstruido así el paso de Bolivia al mar, apropiándose de sus costas? Es, precisamente, el país que las tiene más que ningún otro en la América occidental (no menos de 5.000 km^2), es Chile.

Pero Chile no solo se ha apoderado de la única salida libre de Bolivia al Pacífico, o sea del relieve primario de las costas que forman parte de la falda occidental del macizo. Ese país se ha encaramado al Macizo mismo. Él ha trasmontado la cordillera de los Andes por distintos puntos, ha cortado ríos que van a los lagos

altoperuanos y, en fin, ha puesto las plantas sobre los bordes de la meseta…

Y no se crea que estos territorios son tierras yermas, sin valor, sin importancia. Todo lo contrario: esos territorios, fuera de sus riquezas minerales, son de tal importancia desde el punto de vista estratégico que en cualquier momento pueden llegar a representar un papel decisivo en los sucesos. Y así Chile va avanzando al centro mismo, a lo que constituye el hogar de la nacionalidad boliviana.



En cuanto a los demás lados (norte, oriente, sur) ya hemos indicado las enormes segregaciones de que ha sido víctima el país. Ellas suman más de un millón de kilómetros cuadrados. Pero, como lo hemos dicho también anteriormente, no obstante la enormidad de estas mutilaciones territoriales, la nacionalidad misma de la República no ha sido afectada por ellas.

Y es que esas tierras, con ser lo importantes que son por sus productos propicios para la vida humana, no constituían, sin embargo, una parte esencial para la nación boliviana. Nosotros alguna vez las hemos calificado de "tierras de agregación". Y en este sentido estamos lejos de darles el mismo sentido que le damos al Macizo Boliviano. Ellas hasta podrían desaparecer en totalidad, sin que por eso muriese la nacionalidad. Muy otra cosa sucedería tratándose del macizo mismo.

Pero, en fin, si esas ricas y enormes zonas que constituyen aún al presente más de la mitad del territorio de esa unidad política que se llama Bolivia no le son precisamente indispensables para su constitución como nación y como Estado, son, sin embargo, nuevos elementos de vida y de progreso para uno y otro.

El macizo es –salvo sus riquezas mineras– un suelo relativamente pobre en productos para la vida en general; y en tal virtud los que puede suministrar la Bolivia oriental son un complemento inmenso para su bien pasar. Se comprende entonces la gravitación poderosa que se ejerce desde las tierras altas sobre las bajas. Es, científicamente, un fenómeno muy explicable.

Y se comprende asimismo que sean profundamente dolorosas para la nación las pérdidas territoriales sufridas en esas fronteras. Con él y ellas se hizo la Audiencia de Charcas, de que fue heredera Bolivia.

Y todavía tienen otro sentido más dichas zonas para la República. Por ellas van los caminos que quisiera ella emprender hacia el Atlántico, cerrándosele el Pacífico. Allí están las grandes arterias fluviales que se dirigen al Amazonas y al Plata, y por medio de las cuales el gran Macizo llega a ponerse en contacto con aquel lejano océano.

Verdad es que, por eso mismo, por esas vías de comunicación, las regiones de la Bolivia posterior están en cierto peligro de sentir con más facilidad la atracción de los países limítrofes –lo cual prueba lo deleznable de su nacionalización boliviana–, pero ello se explica muy bien dentro de las normas geográficas y teniendo en cuenta que el núcleo central, el Macizo Boliviano, aún no ha podido establecer vínculos sólidos y firmes con esos territorios.

Hoy día, hay que confesarlo, si políticamente consideramos esas tierras como nuestras, geográficamente son muy poco bolivianas. Tal es, a grandes rasgos, lo principal que puede decirse de Bolivia dentro del punto geográfico o sociogeográfico en la hora actual.

XIII
El porvenir

La importancia del Macizo Boliviano en el porvenir. El verdadero concepto de la nacionalidad. Las ocasiones para consolidarla que perdió Bolivia. El peligro chileno en el porvenir

Así como en el pasado el Macizo Andino ha tenido un influjo primordial en la vida y desarrollo de la República de Bolivia –y así como lo tiene ahora mismo– de igual modo, creemos que será en el porvenir. Bolivia vivirá mientras tenga por plataforma ese bloque formidable de los Andes que culmina en el continente como un torreón ciclópeo. Pero si le falta ella, si cualquier extraño poder consigue dominar esa plataforma, entonces Bolivia morirá indefectiblemente.

Hablamos de Bolivia no como un simple nombre, sino como de una entidad espiritual, como de un grupo de hombres asociados en un solo ideal, como de una verdadera nación.

Hablamos de esa Bolivia en cuya sangre hay sedimentos redivivos de viejas razas que el tiempo, en vez de matar, remueve desde fondos que ni siquiera podemos columbrar. Hablamos de la Bolivia

tradicional, arcaica si se quiere, pero racialmente fuerte como el pórfido de sus picos; hablamos de esa Bolivia que vino al mundo sobre los hombros de sus doctores y sus guerrilleros, como una imposición rotunda de ellos, no como un Estado artificioso, nacido por la voluntad de gentes extrañas, como un mero acuerdo diplomático o solo por la casualidad. Hablamos de la Bolivia cuyo grande espíritu, más que sus manos, triunfó en Ingavi y de la que, aun caída en las playas del Pacífico, supo alzarse fieramente en sus montañas. Y en fin hablamos de esa Bolivia que, ahora mismo, no obstante los golpes sin cuento recibidos de fuera y dentro, y a pesar de los mismos desaciertos y corrupción de muchos de sus hijos, se levanta sin embargo todavía viva y firme entre esas mismas montañas y merced, como si dijéramos, a un acuerdo tácito y grandioso entre ella y el espíritu de la raza.

Bien, pues, según esto, el problema de la nacionalidad boliviana es ante todo de carácter geográfico en el futuro.

Bolivia, para seguir viviendo mañana, deberá ocupar el marco físico que le corresponde por los dictados de la Naturaleza. Deberá ocupar su sitio. Tal es la ardua labor que queda para las generaciones del futuro; ya que las de ayer no pudieron resolverlo convenientemente, ni las de hoy, dado el estado en que se halla el país, son competentes para hacerlo.

Bolivia nació con un gran defecto original y sus hijos, durante los cien años que va a cumplir de vida, no han podido corregir ese defecto.

Y no se diga que faltaron ocasiones. Que sí las hubo y notables. Por ejemplo, para hablar de rectificación de fronteras por el lado del Perú, podemos citar dos casos: los de Santa Cruz y Ballivián.

Santa Cruz (1836), con solo dar paso a las insistentes peticiones de Tacna, Arica, Locumba, Moquegua para incorporarse a la nacionalidad boliviana, pudo ya realizar una obra de reconstrucción geográfica trascendental dentro del concepto que vamos desarrollando; y Santa Cruz, hijo de la Altiplanicie, nacido en las riberas del Titicaca, pudo también, con el inmenso poder que llegó a tener en un tiempo, realizar la integración territorial de su patria en esa zona. Pero Santa Cruz prefirió hacer una Confederación quebradiza, que dio recelos a los mismos países confederados y alborotó a todo el continente. Y, lógicamente, esa confederación fracasó a los pocos años.

Y, en cuanto a Ballivián, si bien este con menos poder que Santa Cruz pudo, sin embargo, aprovechar de la victoria de Ingavi para

imponer al Perú soluciones más apropiadas con la geografía de ambos países. Con agregar, por ejemplo, definitivamente a Bolivia solo la provincia de Puno, donde permaneció varios meses después de Ingavi, pudo Ballivián cumplir una obra verdaderamente sabia. Pero tampoco Ballivián supo extraer ningún resultado práctico para Bolivia de la victoria ruidosa de Ingavi.

Y así pasaron para Bolivia aquellas dos oportunidades que ya no pueden reproducirse en el futuro. Hay que recordar que, en esos tiempos, aun fuera de la gravitación geográfica, había una corriente de simpatía hacia Bolivia de una gran parte del litoral y zonas australes del Perú. Pocos años pasaban de la entrada de estos países a la vida libre, y por tanto no habían llegado aún a fortalecerse esos lazos que se forjan al calor de una vida en común, dentro de un mismo hogar y creando intereses más o menos solidarios.

En tal sentido, la segregación de esas tierras al Perú se habría hecho sin mayor violencia de parte del mismo poder central de esa República, que aún no había podido hacer una obra de verdadero nacionalismo en todas sus fronteras.

Hoy la situación ha cambiado. Y mañana será peor porque, no obstante lo que llevamos dicho respecto de las sugestiones del medio geográfico, debemos también reconocer que, cuando no se ha obrado oportunamente de acuerdo con ellas, nacen otras vinculaciones de carácter tradicional, sociológico, económico, etc., que llegan a imponerse aun en contra de las normas trazadas por aquel medio.

Por eso decimos que la obra de reconstitución geográfica que han dejado las generaciones de ayer a las de mañana (ni siquiera podemos hablar de las de ahora) es doblemente más difícil y laboriosa.



Y en cuanto al caso de Chile, la cuestión para el porvenir de Bolivia resulta tanto o más grave que por el lado del Perú. Chile, en efecto, ha cerrado como el Perú el paso libre a Bolivia al mar. Pero si el Perú, después de todo, podía alegar los derechos que por sobre las normas de la Naturaleza le habían dado ciertas concesiones del régimen español durante la Colonia, en cambio, Chile no ha tenido para proceder así más razón que esta: la existencia de guano y salitre en el litoral boliviano. He ahí la causa efectiva para que Bolivia pierda sus únicos puntos de contacto con el mar. Porque, seguramente, si jamás se hubiesen descubierto tales productos, Bolivia, como antes, aun

seguiría poseyendo esos territorios. Chile no habría dado un paso para arrebatarlos a su legítimo dueño. Chile, primitivamente, no tenía ningún interés por ellos. Pero vino la cuestión del guano y… adiós la indiferencia y aun el desdén que antes mostrara Chile por ese "páramo maldito".

Así, la cuestión que en el fondo era simplemente de posesión de productos, se ha convertido después en una grave cuestión territorial. Grave para Bolivia porque, por razón de esos productos, los que después de todo no significaban un factor esencial para su nacionalidad, ha sufrido una mutilación geográfica que ya afecta muy de cerca a aquella.

Y ahora la gravedad de la situación aumenta aún más si tenemos en cuenta que Chile ya no solo ha obstruido el camino del mar a Bolivia, sino que también ha comenzado a encaramarse en el Altiplano. Tal nos lo muestra el Tratado de 1904. Chile, a favor de él, ya ha puesto el pie en los bordes occidentales de la gran meseta. Quien mire el mapa lo verá, en efecto, rodeando a Bolivia por el occidente y sur y como si dijéramos colgado ya a las estupendas alturas del Macizo Boliviano.

Pero todavía hay algo más que hace doblemente funesto para Bolivia el papel desarrollado por Chile en esta cuestión de fronteras por el Pacífico. Chile no solo ha tomado a Bolivia sus únicas salidas al mar, al sur del río Loa. También ese país se ha apoderado de la lonja de costas al norte de dicho río que estaban bajo la soberanía del Perú, pero sobre las cuales Bolivia hacía valer legítimos y naturales derechos. Es decir, Chile ha sustituido al Perú en el sistema de compresión que ejercía este Estado sobre el de Bolivia, al tener bajo su control esos territorios.

De modo que el Perú, en la actualidad, ya no tiene sino el territorio de Mollendo y los adyacentes para continuar ejercitando ese papel sobre la República boliviana. Ahora lo más importante de ese papel le toca a Chile.

Y, seguramente, acaso es esta la principal razón para que el Perú vea con profundo disgusto el dominio de Chile en esos territorios, ya que se pierde para él uno de los elementos de mayor significación con que podía disponer de una parte de los destinos de Bolivia en sus relaciones con el mundo exterior por el Pacífico.

Y Chile, de su lado, al insistir en su dominio sobre esas costas, tiene también en cuenta, naturalmente, las ventajas que eso le trae

por el lado de Bolivia, ya que así hace de este país casi una simple factoría en lo comercial y tiene igualmente las llaves de otra forma de dominio en lo estratégico.

He aquí una de las principales razones que explican el encarnizamiento de esos países al disputarse la posesión de Tacna y Arica. Es el aspecto boliviano del asunto. Y entretanto Bolivia, el país más directamente interesado en tal asunto, se ve condenado a un papel expectante.

En vano han sido sus tentativas de intervenir en él. Se la ha negado toda intromisión, desconociendo así los mismos postulados de la geografía y dejando para el futuro siempre pendiente esta gravísima cuestión. Hoy el mundo todo presencia un espectáculo peregrino: dos países que se disputan un territorio que en el fondo no es de ninguno de ellos.

Es como si dos hombres se disputasen un miembro perteneciente a un tercer hombre…

Y pronto va a realizarse un plebiscito. Esas mismas provincias que un día, hace luengos años, pidieran su incorporación a Bolivia, van ahora a votar sobre si deben pertenecer a Chile o al Perú.

Pero, en fin, sea cual fuere el Estado al que el árbitro declarase pertenecer tales provincias, la verdad es que esa solución no será definitiva, porque no puede serlo lo que no está de acuerdo con las normas que impone la Naturaleza.

Todas las costas de Atacama, así como las de Tarapacá, Arica y Mollendo, pertenecen por la geografía al eslabón andino central. Son, como ya lo hemos dicho más de una vez, la simple prolongación de las vertientes occidentales del Macizo Boliviano hacia el océano Pacífico. Y como el Estado boliviano está edificado sobre el núcleo central de tal eslabón, era muy natural que sus contactos con el mar tuviesen la debida correspondencia con ese núcleo.

Pero la falta de previsión, la guerra y la diplomacia han dispuesto que no sea así, creando una situación falsa porque es ilógica y artificiosa. Y esto en el porvenir no puede sino traer consecuencias funestas para la paz de América.



He aquí, pues, otro de los puntos más delicados con respecto a la nacionalidad que deberán resolver mañana los hijos de Bolivia. Hoy se han tentado algunos expedientes. Se ha propuesto, por ejemplo, la revisión del Tratado de 1904. Pero nosotros creemos que esta

misma revisión es peligrosa para Bolivia en el momento actual. Ella podría abrir nuevas puertas a Chile para otros avances. Porque la verdad es esta: por mucho que se haya calificado el Tratado de 1904 como un "gran desastre", es, sin embargo, lo único que está conteniendo a Chile de nuevas agregaciones territoriales en la Altiplanicie.

Pero el día en que Chile sea un país más fuerte de lo que es al presente, el día en que no tema la intervención de otras potencias, el día en que Bolivia, por su incapacidad, le dé un cabe, entonces adiós las razones que hoy mismo hace valer para negarse a la revisión del Tratado de 1904. Entonces será el mismo Chile quien pida esa revisión. Y aun cuando no lo pudiese, tampoco le faltará cualquier procedimiento para hacer entrar ese Tratado, como tantos otros, en la categoría de los "pedazos de papel".

Se ve, pues, que el peligro mayor para el porvenir de Bolivia está en el lado occidental, como hemos dicho; ya que habiendo Chile avanzado hasta las posiciones que actualmente ocupa, y teniendo propósitos de seguir avanzando, va camino de afectar el núcleo mismo de la nacionalidad boliviana, desapareciendo así el gran factor geográfico que, según nuestro entender, es quien sustenta esta nacionalidad.

XIV

La tesis del "conglomerado". Las ideas del señor Badía Malagrida. Su exageración. Bolivia está en el mismo caso de los demás países andinos. Recapitulación geográfica, geológica, histórica

Antes de concluir este estudio, y puesto que en él hemos sostenido la tesis de estar construida Bolivia sobre una unidad geográfica, aunque incompleta, tócanos aún decir algunas palabras acerca de otra tesis aparentemente contraria a la nuestra.

Es la tesis del "conglomerado", o sea, la que afirma que Bolivia, en vez de ser una unidad geográfica, es solo un territorio incoherente dentro del cual aparecen poco menos que violentamente acodadas, y sin ningún enlace natural, tierras como las que hemos llamado la Bolivia anterior y posterior.

Así, entre las obras últimamente aparecidas y en las cuales se vuelve a encontrar un tal postulado, bien podemos citar el notable libro titulado: *El factor geográfico en la política suramericana*, del escritor español don Carlos Badía Malagrida.

Bien, pues, en este libro interesantísimo, su distinguido autor, al referirse a Bolivia, llega a repetir más de una vez ese mismo concepto que ya otros habían planteado, esto es que Bolivia, geográficamente, es un "conglomerado", o sea un conjunto forzado de territorios inconexos.

Es verdad que, al hablar del Macizo Boliviano, le reconoce categóricamente el carácter de ser una unidad geográfica propiamente dicha.[7]

Empero, al referirse a las zonas bolivianas del este y sudeste (lo que nosotros llamamos la Bolivia baja), entiende el autor que ellas escapan a la atracción del macizo, cayendo más bien bajo la de los países vecinos y, por tanto, su agregación política a Bolivia constituye una violencia hecha a la Naturaleza en perjuicio de los países limítrofes como Brasil y Argentina.

Por nuestra parte, creemos que dicha afirmación es por demás exagerada. Desde luego, a juzgar las cosas con tal criterio, todos los demás Estados suramericanos tendrían que reputarse también como otros tantos conglomerados ya que, además de la región propiamente andina que ocupan, se extiende también su soberanía hacia las tierras internas del continente que siguen al oriente de los Andes. En ese caso están Colombia, Ecuador y el Perú. ¿Pero hasta qué punto se debe considerar así este asunto?

A nuestro juicio, todos esos países están físicamente construidos sobre otras tantas unidades geográficas, tales como las que se pueden encontrar dentro del gran sistema de la cordillera andina continental.

Los grandes relieves de ella les han servido de principal basamento. Los nudos, las mesetas, las ramificaciones montañosas y las

---

7 El señor Badía dice en su citado libro (página 243) "que el macizo montañoso de Bolivia reúne en sí mismo características suficientes para ser considerado como una unidad geográfica propiamente dicha. Pero entiéndase bien, que nos referimos al Macizo Boliviano íntegramente, como un sector de la cordillera andina tan individualizado por sus rasgos estructurales como la barrera chilena o las mesetas peruanas, y en este sentido claro está que no podemos sancionar la segregación de las comarcas de Tacna y Tarapacá por cuyo borde circula la línea genetriz del sistema andino".

llanuras que de ellas dependen forman su marco nacional. Tales los nudos del Cuzco, de Pasco, de Loja, de Pasto y las mesetas correspondientes, que figuran en esos Estados como el tronco del cual depende todo lo más vital del resto de sus respectivos organismos. Y lo mismo hay que decir en el caso de Bolivia.

Bolivia se ha constituido dentro del gran núcleo central de los Andes que hemos descrito.

Y, necesariamente, al constituirse, ha debido rebasar de dicho núcleo hacia las llanuras que le continúan por el oriente, pero al hacerlo, ha seguido la gravitación natural a que estaba llamada.

Era la evolución humana calcada, vamos a decir, sobre las mismas direcciones que siguieron las tierras de acarreo que, desprendidas por la erosión desde las montañas andinas, han ido a formar una gran faja de terrenos de estructura geológica uniforme a lo largo de la cordillera suramericana. Así debió pasar en los tiempos prehistóricos, cuando el morador de la gran meseta, el constructor de Tihuanacu, emprendió el éxodo desde las tierras altas a las bajas hasta encontrarse acaso con el habitante de las selvas de origen africano.

Y asimismo pasó cuando, en el periodo incásico, el conquistador del Cuzco dirigió sus huestes hacia el oriente. Desde los yermos del Collasuyo, atravesando las gargantas tremendas del Antisuyu, descendieron los hombres de la montaña en busca de las tierras exuberantes de la llanura. Hoy mismo, aún subsisten las huellas de su paso hasta en las últimas estribaciones orientales de la cordillera. Y todavía, no obstante la superposición de nuevas etapas civilizatorias, subsiste hasta hoy mucho de la misma nomenclatura impuesta por ellos en esos lugares.

Allí, en esas extremidades, fue a encontrarse el colla civilizador con el bárbaro guaranítico y, desde entonces, también nació el odio entre ambos. Pero el conquistador incásico quedó allí. Su marcha hacia adelante quedó interrumpida por la aparición a sus espaldas de otro terrible invasor: el español.

Sin la llegada de este es dable suponer que los incas hubieran seguido avanzando en las mismas tierras que después tomaron aquellos: Mojos, Chiquitos, el Chaco. Y en cuanto a los mismos españoles, ya se sabe cómo estos fueron también siguiendo los mismos pasos al fundar la famosa Audiencia de Charcas.

Los españoles, en efecto, tomaron como núcleo primordial de esa formación colonial la Altiplanicie a la que habían dado el nombre de El Collao (el Collasuyo de los indígenas), y luego completaron el resto del edificio agregándole las tierras que habían ido a descubrir Manzo, Irala, Ñuflo de Chaves, etc. Así quedaron constituidas las cuatro provincias altas: Potosí, Charcas, La Paz y Santa Cruz en que estaba incluida Cochabamba. Era la porción andina que desde el mar (Atacama, Arica, etc.) se extendía hasta los últimos contrafuertes orientales que van a morir con los llanos orientales.

Luego, los españoles todavía añadieron a esta creación oriental otras tierras más al oriente, o sea, las gobernaciones militares de Mojos y Chiquitos hasta los ríos Madera, Mamoré y Paraguay. Era, justamente, el mismo territorio que, salvo los recortes sufridos después, constituye hoy día el suelo de Bolivia. Por eso hemos dicho alguna vez que los españoles, al proceder así, procedieron con un sentido notable que bien podría llamarse “sentido geográfico”.

La República de Bolivia, al extenderse en esas direcciones, no ha hecho, pues, sino seguir las mismas huellas de las razas de antaño y aun de los elementos físicos cuyo camino fue ese. Era el cumplimiento de una ley natural. Era la ley de la gravitación que es fatal en los seres y en las cosas. Y es así cómo, no solo políticamente, sino también naturalmente, se ha formado este país.

Ahora que dentro de él hay grandes anomalías, discordancias enormes, es evidente, pero ello está muy lejos de destruir los lineamientos primordiales que integran la unidad de su territorio.

Son meros detalles morfológicos, que más bien por su misma oposición, y por un fenómeno curioso, vienen a complementar por modos varios la nacionalidad. Una gran meseta circundada de dos cordilleras, he aquí lo fundamental. Después, vienen los factores complementarios que, aun cuando ya no sean precisamente la misma eminencia montañosa, constituyen sus dependencias; tal por el oeste el Pacífico y por el este la región de los llanos.

En otras palabras, se podría comparar el territorio boliviano con una gran fortaleza cuyos torreones se levantan en torno de la Altiplanicie, pero cuyos pies llegan por un lado a mojarse en el mar y por el otro a apoyarse en las llanuras centrales del continente.



No es pues Bolivia un simple "conglomerado". Es, por el contrario, una admirable síntesis de factores físicos que hacen de su territorio un terreno apropiado para constituir con él una gran nación. La misma geología así nos lo manifiesta. Los llanos de Mojos, Chiquitos, el Chaco, etc., tienen la misma formación terciaria que domina en la Altiplanicie. Diríase que el pampeano plioceno de las tierras bajas es simplemente una prolongación del plioceno de la Altiplanicie terciaria. Los mismos restos, los mismos fósiles de la fauna mamalógica se encuentran en ambas regiones.

Y en cuanto a las formaciones cuaternarias, se comprende que ellas debieron seguir análogos rumbos. El levantamiento de la Altiplanicie en la Época Cuaternaria (Pleistoceno), dio lugar a un desnivelamiento que cambió el curso de varios ríos que iban a los lagos centrales y que, desde entonces, cambiaron su curso dirigiéndose hacia las tierras bajas. Ejemplo: el río de La Paz, del que está probado que antes desaguaba en el Titicaca y que ahora se dirige al Beni.

Los lagos Titicaca y Poopó del Altiplano, así como el Rogagua y Ragaguado de los llanos benianos, tienen un origen común.[8] Los terrenos de aluvión descendieron de las cordilleras a las llanuras. Las montañas se desvistieron de su limo para vestir con él la tierra exuberante de las selvas. Y como ya lo hemos dicho, el gran Macizo Andino fue el acuario gigantesco destinado a regar con las aguas nacidas de su seno las vegas paradisíacas que le seguían por el oriente.

Así se fueron formando como escalones sucesivos después de las altitudes de la Puna Brava esos mil relieves que tanto caracterizan a Bolivia: las cabeceras de valle, los valles, las selvas sin fin… Y sobre esos relieves aparecerían después las poblaciones que hoy mismo vemos: Oruro, Potosí, La Paz, Chuquisaca, Cochabamba, Tarija, Santa Cruz, Trinidad.

En realidad, pues, a juzgar las cosas con este criterio, lo único que ya no tiene un carácter propiamente andino dentro del territorio de Bolivia sería aquella zona en la cual este se va a encontrar con las formaciones del sistema brasileño que vienen del lado del

8 Para el geólogo norteamericano Isaiah Bowman los Andes en la zona del Macizo Boliviano forman "una vasta meseta dividida en dos mitades por la hoya de hundimiento en donde se extiende el lago Titicaca". A cada una de estas mitades corresponden los territorios que miran el Pacífico (meseta occidental) y los que van a las hoyas amazónica y platense (meseta oriental).

Atlántico y que penetra en las fronteras nacionales desde la Sierra de los Parecis.

Desgraciadamente, tampoco esa misma región está hasta el presente bien caracterizada en sus condiciones geológicas, quedando aún por resolverse dónde concluye categóricamente la formación arcaica de las montañas brasileñas y dónde la de los terrenos paleozoicos de los Andes bolivianos. Quizás esa división se halla entre los ríos San Miguel y Parapetí, nacidos del lado andino y el Guaporé, desprendido de las ramificaciones orientales de Mato Grosso.

Esto es un asunto digno de un estudio serio y minucioso y acaso, según sus resultados, podría dar lugar en el futuro a una rectificación de fronteras entre Bolivia y el Brasil.[9]

Pero, de todos modos, debe quedar como verdad evidente, aun para los mismos sostenedores de la tesis del “conglomerado”, que Bolivia, por lo menos en lo que concierne a su concepto propiamente nacional, se halla edificada sobre esa unidad geográfica formada por la parte del Macizo Boliviano a que se refiere Badía.

Y, sin embargo, ello tampoco invalida el concepto de que las demás tierras que forman actualmente este país, tales como las de la Bolivia posterior, sean sus partes complementarias. Esas tierras no rompen dicha unidad; y sí más bien la afirman y consolidan. Allí está el campo de una producción vegetal enorme, la que, unida a la producción minera del macizo, constituye, en lo económico, una de las condiciones principales de un verdadero Estado.

Es decir, Bolivia así formada viene a ser un país mixto. No solo es un país de montaña o un país de llanura. Tiene de lo uno y de lo otro, y ello significa para su vida otra nueva ventaja. La desventaja estaría para muchos en la dificultad de las comunicaciones por razón de la gran discordancia de los relieves fundamentales y de sus innúmeros accidentes.

---

9 Es evidente que, en ciertos casos, cuando la gravitación natural de ciertos territorios los inclina hacia un país extranjero, no obstante su nacionalidad histórica o política, deben procurarse tales rectificaciones dentro de un acuerdo inteligente y con las debidas compensaciones. Con esto se evitan pleitos interminables y hasta guerras sangrientas. Así, por ejemplo, si Bolivia consiguiese del Perú la parte del Macizo Boliviano, inclusive la costa de Mollendo (departamentos de Puno, Arequipa y Moquegua), que están dentro de la soberanía de esa República, dándole en cambio territorios equivalentes de su territorio de colonias, sería una combinación provechosa para ambos países.

Pero, después de todo, entendemos nosotros que esto mismo está destinado a despertar en el boliviano mayores bríos y energías de los que pueden dar de sí los habitantes de otros países de más sencilla estructura. De suerte que, a la larga, esas mismas dificultades se resolverían en una ventaja también. Vencer los inconvenientes de un suelo erizado de relieves sin cuento es de hombres fuertes. Buscar solo la facilidad en las cosas es más propio de hombres apáticos o débiles.

XV
Líneas finales

Recapitulando en unas cuantas líneas sinópticas todo lo esencial de lo que tenemos dicho anteriormente, podemos sentar los siguientes postulados:

La cordillera de los Andes es un largo trayecto por la América del Sur, se divide en grandes eslabones montañosos que constituyen otras tantas unidades geográficas adecuadas para el establecimiento en ellas de unidades nacionales. Una de estas formaciones orográficas es la que hemos llamado *eslabón andino central*.

Sobre este eslabón central se han sucedido largos ciclos de evolución humana desde los tiempos prehistóricos hasta hoy. Como ejemplos de ellos hemos citado la civilización de Tihuanacu, la etapa aymara, el Imperio Inca, la era colonial hispánica (Audiencia de Charcas).

Y, asimismo, sobre este eslabón nació la República de Bolivia hace un siglo. Mas, desgraciadamente, al nacer Bolivia, no ocupó toda la formación montañosa que geográficamente le correspondía. Los extremos boreal y oriental de esta quedaron en poder de los países vecinos. Igualmente el flanco occidental colindante con el mar le fue segregado. Y tan solo por el oriental se extendió ampliamente la República.

Luego, en los cien años que corren, Bolivia, casi siempre víctima de luchas internas y de conflictos internacionales, ha ido perdiendo enormes lonjas de su territorio y replegándose en el centro del eslabón. Esto último es lo que a nuestro juicio explica la persistencia de esta nacionalidad hasta ahora.

Pero el avance de sus vecinos –sobre todo de Chile– hacia el mismo núcleo básico de la República, constituye una grave amenaza

para su estabilidad. Bolivia, por tanto, para asegurar su vida en el porvenir, deberá, ante todo, preocuparse de su reconstrucción geográfica dentro de los moldes territoriales cuyos delineamientos principales hemos señalado en este estudio.

Aquí podríamos finalizar este trabajo.

Pero, como una cuestión derivada del mismo, vamos aún a hacer algunas consideraciones adicionales. Hemos dicho que la principal preocupación de Bolivia en el porvenir deberá ser la de reconstituirse dentro de su marco natural, o sea, de ocupar esa unidad geográfica que está en el núcleo céntrico de los Andes y de la cual es la expresión más resaltante el Macizo Boliviano.

Pero he aquí la dificultad.

¿Cómo podrá Bolivia llenar una obra de tal magnitud?

Respondemos: siendo un país fuerte. He aquí la principal condición que debería llenar este país para afrontar tal solución. Ser un país fuerte. Ser un país fuerte ya para proceder por las vías pacíficas mostrando sus derechos o ya para imponerlos por medio de la guerra.

Porque está probado que aun en el terreno de una discusión diplomática tranquila, para plantear el derecho, para hacerse oír, para convencer, hay que ser fuerte. La misma justicia, para imponerse, tiene que presentarse armada. El ser débil, por mucho que tenga de su lado la razón, se quedará en un terreno meramente abstracto. Esto fue siempre así; y lo seguirá siendo mañana. Lo seguirá siendo con todo de existir esas grandes entidades internacionales que se llaman ligas de naciones, congresos, tribunales de arbitraje, conferencias, etc.



Pero todavía aquí surge otra interrogación:

¿Cómo podrá ser Bolivia un país fuerte?

Esta es, naturalmente, una pregunta cuya respuesta supone la consideración de diversos tópicos más o menos complicados. Pero nosotros nos fijaremos únicamente en lo que nos parece la condición primordial para que Bolivia llene tal propósito. Para ser Bolivia un país fuerte, debe, ante todo, ser un país unido. Es decir,

Bolivia debe empezar por llevar a la práctica aquella su bella divisa: “La unión es la fuerza”.

Sobre la unidad geográfica debe surgir la unidad moral. La unidad moral sin la cual se esterilizan las mayores ventajas que ofrece un suelo privilegiado. La unidad moral que es fuente de energía que lleva los pueblos a los actos más heroicos, a los más inmensos sacrificios, los que, a su vez, son otra fuerza enorme ya que sirve de ejemplo y de estímulo a los demás.

La unidad moral que es lo que integra más que nada el verdadero concepto de nación, ya que los de Estado o país pueden responder tan solo a finalidades transitorias (políticas, económicas, etc.) o significan agregados sin consistencia y sin un solo y supremo ideal.

He aquí la primera condición que debe cumplir Bolivia para ser un país fuerte.



Porque, desgraciadamente, la verdad es esta: lo que más ha perjudicado y perjudica hoy mismo a la nación boliviana son las luchas regionalistas, las rivalidades pequeñas de unos pueblos contra otros.[10]

Lo cual, por lo demás, es el resultado de nuestra misma estructura geográfica. La gran variedad y agudización de nuestros relieves físicos tenía naturalmente que crear pueblos de tipo diverso, de complexiones y temperamentos propios de cada localidad. Tal pasa, por ejemplo, con tres de nuestras ciudades próximas a un mismo paralelo geográfico, pero que por su diversa altitud, topografía, clima, etc., tienen su fisonomía propia: Oruro, ciudad de la Altiplanicie, de clima frío, de cerca de 4.000 metros de altura, tiene que ser muy distinta de Santa Cruz, ciudad de la llanura oriental, de clima ardiente y de apenas 400 metros sobre el mar. Y entre ambas está Cochabamba, ciudad de los contrafuertes andinos orientales, de clima templado y con una altura de 2.500 metros.

Pero todos estos son meros detalles que no pueden romper la unidad geográfica integral. Son aspectos, matices, oposiciones

10 Hace más de 60 años ya habían surgido estas rivalidades. Gabriel René Moreno (cruceño) habla largo y tendido sobre esto. Son suyas estas frases: “el paceñismo cantonalista”, “el potosinismo siempre inofensivo y leal”, “el ufano cochabambinismo”.

que existen en muchas partes y que deben existir, concurriendo sin embargo a formar un conjunto armónico nacional. Son como las distintas partes de una misma individualidad que, no por su diversa estructura, han de ser extrañas a ella. En el cuerpo humano, por ejemplo, hay diversos sistemas de tejidos (nervioso, muscular, óseo, etc.), hay diferentes órganos y aparatos (corazón, pulmones, estómago, etc.); y aun dentro de un mismo órgano, *v.g.* en el cerebro, hay formaciones regionales muy distintas. Y, sin embargo, todo eso se encuentra reunido, adaptado, confederado para constituir un solo organismo, una sola unidad humana, un yo que se distingue de los otros.

Así en las naciones. Por distintos que sean aparentemente sus componentes, ellos deben tender a constituir una sola unidad que es la que llamamos *unidad integral*.



Que se cultive en buena hora un regionalismo sano. Ello es necesario y está dentro de lo ético y aun de lo estético. Mas las manifestaciones de predominio exagerado, las apetencias groseras, los cantonalismos ridículos, constituyen síntomas de desequilibrio pernicioso para los pueblos. Y, en veces, entran dentro de lo patológico. Son hipertrofias que, a la larga, comprometen el juego normal de un organismo.

Y precisamente eso es lo que influye para que ciertos escritores que solo ven superficialmente las cosas consideren a Bolivia un simple conglomerado, un hacinamiento de elementos inconexos que se rechazan y se combaten. No deberían, pues, los pueblos bolivianos dar lugar a tales apreciaciones. Ellos deberían ya tener la comprensión cabal de la gran patria y obrar en consecuencia.

Así los hijos del Altiplano, por lo mismo de ser este la primordial plataforma de nuestra nacionalidad, pero plataforma que a su vez descansa sobre los demás elementos geográficos de Bolivia, deberían hacer obra de verdadera comunión moral con sus hermanos de los demás territorios circundantes. Y de igual suerte estos deberían amar esa gran terraza en que se yergue la República, y en donde están los restos milenarios Wiñay Marca ("la ciudad eterna") del formidable Taypicala ("la piedra central") de Tihuanacu, en fin.

Esa es la unidad moral que Bolivia necesita consolidar para asegurar su vida y su grandeza por los siglos de los siglos. Con ella vendrán

los lazos materiales a fortalecerla: por ejemplo, los ferrocarriles. Pero, sin ella, con ferrocarriles y todo, irá Bolivia a la muerte.[11]



Pero no hablemos solo de la unidad de los pueblos, hablemos también de la unidad moral de la raza.

Ahí tenemos a nuestro lado un ser que, no obstante las solemnes declaraciones de nuestra Constitución sobre los derechos del hombre, es un verdadero paria: el indio.

¿Y qué hemos hecho de efectivo en su favor? Solamente hablar… hablar mucho. Aquellos estribillos de la "redención", de "la educación

---

11 Así, ya pueden calcularse los resultados desastrosos que traerían los resentimientos entre pueblos que arrastrasen a alguno de ellos a vincularse a otra nación. Si, por ejemplo, Santa Cruz, donde hace 60 años se cantaba aún el himno nacional argentino en lugar del boliviano, Santa Cruz, uno de cuyos hijos más ilustres, Gabriel René Moreno, maldecía el haber quedado fuera de la nacionalidad argentina, quisiese tornar a ella, ¡qué espantosa convulsión interna que aun podría transformarse en conflicto internacional!

Y subiendo al Macizo Andino, ¿qué sería si Cochabamba que, en el año 1810, se plegó valerosamente al levantamiento de Buenos Aires; Cochabamba, cuya situación céntrica es tan notable en la Bolivia actual; Cochabamba que, según Bolívar, debía ser la capital de la República, quisiese también seguir el mismo camino?

¿Y cuanto más se puede decir de Sucre, la ciudad prócer, la vieja Chuquisaca, la metrópoli histórica de estas tierras que tiene tantos puntos de vinculación con la simpática República Argentina?

Chuquisaca, aun geográficamente, es considerada por muchos perteneciente a la Argentina. He aquí lo que el mismo Badía, antes citado, dice: "Ningún argumento puede aducirse, por ejemplo, para otorgar a Bolivia la región de Chuquisaca en perjuicio del Estado argentino".

Tal no es nuestra opinión. Para nosotros, Chuquisaca forma algo así como el nexo entre la yerma Altiplanicie y las ubérrimas tierras de la hoya platense. Y así como La Paz puede considerarse como la capital regional de las tierras altas y Santa Cruz de las bajas, Sucre, situada en los contrafuertes de transición entre unas y otras, viene a participar de ambas. Su separación, pues, de la nacionalidad boliviana significaría un desequilibrio funesto para Bolivia, dado que ella aún subsistiese. Chuquisaca no es solo la capital histórica que dicen todos. Es algo más. Es la ciudad que, aun dentro del concepto meramente geográfico, está llamada a tener la doble capitalidad entre la Bolivia occidental y la Bolivia oriental. Otra cosa es que, hoy día, circunstancias del momento mantengan a esta ciudad es una relativa relegación. Pero pasará el tiempo. Y cuando se tenga una visión clara de las cosas, cuando los ferrocarriles de la Altiplanicie lleguen a Sucre y de aquí pasen a las tierras opulentas del Azero, del Parapetí y del Paraguay, entonces podrá avalorarse en su real sentido la importancia de Chuquisaca.

del indio", no caen de los labios ni de los mismos cuyas manos no cesan de esgrimir el látigo contra él.

Antaño, nada menos que un congreso, el Primer Congreso Argentino de Tucumán (1816), quería hacer una monarquía incásica con su sede en el Cuzco. Y eran Belgrano y San Martín quienes patrocinaban tal idea. Pero, justamente un indio, un aymara (Pazoskanki), encargóse en Buenos Aires de dar por tierra con esas ideas utópicas.

¿Y hoy día quién habla más de eso?

Y el indio, entretanto, sigue siendo un enigma entre nosotros.

Hay quien lo considera el depositario de las energías de la raza (Franz Tamayo) y quien solo una "induración" maléfica, un ser refractario a la civilización (Gabriel René Moreno). ¿Dónde está la verdad? No lo sabemos. Nadie aún ha podido definir categóricamente esa extraña personalidad. No conocemos sus verdaderos instintos, su manera de ser afectiva, su capacidad intelectual, en una palabra: su índice psíquico total.

Pero, en fin, después de todo, hay ciertos hechos paradójicos que deben llamar nuestra atención respecto del papel que puede llenar el indio en Bolivia. Esa misma inmovilidad que tanto se condena en él, ¿no significa, bien mirada, un don de persistencia singular? Y la persistencia en una raza ¿no es una gran cualidad para sostener una nación?[12]

Y en el espíritu gregario del indio, sobre el que se han dicho también palabras durísimas, ¿no está aparejado otro don, el don

---

12 Si miramos, por ejemplo, un mapa etnográfico de Sur América, notamos allí lo siguiente: al centro del Macizo Boliviano se encuentran los aymaras. Por el norte, sur y gran parte del oriente los envuelven los quechuas ocupando los contrafuertes orientales. Luego viene la raza pampeana (moxeños, chiquitanos, tobas, etc.) desplegándose en las zonas orientales. Y por último en torno de estas aparece la gran familia guaranítica extendiéndose fuera de Bolivia en todo el resto de la América meridional desde el Plata al mar Caribe. Es una sucesión de fajas concéntricas análogas a las fajas geográficas que antes hemos descrito. Representan un abanico desplegado. En la parte próxima al Macizo están los aymaras y en derredor se superponen las demás razas formando arcos cada vez más largos y anchos.

Esto quiere decir que en la inmensa sucesión de los siglos, los indios adheridos a la gran meseta andina y sus contrafuertes han sabido resistir bravamente las innúmeras causas de destrucción que se operaban sobre ellos. Y entre los indios merecen especial mención los aymaras reconcentrados en la parte central del Macizo Boliviano. Ellos están más o menos allí como hace algunos millares de años. Otras razas van decreciendo paulatinamente o ya han desaparecido, tanto en la región andina como en la de los llanos orientales: ejemplos, los chichas de la meseta de Bogotá o los charrúas del Uruguay. Los aymaras, en cambio, persisten cual si gozasen de mayor vitalidad.

de la disciplina tan útil para llevar a los pueblos al cumplimiento de grandes destinos?

Y esa misma rudeza, esa brutalidad que manifiesta el indio para comprender las abstracciones de nuestros complicados cerebros, ¿no nos está diciendo que aún se trata de un terreno virgen donde una inteligente y tesonera educación podrá obtener en el futuro consecuencias incalculables?

¿Y qué decir de los resultados en los cruzamientos del indio y del blanco? En ellos, no podrá afirmarse que es el español quien ha triunfado. Es la raza subyugada, es la madre india quien supo trasmitir los principales caracteres de aquella en sus descendientes. Así se formó ese tipo humano –el mestizo– que hoy domina en Bolivia. Y así se vengó de la otra gran raza madre. Vencida en los campos de batalla, la venció en esos otros campos de las supremas luchas biológicas.

No despreciemos al indio.

Él, sin saberlo y sin que nosotros tampoco lo sepamos, está en la base misma de nuestra nacionalidad. Él nos ha probado ya lo que vale. Él resistió a la mita. Él fue la gran máquina de hacer dinero de que se valió el conquistador. Su papel en la industria, en el comercio, en las comunicaciones fue enorme. Él, con su paciente llama, tan resistente y sufrida como él mismo, resume toda una época.

Y hoy también, no obstante el desamparo en que lo tenemos, es todavía entre los elementos de trabajo que integran nuestro organismo lo más sólido y productivo para la economía nacional. La Bolivia minera sigue encontrando en él un caudal de energías inagotable. La agricultura está en sus manos. Nuestras comunicaciones, nuestro comercio, cuentan aún con él en máxima escala. Con su ayuda hemos construido nuestros más atrevidos ferrocarriles.[13]

Como soldado, sencillamente, no tiene igual. Y todas estas admirables cualidades las adquirió el indio por la acción de su propio medio. El medio, con el lento pasar de millares de siglos, fue infiltrando en ese organismo el frío glacial de sus alturas, la severidad de sus montañas, la indiferencia terrible de su cielo. Víctima acaso de tremendos cataclismos aprendió a sufrir sin rendirse. Soportó, tal vez, largas épocas de hambre hasta aprender también

---

13 En la construcción del ferrocarril Mulatos-Potosí nadie como él soportó el frío, la rarefacción aérea, la escasez de recursos y mil otras penalidades en las desoladas altitudes que recorre esa línea.

la parquedad que hoy le distingue. Cercado de enemigos, hombres como él, hizo del gran Macizo la ciudadela inexpugnable de la que ya nadie lo pudo arrojar.

Y todas esas cualidades, creadas por el medio, se fueron transmitiendo en él de generación en generación hasta llegar a constituir una herencia específica que ha concluido por hacer del indio el tipo fiero y resistente que hoy admiramos.



Y en la guerra de nuestra Independencia tampoco hay que desconocer el papel del indio.

Porque no por la ignorancia y abyección en que se halla ha de creerse, cual dicen algunos, que no entra en su entendimiento el concepto de la patria.

Que el indio sabía bien lo que es la patria lo prueban los levantamientos de los Katari y de Túpac Amaru que ensangrentaron ambos Perús mucho antes de la insurrección de criollos y mestizos contra el régimen peninsular.

Pero en esta misma insurrección y guerra consiguiente la acción del indio fue también capital. Fue, más que nadie en ella, el "soldado desconocido", el héroe anónimo que no dejó ninguna huella de su memoria, pero sí los resultados positivos de su acción.

Como soldado ya puede calcularse lo que valía. Su admirable conocimiento del suelo le hacía un guía incomparable. Era el arriero, el peón, el chasqui, el proveedor de urgencia de mil recursos para las tropas. Con su paciente trabajo sacaba de la tierra los pocos, pero preciosos frutos que se podían dar en las circunstancias. Era el pastor del ganado que sostenía a los combatientes. Y, en fin, él soportaba sobre sus hombros esas infinitas imposiciones que trae consigo una guerra.



Solo que para él los resultados de esa guerra han sido negativos. Por triste ironía el indio sigue en la República libre y soberana de Bolivia tan maltratado y deprimido como en el tiempo de la Colonia.

El indio no parece que viviera en su patria. Confinado a los campos, vive allí en un desamparo horrible. Las leyes, en general, no lo protegen. La patria lo abandona. Está por lo regular vestido de harapos. Sufre de hambres frecuentes y, en los años de malas cosechas, su rancho miserable es el teatro de cuadros desgarradores.

Si cae enfermo, difícilmente se le tiende una mano para sostenerlo. El tifus, el paludismo, la viruela lo diezman. Si tuviésemos estadísticas, conoceríamos sobre esto cifras espantosas.

Nuestras cárceles abundan en indios. ¿Por qué? No por ser ellos los más criminales, sino los más impotentes. El patrón para el indio ha sustituido al antiguo encomendero. El corregidor lo esquilma. El tinterillo abusa de su candor. Y aun el cura, si bien le concede un alma –cosa que le negaron aquellos obispos de tiempos antañones– suele en el hecho tratarlo como si no la tuviese… Y, para colmo de todo, ya se le ha enseñado el abuso de ese terrible brebaje que achata a las razas: el alcohol.

Y con todo esto, el indio vive todavía. Vive aquí como vivía hace siete mil años. ¡Admirable resistencia!



Es hora ya de reaccionar contra tal situación. Bolivia, que la ha sostenido en su primer centenario, debe ya en adelante corregirla. Debe afrontar este problema pavoroso del indio como uno de los mayores y de los que demandan medidas más prontas y radicales. Y desde luego, hay que empezar por estudiar debidamente al indio. Con unas cuantas mediciones antropométricas y algunos juicios más o menos superficiales se ha hecho muy poco o nada. No hay entre nosotros ni siquiera una escuela de las lenguas aymara o quechua. Ni hay alguna institución científica que haga en esta cuestión estudios metódicos y serios. Ni los poderes públicos los estimulan. Y aun los pocos hombres de buena voluntad que se ocupan de esto yacen como desdeñados. El indio no nos interesa sino como aparato productor. Igual que en la Colonia. Su folklore choca. La música indígena repugna a nuestros diletantes. Sus trajes dan vergüenza. Sus costumbres dan asco. En verdad, muchos querrían que el indio desaparezca de una vez. Son los que profesan la máxima de aquel general americano: “el único indio bueno es el indio muerto”. Pero el indio prosigue aferrado a la vida con tremenda tenacidad. Y aún no hay trazas de su tan anunciada extinción.[14]

---

14 Son ya numerosa legión los escritores que desde hace mucho tiempo vienen anunciando la desaparición de la raza indígena en Bolivia. Entre ellos vamos a citar únicamente a dos, por la circunstancia de que ambos hicieron sus apreciaciones en épocas muy distantes una de otra y además porque fueron ciudadanos de circunscripciones geográficas también enteramente opuestas.

El primero fue don Nicomedes Antelo, distinguido escritor oriental (de Santa Cruz), que floreció entre los años 60 y 80 [del siglo xix]. El segundo fue don

Manuel Vicente Ballivián, sapiente publicista de La Paz que ha llegado casi hasta nuestros días.

He aquí algunas apreciaciones que hacía Antelo en una conferencia dada sobre este asunto hace medio siglo, en Buenos Aires:

"¿Se extinguirá el pobre indio al empuje de nuestra raza como se extingue el dodo, el diornis, el ornitorrinco?

Si la extinción de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal, como dicen nuestros sabios modernos, y como lo creo, la consecuencia es inevitable por más dolorosa que sea. Es como una amputación que duele, pero que cura la gangrena y salva de la muerte".

Gabriel René Moreno, paisano de Antelo y su admirador, dice también comentándolo:

"Que se acaben de una vez los indios y mestizos era un tema habitual de Antelo. En ello cifraba circunstancias extraordinarias de engrandecimiento y prosperidad para la raza blanca predominante y para la nación.

Según Antelo, refiriéndose a Bolivia, el cerebro indígena y el cerebro mestizo son celularmente incapaces de concebir la libertad republicana con su altivez deliberativa y sus prestaciones de civismo.

En la concurrencia vital con el europeo, o con el criollo de pura sangre, o con el que ya logró salir del mestizaje por herencia derivada de felices selecciones, aquella raza y esta casta tendrán que sucumbir en la lucha por la existencia".

Ballivián decía, por su parte, en el libro Geografía de la República de Bolivia, publicado en 1905, lo siguiente:

"Sobre un total general de 920.000 indígenas que pueblan el territorio boliviano, 829.000 se hallan sometidos al dominio de las leyes de la República, permaneciendo el resto en pleno estado de barbarie.

Es preciso advertir que hace mucho tiempo se opera en Bolivia un fenómeno digno de llamar la atención: el desaparecimiento lento y gradual de la raza indígena.

En efecto, desde el año de 1878 esta raza está herida de muerte. En ese año, la sequía y el hambre trajeron tras sí la peste, que hizo estragos en la raza indígena. Por otra parte, el alcoholismo, al que son tan inclinados los indios, diezma sus filas de una manera notable, y tanto, que el número de sus nacimientos no cubre la mortalidad.

Según la estadística de Dalence, reputada en Bolivia como la más verídica, como que fue formada con datos oficiales cuidadosamente recogidos, el año 1846 existían en la República 701.558 indígenas, sobre una población total de 1.373.896 habitantes, o lo que es lo mismo, en cada 1.000 habitantes se contaban 510 indígenas. En la actualidad la proporción de la raza, incluyendo los salvajes, es la misma que hace 60 años, con la circunstancia de que las razas blanca y mestiza han aumentado considerablemente.

De manera que, en breve tiempo, ateniéndose a las leyes progresivas de la estadística, tendremos a la raza indígena, si no borrada por completo del escenario de la vida, al menos reducida a una mínima expresión.

Si esto puede ser un bien se apreciará por el lector, considerando que si ha habido una causa retardataria de la civilización se la debe a la raza indígena, esencialmente refractaria a toda innovación y a todo progreso, puesto que ha rehusado y rehúsa tenazmente aceptar otras costumbres que no sean transmitidas por tradición desde sus remotos ascendientes".

Como se ve, las conclusiones trascritas de los citados escritores acerca del indio son por demás sombrías.

Pero nosotros no vemos que aquellas se encuentran basadas en argumentos suficientemente demostrativos. Los mismos datos estadísticos aducidos por Ballivián no resultan probatorios de su tesis. Así, por la estadística de Dalence citada por aquel escritor, había en Bolivia en 1846 algo más de 700.000 indígenas en un total de 1.373.896 habitantes. Ahora bien, en 1900, o sea más de medio siglo después, según el resumen de población por razas que registra la misma Geografía, los indígenas son en número de 903.126, en un total de 1.617.474 almas. Lo que quiere decir que ha habido real aumento de la población indígena, aun cuando no fuese en la misma proporción de la mestiza y blanca, las que, por otra parte, tampoco han aumentado mayormente.

Y tal aumento no puede menos de sorprender si se tiene en cuenta las múltiples causas de destrucción que han actuado sobre los indios según dejamos anotado. El mismo Ballivián, en los acápites trascritos, dice que desde 1878 "esta raza está herida de muerte" por la sequía, el hambre, la peste y el alcoholismo, "tanto que el número de sus nacimientos no cubre la mortalidad". ¿Pero entonces cómo ha aumentado la población indígena?

Faltan, en verdad, estadísticas bien hechas. De 1900 hasta hoy, un cuarto de siglo, no ha habido otro censo general, de suerte que no sabemos cuál sea actualmente la población indígena y únicamente podemos hacer conjeturas.

Nosotros tenemos la impresión de que el indio aún sigue ocupando bravamente sus primitivas posiciones. Esa raza no está aún herida de muerte, cual dice el eminente Ballivián. Nosotros hemos ido más de una vez a distintas zonas del Altiplano y otros territorios andinos a combatir terribles epidemias de tifus; y sobre el mismo terreno hemos podido comprobar las notables defensas orgánicas de que dispone el indio ante ese y otros flagelos. Claro que la mortalidad es enorme; pero debería serlo aún más dadas las pésimas condiciones higiénicas en que se encuentra el indio. Hemos visto rancherías enteras atacadas, y en ellas familias numerosas, sanos y enfermos, niños y viejos, hacinados, cubiertos de harapos, nutriéndose de asquerosas piltrafas, y sin disponer de ningún recurso terapéutico. Aun los medicamentos que nosotros llevábamos no eran siempre aceptados de buen grado y nuestra misma presencia era vista con desconfianza. El indio, al ver llegar gentes extrañas a su rancho, cree siempre que va a ser víctima de sus exacciones. ¡Tan difícil es la verdadera caridad con él!…

Y se comprende que, en semejantes condiciones, el indio debería efectivamente desaparecer rápidamente ante la acción de ciertas enfermedades; y más aún si se tiene en cuenta los demás factores agotantes a que hemos hecho referencia.

Pero ello no es así; y nosotros nos lo explicamos únicamente por estos dos factores, el uno intrínseco o personal y el otro extrínseco, a saber: 1.o La

resistencia orgánica, el endurecimiento corporal y moral del indio. 2.o La acción del medio que aun cuando es inclemente, con eso mismo, a la larga lo curte y lo protege.

Y un ser hecho así, bien se comprende que, en la lucha por la vida, tiene grandes probabilidades de vencer al frente del blanco que quiera echarlo de sus posiciones. Este, en efecto, por mucho que se le considere de raza "superior", tendrá primeramente que adaptarse a las condiciones físicas del medio, lo que no es posible conseguirlo en poco tiempo. En cambio, el indio está en su elemento. Esta consustanciado a él. Su adaptación ha sido secular.



Y en cuanto a eso de que el indio no sirva para nada en la evolución de las sociedades modernas que dice Antelo, por "causa de las células que elaboran índole perniciosa y mente inadecuada en el cerebro del indio y del mestizo", parécenos que tampoco descansa en hechos suficientemente demostrativos, para poder aceptarlo sin reparo alguno.

Desde luego hay que decir que el indio ya ha servido y sirve actualmente en diversas esferas de actividad, v.g., en la agricultura, en la minería, en el comercio, en las comunicaciones que son factores de gran significación en la evolución de las sociedades, así sean antiguas o de última hora.

Ahora, si no hace más el indio, no es precisamente suya la culpa. Lo es, sobre todo, del mismo elemento civilizado que convive con él. Ese elemento no ha sabido aún compenetrarse de la manera de ser psíquica propiamente tal del indio, para obrar en relación a ella. Nos hemos contentado simplemente con hacer hipótesis más o menos temerarias, como aquella según la cual el cerebro del indio es "celularmente" inferior al del blanco.

El mismo Tamayo, que ha dicho verdades como montañas respecto del indio, parece que, sin embargo, se pone de acuerdo con Antelo al decir que "la inteligencia no es la facultad eminente y dominadora del indio". Lo cual vendría a resolverse en una simple ecuación cerebral: a una menor masa del telencéfalo (parte del cerebro en que nosotros creemos reside la suprema síntesis de las operaciones intelectuales), corresponde lógicamente una disminución proporcional de la inteligencia.

¿Pero hasta qué punto esto puede ser así? Por nuestra parte, volvemos a decir que el indio en este punto de vista es todavía un enigma.



Y, entretanto, hay ciertos hechos del pasado que nos demuestran, sin lugar a duda, que la inteligencia del indio llegó a alturas que no es posible relacionar con un coeficiente psíquico inferior. No hablaremos a este propósito de Tihuanacu, porque nosotros no creemos, como Tamayo, que esos monumentos megalíticos fuesen obra del indio. Ellos corresponden a otro cerebro o a otra mentalidad.

¿Pero y el imperio de los Incas? Aquí ya no cabe la duda. Allí estuvo el cerebro indígena. Bien es verdad que en él pudieron haber quedado gérmenes de los constructores de la urbe prehistórica después de los cruzamientos que seguramente se produjeron en largos periodos de tiempo, pero, de todos

modos, fue ya el cerebro indígena tal como estaba constituido ulteriormente quien concibió y, lo que es más, realizó aquella gigantesca creación nacional. Resulta así probada la potencia intelectual del indio.

Pero se nos dirá tal vez que ella ya hoy no sirve para operar de igual modo en la evolución de nuestras sociedades modernas.

¿Pero qué son hoy mismo las sociedades modernas?

¿Son acaso estas sociedades más felices, con su progreso material y todo, que aquellas otras sociabilidades de antaño, como la de los incas, en las que se llegó al resultado sin ejemplo en el mundo de no verse en ellas eso que constituye un espectáculo vulgar en nuestra civilización: mendigos, asesinos, prostitutas, ladrones y holgazanes?



Lo que hay es que cuando nuestros bravos abuelos, los españoles, llegaron a estas tierras en busca de aventuras y de oro, no estaban ciertamente para fijarse en las honduras psíquicas del indio. Lo que les importaba solamente era ese oro; y como el indio venía a ser justamente el mejor instrumento para obtenerlo, no le dieron otra ocupación.

Así nacieron las encomiendas. Se repartieron los indios como repartirse azadas o barrenos. Lo de las inteligencias podía quedarse por ahí, al arbitrio de algunos frailes.

Estos, por su parte, tampoco vieron siempre rectamente en el psiquismo del indio. Muchos trataron de hacer entrar en su cerebro de sopetón sus santas doctrinas, sin comprender que tal cerebro secularmente preparado para otra clase de sugestiones no podía de inmediato prestarse a una evolución más o menos violenta en las ideas. El fracaso tenía que producirse fatalmente; y de allí empezó a nacer la deducción de que el indio es cerebralmente un ser inferior, deducción que se sintetiza elocuentemente en aquella célebre discusión obispal en la que se mostraban grandes dudas sobre que el indio tuviese un alma...



Después, al ingresar a la vida republicana, el indio no mejoró esencialmente en su condición. No hizo sino variar de esclavitud. Y así ha persistido hasta hoy. Porque, en verdad, nosotros no podemos alabarnos de haber tratado al indio mejor que lo hicieron nuestros abuelos. Cierto es que nosotros concedemos al indio una alma. Pero eso es peor. Porque, después de concedérsela, flagelamos esa alma, mucho más que su cuerpo, con nuestros procedimientos más o menos civilizados o bárbaros. Es la eterna repetición.

Nosotros, que censuramos tanto a los españoles su sistema de conquista en estas tierras, ¿somos acaso mejores con el nuestro en las mismas? Nosotros, conquistadores, descubridores, exploradores o lo que se quiera, ¿qué hemos hecho, por ejemplo, en nuestros territorios del noroeste? ¿Nos hemos preocupado acaso de constituir algún centro de cultura intelectual entre los indígenas de esos territorios?

Bástenos a este propósito citar lo siguiente: En dos años que nosotros permanecimos allí, cuando la campaña del Acre de 1903 y 1904, no encontramos en toda la inmensa zona comprendida entre los ríos Madre de Dios, Orthon, Abuná y Acre ni una sola escuela siquiera de primeras letras, siendo así que

en las barracas esparcidas en esos ríos había poblaciones numerosas sobre todo de niños. Y hay que saber que por entonces estaba todavía la goma en magníficos precios y era uno de los productos que daba más entradas a las arcas nacionales y a las de muchos particulares de ese territorio.

Y es que la atención solo estaba en la goma. Por eso nosotros decíamos en uno de nuestros libros (*Páginas bárbaras*) lo siguiente a este respecto:

"Ya lo hemos dicho: el único objetivo de las gentes civilizadas que se aventuraron a penetrar en esas regiones era la goma. El hombre, es decir el bárbaro, venía a ser para ellos solo una cosa accesoria que apenas se la tenía en cuenta en lo que podía relacionarse con esa misma goma, esto es, ya como un estorbo para alcanzarla o ya más bien como un instrumento para su adquisición. A nadie se le ocurriría modificar el estado salvaje de esos seres dándoles algunas nociones de moral, de equidad, de derechos humanos y quien hubiese hablado de tal cosa se habría puesto sencillamente en ridículo. Bien sabido es, a este propósito, el modo de ser de todos los conquistadores respecto a los conquistados, llámense aquellos españoles, ingleses o italianos. Nadie piensa en el mejoramiento del bárbaro subyugado, sino más bien en su ruina y extinción. Cuando se podía sacar hasta económicamente inesperados provechos educando en formas convenientes a esas criaturas incultas, se tiende solamente a su degradación ya por medio de agentes indirectos o ya de un modo ostensible y cínico. Ejemplos de ello los vamos viendo en los norteamericanos con los pieles rojas o en los chilenos con los araucanos. Se califica al aborigen de rémora para la civilización y se lo mata. Se prefiere destruir en vez de corregir. El procedimiento es más breve, pero es antihumano y aun absurdo. El indio no es un bloque inerte. Es un elemento maravilloso del que una paciente educación y una voluntad broncínea pueden sacar frutos admirables. Por sobre las frases socorridas de "razas superiores e inferiores", de razas "achatadas", existe una verdad inconmovible: el hombre es modificable según las condiciones en que se lo coloque. Pero, ¿quién va a tentar en el hombre las experiencias que se hace con los animales o plantas? Más interés tiene, seguramente, una cría de caballos o de perros que una cría de hombres. Lo que es, en Bolivia, las razas autóctonas quechua, aymara o guaraní están esperando aun que se las saque de su primitiva condición. Los españoles primero, y después los criollos, han demostrado ser incapaces para eso. ¿Qué habría sido si en lugar de los españoles hubiesen sido los ingleses los conquistadores de estas tierras? Que a esta hora no quedaría en Bolivia ni un indio…".



Al presente no hacemos sino confirmarnos en lo que antes dijéramos. El indio, respecto de su cultura intelectual sigue entre nosotros abandonado a sí mismo. Y aun los pocos ensayos que alguna vez se han hecho sobre este asunto son apenas tímidos tanteos o más bien aplicación inconveniente de métodos y doctrinas pedagógicas que serán buenas para otros países, pero que en el nuestro, y singularmente tratándose de la raza aborigen, resultan inútiles y aun contraproducentes.

De ahí resulta que, para muchos, el indio no sirve para nada, que es un ente refractario a la civilización, que no es posible hacerle comprender el concepto de la democracia, etc.

Así queda el indio definido. Ya en el siglo antepasado, Segovia habíale pintado como un ser que está “siempre de cuclillas”. Y, no hace muchos años, nuestro eximio Baptista decía que es un tipo humano “de índole aplastada”. Y hay que ver que Baptista llevaba en su sangre un buen contingente de sangre indígena.

No es pues solo el blanco “puro o purificado” quien desprecia al indio. Es su propio hijo, el mestizo. Decir “indio” a cualquiera es inferirle un insulto. Y cuando por fuera se dice que Bolivia es un país de indios muchos aquí se llenan de vergüenza e indignación.

Hacemos brillantes fiestas de la raza. Pero ¡cuidado con nombrar siquiera al indio!… Jamás nuestros poetas al cantar sus loas se han acordado de ese ser. Nadie, entre nosotros, quiere ver detrás del ibero valeroso o del vasco inmemorial la silueta de esa otra raza cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Y, asimismo, hablando de inmigraciones para el engrandecimiento nacional, deseamos que vengan italianos, alemanes, ingleses, etc., por mucho que esos elementos ni siquiera estén seleccionados debidamente.

Y, entretanto, lo que está dentro de casa, lo que es un producto genuino de nuestra heredad, lo que representa una fracción de nuestra propia carne y de nuestra propia alma –el indio– apenas si nos llama la atención dentro del concepto de su cultura física, moral e intelectual.

Y, en verdad, aun sin hablar de inmigraciones que se hacen tan difíciles en nuestro país, ¿cuán notables frutos en lo tocante al aumento de la población y otros respectos podríamos obtener con solo rodear esa raza de los cuidados debidos para su conservación, dictando leyes para su incremento y, en fin, haciendo con ella verdadera obra de solidaridad humana, que vendría a resolverse en solidaridad nacional?

Pero dicho está que precisamente hacemos lo contrario. En vez de incrementar a esa raza procuramos su extinción. Diríase que tenemos miedo de su crecimiento. Verdad es que no llegamos aún a usar los procedimientos americanos o chilenos con las razas autóctonas de sus países; pero no creemos que eso sea así precisamente porque nos falten ganas. Ya muchas veces hemos también realizado matanzas en masa de indios. Sus “alzamientos”, por mucho que se produzcan al impulso de motivos legítimos, los aplastamos a palos o a bala. Bien es verdad que en tales alzamientos los indios, por su parte, suelen realizar actos espantosos de ferocidad. ¿Pero aun eso mismo no debe explicarse y hasta excusarse en ciertos casos, dada su miserable situación? Más culpable es el civilizado que, a sabiendas y obrando contra sus propios principios de moralidad, maltrata y extermina al indio. Además de que nosotros siempre estamos prontos a llamar actos salvajes y criminales los que en el fondo debieran más bien ser considerados como heroicos. Tal, por ejemplo, aquellos hechos de Challana (en La Paz, 1902) en que un puñado de indios, en los desfiladeros andinos orientales, puso en jaque a una gruesa fracción del ejército de línea que fue a batirlo y que sin embargo jamás lo pudo dominar.

El indio –volvemos a repetirlo una vez más– representa un valor enorme dentro de nuestra nacionalidad. Diremos más: nos parece irreemplazable. Ya en el

Es que tiene en su favor al medio. El medio que, en realidad, es su único sostén, su único amigo y maestro.

Y asimismo será mañana.

Cuando los que pregonan esa extinción estén ya callados, el indio, con su voz lejana y profunda proseguirá cantando el himno de la vida.

Y cuando los que le azotan, le intoxican y le aplastan hayan desaparecido de la faz de la tierra, él, con la eternidad de los bloques de Tihuanacu, seguirá alzándose, en carne y hueso, sostenido siempre por el aliento de un medio severo y grandioso.



Y acaso un día, cuando la patria boliviana pueda al fin marchar a la conquista de su reintegración geográfica, no será que lo haga precisamente merced a las luces de sus estadistas, sino apoyándose en las espaldas curtidas de sus indios.

---

punto de vista de la producción (factor económico), ya en el de las comunicaciones (factor social), ya en lo defensivo (factor militar), que, según el escritor español antes citado, constituyen el concepto básico del Estado, el indio es un elemento destinado a llenar siempre en Bolivia un papel trascendental.

Es decir, nosotros consideramos al indio sobre todo dentro del concepto geográfico que hemos desarrollado en este libro; considerémoslo en cuanto producto de su medio, como fruto peculiar de su tierra. Y en este sentido el indio nos parece que vale más, ciertamente más que esos elementos procedentes de otras razas a las que se ha dado en llamar "superiores".

Por lo demás, sabido es que esa fórmula de razas superiores e inferiores que un tiempo tuviera tanto prestigio, hoy, con las experiencias traídas por ciertos pueblos, v.g. el Japón, ha perdido mucho de su antiguo valor.

Y, ahora bien, ¿qué de raro sería si mañana el indio boliviano que hoy se mantiene incrustado en las vertiginosas altitudes del Macizo Andino Central, saliese de su secular inmovilidad aguijoneado por el influjo de procesos educativos apropiados y, asimilándose a aquello que más interesa a Bolivia, hiciese de ella una gran nación?

El Macizo Boliviano
[1935]

I

Visión de conjunto

El presente libro no es sino la recopilación de una serie de artículos periodísticos, escritos hace ya algunos años, tocando diversos aspectos de la gran formación orográfica andina a la que hemos llamado Macizo Boliviano. Solamente los primeros artículos de dicha serie se publicaron en la prensa extranjera, habiendo quedado los restantes, es decir la mayor parte, inéditos. Reuniéndolos hoy en un solo cuerpo e introduciendo algunas modificaciones, los da el autor a la estampa, por juzgar que no ha pasado su oportunidad y porque constituyen un elemento más de juicio dentro de su tesis del andinismo, sustentada en obras anteriores –*El Mar del Sur, La ruta atlántica, La tesis andinista,* etc. Sin que esto quiera decir tampoco que *El Macizo Boliviano* es una obra de corte propiamente científico, o cuando menos con tendencia a ese cientificismo presuntuoso del que suelen hacer lujo ciertos escritores. No, lo repetimos: se trata simplemente de un conjunto de artículos de divulgación popular, de índole, por tanto, ligera y con un aire pintoresco. Y aun cuando es verdad que a momentos avanzamos ciertos postulados de orden geográfico, histórico y hasta médico, ellos son en realidad únicamente breves escapatorias del terreno fácil y llano que nos hemos propuesto seguir.



El autor, que ha sido un incansable viajero dentro de su tierra (y aun fuera de ella), quiere esta vez acompañar a otros viajeros que aborden el *Macizo Boliviano* y, a guisa de simple charla, con sencillez y llaneza acaso un tanto silvestres, pero informadas de buen humor y buena voluntad, irles mostrando tal cual el aspecto de este complicado país boliviano, ya hablando a ratos del paisaje, ya de los caminos, ya de este o de aquel ejemplar de la fauna, la flora y la gea; ya haciendo un

poco de geografía y sociogeografía; ya internándose en los vericuetos de la historia y la prehistoria; ya trayendo a cuento hasta la poesía o ya, en fin, salpicando el viaje con breves relatos anecdóticos.

Tal así, la primera vez que el autor dio el gran salto a Europa desde sus montañas hace largos años, iba todavía tan poseído por ellas, que la misma diaria contemplación del mar no hacía sino llevarle con más viveza al paisaje serrano: la Altiplanicie, los nevados, los lagos, todo ese otro mar de tierra, de desmesuradas perspectivas, que había quedado lejos. A bordo del *Cap Arcona,* el autor encontró un buen camarada de viaje –por más señas sacerdote cultísimo– a quien solía hablar largo y tendido de las tierras andinas, como si quisiese contagiarle su amor por ellas. Y pronto pudo ver que no era ya solo el buen religioso quien se interesaba por tales asuntos: era todo un abigarrado corro de gentes de nacionalidad diversa. Y el autor, cada vez más entusiástico, dejaba fluir, como si tal cosa, el chorro de su facundia. Y aun cuando sus labios ya no alcanzasen a expresar las ideas, allí estaban sus manos haciendo trazos rápidos en el papel, ora del Potosí, ora del cóndor, ora de la llama. Después supo que a bordo se le había puesto el sobrenombre de el Montañés.

Y, una vez en Europa, halló en París otra caja –magnífica– de resonancia para sus vibraciones terrígenas: Rubén Darío, a quien fuera presentado por Alcides Arguedas.

En la plaza de Luxemburgo, paseando o sentados bajo los viejos árboles, el poeta inducíale con frecuencia a hablarle de Bolivia. Y entonces tornaban a aparecer las montañas el cuadro de la piedra y de la nieve el cóndor y la llama el minero. O bien, al pie del Macizo Andino, el inconmensurable océano de verdura extendiéndose hasta el Atlántico. Y allí también un personaje desarrapado: el siringuero (trabajador de la goma elástica). Y era esto último lo que más atraía a Darío. El paisaje amazónico lo hipnotizaba. Su imaginación volaba a las playas del Acre y del Madre de Dios. Pensaba en el árbol de oro. Y habría querido decir algo –líricamente– del siringuero, mísero ser que vive y muere aferrado al siringal, como el minero a la roca que apenas si le da para el pobre yantar.

Fue así como el autor escribió para Darío las líneas que con el título de “Bolivia” publicó él en la *Revista Mundial* de París y después en su libro *Prosa política*.[1]

---

1 Véase el apéndice I “Bolivia” (pág. 249).

Y fue también por el consejo suyo que, años más tarde, dio a la luz, en un libro –*Páginas bárbaras*– varias de sus notas amazónicas.

Hoy, a la vuelta de un cuarto de siglo, el autor quiere aún, con extraña insistencia, seguir hablando del asunto de marras a un público más crecido que aquel del *Cap Arcona* que recordábamos.

Y aun cuando bien sabe que no podrá suscitar entusiasmos como los rubendarianos, pues que la hora es distinta y la nueva sensibilidad, de que tanto se habla, no es propicia para el caso, ni el autor tiene ya la facilidad de otrora; de todos modos, juzga que por lo menos habrá realizado una obra útil para aquellos viajeros que deseen obtener, en forma rápida, una idea integral de la complicadísima geografía boliviana, cuyo macizo montañoso constituye el substrato básico de su nacionalidad.

El asunto ciertamente no ha perdido interés. Quizá este más bien sube de punto en la hora actual: la Guerra del Chaco atrae por este lado las miradas del mundo. Pero sin necesidad de ello, subsisten en esta materia puntos henchidos de atractivo para el estudioso.

En el presente libro hemos de tocar algunos de ellos. Y, desde luego, hagamos ya, en pocas líneas, un boceto preliminar, señalando sumariamente los principales.

El factor geográfico

El Macizo Boliviano está situado en el centro de la gran cordillera andina suramericana. Por eso lo denominamos en otro libro *eslabón andino central*. Y he aquí ya un primer factor que le confiere gran significación en la sociogeografía, como luego lo veremos.

Morfológicamente –elemento arquitectónico– Bolivia es un complejo montañoso típico. “Es una sola montaña, vamos al decir”, repitiendo una fórmula que en ocasiones anteriores propusimos. Y a esa montaña es que hemos llamado Macizo Boliviano. El cual culmina, señero, en el continente. Humboldt dijo de él “promontorio de América” y, además, es la masa orográfica más gruesa entre las otras de los Andes: tiene de oriente a occidente cerca de mil kilómetros. Y no obstante tales proporciones y su intrincada diversificación en sistemas secundarios, se presta, precisamente en su parte más lata, para facilitar el paso de las corrientes humanas

entre uno y otro océano. Y este hecho geográfico, añadido a su situación, le da igualmente una capital importancia. Ya el lector verá que es este uno de los aspectos en que más nos detenemos. Por el momento nos limitamos a señalar tales características.[2]

El paisaje

He aquí otro elemento que confiere singular relieve a Bolivia. El paisaje boliviano es de los más imponentes y variados en el mundo. Tal es la opulencia, la diversidad y aun la oposición de sus cuadros que, en ciertos sectores, el turista puede descolgarse, en el curso de pocas horas, desde el paisaje polar hasta el de tipo africano, desde el blanco país de la nieve hasta el "infierno verde", recorriendo de paso las zonas intermediarias o de transición que, en serie mareante, hieren las retinas como una proyección cinematográfica.

Y cada una de las partes del Macizo Boliviano, por sí sola, ¡cuántos matices a cuál más sugerente guarda para los ojos que saben mirar! Tal, por ejemplo, la Altiplanicie: esa Altiplanicie que para muchos viajeros es un desierto tedioso y de la que nosotros mismos dijimos que es "la tristeza hecha tierra". Y, sin embargo, ¡cómo aparecen en ella resumidos mil motivos de atracción y de belleza!

Seguramente, en remoto pasado, el paisaje altiplánico, con su interminable meseta circundada por las dos cordilleras nevadas, contribuyó en gran manera a crear la civilización de Tihuanacu, inspirando en los terrígenas impulsiones igualmente gigantescas. Los poetas de entonces hallarían motivos sublimes para sus himnos. Ellos no cantaban al árbol, cantaban a la piedra. Tihuanacu es un estupendo poema en que el granito habla con poderoso acento. Allí están las fuerzas de la naturaleza representadas en el sol, la montaña, el cóndor, el puma, el pez… Es el paisaje.

El factor económico

El Macizo Boliviano está colmado de riquezas desde la cabeza a las plantas. La meseta y sus muros cordilleranos son emporio de metales preciosos que, aunque solo parcialmente explotados, ya

---

2 Véase los apéndices II "Las grandes vías continentales" (pág. 255) y III "La ruta diagonal suramericana" (pág. 259).

han hecho época en la historia: el Potosí o, mejor, la Sierra de la Plata de los conquistadores hispánicos, lo dice claramente. Hoy está sobre el palenque el estaño. El obscuro metal cruza el océano en el vientre de los transatlánticos como antaño la plata en los galeones y es el fundamento de la vida económica boliviana; y hasta ha investido un nuevo rey: el rey del estaño.

Y si de la cabeza vamos a las plantas, en las faldas de la Cordillera Occidental encontramos, hoy poseído por Chile, el salitre, que a su vez ha sostenido durante largo tiempo la economía de esa nación; y a los pies de la Cordillera Oriental encontraremos el petróleo –oro líquido– manando tan abundoso de los últimos contrafuertes andinos bordeantes del Chaco que ha suscitado la codicia de los países vecinos.

Porque tal diríase que es un sino histórico de Bolivia: sus mismas riquezas determinando la pérdida de extensas lonjas de su territorio. Así pasó con el salitre de Atacama, así con la goma del Acre y así pasa hoy con el petróleo del Chaco.

¡Y qué mucho! Desde la prehistoria, el Macizo Boliviano fue núcleo centrípeto de notables éxodos humanos –entre ellos los guaraníticos que llegaron hasta sus flancos orientales empujados "por el gusto de pillajes y "cierta aspiración mística" (Métraux).

Y esa es también otra forma del andinismo: la montaña atrayendo a la llanura. Y es el factor económico, sobre todo, el que la explica.

El factor cósmico

Y todavía a propósito de las riquezas del Macizo, podemos señalar otras que ya no están siquiera en su suelo o subsuelo, sino en su cielo, en su aire, en su sol.

Y hemos así entrado hasta en el terreno de la medicina, porque el autor, como médico que es, ha debido interesarse en el estudio de diversos elementos cósmicos predominantes en el Macizo Boliviano por su repercusión en los estados de salud y enfermedad. Tales, entre los más importantes, la presión barométrica, la electricidad atmosférica y la luz astral, especialmente la del sol, a propósito de la cual decíamos en otra ocasión que, así como por razón del Macizo Andino Bolivia es el país más alto de Suramérica, meteorológicamente es también el más luminoso.

De ahí que esta gran formación montañosa venga a constituir, para el tratamiento de diversas enfermedades (tuberculosis, raquitismo, estreptococcias, etc.) una verdadera mina, cuya explotación dará óptimos resultados en el bien de la humanidad.[3]

La sociogeografía

Con los elementos que venimos de enumerar –situación geográfica, morfología, paisaje, factor económico, influencias cósmicas– ya se comprende que el Macizo Boliviano estaba llamado a desempeñar un papel sociogeográfico de capital significación en Suramérica.

Y, en efecto, la historia y prehistoria nos dicen que él ha sido en este orden un creador.

Forjó en la noche de los tiempos a Tihuanacu; y varios milenios después, hizo emerger del Titicaca la civilización incaica; y en la Colonia determinó la aparición de la omnipotente Audiencia de Charcas; y, en fin, ha hecho la actual República boliviana.

Y proseguirá cumpliéndose en el mañana su trascendente papel. Y aun cuando los bolivianos de hoy no supiesen responder debidamente a sus hondas sugestiones, él sabrá encontrar elementos más eficientes para construir la verdadera nación, la del porvenir.[4]

El valor estético

Y para cerrar este primer capítulo digamos también algunas palabras sobre la significación artística del Macizo Boliviano.

Hablemos, verbigracia, de la poesía. Aquí nuevamente el paisaje. Bajo su influjo el mismo turista, por flemático que fuere, sentirá vibrar en su alma ciertas cuerdas recónditas… porque todo turista es siempre algo poeta, sino poeta del todo. Aun los graves hombres de ciencia están aquí a punto de volverse poetas. Al ingeniero alemán Rudolph Hanthal, que vino hace años a hacer estudios de geología en las montañas de Bolivia, poco le faltaba

---

3 Véase el apéndice iv “Nuestra luz” (pág. 265).

4 Véase el apéndice v “El advenimiento de la nacionalidad boliviana” (pág. 273).

para hablar en verso ante el Illimani. Y él, a su vez, cuenta de un compatriota suyo –el Dr. Henry Hock– quien no pudo menos que elevar al nevado "una canción inspirada de alabanza cuando por vez primera lo vio surgir repentinamente con su aspecto poderoso y mayestático". Lástima que ese himno illimánico en la lengua de Goethe sea desconocido entre nosotros.

Tal es la influencia del paisaje.

Pero es lo curioso que, entre los poetas bolivianos, rara vez ella se manifiesta. Diríase que el hijo de esta tierra, por el mismo hecho de estar habituado a la contemplación diaria de su ambiente, ya no advierte sus mayores bellezas. Lo frecuente es más bien buscar inspiración en fuentes exóticas. Se tiene a la vera el Illampu –el genuino Olimpo, según Villamil de Rada– pero la trashumante imaginación del poeta vuela hasta la Hélade para cantar al Olimpo griego, que al lado del coloso boliviano resulta un chiquitín. Para el poeta terrígena, la Altiplanicie no pasa de ser un páramo sin vida y sin color. No siente la *poesía del desierto*. En cierta ocasión, el ilustre poeta sucrense Ricardo Mujía, hablando con un discípulo suyo que había merecido la banda del gay saber en unos juegos florales porque se atrevió a poetizar sobre motivos de la estepa andina, decíale en el mismo punto de felicitarlo:

—Me admira que usted haya ido a inspirarse en el Altiplano, donde yo solo hallé desolación, tristeza y monotonía.

Y era que el maestro, no obstante la delicadeza de su temperamento, o acaso por ella misma, no había advertido la salvaje belleza de la meseta que supo captar el discípulo por estar sintonizado con el ambiente.

Y cosa parecida ocurre con otros elementos de esta naturaleza, considerados suplicìantes y odiosos por bardos de espíritu ultrasensible. Un nuevo ejemplo: el viento. Ese viento terrible que, en ciertas zonas de la puna brava como la Altiplanicie occidental, donde se alzan el Tata-Sabaya, el Sajama y otros picos volcánicos, constituye un verdadero azote, especialmente para el viajero, a quien recibe como si dijéramos a puñadas, le ciega los ojos con el polvo de las dunas, le tapa los oídos con su rumor ululante, paraliza su voz en la garganta y hace más agresivo el frío reinante. Pues bien, el autor, que en sus años mozos había cantado cierta vez al viento, solo halló la incomprensión del medio intelectual que lo rodeaba;

o, si acaso, impresionó realmente a las gentes sencillas, esas que no están obnubiladas por la carcoma de una cultura epidémica. ¿Y qué? Terco y reacio, como vasco de vieja cepa, años después tornaba a hablar del viento en su novela *En las tierras del Potosí*. Como que, en París, Rufino Blanco Fombona decíale a poco de publicada:

—¿Sabe usted cuál es para mí el principal personaje de su libro?: el viento. Recuerdo, a este propósito, que cierto pasaje de Dostoievski en que se pinta un caballo muerto me hizo tal impresión que el caballo está hoy mismo fijo en mis retinas. Y así me ha pasado con el viento leyendo su libro; aún lo tengo aquí, sonando en mis oídos.

He ahí un hombre que, sin haber estado en Bolivia, supo comprender el paisaje boliviano mejor, mucho mejor, que ciertos literatos de salón, quienes en nuestros trigos o no oyen la voz del ambiente, o la desoyen, considerándola tal vez –mentecatos– grosera y salvaje.

Como una muestra de la influencia del paisaje en los dominios de la poesía, registramos entre los apéndices, a guisa de pieza folklórica, el poema “Visión heroica”, tomado de un viejo libro de versos de autor incógnito.

En la pintura, igual que en la poesía, prosigue figurando, como elemento primordial, el paisaje. Mas como no podemos tocar esta materia en sus variados aspectos, fijémonos apenas en uno para explicar nuestro punto de vista: el color.

Ya sea por la enorme altitud del país u otros factores, lo cierto es que aquí la luz tiene una riqueza cromática singular, manifestada no tan solo por la multiplicidad de matices, sino también por aquello que podríamos decir su calidad. Un ejemplo: el azul. ¡Qué filón para el pintor! Y no es que nos estemos refiriendo precisamente al azul del cielo. Hablamos más bien del azul de la tierra; de esa gama admirable de tonos que reviste las rocas, las pampas, los lagos, las montañas en horas propicias del día o de la noche. Cuando hace luengos años el viajero y diplomático chileno Carlos Walker Martínez hablaba del color violado de las montañas de Bolivia era justamente porque había sabido percibir una de las principales características del paisaje andino boliviano pues, aunque esa coloración es común a las regiones montañosas de otros países, contempladas desde la distancia, en Bolivia y muy

especialmente en ciertas zonas, adquiere un relieve muy peculiar. Nosotros en este orden hemos podido admirar cuadros bellísimos. Hemos visto por ejemplo, en las madrugadas del otoño altiplánico, el lago Poopó, que como se sabe es un gran depósito de aguas turbias y salobres, con orillas áridas y brumas espesas, convertido en una inmensa pincelada lapislázuli cerrando el confín y abarcando por el poniente con sus tenues cendales una ancha parte del cielo, que se diría cubierta por las mismas aguas del lago, allí donde aún fulgían Altair del Águila y Vega de la Lyra, mientras por el oriente la luz indecisa del alba parecía retardar su marcha para romper el encanto de esa hora maravillosa.

El viajero, estamos ciertos, encontrará impresiones indescriptibles sobre todo en la Altiplanicie, donde quizá por la gran intensidad de los rayos actínicos del sol, adquieren mayor belleza las modalidades del azul a que nos estamos refiriendo. Y en las noches, cuando por la tierra y el cielo pasan esas formidables corrientes que encienden por un instante el paisaje, notará que aun en el rojo y dorado de la luz relampagueante está trasfundida una tonalidad de amatistas y berilo. Y en las mismas ciudades del Macizo podrá, desde las calles, captar nuevos matices del mismo color en las montañas próximas. En La Paz, al atardecer, cuando ya el sol va apagando sus reflejos en los picachos del Illimani, verá cómo llega un momento en que aparece fugazmente, entre la gama inefable de los tintes vespertinos, una suavísima tonalidad celeste sobre la blancura de la nieve. Franz Tamayo, hablándonos alguna vez de ella, la llamaba color seráfico. Y otras montañas –tal el Quila-quila de Sucre–, ya no sobre la nieve, sino sobre la misma roca, muestran en ciertas horas del día irisaciones y aun la transparencia del cristal. Y más todavía: otras –como el Potosí– en las noches de luna y bajo estados atmosféricos especiales se van esfumando, vamos al decir, ante los ojos del viandante hasta que llegan a desaparecer porque su silueta se ha confundido con el firmamento.

Como se ve, aun tratándose de un solo motivo cromático, el Macizo Boliviano constituye para el artista una urna colmada de riquezas.

Pero si lo atraen más que los paisajes de la naturaleza los tipos humanos, ¡cuánto podrá explotar también en ese campo! Allí está el paisaje prehistórico. Envueltas en la bruma de un pasado inmemorial surgen figuras enigmáticas. La cerámica primitiva

nos muestra muchas, plenas de sorprendente realismo. Un simple rasgo, digamos la raíz en esos rostros petrificados, ya podrá probar las dotes interpretativas del artista (hablamos del artista de verdad: de aquel que sabe a la vez analizar e intuir). Y saltando de la prehistoria a otros ciclos humanos ya mejor conocidos, hallará asimismo asuntos del más grande interés estético. Citemos por ser un *representative man* en la Conquista hispánica a aquel Francisco de Carvajal –el Demonio de los Andes– quien a los 80 años de edad ambulaba sobre el Macizo como un mozo, y derramaba sin tasa, riendo siempre, torrentes de sangre, y amontonaba tesoros sobre tesoros con la sordidez de un avaro inverecundo; y que al cabo, vencido y llevado al suplicio dentro de un canasto arrastrado por dos mulos, como se estilaba en la época con ciertos criminales, iba como si tal cosa, divertido con su propia desdicha.

De esta figura realmente notable desde diversos puntos de vista no sabemos nosotros que en Bolivia se hubiese ocupado algún poeta, ni mucho menos un pintor.

En el Demonio de los Andes aparece un conjunto extraordinario de cualidades que le confiere, según decíamos, el carácter de verdadero espécimen entre los conquistadores. Allí están, en un solo haz, el valor –un valor inaudito–, la resistencia, la crueldad, la codicia y el buen humor alumbrado en un rostro resquebrajado de viejo ochentón.

Pero aun sin ir hasta las lejanías prehistóricas e históricas, ¿no están hoy mismo presentes, en carne y hueso, ante los ojos del artista, figuras que reproducen los arquetipos ancestrales? No ha mucho, en las estribaciones del Macizo lindantes del Chaco, encontrábamos entre los chiriguanos (indígenas de ascendencia guaraní) tipos que nos traían inmediatamente el recuerdo de ciertos ejemplares étnicos andinos, como los yuras, de ojos derechos y nariz aguileña y afilada. Y es que aquellos tienen seguramente entre sus antecesores más remotos al charca, habiendo sido posteriormente guaranizados.[5] Y en La Paz, en estos mismos días, el profesor Arturo Posnansky nos enseñaba una colección de fotografías de tipos *kollas* y *arwakes*, tal como él los clasifica, cuya disparidad rácica se advierte a simple vista: la expresión, el ademán, captados por el ojo fotográfico, enseñan más que las simples medidas antropométricas. Recordamos

5 Véase el apéndice VI "Mandepo" (pág. 289).

entre esos retratos el de un collana viejo, con tal dignidad plasmada en el semblante y tal nobleza de rasgos faciales, que en nada le iba en zaga al Erasmo de Holbein.

He ahí para el pintor asuntos de valía indudable. Porque si la mera fotografía fija así, en instante fugitivo, la plástica del rostro humano, ¡cuánto más puede hacer el pintor escrutando con mirada zahorí en el fondo de las almas, para trasladar su concepción al lienzo! Recordemos también los cuadros de Cecilio Guzmán de Rojas sobre motivos del Chaco en la guerra actual. En *Trágicos titanes* figuran tipos de la raza en toda la tremenda majestad que les dan la inedia, el dolor, el heroísmo, la muerte. Hablan allí hasta los muertos, como el soldado tendido en el suelo con un rictus inenarrable en los ojos y los labios entreabiertos. En *Gloria y vacío*, junto a los rostros macabros, la sola caraguata que por delante de ellos alza sus hojas espinudas e incurvadas como puñales resume todo el paisaje del Chaco.



Y vamos a la música. En la región andina existe la llamada música popular: son aires, generalmente, en tono menor, de subido dejo tristón y hasta sollozante. Se suele denominar equivocadamente música incaica. Caben aquí ciertos distingos. Desde luego, es patente en ella el influjo español, obrando desde el coloniaje; se lo advierte aún en los clásicos *huayños* y *kjaluyos* que ya no corresponden justamente al tipo pentatónico incaico. En cuanto a la música original de la raza que poblaba otrora y aún puebla una gran parte del Macizo, ella probablemente se ha perdido y tampoco sabemos si correspondía a dicho tipo incaico. Mucho menos sabemos de la música preincaica, verbigracia de la de Tihuanacu. Pero se pueden proponer ciertas inducciones. Por ejemplo, las figuras que aparecen grabadas en el arquitrabe de la Puerta del Sol, en Tihuanacu, vestidas de gala y embocando instrumentos a modo de clarines, no creemos nosotros que estuvieran tocando ningún tono triste, sino más bien jocundo y animado: un canto a la primavera, una marcha triunfal, un himno al sol.

Pero, se dirá, la raza aborigen, por el mismo hecho de estar esclavizada, es una raza hoy triste; y por consiguiente tal carácter debe influir a su vez en la música. Tampoco aceptamos este criterio sin hacer ciertas reservas. Aquello del indio aymara que "nunca ríe",

que alguna vez se dijo no pasa de ser una simple imagen literaria; mucho más tratándose de los charcas (que ocupan enorme área en el Macizo, extendiéndose en la Altiplanicie central y yendo por el occidente hasta el Pacífico y por el oriente hasta el Chaco). El *charca* es más bien expansivo, reilón. El autor observó esto repetidamente en las haciendas de su familia, cuando vivía por largas temporadas entre los indios y podía ver de cerca sus costumbres. En múltiples ocasiones –épocas de siembra y cosecha– presenciaba cuadros henchidos de alegría, oyendo reír a los indios a coro, con carcajadas detonantes, igual que un grupo de despreocupados teutones en torno a la mesa de un banquete. Hoy mismo subsisten entre los charcas –también entre los aymaras– pintorescas danzas, siendo muy notable la llamada *chjarca* que bien demuestra el genio alegre de ese pueblo. El indio, pues, ama el ritmo. Sus músicos populares –diríamos sus trovadores– tenían otrora la costumbre de ir a sitios apropiados, verbigracia, las orillas de un *pfajchi* (cascada) con su *pinquillu* (flauta) y, recostados en tierra, esperaban la inspiración; ensayaban luego en la flauta el aire que se les había ocurrido y lo llevaban al pueblo para que sirviese como tono ritual del año en sus fiestas. Después –claro está– la influencia hispánica hizo variar el rumbo de la música propiamente vernácula. El indio hasta aceptó los instrumentos musicales advenedizos. Tal la guitarrica usada actualmente por los indígenas de Yamparáez y Tarabuco; y asimismo el diminuto *charango* que acompaña fielmente al arriero en sus caminatas.

Y por lo demás es muy natural que las tocatas indígenas, particularmente las de carácter pastoril, tengan cierto aire melancólico; el cual, ni con mucho, llega al extremo de los cantares mestizos que, a su vez, en cuanto llorones, no les van en zaga a los yaravíes peruanos o a los tangos argentinos de última hora. Nosotros hemos tenido ocasión de asomarnos al fondo patético propiamente racial de la música indígena en lugares retirados del Macizo, donde la influencia del blanco es casi nula. Entre los indios dichos *jallkj'as*[6] oímos alguna vez en el *erkje* un motivo profundamente impresionante. El *erkje* es un instrumento de cuerno de vaca, mayor que el *pututu* aymara. Su voz es grave y profunda. Es ciertamente más varonil que la meliflua quena y, en cierto sentido, equivale

6 Indígenas charcas.

al violoncelo de nuestras orquestas, bien que su sonido es mucho más potente, pues se lo oye a grandes distancias. Mal tocado es harto desapacible, pero bajo el aliento de un artista es, realmente, un instrumento que sugestiona. Así lo oímos nosotros entre los *jallkj'as*. Y entonces pudimos comprender que en el aborigen existen elementos artísticos profundos que una cultura apropiada no haría sino revelar en forma que ni siquiera se columbra.

He ahí también el paisaje, o mejor el medio, obrando en el genio racial que él mismo ha creado; y el de este, a su vez, en el individuo. Diríase que en aquellos tonos, que nosotros escuchábamos, sobrecogidos, a esos artistas silvestres, hablaban, redivivos, sus antepasados, o ya había el presentimiento de la catástrofe final.[7]

Quedan así diseñados, desde luego, algunos aspectos salientes del Macizo Boliviano. En los siguientes capítulos iremos desmenuzando otros, sobre todo en el campo geográfico, del cual nos interesa más tratar porque, en realidad, este libro no es sino una nueva afirmación bolivianista, basada en postulados geográficos que ya hemos planteado repetidamente en obras anteriores.



Ponemos al fin del libro un Apéndice registrando otros escritos nuestros, ya publicados en otros tiempos y lugares, sobre todo fuera de Bolivia, y que se relacionan también con nuestra tesis central en esta materia.

Así como citamos, igualmente, con cierta frecuencia, otros libros nuestros, por la misma razón. Si por ello el autor fuese tachado por los enemigos del *yo*, de un prurito individualista exagerado, él no hace sino reconocer su culpa.

Profesa, en efecto, ideas muy personales, muy suyas, sobre su patria. Y, por ende, al referirse a ciertos criterios en el orden geográfico o sus derivados, no tiene más remedio que proceder en la forma indicada. Tal ocurrió con el empleo de la fórmula Macizo Boliviano.

Hace mucho tiempo la propuso el autor, no ciertamente en el sentido asaz limitado con que, años después, el escritor español Badía Malagrida la usaría también en su libro *El factor geográfico*

---

7 Véase el apéndice VII "La raza que se va" (pág. 291).

en la política suramericana, sino en otro más amplio y trascendente. A la tesis del *conglomerado*, sustentada por aquel, oponía aquella según la cual Bolivia, no obstante la multiplicidad y divergencia de sus relieves físicos, y más bien al amparo de ellos, está llamada a realizar “una maravillosa unidad”.

Pero, ya fuera por la audacia de ciertos postulados, o por su apariencia paradójica, quedó el autor solo en el palenque. Y más bien pudo ver que en el Perú, prolongación del Macizo Boliviano por el norte, una briosa falange de escritores serranos, en Lima, proclamaba una tesis análoga para su patria. Algo sobre ello dijo el autor en *La Sierra* de aquella ciudad. Mientras tanto, en Bolivia, se hallaba rodeado, dentro del mundo intelectual, por la conspiración del silencio. Justamente a este propósito, y en estos mismos días, un joven escritor –Fernando Díez de Medina–, en La Paz, señala tal hecho, refiriéndose al “medio esquivo” en que actúa el autor, en el que –dice– “ha dado el ejemplo de crear toda una tesis como la del andinismo.”

Después de todo, lo cierto es que, al presente, ya la siembra empieza a dar frutos. En el actual pensamiento juvenil apunta ese mismo optimismo que nunca abandonó el autor respecto al porvenir de su patria. Entre los mismos viejos ya han prendido varias de sus ideas, por más que ellos las muestren como cosa propia. El concepto del Macizo Boliviano entra al lenguaje común.



Y ahora andando.

II

La Altiplanicie

Recordemos la fórmula geográfica del Macizo Boliviano que dimos en uno de los artículos registrados por *L'Amérique Latine*: una gran meseta central, circundada por formaciones orográficas que se extienden hasta las costas del Pacífico por el occidente y por el oriente hasta las planicies bajas amazónica y platense.

Vamos a referirnos en este capítulo a la meseta que, por antonomasia, se ha dado en llamar *la Altiplanicie*.

Trazos geofísicos

Geológicamente, la Altiplanicie no es sino un gran depósito de tierra, agua y diversos minerales formado a expensas de las cordilleras y serranías que se yerguen ya a lo largo de sus bordes, constituyendo su marco, o ya dentro de ese mismo marco. Algunas, entre estas, han desaparecido, otras están a medio aplanarse. Solo dos aún se ostentan a enormes altitudes: las denominadas Oriental y Occidental.

En los tiempos arcaicos del planeta, el primer plegamiento de la corteza precámbrica terrestre en esta parte del continente formó lo que llamaremos el escudo andino, frente al brasiliano. Era el primordial esbozo de la actual Cordillera Real. Formaba ya el arco paleozoico característico de ella. El mar bañaba sus flancos. En sus alturas, la inyección del magma ígneo cristalizó en los macizos graníticos que hoy en gran parte cubren las nieves eternas.

En etapas geológicas posteriores –mesozoico y terciario– emergió del mar la gran línea de fuego, tendida, como si dijéramos, de polo a polo, constituyendo la hoy llamada Cordillera Volcánica o de la Costa, en el borde occidental del continente americano. Y esta línea orográfica, al pasar por Bolivia, cerró por el occidente el arco

anterior de la Cordillera Oriental. Y así quedó un hueco entre las dos cordilleras. Un hueco gigantesco, de forma también arqueada, aprisionando las aguas marítimas regionales y donde la erosión comenzó su obra de sedimentación y relleno por millones de años.

He ahí la Altiplanicie.

Hoy el gran hueco está ya lleno y forma una gran masa de tierra, plana o arrugada, mostrando grandes masas líquidas, como los lagos Titicaca, Poopó y Coipasa, restos de depósitos antiguos mucho mayores y serranías esporádicas que rompen la uniformidad de la meseta.

Tomada así la Altiplanicie con sus dos cordilleras circundantes, viene a ser como un gran tazón con los bordes en parte rotos, dejando escapar parte de su contenido por los cauces de ciertos ríos, verbigracia, el de La Paz, que arrastra desde la meseta hacia fuera, perforando la Cordillera Real, los detritus formados en ella.

Debe entenderse, por lo demás, que fuera de la Altiplanicie Central, que vamos considerando, existen dentro del Macizo Boliviano varias otras –mucho menores–, más allá de los bordes del tazón, formadas en condiciones análogas, es decir por rellenamiento. La erosión las ha despedazado y destruido en gran parte, pero todavía se advierte su primitiva forma. En la misma Altiplanicie Central se puede apreciar este despedazamiento en ciertos lugares como la hoya de La Paz.

Actualmente, la Altiplanicie se eleva a una altura variable entre 3.700 y 4.000 metros sobre el nivel del mar, pasando a veces aun de esta última cifra (El Alto de La Paz). En su sector austral, correspondiente a la Puna de Atacama, esa enorme altura disminuye y por consiguiente se pueden ver, más abundantes, los estratos precámbricos. No así en el boreal.

En cuanto a su extensión, tomándola solamente dentro de Bolivia (pues por el norte se prolonga en el Perú y por ser el sur en Chile y la Argentina, ella pasa de 200 mil kilómetros cuadrados).

Respecto a la altura de las cordilleras bordeantes, por mucho que en ellas no se hayan hecho aún observaciones precisas, hay picos que están alrededor de los siete mil metros de altitud, como el Illampu, el Illimani, el Sajama, el Parina-kjota.

Es por esta enorme elevación del complejo montañoso altiplánico y sus muros de contención –cordilleras– que el ingeniero chileno San Román lo ha llamado "la espalda del continente". Por nuestra parte, hemos dicho que, frente a la meseta del Tíbet, que

le es casi antipódica, la boliviana puede considerarse como uno de los polos de altura de la tierra.

Solo que aquí debemos observar que, si por sus gigantescas proporciones se aproxima la Altiplanicie a la meseta tibetana, en cambio se aparta de ella por su mayor adecuación para la vida humana y su especial morfología, tan propicia a las comunicaciones humanas entre el Pacífico y el Atlántico, según ya lo hacíamos notar en el artículo antes citado.[8]

Porque, en efecto, el Tíbet, hoy como antaño, muéstrase casi inaccesible al mundo civilizado. Y es que para ello obran de consuno el hombre y la naturaleza. El lama está allí, como el ángel ceñudo a la puerta del Edén bíblico, guardando la "grada del cielo", "el techo del mundo", "la morada de los dioses", como se ha calificado al Tíbet. Pero este no es precisamente un paraíso. En él está más bien lo que podríamos llamar, usando un término paradójico, el "infierno de la nieve". Está la naturaleza, más hostil aún que el hombre, armada con el frío, el viento y la borrasca para rechazar al intruso que pretenda escalarla.

¡Cuán distintas las condiciones de la meseta boliviana! Desde hace luengos años llegaron a ella varios ferrocarriles: los de Antofagasta y Arica por el lado del Pacífico y el de Buenos Aires por el del Plata, vale decir, del Atlántico. Y alberga ciudades como Oruro, en el centro mismo de la Altiplanicie, Uyuni en su parte austral y La Paz –ciudad la más populosa de Bolivia– en la boreal. Aquí alentaron hace millares de años los pueblos aymara y quechua, inteligentes y briosos.

Y –prueba crucial– aquí se yerguen los monumentos de Tihuanacu, demostrando cómo, desde tiempos inmemoriales, ya el hombre encontró en esta tierra condiciones favorables para su desarrollo.

Y si de la planicie pasamos a sus contornos, muy singularmente a la Cordillera Oriental, hallaremos sitios donde se respira, se trabaja, se vive, hasta en alturas que pasan de los 5.000 metros sobre el mar: tal en las minas de Chorolque, Esmoraca, Chayanta, y hallaremos ciudades como Potosí, a más de 4.000 metros, donde se ha encaramado un ferrocarril (El Cóndor) que pasa por alturas enormes, a 4.780 metros.

---

8 Véase los apéndices I "Las grandes vías continentales" (pág. 255) y III "La ruta diagonal suramericana" (pág. 259).

Hay que recordar estos hechos, pues hay personas, aun entre sabios europeos, para quienes ya no son compatibles con la vida humana alturas mayores de 3.000 metros. Esto puede valer –y solamente en cierto sentido– para países como los de Europa, por su mayor cercanía al círculo polar ártico. Pero no es exacto tratándose de otras latitudes, tal la del Macizo Boliviano, que más bien se aproxima a la línea equinoccial, siendo por este hecho compensado su exceso de altitud.

Por eso hallaron aquí *habitat* auspicioso las diversas razas que evolucionaron en la meseta desde épocas lejanas, así como las actuales, que presentan, especialmente las indígenas, casos de extraordinaria longevidad.

Y tratándose de los mismos elementos extranjeros que ascienden por primera vez desde el nivel del mar a la Altiplanicie, ellos, en general, se adaptan rápidamente a estas alturas. Lo cual es fácilmente explicable. El organismo dispone para tales casos de recursos apropiados. Se modifica el edificio globular sanguíneo. El hematíe, por estímulos del mismo ambiente, se hace capaz de fijar el oxígeno hasta el índice preciso. Y aun mecánicamente el aparato respiratorio se da a una especial gimnasia muscular y visceral. Se produce un nuevo ciclo biológico, lo cual, con la intervención de otros agentes naturales de que luego hablaremos, nos explica el hecho de que estas enormes altitudes puedan ser muy beneficiosas para el tratamiento de enfermedades tan terribles como el raquitismo y la tuberculosis.

El paisaje

Hace años, hablando de la Altiplanicie en alguna de nuestras publicaciones, habíamos dicho de ella: “Es la tristeza hecha tierra”, imagen que, a manera de una definición gráfica de la gran meseta, ha sido después repetida por otros escritores, entre ellos por Adolfo Costa du Rels, el distinguido autor de *Terres embrassées*. Con todo, al presente, cabe que nosotros mismos hagamos ciertos distingos.

La nota grave, severa, monótona y triste es la que, en efecto, predomina en el paisaje altiplánico y, sin embargo, dentro de ella misma, ¡cuántos matices henchidos de atracción y profundo encanto!

Por lo menos nosotros, que hemos pasado por la Altiplanicie muchas veces en distintas épocas del año y a diversas horas del día, hemos llegado con frecuencia a ese resultado.

Allí está, en el verano, la Altiplanicie con sus praderas en que el verde adquiere las más varias tonalidades, desde el tinte oscuro de los papales crecidos, al azulado de los habales o el verdegay alegre de las ocas, lisas, cebadales tiernos… y haciendo contraste con esos matices esmeráldicos, aparecen, a guisa de enormes manchas de sangre, ya de un tinte rutilante, ya de tonos mordorés o amoratados, las sementeras de quinua, esa planta utilísima en la que, desde sus mismos tallos, empieza a circular un jugo sonrosado que en la flor y el fruto es ya de un rojo intenso.

En cambio, ¡cómo varía el cuadro en el invierno! Ya no hay los matices del verde, pero sí los del amarillo. Ya es el amarillo claro, de oro viejo, de los pastales resecos; ya el anaranjado; ya el jalde; ya un rojizo que recuerda las cabelleras de las mujeres nórdicas o los *charques* de cobre; o ya está salpicado el paisaje de innúmeras manchas negras, por los pajonales quemados, o de yacimientos blancos, lechosos, por las eflorescencias salinas.

Y aun sin hablar del revestimiento vegetal, el suelo mismo de la Altiplanicie tiene diversos matices: blanco, rojo, amarillento, gris, verde, azulado…

Y hay que fijarse también en la otra variedad de colores con que pinta esa tierra el cielo. El cielo altiplánico que, sobre todo en los días invernales, es de un azul maravilloso que, a su vez, varía también en sus tintes, desde el celeste claro, casi blanco, de la línea del horizonte en ciertas horas del día, hasta el azul profundo, de lapislázuli, en el cenit. Particularmente cuando se va poniendo el sol, comienza también el azul del cielo a recorrer una gama indescriptible de tonalidades. La tierra de la Altiplanicie, entonces, sus lagos y sus ríos y sus salares y sus muros montañosos y sus nevados, se visten de las más fantásticas coloraciones; los fenómenos de espejismo muestran al viajero cuadros desconcertantes.



Pero prescindiendo de estas trasmutaciones en el paisaje altiplánico, lo evidente es que, dentro de su misma monotonía y tristeza, la Altiplanicie tiene un singular atractivo. Eso es también bello,

salvajemente bello. Tiene una soberana majestad. El alma, al cabo, concluye por abrirse. Allí, tan arriba y ante horizontes tan lejanos, se despiertan ideas de infinitud. Parece que uno fuera a volar. Y esta impresión del paisaje –como lo insinuábamos– debió de suscitar en los primitivos pobladores de la Altiplanicie tendencias a lo desmesurado, plasmándose en los gestos emblemáticos de grandeza física y mental que hasta hoy día subsisten, reproducidos en las ideografías de los monumentos megalíticos de Tihuanacu.

¿Y qué decir del marco? Allí también lo enorme, lo desmesurado, lo imponente. Ya es la Cordillera Occidental donde alzan sus níveos picachos un San Pedro, un Tata-Sabaya, un Huallatiri, un Sajama; ya la Oriental, con sus formidables eslabones de Lípez, Chichas, Asanaques, Quinsa-cruz, Hankjo-uma… Hankjo-uma, sobre todo. Figuraos un escuadrón de colosos embozados en sus capas blancas, cubriendo una longitud de 200 kilómetros sobre uno de los bordes de la Altiplanicie y teniendo a cada extremo un gigante mayor que los demás; el Illimani y el Illampu (cerca de 7.000 metros) cuyo solo nombre es ya todo luz y blancura. *Ill* es luz en el idioma primitivo de los aborígenes, e Illimani e Illampu significan algo así como inmensos focos de luz astral, faros sublimes que resplandecen en el continente.

Seguramente la vista de este eslabón de la Cordillera Oriental de Bolivia, tan merecidamente llamado Cordillera Real, compensa, a quien goza con los cuadros sublimes de la naturaleza, de las fatigas o dificultades de una larga excursión hasta estas alturas.

Ahora, si el viajero, para subir a la Altiplanicie desde el Pacífico, ha tomado el ferrocarril de Mollendo a Puno, en la orilla occidental del lago Titicaca, y sigue por agua hasta la orilla boliviana, verbigracia, al puerto de Guaqui, allí encontrará siempre dominando en el paisaje lacustre la nota agreste, plena de adusta amplitud. Se ha acercado a los astros. La gran masa de aguas azulosas besa las nubes. A lo lejos, emergen de la superficie especular unas enormes moles blancas. Son siempre el Illampu y sus compañeros. Y esas aguas son las aguas madres de la más vieja civilización de América y acaso del mundo: este es el legendario Titicaca, en cuyas orillas floreció Tihuanacu, cuyas ruinas han quedado hoy día a varios kilómetros de distancia del lago. Y el viajero, pasando del barco al tren, se encuentra otra vez ante el panorama altiplánico. Y de

pronto está ante las ruinas. Siempre lo grande, lo aplastante. Aun sin descender del tren, advierte en la llanura los bloques de piedra descomunales, alineados en larga fila, igual que otros tantos peñascos labrados, colocados a distancias regulares por manos de titanes. ¿Quiénes fueron ellos? Estos bloques y otros monumentos que están cerca son las hojas truncas de un libro pétreo, forjado sobre la plataforma de la Altiplanicie. ¿Quiénes fueron sus autores? Es la eterna interrogación.

Pero el tren pasó ya a todo correr. Y desde las ventanillas del coche seguimos mirando en rededor la abrumadora Altiplanicie. Y en el confín, cerrando el paisaje austero, por el oriente, están nuevamente los nevados, ya no emergiendo esta vez del agua de la tierra. Están el Illampu, el Chacumani, el Kaka-aka, el Chacaltaya, el Mururata, el Illimani…

—¡Salud, gigantes! –dirá el viajero si en su alma ha sabido brotar el hondo impulso de admiración y entusiasmo que los cuadros grandiosos de la naturaleza despiertan en ciertos temperamentos, y mayormente en los turistas de buena cepa.

¡Salud!

Pero he aquí una nueva sorpresa. El tren sigue corriendo. Y de pronto, el viajero, a su derecha, ve abrirse la tierra. Se ha hundido allí la Altiplanicie. Y delante del mismo sitio por donde pasa la línea férrea se ha fraguado, como por arte de magia, una monstruosa oquedad, un abismo profundo, orlado por la misma Cordillera Oriental y por la Altiplanicie.

Y allí, en el fondo de esa depresión súbita, ve el viajero alzarse una extraña ciudad. Una ciudad dentro de un agujero vertiginoso. Dijérase una nueva ciudad de Is, puesta al descubierto por el retiro insólito del mar que la cubría. Pero también una ciudad en que está palpitando la vida y que desde esa concavidad que cavaron los siglos se desborda incontenible por todos lados, trepando, también con pies y manos de titán, arriba, siempre arriba, para llegar hasta el Altiplano. Es la ciudad de La Paz.

Riquezas minerales

Hemos dicho algo con relación al aspecto exterior del Macizo Boliviano en la Altiplanicie, ese aspecto agreste y monótono, pero

también lleno de rara grandeza. Hablemos ahora de lo interno, de lo que está oculto en el seno de esta gran masa montañosa continental. Nos referimos a la riqueza minera del subsuelo. Y he aquí otra de sus características dignas, por cierto, de llamar sobre sí la atención del mundo.[9] Tras la desnuda apariencia están los tesoros sin cuento. La triste indigencia de fuera se vuelve riqueza indescriptible por dentro. "La tristeza hecha tierra" oculta lo que alegra y hace vivir a los hombres.

Hace un siglo, el ilustre naturalista francés Alcide d'Orbigny había dicho, hablando del Macizo, que es "una mesa de plata asentada sobre bases de oro". Y por mucho que a tal afirmación se dé solo el valor de una bella imagen, hay un gran fondo de verdad en ella, y aun puede decirse que, en ciertos respectos, la realidad supera la metafórica audacia. Hoy, después de lo mucho que en este orden se conoce, aunque no existe todavía un estudio integral propiamente científico sobre las riquezas de la Altiplanicie, caben ciertas conjeturas acerca de diversos puntos, así como afirmaciones rotundas en otros.

El oro. Tal, volviendo a la imagen empleada por d'Orbigny con referencia al oro, bien podemos buscar su explicación en los mismos hechos geológicos a los que el gran viajero consagró tantos estudios en el suelo boliviano.

"La Altiplanicie –decíamos– es un gran depósito de tierra, agua y diversos minerales formado a expensas de las cordilleras y serranías que se yerguen ya a lo largo de sus bordes, constituyendo su marco, o ya dentro de ese mismo marco". Y bien, en parte son conocidos los terrenos auríferos en ellas. Tal pasa en los eslabones de Cololo, Hankjouma y Quinsa-cruz. Todos los ríos que se descuelgan de sus vertientes orientales arrastran a las hoyas amazónica y platense el oro que desde tiempos pretéritos se había plasmado entre sus macizos graníticos. Y ese oro ya se ha perdido, o se está perdiendo casi en su totalidad, pues solo una mínima parte ha podido ser explotada, o lo es hoy mismo, con grandes dificultades por falta de recursos suficientes.

Luego, si nos fijamos en las vertientes occidentales de los mismos eslabones, o sea en las que miran a la Altiplanicie, se comprende también que el oro formado en ellas es arrastrado al depósito común. Y desde aquí la salida del rubio metal, por los

9 Mis añadiduras.

ríos, ha sido mucho menos fácil, ya que son pocos los que, como el de La Paz, nacido en el Kaka-hake (Huayna Potosí), perforan la cordillera para llevar sus aguas al Atlántico.

En consecuencia, fluye lógica la deducción de que la mayor parte del oro procedente de aquellos terrenos (pegmatitas auríferas, etc.) ha quedado retenida en la gran cuenca, hoy cubierta por los sedimentos altiplánicos.

Y en este sentido, la Altiplanicie, en diversos sectores de su enorme extensión, vendría a ser también un depósito del oro que la erosión escarbó, vamos a decir, en sus fuentes matrices y lo condujo hasta allí en periodos milenarios.

La plata. Sin hablar de Potosí, en el Macizo Andino, y limitándonos tan solo a la Altiplanicie Central, ahí tenemos como muestra Oruro, situado justamente en el centro de la meseta, donde están sus famosos cerros que un tiempo rivalizaron con el Monte Excelso.

Las montañas de Oruro son de origen efusivo. Son proyecciones volcánicas en plena Altiplanicie, ostentando filones argentíferos que han sido largamente explotados desde la Colonia. Justamente la fundación de la ciudad de San Felipe (Oruro), como la de Potosí, obedeció a ese motivo.

Luego, yendo de Oruro al norte, encontramos nuevos yacimientos de plata, como los de Sicasica, Calamarca, Araca, Carabuco, en las mismas márgenes del Titicaca; o siguiendo al sur, nos hallamos con los de Salina de Garcimendoza, Huanchaca (Pulacayo) y los Lípez, de fama tradicional.

En realidad, la faja de la plata, que traza un arco deslumbrante en el Macizo Boliviano, junto a la del estaño, se inicia en la Altiplanicie, para de allí dilatarse hacia el oriente, con las minas legendarias de Chayanta, Potosí y los Chichas, que ya corresponden al sistema subandino que sigue por esa dirección a la Cordillera Real.

Hoy la explotación de la plata se halla en un periodo de tregua en los lugares indicados, ya que en vez del "noble" metal ha entrado en escena otro humilde, pero que bien vale por él y los demás.

El estaño. Ya lo hemos dicho: el estaño es un frecuente compañero de la plata en los yacimientos altiplánicos. Y es así como lo encontramos también en el mismo Oruro, donde su explotación ha reemplazado a la de aquella. Y, asimismo, seguimos hallándolo a

cada lado de este núcleo central, en los mismos puntos antes citados, hasta los extremos norte y sur de la Altiplanicie boliviana.

Por el oriente, el estaño, siguiendo siempre el camino de la plata, escala las vertientes altiplánicas formando colosales yacimientos como Carhuay-collo, Challapata, Antequera, Poopó, Huanuni, Morokjo-Kala; o los de Quinsa-cruz, Illimani y Huayna Potosí.

De suerte que, según esto, la gran faja estañífera se inicia también, como la faja argéntica, en la Altiplanicie; y yendo desde allá al oriente, perfora los Andes Reales y forma en sus vertientes orientales los grandes emporios de este metal que hoy son el asombro del mundo.

El cobre. El cobre representa otro metal típico de la Altiplanicie. Pero, así como la plata y el estaño se dirigen sobre todo hacia la Cordillera Real, el cobre parece gravitar especialmente hacia el sector occidental altiplánico. Es el caso de los minerales de Corocoro, que ya han sido objeto de activa explotación en un periodo considerable de la República.

Por el sur de Corocoro sigue la faja cuprífera por Callapa, Curahuara, Turco, Garcimendoza, Lípez. Es el sistema al que un geólogo distinguido (R. Kozlowsky) ha propuesto llamar "cadena cuprífera".

Desgraciadamente, en este orden, faltan las necesarias investigaciones para llegar a formular afirmaciones definitivas.

Otros metales. Citemos aun: el plomo –tan frecuentemente acompañado por la plata– del que, con solo reconocimientos superficiales, se han hallado frecuentes yacimientos en la Altiplanicie: Hankjo-reimes, Guaqui, Obrajes, Ayo-ayo, Negro Pabellón, Poopó, Garcimendoza, Uyuni, pero cuya explotación es reducida; el wólfram, en Milluni, Eucaliptus, Morokjo-kala, Huanuni, Huanchaca, Lípez; el bismuto, hoy desvalorizado; el antimonio, que vuelve a entrar en considerable comercio; el hierro, cuya explotación no es dable por estar alejado de los puntos con suficiente combustible, etcétera.

Nada decimos de otros productos que aunque también existen, todavía no tienen importancia en el comercio (níquel, zinc, molibdeno, cobalto).

Ni olvidemos tampoco, entre otras riquezas minerales de gran significación y que se hallan a la vista sobre la superficie altiplánica, las siguientes:

El cloruro de sodio y el bórax. En América la Altiplanicie es, seguramente, el mayor reservorio de sal común, tan esencial para la vida humana, tal como nos lo demuestran los colosales yacimientos de Uyuni, Coipasa, Coposa, Empexa, etc. que el viajero puede ver aun desde su cabina del tren.

La extracción y comercio de este artículo está hoy en manos de los indígenas, quienes, desde la Altiplanicie, lo conducen en sus tropas de llamas a los ámbitos más lejanos del país. En otros tiempos este comercio empleaba alrededor de 300 mil llamas por año. Ya se puede prever la extensión e importancia que llegará a tener cuando se lo sepa hacer en las condiciones debidas.

Como el producto anterior, el bórax se halla también a la vista del viajero en depósitos copiosos. Tal ocurre en el trayecto de Antofagasta a la Altiplanicie. Por desgracia, Bolivia, después del tratado de 1904 con Chile, perdió la posesión de una parte considerable de esos yacimientos.

Abonos combustibles. Se encuentran en la tierra altiplánica diversos tipos de abonos: fosfatados, cálcicos, potásicos, magnésicos, pero que no pasan todavía de un comercio muy limitado.

Entre los combustibles podemos citar: la turba, explotada desde un remoto antaño en diversos lugares de la Altiplanicie; el carbón de piedra que solo ha sido objeto de extracciones incipientes; el petróleo mismo, tan abundante a los pies del Macizo Andino y cuya presencia superficial se ha comprobado en la Altiplanicie, verbigracia, en Calacoto, cerca al Desaguadero.

Para muchos investigadores existen en las profundidades altiplánicas grandes yacimientos petrolíferos. La misma presencia del cloruro de sodio, en las enormes cantidades que hemos dicho, sería un indicio vehemente de la existencia del hidrocarburo en las capas subyacentes. Si ello fuere así, tendríamos también en el petróleo altiplánico otro de los recursos básicos para las grandes industrias del porvenir.

Fuentes hidrominerales. Mencionemos también este punto, teniendo en cuenta las relaciones de causalidad entre diversos metales como el oro, el tungsteno, el antimonio, con diversas aguas termales, por acción química o física.

Y ya se sabe cuán copiosas son esas fuentes en la Altiplanicie. O, más bien, todavía ni se sabe, a punto cierto, el número de ellas, puesto que muchas se hallan inexploradas.

Entre las conocidas nos limitaremos a citar el cordón de termas que corre a los pies del eslabón de los Asanaques, desde frente a Oruro: Aguas calientes, Capachos, Huanuni, Poopó, Pasña (Urmiri), Challapata, río Mulato. Al norte de Oruro, en el camino a La Paz, por Viscachani, están las fuentes llamadas también de Urmiri donde, como en Pasña, existe ya un balneario. Al oeste de él, en el sector de la cordillera Occidental, están las aguas de Hunt'u-uma,[10] origen del río Sabaya que afluye al lago de Coipasa.

La flora y la fauna

Se comprende que, dadas las condiciones climáticas y telúricas de la Altiplanicie, su enorme altitud, el frío cruel que domina en gran parte de ella y la aridez de su suelo, su flora y su fauna sean por demás limitadas.

Y, sin embargo, dentro de esa misma limitación, hay diversos productos que destacan notablemente.

Así, examinando la flora, podemos citar, desde luego, la papa o patata, hoy de uso universal. Este precioso tubérculo es originario de la Altiplanicie. Crece en estado salvaje en las orillas del lago Titicaca y otros puntos. Debió de ser, en el curso de largos periodos del tiempo, objeto de especiales cultivos que le dieron los notables atributos que hoy tiene. Se cuentan en la actualidad más de 500 variedades de papa en la Altiplanicie y sus contornos, muchas de calidad insuperable; otras han desaparecido.

Más aún: desde edades arcanas se emplea por los aborígenes de la meseta un procedimiento de conservación del tubérculo que permite guardarlo indefinidamente; lo que nos demuestra la penetración singular de la raza primitiva, que supo encontrar, aprovechando de los mismos elementos naturales y con una técnica muy sencilla, tal medio de conservación, utilísimo, pues la patata se altera en poco tiempo. Hemos nombrado el chuño.

Hoy la papa es de empleo universal. De la meseta boliviana pasó a los países vecinos y en seguida al "viejo mundo", incluso al Tíbet,

---

10 Agua caliente en aymara.

constituyendo la base de la alimentación de diversos pueblos. Con todo, en ninguna otra parte de la tierra se han llegado a cultivar tantas variedades ni a igualar la calidad de ciertos ejemplares indígenas del Macizo.

Y nada decimos de otros tubérculos, como la oca (*Oxalis tuberosa*) y la lisa, que se dan en la meseta al igual que la papa, pero cuyo empleo no se ha generalizado aún.

Otro producto de la flora andina digno de especial mención es la quinua (*Chenopodium quinoa*), también originaria de la Altiplanicie, bien que su cultivo se halle actualmente extendido a diversos países de América. Este cereal tiene, asimismo, muchas variedades y la mejor de todas, llamada quinua real, es precisamente la que se da en los parajes más fríos. Resiste hasta la vecindad de los grandes salares de la Altiplanicie central (Salinas de Garcimendoza). Su pequeño grano se conserva indefinidamente. Su cultivo es por demás sencillo. Basta echar la simiente en la tierra recientemente removida para obtener, a los cinco o seis meses, abundantes cosechas: de un grano se pueden sacar dos mil. Por sus especiales propiedades rivaliza ventajosamente con la cebada y el trigo. Las hojas tiernas de la planta (*yuyu*) se usan mucho por sus cualidades alimenticias. Sus mismos tallos, ricos en ciertas sales (carbonato de sodio), sirven a los indios para la preparación de la *llipta*, con que acompañan la masticación de la coca. Y asimismo la emplean frecuentemente por sus múltiples aplicaciones terapéuticas, en uso interno y externo. Actualmente se realizan en el extranjero experiencias para la utilización de la quinua y otros productos similares como la *kjañahua*, notable esta contra el mal de las montañas y para tratar diferentes enfermedades, muy especialmente la tuberculosis.

Y, en fin, entre los raros vegetales que soportan la inclemencia de estas altitudes, citemos también la yareta (*Azorella glebaria*), esa admirable yareta usada desde los tiempos primitivos como combustible. Allí donde comienzan ya las nieves eternas, entre cuatro y cinco mil metros sobre el mar se la ve, suavizando con su verde tierno y claro, la desolación del paisaje. Cubre las mismas rocas como un ropaje aterciopelado y cálido. Y, arrancada al yermo suelo, arde en la mísera choza del indio, dándole, generosa, su calor y su vida. La yareta es, ciertamente, una planta providencial. Su significación como combustible en diversas industrias, sobre todo

en la minería, ha sido en otros tiempos enorme; y hoy, aún, a falta de la hulla o el petróleo, presta allí servicios inapreciables. En las mismas ciudades de la meseta –Oruro, La Paz, Uyuni– y otras poblaciones de las zonas frías del Macizo Boliviano, su consumo es todavía considerable. Planta humildísima, que ni siquiera se eleva del nivel del suelo, pues se extiende por él como blanda alfombra, quizás un día desaparezca, dada la forma desordenada de su explotación.

Y todavía, después de los ejemplares anteriormente mencionados, podemos citar otros que, aunque no sean propiamente indígenas de la Altiplanicie, han sabido adaptarse muy bien a ciertos relieves de su ambiente geográfico: oquedades, recuestos, pequeñas serranías. Tales: la kantuta, esa flor legendaria de los incas, de la que se ven bellas muestras en La Paz, pero que ya no puede soportar el aire cortante de Oruro; el *tarwi* –preciado alimento– al que Leo Pucher atribuye un importante lugar en ciertas ideografías de Tihuanacu; el *kolli*, que ha merecido de Uriel García frases tocadas de elocuencia profunda; y, sobre todo, ese vegetal que para nosotros vale más que los anteriores, por su significación sociogeográfica: la totora.

La totora es una planta típicamente altiplánica. Abunda en las márgenes del Titicaca y del Poopó, hallándosela igualmente en el Desaguadero, que sirve de enlace a esos lagos centrales de la gran meseta. Tiene una grácil prestancia. Su papel, sin embargo, desde los tiempos prehistóricos, fue siempre trascendente en la evolución de ciertos tipos humanos enclavados en la Altiplanicie; por ejemplo, el uro y su afín el chipaya. Hoy mismo, los últimos restos de esos indígenas, cuyos antecesores, según el profesor Posnansky, habrían concurrido a la construcción de los monumentos de Tihuanacu, subsisten adheridos a la admirable totora. Ella sostiene aún los postreros descendientes de una raza ilustre: les da su abrigado techo en el *habitat* desértico; les da sus fibras para diversas prendas de su indumento; les da, con la paja brava, todo lo preciso para tramar esas esbeltas barcas que surcan el Titicaca y el Desaguadero; les da –como combustible– calor reconfortante; les da hasta el alimento en las horas terribles de inedia.

Dejemos hablar al bardo de la estepa:

Un lago a la vista:
agua y agua y agua;
el cielo mirándose

en su espejo; el alba
tiñendo sus linfas;
montañas nevadas
a lo lejos; aves
rosadas y blancas
por doquier; dos cóndores
trazando parábolas
en el cielo; tropas
de alpacas y llamas
–como los camellos
del ardiente Sahara–;
y en el lago barcos
de formas extrañas
como los del Nilo;
y un pueblo en la playa:
gentes para quienes
la totora acuática
es todo –el vestido,
la choza, la balsa,
y hasta el alimento–.
¿Urus?



Y en cuanto a la fauna altiplánica, si, ni con mucho, muestra la profusión fastuosa de las zonas tropicales bolivianas, sin embargo, presenta ejemplares valiosísimos, desde diversos puntos de vista. Tales: la chinchilla, pequeño roedor que mora en los sitios más fríos y desérticos y cuya piel, azulada y sedosa, se vende a precio de oro en los mercados extranjeros; el guanaco, de fama milenaria, que desde su *habitat* primitivo –las alturas del Macizo Boliviano, de donde ya ha desaparecido por la persecución sin tregua de que ha sido objeto– emigró hasta lejanos territorios, como el Chaco y el Chubut; otro notable camélido; la vicuña, que vive en estado salvaje, y cuya piel es también muy apreciada; y, en fin, la llama, de la cual bien se puede decir que es un símbolo en Bolivia. Como que su hierática figura está muy justamente representada en el escudo nacional.

La llama viene a significar en la fauna algo así como la quinua en la flora. Seguramente es un espécimen obtenido a través de un inteligente proceso de selección. Diríase la misma vicuña o el

guanaco adaptados al servicio del hombre. O es quizá el resultado de la cruza de especies desaparecidas. Los hallazgos paleontológicos hechos hasta hace poco tiempo han demostrado la existencia en la Altiplanicie de 13 variedades extinguidas del mismo género a que pertenece la llama (*auchenia*).

La llama es un animal propiamente histórico. Su participación en el desenvolvimiento humano en la Altiplanicie ha sido, y es aún, inmensa. Bástenos citar su importancia en las comunicaciones. Fue el único vehículo terrestre para los moradores del Macizo durante miles de años. Posteriormente, en la Colonia, superó como medio de transporte al caballo y la mula, traídos por los españoles. Y hoy todavía triunfa en muchas partes sobre el ferrocarril y el automóvil, que no pueden vencer las hurañas alturas por donde trepa la llama cargada con su fardo.

Y para el indio, ¡cuánto significa la llama! Se lo da todo: su carne, su leche, su piel, su lana, sus huesos. Le da sus mismos excrementos, como combustible, igual que la yareta; o como eficiente abono, para tornar el páramo en verde sementera. Y hasta en lo estético, es ella el mejor adorno del escenario altiplánico. Hay que verla, oteando desde algún punto dominante, la pampa inacabable. La llama es la vida de la Altiplanicie. Y la Altiplanicie es el digno pedestal de la llama.

He aquí, a este propósito, las estrofas fragmentarias de un himno inédito escrito por un poeta boliviano. Cabe traerlas a cuento porque ellas, mejor que nuestra pluma, hacen el elogio de aquel notable camélido. El bardo terrígena, absorto ante una llama de pie "sobre un cabezo abrupto que recorta la línea del horizonte", le dice entre otras cosas:

> Tú eres el alma, el genio
> de estas alturas; eres su vida y su belleza;
> el mejor ornamento de esta naturaleza
> y el recurso más noble y el bien más necesario
> para sus hijos: tú eres lo que es el dromedario
> para el beduino errátil; eres lo que es el reno
> para el lapón; tú, al indio, como un amigo bueno,
> le prestas toda ayuda: le das tu compañía,
> le das tu piel, tu carne, tus huesos, tu energía…
> tú eres sufrida y parca: vives en los más tristes
> parajes, entre nieves y ventiscas; resistes,
> estoica, tempestades; comes el pasto escaso

o las mezquinas zarzas que crecen a tu paso,
y si no encuentras ni eso, sufres paciente el hambre
hasta morir… Oh, llama ¿de qué dura raigambre
te originaste? Tienes bajo tu pelo hermoso
y tus gráciles formas la fuerza de un coloso.
Tu aliento y fortaleza no tienen precio: subes
igual a las regiones que tocan a las nubes
cual bajas a los valles profundos; y ora campas
entre cordilleras gélidas, ya en las pampas
inmensas, ya en el verde collado, ya a la vera
del mar o ya a la sombra de la enhiesta palmera…
y todavía, oh llama, con tu airosa y altiva
prosopopeya, formas la nota al par festiva
y al par severa y grave de estos vastos desiertos.
¡Cuánto más desolados, fatídicos y yertos
se tornarían ellos sin ti! ¡Cuánto más hosca
surgiría esta tierra bajo la niebla fosca,
con su frío que punza, con su aridez que arredra,
con su llanto hecho hielo y su furia hecha piedra!



Compañera sumisa del hombre primitivo,
tu eres aquella auchenia que halló en su lar nativo
albergue; muchas veces con él también hallaste
la misma tumba; y juntos sufristeis el contraste
de hórridos cataclismos cuando los ventisqueros
la tierra atormentaban y con temblores fieros
se sacudía el mundo como un cuerpo convulso
de epiléptico… Entonces, tú, dócil al impulso
del clan, dejaste el rígido Altiplano y venciendo
ríos y cordilleras, en éxodo estupendo
descendiste a los valles y llegaste a las playas
del mar. Tú fuiste el guía de changos y chipayas
y de aymaras y quechuas por uno y otro flanco
del gélido Macizo que estaba todo blanco…
Y desde el Titicaca partiendo con el Inca
Manco Cápac –el jefe vigoroso en quien finca
el poder– y Mama Ocllo –la que incuba la raza–,

llegaste al Cuzco –núcleo crucial que al mundo abraza–,
donde sobre tu lomo se levantó un imperio
pujante… Y de esta suerte, por singular misterio,
te hiciste igual al hombre, ganaste sus blasones
y puedes ser llamada simiente de naciones.



Y ahora, después de esta excursión poética, volvamos a nuestro asunto.

Los lagos altiplánicos –Titicaca y Poopó– tienen también su fauna propia (suches, humantos, ispis, karachis, etc.); mas no haremos mención particular ni enumeraciones que resultarían pesadas. Solo anotaremos el hecho siguiente: en tiempos remotísimos, cuando el Titicaca y el Poopó formaban un solo lago, que ocupaba gran parte de la Altiplanicie, por ser la altitud media menor era el clima más benigno, la fauna lacustre presentaba formas muy variadas y abundantes, constituyendo acaso la base alimenticia de las poblaciones ribereñas. Por ejemplo, la variedad del pez llamado boga (*Orestias*) tenía un tamaño cinco veces mayor que el que actualmente acusa; y probablemente existían especies hoy extinguidas. Entre los pueblos ictiófagos de aquel mismo tiempo, el pez debió de ser un tótem, como el cóndor y el puma. Los ideogramas pétreos de Tihuanacu son muy expresivos al respecto. El pez ocupa en muchos de ellos el lugar principal.

En nuestros días, la fauna de esos lagos está degenerada; pero eso no obstante, es considerable el comercio que de ella se hace en la Altiplanicie y sus contornos.



Y concluyamos este parágrafo subiendo aun desde la Altiplanicie y los lagos. Subamos hasta los picachos níveos. Subamos hasta el mismo firmamento. ¿Quién está ahí?:

El cóndor.

Es la culminación. Con el cóndor estamos ya entre la tierra y el cielo. Nos hemos aproximado al sol. Y el cóndor es también un símbolo. Si la llama representa la tierra y el pez el agua, el cóndor es el espacio infinito.

En el cóndor hallamos otro tótem epónimo de los clanes primitivos altiplánicos. En el *kuntur* de los fundadores de Tihuanacu se muestra, más claro que en los demás tótems, el factor

místico. Con el cóndor sabían aquellos elevarse al cielo. En este dominador de las cumbres cifraban la energía, la audacia, el movimiento, el ímpetu. No hay sino ver la maravillosa Puerta del Sol, donde junto al puma y al pez aparece el cóndor revestido de singulares atributos. Esa trilogía zoomorfa –cóndor, puma, pez– está gritando: ¡Fuerza! Allí se ve al cóndor hecho hombre y al hombre hecho cóndor.

Hoy mismo, entre los indios de la meseta, este volátil es motivo de especial veneración. Y figura también en lugar prominente sobre el escudo boliviano. En lo cual vemos nosotros una regresión instintiva al primitivo clan. El cóndor es la raza, es la nación.

Después del cóndor, como ave histórica, podemos citar al *allkjamari*, al que, en estos últimos años, algunos observadores (Leo Pucher) le asignan, en la mitología primitiva indígena, un papel más importante que a aquel, hasta el punto de afirmar que las ideografías de Tihuanacu representan más bien al *allkjamari* que no al cóndor. Nosotros permanecemos fieles al cóndor.

El sol

Réstanos aún decir algunas palabras sobre otra de las características del complejo altiplánico o, si se quiere, sobre otra riqueza natural que da mayor relieve a su personalidad. Hablemos del sol. Del sol que, como el cóndor, la llama y la montaña, figura, bella y noblemente, en el escudo nacional de Bolivia.

El sol, por supuesto, es un patrimonio común. Pero también es verdad que ese patrimonio no está igualmente distribuido en la tierra. Hay soles y soles. El sol de Spitzberg, por ejemplo, no es igual al del África Central. Las altitudes, los meridianos, la topografía y hasta la estructura geológica claro es que crean diversas modalidades en este orden.

Tal ocurre en el Macizo. También tiene su sol. Su altitud vertiginosa es ya el factor básico para ello. Esa altitud lo aproxima al sol. En la Altiplanicie, la radiación solar es tan intensa que anula el frío: ni aun se lo siente, si se está al sol, aunque el termómetro marque cero.

Pero es, sobre todo, la luminosidad el rasgo que tipifica mejor el sol de la meseta. El viajero que por vez primera asciende a estas alturas, se siente deslumbrado. El enrarecimiento de

la atmósfera, su sequedad, su transparencia, se prestan para conducir y dispersar más fácilmente la luz solar. Los rayos actínicos parecen penetrar en las rocas. Fijan en el cristal, intensa y permanentemente, bellos tonos violáceos. A lo lejos, las sierras brillan también como otros tantos bloques cristalinos, bañados en claridad ultravioleta. Y en las cumbres cubiertas de nieve es tal la gama de colores al levantarse o ponerse el sol que, a su vista, el alma del viajero llega a la emoción pura que produce la belleza, una belleza que en este caso diríase extraterrena. De esta suerte, el Macizo es un sublime reflector. Recordemos el significado de Illampu e Illimani.

Es lastimoso que en Bolivia no se hayan realizado, dentro del campo científico, los estudios que ha menester esta materia para derivar de ella múltiples aplicaciones prácticas en diversos terrenos (médico, higiénico, agrícola). No hemos sabido los bolivianos aprovechar esta riqueza inapreciable de nuestro suelo. La gozamos, es verdad, pero no la analizamos. Por eso, hablando sobre este y otros temas científicos, decíamos hace poco tiempo en la *Revista del Instituto Médico "Sucre"*:

> Desgraciadamente, en Bolivia, no se han hecho aún estudios especiales y propiamente científicos sobre la luz. Los datos recogidos por nuestras oficinas de meteorología más se refieren a las curvas barométrica y térmica; o a la humedad, lluvias, nieblas y viento. Pero no conocemos las características propias de la luz según las localidades, las estaciones y aun las horas del día. Cuando hablamos, por ejemplo, de la radiación solar, lo hacemos simplemente porque ella se impone a nuestros sentidos. No la hemos medido. Ni sabemos tampoco de las modalidades del espectro solar en la gran variedad de centros poblados del Macizo Andino. Un punto digno de estudiarse a este propósito sería el predominio de tales o cuales rayos luminosos –infrarrojos, ultravioletas y otros–, desde los lugares más próximos al ecuador hasta los más distantes; o desde las mayores alturas habitadas, como Oruro, hasta las zonas bajas y colindantes con las llanuras orientales, como Santa Cruz. Pero no poseemos ningún caudal de observaciones actinométricas. De manera que, por ahora, no podemos proceder sino empíricamente o en el terreno conjetural.



La Altiplanicie debiera, pues, interesar desde este punto de vista no solo a sus hijos, sino al mundo en general. Esta gigantesca formación de los Andes centrales suramericanos, por las

extraordinarias condiciones de su cielo, dependiente de su altitud y situación en la zona tórrida, se presta admirablemente para las observaciones que indicamos. Por sí misma es ya un observatorio natural, desde donde es más fácil columbrar los secretos del Cosmos.

Y estas mismas razones explican su adecuación para el tratamiento de diversas enfermedades, entre ellas, la siniestra tuberculosis. Sin duda que darían muy buenos resultados los sanatorios que se instalasen aquí con ese objeto. Nuestras investigaciones profesionales nos han llevado a esa conclusión. Y hemos invocado para robustecerla, en primer término, el factor luz; y también hemos afirmado que la rareza o ausencia de otras afecciones, como el raquitismo, en la Altiplanicie, se halla determinada por ese mismo factor; y hemos señalado como prueba palpitante al indio, que no obstante la penuria económica en que vive, se substrae fácilmente a tales enfermedades.[11]



Y si de este aspecto, hasta cierto punto técnico, damos un gran salto, un salto de algunos miles de años para considerar desde entonces, en el Macizo Andino, lo que pudiéramos denominar *el papel sociológico del sol*, hallaremos que, bajo su influencia, directa o indirecta, se cumplieron aquí importantes ciclos de evolución humana, siendo acaso el mayor aquel que generó el culto solar entre los moradores de la Altiplanicie.

Lo cual se explica.

Tal culto tuvo que nacer lógicamente. El hombre de la Altiplanicie debía sentirse todo poseído por Inti. Posiblemente no razonaba sobre esta relación con su ambiente. Mas un hondo sentir llevábalo a arcanos que no ha sabido alcanzar la más sutil filosofía. Era ese un misticismo instintivo. Una convicción inconsciente, aunque hablar así parezca paradójico. Diríase que la luz del sol, fenómeno exterior, se volvía en la psiquis indígena luz interior, infrarracional todavía, pero que después aparecería clara en la razón. Permítasenos transcribir las siguientes palabras nuestras:

> Y aun contemplando desde el punto de vista sociológico e histórico este asunto, que parece simplemente un tema de meteorología,

11 Véase el apéndice IV “Nuestra luz” (pág. 265).

> pronto advertiremos la influencia de la luz en nuestros más remotos antecesores. Por ella nació el culto solar. Lo dicen los monumentos megalíticos de Tihuanacu. Y prosiguió, después de millares de años, obrando sobre los incas. Dio origen a esa religión admirable que bien se puede llamar religión científica. En ella culminaba como divinidad el luminoso patriarca, uno de cuyos hijos es nuestro planeta. El hombre prehistórico, al profesar tal heliolatría, se adelantaba a la ciencia actual, cuyas investigaciones van descubriendo a diario los maravillosos efectos del sol. Después –sobreviviente de la catastrófica era glacial altiplánica– aprendió a construir su choza con la entrada siempre vuelta al oriente, para asistir cada mañana al advenimiento de *Inti*, fuente de la vida. Así lo hallaron los conquistadores españoles.



Se comprende, pues, cuán decisiva y profunda debió de haber sido la influencia solar en los habitantes del Macizo. El sol hizo que la horda, el clan, la tribu, dispersos en estas altitudes, se aproximasen, se amalgamasen bajo una misma bandera, hasta constituir el poderoso imperio cuyo eje nuclear venía justamente a quedar sobre la gran plataforma que parecía haberle labrado la naturaleza en el eslabón central de los Andes. Cuando ni pensaban nacer en África y Asia los imperios heliólatras de Egipto y Asiria, ya en la Altiplanicie resplandecía esta notable asociación humana cuyos elementos estaban ligados por el culto solar común.

En Tihuanacu, la urbe megalítica cuyos despojos aún subsisten como las vértebras descoyuntadas de un monstruo antediluviano, el viajero encuentra, a poco de caminar entre ellos, un bloque de traquito llamado *Puerta del Sol*, sobre el cual está grabada una curiosa sucesión de figuras estilizadas. Al centro está la mayor: es una figura humana, representada de frente; tiene la cabeza rodeada por una aureola en la que se distinguen cabezas de felinos (pumas); sus vestiduras y el pedestal en que se yergue muestran también dibujos zoomorfos –aves de presa (cóndores), peces, felinos– y otros signos extraños; en las manos empuña sendos cetros gigantescos, en cuyos cabos figuran cabezas de cóndor. A ambos lados de la imagen central hay tres filas de otras menores: representan, alternativamente, hombres y cóndores con cuerpo humano, mostrando los mismos signos que aquella en el rostro y ornamentos, con un solo cetro, los rostros vueltos hacia la figura central y las piernas semidobladas, como si acudiesen hacia ella o ante ella se prosternasen. Por debajo de todo, un friso entre cuyas molduras, rematadas por cabezas de cóndor, se

ven 11 caras antropomorfas circundadas por aureolas semejantes a la de la imagen principal; en cada extremo del friso, un signo escalonado con una cabeza de cóndor (*mallku*)[12] en el tope; junto a ellas una figura humana de pie, vuelta hacia la central, embocando una trompeta; y, a cada costado, el comienzo de otros frisos laterales idénticos, interrumpidos en los bordes del bloque traquítico.

En esta escena, los más de los investigadores encuentran una ideografía solar. Para Posnansky sería "el calendario de los tihuanacus"; para Díaz Romero, "una escena mítica astronómica".

Por nuestra parte, al conocer la famosa Puerta del Sol, forjamos también nuestra hipótesis. Hela aquí: Allí estaría, simplemente, el símbolo de un gran ciclo sociológico cumplido en la Altiplanicie, hace milenios, según dijimos antes; allí en la roca, estaría sintetizada la evolución del imperio, o como se le llame, de Tihuanacu. La figura central significaría la entidad suprema que dominó en esa evolución. Las figuras laterales representarían los jefes de tribus y clanes, acudiendo a prestarle pleitesía. Cóndores, pumas, peces, astros, serían los tótems, dioses familiares, tribales, territoriales, concurriendo a dar cohesión y fuerza al imperio. Por encima de todos, habríase alzado el tótem primordial, el creador de aquel gigantesco organismo: el sol.

Como se ve, esta interpretación terrestre o sociológica se aparta de la astronómica. Pero, no obstante, en el fondo, nosotros mismos acabamos por subir hasta el sol. Porque, en efecto, si los grupos humanos del Macizo Andino obraron preponderantemente impulsados por influencias cósmicas se comprende que, al proponer tal explicación, por distinto camino, hemos llegado nosotros también al cielo.

Tal sería el mito.

Y en igual forma nos explicaríamos la ulterior aparición del Imperio incaico en el Macizo. El prehistórico había muerto. Una tremenda catástrofe geológica dio fin con la urbe sagrada. Quedó súbitamente interrumpida la conclusión de sus más bellos monumentos, como aquel de que venimos hablando. Pero los restos de la raza heliólatra subsistirían aún, dispersos, mientras otras masas humanas llegaban de lejanas tierras. Pasarían milenios en la sombra, pero en los terrígenas no se habría perdido el recuerdo de su primitiva organización. Y he aquí que, nuevamente, bajo la

12 Jefe en aymara.

protectora influencia solar, surge otra robusta evolución social. Es el Imperio de los incas, de aquellos que se llamaron Hijos del Sol. Inca recuerda a Inti: posiblemente es una aglutinación lingüística del sustantivo *inti* (sol) y el verbo *cay* o *caj* (ser); originariamente habría sido *inti-caj:* “lo que es o lo que fue como el sol”.

Pero este nuevo ciclo civilizatorio en el Macizo no duró sino pocos siglos. Una nueva catástrofe –y esta vez ya no geológica sino humana– vino a destruirlo: la Conquista hispánica.



Quedan así trazados estos nuevos aspectos del Macizo también desde el punto de vista sociológico y en directa relación con el culto solar. Y terminemos ya este capítulo.

Hace 3.400 años, en el viejo Egipto imperial, Ikhunatón, el rey audaz que en medio del panteísmo nilótico quiso aplastar el culto de Amón y erigir el del sol, Ra, aun más allá de los confines de su pueblo, en uno de sus magníficos himnos a Atón, el disco solar, le habla no únicamente en nombre de su patria, sino también en el de otras patrias. Y al nombrar el Nilo, el río epónimo que parió a Egipto y que convertido en lluvia benéfica también va a fecundar, por acción del sol, otras tierras, decía el rey poeta: “Hay un Nilo en el cielo para los pueblos extranjeros”. Profunda imagen que nos revela cómo el Faraón, sobrepasando las limitaciones que le imponía la tradición, proclamaba una doctrina noblemente altruista.

¡Y cuánto más podrían decir los bardos de Tihuanacu desde la plataforma de los Andes!

La misma Puerta del Sol es todo un himno pétreo grandilocuente. Allí hay estrofas, ritmos, gritos, clarinadas. Allí en el friso de que antes hablamos están esas figuras heráldicas embocando sus trompas. ¿Qué hacen? Saludan al sol. Al sol creador de la vida, al peregrino luminoso que va por todas las tierras y que en el Macizo Andino encontró la inmensa meseta para plinto de su imagen y el lago de aguas diáfanas para su espejo y bellos montes níveos como el Illampu y el Illimani para poner en ellos, por todos los siglos, sus pinceladas seráficas de luz.

III

Las cordilleras circundantes de la Altiplanicie

Hemos hablado de la meseta central que, físicamente, constituye el relieve más notable del Macizo Boliviano y, políticamente, ha pasado aun al lenguaje internacional, siendo por ello Bolivia llamada "el país del Altiplano". Proseguiremos nuestra excursión en las partes circundantes de la meseta, o sea, en las cordilleras. Y empezaremos por la que constituye el flanco inicial del Macizo, al occidente, en el sector del Pacífico.

La Cordillera Occidental

La Cordillera Occidental no es sino una de tantas fracciones de la cadena continental de los Andes que, bordeando el Pacífico, va desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes; y que, al pasar por Bolivia, cierra el arco formado, según decíamos, por la Cordillera Oriental, o interior, que amuralla la Altiplanicie por el levante.

Llámase a esta cordillera, también, "longitudinal", "exterior", "volcánica" o "de la costa". Nosotros, en relación con la arquitectura del Macizo Boliviano, le hemos dado el nombre de Cordillera Anterior: es la fachada externa del Macizo.

Geológicamente corresponde, sobre todo, al ciclo de los plegamientos mesozoicos y alpehimaláyicos de Europa y Asia, formando un eslabón de la gran línea de fuego, que un tiempo orlaba el occidente de las Américas y de la que aún quedan hoy encendidos algunos focos.

Al presente, no está íntegramente bajo la soberanía de Bolivia. Sabido es, en efecto, que después de la Guerra del Pacífico, y como resultado de tratados internacionales emergentes, Bolivia perdió

sus costas en este mar, así como las vertientes occidentales de la Cordillera Anterior, e incluso el extremo austral de la misma Altiplanicie, que se prolonga en la puna de Atacama. De suerte que no le quedaron sino las vertientes altiplánicas de esa cordillera, a las que ahora nos referimos.

Siguiendo esas vertientes, hacia el oriente, desprendidos del eje troncal y ya en plena Altiplanicie, destácanse soberbios grupos montañosos. Tales, yendo de norte a sur, el del Parina-kjota y Sajama; el del Paco-kjaua y Tata-Sabaya; el del Lirima y Llica; y el formidable cordón de Sillillica, al que siguen aun los de Iru-putuncu, Olca, Ollagüe, Linsor, Putana, hasta el Licancaur, ya en los límites actuales de Bolivia con Chile.

Trátase de volcanes apagados, siendo el más eminente el Sajama, que se aproxima a los siete mil metros sobre el nivel del mar, pudiéndose ver desde las proximidades de Oruro, no obstante la gran distancia a que se encuentra. El viajero que, por ejemplo, va en tren a La Paz y que al oriente mira, en la Cordillera Real, destacarse los picachos nevados del eslabón de Quinsa-cruz, pronto advertirá, por el occidente, tras las serranías de Corque, una solitaria cúpula blanca que va aumentando de tamaño a medida de avanzar el tren y que, a la altura de Chijmuni y de Patacamaya, se muestra ya como un soberbio cono prismático que esplende con polícromas tonalidades, según la inclinación del sol.

La mitología aymara conserva, a propósito del Sajama, esta leyenda:

En el principio de los tiempos, empinábase en la Cordillera Real, cerca al Illimani, otro coloso mayor aún, alzándose al cielo, a guisa de un puño amenazante. Tan orgulloso se mostraba, que al cabo el dios primordial perdió la paciencia y esgrimiendo en la diestra mano la honda flamígera, en que había puesto un peñasco, dio con él tan violentamente sobre la cabeza del titán, que este quedó decapitado. Su desprendida testa voló de oriente a occidente, para ir a asentarse sobre otro monte, humilde, que en ese confín estaba. *¡Sarkjama!*, había dicho el dios al dar el hondazo descomunal. ¡Vete! Y desde entonces el monte decapitado se llama Mururata (descabezado) y el otro se tornó en el Sajama.

El Sajama, sin embargo, es un gigante raquítico donde esa cabeza no está muy firme: si no fuese la misma nieve que le sirve de casquete protector, tal vez ya ella se hubiese deshecho.

En el segundo grupo montañoso, que, como el Sajama, avanza en la Altiplanicie, al oriente, desprendiéndose de la línea troncal del volcán Isluga, se alza el Tata-Sabaya (*tata*: señor, padre, patriarca, en aymara y quechua). Tiene este nevado, en efecto, mucho de paternal: fue a sus postreras estribaciones altiplánicas donde los pobres indígenas chipas o chipayas o chipanas acudieron a guarecerse, empujados por la ola aymara, y luego por la blanca, enseñoreadas de la Altiplanicie. Hoy mismo, superviven sus postreros restos en las orillas del Lauca y sobre las riberas desoladas del lago Coipasa.

Y, de igual suerte, el Tata-Sabaya ha venido a ser algo así como un genio protector para ese pobre animalito del que ya hablamos: la chinchilla (la chinchilla azul, la más buscada) que, huyendo de los cazadores, tuvo que remontarse a sus más abruptos y escondidos rincones. Allí subsisten todavía los escasos ejemplares que quedan del pequeño roedor, escapando al hurón, de que se valen sus perseguidores para cogerlo. Cierta vez, un indígena de aquellos lugares nos contaba que el Tata-Sabaya se encoleriza realmente por este encarnizamiento con que es perseguida la chinchilla. “Por eso –nos decía– cuando ha entrado el hurón a la grieta del cerro en que se refugió la chinchilla con sus crías, ya no vuelve a salir: se desorienta y muere de hambre. El Tata-Sabaya ha castigado”.

Los indígenas chipayas comercian en cierta escala con la sal que extraen de la gran laguna de Coipasa; y, como en un remoto antaño, viven adheridos a la llama y a la alpaca, cuya cría y cuidado es su principal ocupación.

Al sur de Coipasa, siguiendo la línea de la Cordillera Occidental, se dilatan las tierras desoladas que prolongan sus vertientes orientales en la Altiplanicie. Es la región de los médanos glaciales y de los grandes salares, como el de Empexa, al oriente del cual está el de Uyuni, más grande que el lago Poopó.

Por el borde meridional de este formidable depósito de sal pasa el ferrocarril de Antofagasta que, para penetrar en la Altiplanicie, ha encontrado una puerta fácil al pie del volcán San Pedro, aún humeante, por donde perfora la Cordillera Occidental corriendo después por sobre los salares de Ascotán y Chihuana.

Al norte de Coipasa, la región andina occidental es ciertamente mejor, por sus condiciones telúricas y climatéricas, que la del sur. Es allí donde, hacia el oriente del tronco principal de la cordillera,

avanzan otras serranías bajas, paralelas a ella, ofreciendo en sus recuestos zonas más propicias a la población indígena y blanca que allí mora. Citemos, entre ellas, el doble macizo de Turquiri y Larama-kjaua que por el norte se prolonga con la sierra de Curahuara y por el sur con las aledañas de Coipasa. Luego, más adelante, es decir más al oriente, se alinean otras, que son las de Corque, anudándose con Huaylla-marca por el norte, hasta alcanzar el Desaguadero y, bordeando por el sur, la margen occidental del Poopó. El viajero, desde el tren, puede ver varias de ellas (Hankjo-kjaua, Anta-marca, Orinoca y Quillacas).

Ya entre estas serranías, o cortándolas, corren varios ríos o riachos, como el de Huchus-hauira, el Barras, el Turco, el Cosapa y el Lauca antes indicado.

El suelo, según su topografía, aguas y naturaleza de la tierra, alienta diversos tipos de vegetación herbácea. En las partes más bajas dominan la paja brava, la *t'ola* y varias clases de pastos. Por los escarpes, grandes manchas de la sufrida *kjeuña* suben hasta el límite de las nieves eternas. Ella, como la dócil llama, se ha adaptado muy bien al viento y al frío de esas altitudes, que pasan con frecuencia de 4.000 metros.

Pero el clima no es tan solo propicio al camélido (llama y alpaca), sino a otras especies de ganado: según un informe oficial que tenemos a la vista, en 1928 había allí hasta 7.000 asnos.

Entre los animales silvestres, abundan las vicuñas, a pesar de la caza, los zorros, *tujus* y avestruces. En los ríos, asimismo, los peces, sobre todo el *mauri* y el *suche*. Nada hay que decir del cóndor, rey de los aires glaciales de esta región.

Y en cuanto al hombre, él está representado particularmente por el aymara, con alguna que otra inyección del blanco; habiéndose a este propósito observado que, en los cruzamientos, pronto desaparecen los rasgos de este para dominar los de aquel, fenómeno de reversión que hace contraste con el que se observa en los mestizajes del indígena del Chaco, que dan lugar a resultados precisamente inversos.



Ya al hablar del sector occidental de la Altiplanicie decíamos algo sobre la riqueza minera de la Cordillera Occidental, considerando el

cobre como típico metal de esta zona. A este propósito nombramos la cadena cuprífera de Kozlowsky.

Por desgracia, no se han hecho en este punto todas las investigaciones que eran menester. Con todo, ya vale para hacer ciertas deducciones la zona cuprífera de Corocoro, situada al norte del sistema orográfico que acabamos de nombrar. De ella decía, hace ya años, el escritor Eduardo A. Lima:

> El asiento minero de Corocoro es enormemente superior en riqueza a las famosas minas de Teniente en Rancagua (Chile), a los imponderables establecimientos mineros de Chuquicamata, y finalmente a las gigantescas compañías del Cerro Pasco y Santa Lucía del Perú.

Esta aserción, por demás elocuente, ahorra los comentarios.

Sin embargo, en la actualidad, Corocoro está poco menos que abandonado. Y claro es que el resto de la zona cuprífera se halla en peor situación. E igual pasa con la plata que, otrora, desde la Colonia, fue explotada largamente en los aledaños de la Cordillera Occidental.



Desde la noche de los tiempos, la Cordillera Anterior, en el Macizo Boliviano, constituyó uno de los sectores más empleados para las comunicaciones humanas entre el Pacífico y la Altiplanicie, y viceversa, pues ofrece pasos fáciles y todo un sistema de terrazas que se va degradando hasta el mar, gradualmente, verbigracia, en Atacama.

En el periodo de la Conquista destacó, igualmente, con esa significación.

En la Colonia, los ingentes tesoros de Charcas iban por allí hasta el mar. El Potosí, el gran Chocaya, los Lípez, Oruro y Chayanta chorreaban de sus ubres opulentas el argento, que sobre el lomo de los “carneros de la tierra” –las llamas– cruzaba todo el ancho de la Altiplanicie y, perforando la Cordillera de la Costa, descendía al mar para ser embarcado hacia España.

Y es muy sabido que en la República ese mismo sector andino fue transitado para la exportación de diversos productos del Macizo, aun los correspondientes a las vertientes atlánticas de la Cordillera Oriental. Así la quina –que tiene en ellas su tierra de origen– cuyo comercio seguía la ruta del Pacífico, cortando la Altiplanicie y la Cordillera Occidental, como la producción minera que siempre siguió tal rumbo.

En nuestros días, por esas mismas brechas, ya han penetrado a la Altiplanicie dos ferrocarriles del Pacífico: el de Antofagasta, que, entre Ascotán y Ollagüe, atraviesa la Cordillera Occidental, a más de 4.000 metros; y el de Arica, que, venciendo el Tacora (4.000 metros) se vincula a la red ferroviaria altiplánica. Creemos que, en un futuro próximo, penetrarán nuevos ferrocarriles y carreteras por otros pasos. Tal, entre estas, la que pondrá en rápido contacto la ciudad de Oruro, en plena meseta, con el puerto de Iquique, sobre el Pacífico.

La Cordillera Oriental

En Bolivia se llama Cordillera Oriental al gran desprendimiento de los Andes continentales que, desde el nudo de Cololo, al norte, hasta el de Lípez, al sur, bordea la Altiplanicie por el oriente, trazando en torno a ella un arco de unos mil kilómetros de longitud.

Es esta cordillera la que mejor tipifica al suelo boliviano, pues se interna hasta el corazón del país.

La forman enormes eslabones: Cololo, Hankjouma, Quinsacruz, Asanaque, Frailes, Chichas y Lípez; los cuales, a su vez, tienen ramificaciones secundarias. Pero para destacar lo más notable del conjunto, hemos de dividirla en dos grandes partes: una al norte, que corre desde el nudo de Cololo hasta el de Cochabamba, en dirección sureste, formando el macizo llamado generalmente Cordillera Real, y al que denominaremos nosotros Macizo de Yungas; otra al sur, desde el nudo de Cochabamba hasta el de Lípez, formando una individualidad geográfica de líneas muy precisas, a la cual, en obras anteriores, hemos dado el nombre de Macizo de Charcas.

Estas dos partes son casi iguales en longitud (unos 500 kilómetros para cada una), pero difieren en cuanto a otras características, muy especialmente la altura y el espesor. La del norte es con mucho más elevada, constituyendo un grandioso escuadrón cubierto de nieves eternas, con cumbres muy cercanas a los 7.000 metros sobre el nivel del mar, lo cual hace de este eslabón el más alto de toda la América; por ello seguramente desde los tiempos de la Conquista se lo bautizó con el nombre de Cordillera Real; de nuestra parte lo llamaremos también Cordillera Blanca. En cambio, la mitad del sur es, en general, mucho más baja. En ella no se ven picos nevados sino en la sección de los Lípez –Bonete, Morokjo y otros– que no llegan

a la altura del Illampu o del Illimani de la Cordillera Real. Mas, si en altura esta mitad es inferior a la septentrional, en espesor es muy superior a ella. En efecto: si esta tiene una anchura media de 300 kilómetros, la otra sobrepasa, en general, los 600.

Podemos resumir en una fórmula breve estos caracteres diferenciales: Macizo de Yungas (Cordillera Real, Cordillera Blanca): gran elevación y poco espesor; Macizo de Charcas: menor elevación y mayor espesor.

Y si todavía quisiéramos elegir un signo gráfico familiar para esquematizar tales diferencias, ese podría ser la letra *b*. La parte superior, delgada, correspondería a la Cordillera Real; la inferior, gruesa, al Macizo de Charcas.

Pasemos a considerar con mayor detalle estas mitades.

IV

El Macizo de Yungas

La Cordillera Blanca

En los primeros capítulos de esta obra, consagrados a la Altiplanicie, ya dijimos algo de esta espléndida formación orográfica, digna rival del Himalaya asiático como aquella lo es del Tíbet, pero ciertamente mucho más accesible al viajero.

En efecto: si este penetra a la Altiplanicie por su más antiguo ferrocarril, el de Antofagasta, y después de tocar Oruro –la urbe clásica de la estepa– sigue al norte, en dirección a La Paz, muy luego, desde las mismas ventanillas del coche, verá en el oriente surgir poco a poco el cuadro gigantesco de la Cordillera Blanca.

Son los picos de Quinsa-cruz que, cuando el tiempo está bueno, destacan nítidamente en el confín distante, sobre el azul intenso de un cielo admirablemente claro. Cuadro blanco y celeste que dulcifica el aspecto severo de la enorme Altiplanicie, donde corre el tren rápidamente. Y, a poco, el viajero ve asomar tras las más próximas serranías otros picachos, más cercanos y siempre blancos: son ya los de la Cordillera Blanca. Allí está el Illimani, el cóndor blanco, el cóndor luminoso. *Illimani,* según decíamos, en el idioma primitivo significa cóndor resplandeciente; el terrígena de hace unos diez mil años creía ver allí un ingente cóndor, cubriendo con sus blancas alas el alma granítica de la montaña. Y en nuestros días, la pluma audaz de Martha Mendoza ha dicho con acento rotundo:

> Illimani, foco excelso donde guarda el sol su lumbre
> y en que un cóndor de airón níveo y anchas garfas fijo está;
> un gran cóndor hecho piedra y hecho nieve y hecho cumbre,
> un pájaro titán…

Y después se despliega ante la vista todo el resto de la Cordillera Real. La Altiplanicie está orlada por ella en más de 200 kilómetros. En su extremo meridional, el más próximo, está el Illimani, que domina, imponente, a sus vecinos; en el extremo distante está un coloso aún mayor: el Illampu. Es el pico más alto de Bolivia. Su nombre también nos habla de luz (*ill*).

Es en este Illampu donde el filólogo boliviano Villamil de Rada sitúa el verdadero Olimpo, el Olimpo andino, del cual sería apenas un esbozo diminuto y algo degenerado el Olimpo griego.

Geológicamente, la Cordillera Blanca está constituida por un plegamiento de la corteza terrestre primordial (precámbrica), sobre la cual habríanse añadido otras capas de edades posteriores: cámbrica, silúrica, devónica. Su alma es el granito. Granito incrustado de diversos metales intrusivos como el oro y el estaño.

Y es, sobre esta colosal formación granítica y cubriéndola en gran parte, que vemos ese manto de nieve que se ha llamado "eterno".

Y claro que, ante este maravilloso cuadro blanco, el viajero que tenga siquiera algo del alma de un Everest, sentirá una profunda nostalgia: la de las alturas. Y tendrá buenas ganas de escalar esas cumbres excelsas.

Pero como eso es muy difícil nos contentaremos, por nuestra parte, con llevarlo solamente al pie de ellas.

Y es aquí que aparecen los Yungas.

Los Yungas

Los Yungas (comarcas cálidas, valles) forman el sistema territorial intermediario entre las grandes altitudes de la Cordillera Blanca y la llanura beniana que subsigue a sus ramificaciones orientales. Y pues acabamos de hablar del eslabón de Hankjo-uma citemos, como parte típica de los Yungas, el sector a él correspondiente: son los denominados "Yungas de La Paz".

La Cordillera Blanca es, pues, la fachada altiplánica de los Yungas. Detrás de ella descienden estos en sucesión violenta de valles profundos que, finalmente, van a abrirse por el oriente en la planicie amazónica. Tal es el conjunto geográfico al que hemos llamado Macizo de Yungas.

Pero en rigor, los valles de tipo yungueño comienzan ya en la misma vertiente occidental de la Cordillera Blanca. Las aguas

de los torrentes, cayendo por millares de años desde aquellas altitudes, que son otros tantos depósitos de nieve, cavaron en su base, entre la cordillera y la meseta, hondísimas cuencas, constituyendo cañones que trazan vastas líneas de circunvalación en torno a los extremos ya nombrados –Illimani e Illampu– del eslabón de Hankjo-uma. Tal, por el sur, el río de La Paz, que se descuelga de la faz occidental de la Cordillera Blanca (Milluni, Huayna Potosí), pasa por en medio de la ciudad de La Paz, recibe luego el río de Luribay (que corre por otro cañón altiplánico) y otros, y contorneando las faldas del Illimani, se coloca detrás de él para ir a echarse en el Beni con el nombre de Bopi, describiendo así un arco de concavidad superior que abraza el extremo meridional del Hankjo-uma.

E igualmente, por el norte, el río San Cristóbal o Llica: nace en la vertiente altiplánica del Illampu, pasa a la vera de la ciudad de Sorata siguiendo un cañón orlado por los estribos del gigante y por las moles montañosas colosales de Kana, Chuchu-laya y Timusi, contornea al Illampu con el nombre de Consata y, poniéndose detrás, con el de Mapiri, se vierte también en el río Beni, trazando otro arco, de concavidad inferior, que circuye al extremo septentrional del Hankjo-uma.

En el espacio comprendido por ambos arcos fluviales se yergue, pues, una masa compacta de montañas cuyos pliegues traseros forman profundas gargantas por donde los ríos se descuelgan como proyectiles. Son torrentes blancos que desde lejos parecen de nieve. Es por la espuma. Acaso también a ello obedece el nombre indígena de este eslabón: *Hankjo-uma*, que significa agua blanca. A cada lado de los Yungas de La Paz se extienden otros. Por el norte los de Cololo, que luego se dilatan, al oriente, en la inmensidad del territorio de Colonias; y, por el sur, los correspondientes al eslabón de Araca y Quinsa-cruz, que también continúan a través de las llanuras amazónicas.

La Cordillera Blanca tiene unos 500 kilómetros de longitud. En cuanto a su anchura, dicho está que ella no corresponde ni a la longitud del eslabón, ni a la vertiginosa altitud de sus picos. Aquí el contraste. El formidable macizo se agota al cabo de unos 300 kilómetros de carrera hacia el oriente, en tanto que el de Charcas, como decíamos atrás, con ser mucho más bajo, se extiende por más de 600.

Y así se explica que la arquitectura orográfica tenga aquí un tipo más severo y áspero. Dominan las líneas verticales y los trazos agudos. Las montañas caen sobre sus cuencas casi perpendicularmente. Sus ríos están encajonados entre masas aplastantes que dan al paisaje un aire rudo y hasta feroz.

La gea

Hemos visto cómo en las cúspides de la Cordillera Blanca domina el granito. Solo que, según ya lo hacía notar d'Orbigny hace cien años, no se trata de un granito arcaico, con la misma dureza del que, por ejemplo, aparece en los Alpes y Pirineos de Europa. Aquí el granito es joven y friable, por lo cual los agentes de erosión como la nieve, las lluvias, los torrentes y el viento operan con más facilidad en su acción destructora sobre las rocas. Por otra parte, fuera de la faja granítica que forma los ábsides de la Cordillera, ya esa estructura geológica no se ve, sino de rato en rato, en la vertiente oriental –verbigracia, en Muñecas– del Macizo de Yungas.

El clima

Teniendo el suelo los caracteres que acabamos de indicar, natural es que el clima sufra bruscas variaciones en relación con aquellos. Es un clima de saltos, de contrastes, de sorpresas. A algunos pasos del clima frío (puna) ya se encuentra el ardiente de valle (yunga). No hay transiciones. O las hay apenas en una que otra región limitada del Macizo. Sufrimos nosotros, hace algunos años, un confinamiento en un pueblecito agazapado en una de tantas arrugas del Illampu. Abajo, casi verticalmente a un kilómetro, mirábamos correr el río Llica, con un color africano e hirviente de paludismo; arriba sobre nuestra cabeza, asomaban los níveos picachos. Y nuestra celda de prisionero antojábasenos un nido de cóndores, columpiando entre dos abismos: el del cielo y el del infierno.

Pero si, en medio de esta gran variabilidad climática de los Yungas, se desea encontrar tipos predominantes para establecer un patrón general, bien puede decirse que este es un clima húmedo.

Y ello se explica. La enorme altitud de la Cordillera Blanca hace que los vientos alisios, que vienen del oriente, choquen contra las

cumbres nevadas, determinando un consecuente exceso de nebulosidad y de lluvia, característico de esta zona. Y de ahí también acaso su contextura especial, típica por la abundancia de torrentes y la profundidad de sus valles.

La salubridad

Por desgracia, estas mismas características del clima influyen de modo adverso en la salubridad. Precisamente en los sectores más ubérrimos de los Yungas reinan diversas enfermedades como el paludismo, las uncinariasis, ciertas afecciones ulcerosas, el cretinismo, el bocio, la tuberculosis. Verdad es que en este orden tampoco se han hecho todavía obras realmente eficaces para corregir tales defectos. Pero es de esperarse que, pronto, la iniciativa privada y los poderes públicos procederán de consuno en este orden; y así los hermosos Yungas podrán ser también, en cuanto al factor sanitario, centros de atracción exentos de peligros.

Algunos productos

No es precisamente la riqueza mineral la que tipifica el Macizo de Yungas, como ocurre en el de Charcas; mas, entre otros metales que han sido beneficiados en esta zona desde tiempos inmemoriales, ocupa un señaladísimo lugar el oro.

Bajo la capa blanca en que están embozadas las montañas se esconde el amarillo metal. Allí corre el filón que aún no ha sido explotado por el hombre, sino por la naturaleza. Es decir que, por razón de las múltiples dificultades que se encuentran para escalar aquellas alturas congeladas, la industria humana no ha podido hasta hoy hacer en ellas algo eficiente y visible; solo han obrado los agentes físicos, así las aguas que manan de esas mismas entrañas. Ellas, socavando en la gran dureza del cuarzo aurífero, por millares de años, llegaron a arrancarle las rubias partículas, las pepitas y aun los charques para sembrar con ellos el cauce de los ríos y llevarlos hasta la hoya amazónica y acaso hasta el mar. No es exagerado, pues, decir que casi no hay sitio en esta inmensa formación orográfica que no contenga oro. Los trabajos mineros implantados en diversas regiones del Macizo de Yungas son, en realidad, solo auríferos, aprovechando el metal ya beneficiado a

medias por la naturaleza. La misma toponimia regional está, con frecuencia, indicando su carácter aurífero. Tal sucede con el río de La Paz. Su nombre indígena, Choqueyapu –como el Chuquisaca de Charcas– nos habla del oro. *Chuki-yapu* significa "sementera de oro", nombre por demás sugestivo. Y es que ese río que pasa por la ciudad, viniendo desde las moles del Huayna Potosí, había hecho la siembra áurea en la enorme hoya que ocupa esta urbe boliviana.[13]

Pero mucho más que el oro de sus montañas, el Macizo de Yungas se impone por el otro, eternamente renovado, de su riqueza vegetal. Es tal el número de variedad de sus productos en este orden que hacer un análisis circunstanciado de ellos nos llevaría muy fuera de los límites de estas páginas meramente esquemáticas.

Bástenos citar tal cual un ejemplo típico.

El maíz

Así como al hablar de la Altiplanicie decíamos que la papa o patata es originaria del lago Titicaca, así también podemos afirmar, siguiendo a otros estudiosos, que el maíz, artículo tan valioso y extendido hoy por toda la tierra, es de origen yungueño.

Sea como fuere, si nosotros anotamos dicho cereal en este lugar, no es por su gran abundancia en los Yungas, que no se prestan para el cultivo extensivo de maíz: su propia contextura geográfica, en que predominan las laderas fuertemente inclinadas, los valles hondos y angostos, se opone a ello.

En cambio, son allí notables la calidad y las numerosas variedades del cereal –productos de selección– ya conocidas desde un antaño inmemorial y muchas de las cuales han desaparecido. En

---

13 Verdad es que pronunciando *chjokje* en vez de *chuki*, resulta papa y no oro. De suerte que *chjokje-yapu* significaría sementera de papas. Pero nosotros preferimos quedarnos con oro. O, si acaso, trataríase de papas de oro, o de pepas. Y en este punto podemos decir mucho. Sabido es que en el siglo XVII un indígena recogió de la hoya de La Paz una pepa de oro de cerca de 50 libras de peso, que fue enviada al rey de España. Hace pocos años se encontró otra de 220 onzas. Y, en estos mismos días, sabemos de otra, también de gran tamaño, vendida apenas en unos ocho mil pesos, pues dado el alto precio actual del oro, podía costar mucho más. No hay, pues, duda. La hoya de La Paz es, realmente, una sementera de oro.

este sentido, también la toponimia, como en el caso del oro, nos revela el especial carácter de algunas regiones. Villamil de Rada, a quien ya citamos y seguiremos citando con frecuencia, por ser una autoridad de cuenta en esta materia, hablando de Sorata, ciudad antiquísima situada a los pies del Illampu, nos dice que su nombre, etimológicamente, viene de *sahar-hata*, que significaría semilla de maíz. En los mismos idiomas indígenas subsistentes, calificados como primordiales y aun anteriores al sánscrito por ciertos filólogos, *sara* quiere decir maíz.

Allí, en el asiento de esta bella ciudad de Sorata, verá el viajero, en la época propicia, los sonoros maizales escalando los tramos que ofrece el coloso a sus plantas en abigarrada variedad. Allí está el noble cereal que da todo su ser al hombre: ya el grano para el diario yantar; ya el jugo azucarado de sus cañas, ya estas mismas, con sus hojas resecas, para el alimento del ganado.

Ni olvidemos en este punto otro de los usos del maíz, que aun cuando no sea precisamente del gusto del turista novato servirá, por lo menos, para ilustrarle en ciertas cosas que dicen mucho del espíritu perspicuo de los primitivos.

Del maíz reducido a harina se hace en Bolivia el *muku*, pasta en cuya fabricación interviene como factor importante la saliva humana en determinadas condiciones. Y del *muku* se hace la chica (*akja*), bebida alcohólica de enorme consumo en el país. Claro es que el singular procedimiento de elaboración del *muku*, impregnando la harina con saliva en la misma boca, para secarla luego al sol y fabricar la rubia chicha, es repulsivo, aun para los bebedores; mas también es verdad que con un tal mecanismo en el *modus faciendi* se confiere a aquella las especiales propiedades de fermentación y gusto que le dan un dejo peculiar; y lo notable es que la inteligencia simplista de sus inventores hubiese llegado a un tal resultado.

La coca

La coca es, entre los innúmeros recursos vegetales de los Yungas, uno que podemos considerar como arquetipo. No sabemos si esta admirable planta es también originaria de esta tierra. Seguramente. Pero aunque no lo fuese, lo evidente es que la coca de Yungas –sobre todo la de ciertos Yungas (Sur Yungas) de La Paz– no tiene rival por sus cualidades específicas dentro del mismo territorio boliviano.

Ello está ligado, naturalmente, a las condiciones propias de la región: tierra, aire, sol, humedad. Es por eso que en Bolivia la coca de Yungas constituye, desde antaño, uno de los recursos más preciados en la economía regional y aun en la nacional. Su comercio continúa firme, pues está asegurado el consumidor: el indio. Y en cuanto al comercio exterior, no obstante las lógicas fluctuaciones que alguna vez sufre, prosigue también activamente, ya por la calidad superior del producto yungueño o porque la ciencia continúa encontrando nuevas virtudes en esa hoja providencial, que con solo la cocaína –sin contar otros alcaloides que de ella pueden extraerse– llegó a ocupar un lugar de primer orden en la terapéutica.

Algún observador superficial ha dicho en Bolivia que la coca, junto con el alcohol, constituye un terrible elemento degenerativo para el indio. Creemos que esta es una exageración. En tesis general, el abuso de cualquier recurso útil es perjudicial para el hombre. Pero sucede que el indio no puede abusar de la coca por la sencilla razón de que le faltan medios para adquirirla en cantidades que hagan posible tal abuso; y lo propio podemos decir del alcohol. Cierto que hay casos del indio vicioso, sobre todo tratándose del indio adherido a la ciudad –el *aparapita*–,[14] pero ellos mismos constituyen una excepción. Y en cuanto a las fiestas en que el indio, a ejemplo del blanco, vuelca a su estómago valientes cantidades de alcohol, tampoco ellas quebrantan la regla general.

Por lo demás, nosotros, que hemos realizado con la coca observaciones personales, y separándonos un tanto de los libros de terapéutica, en que se pueden ver las descripciones clásicas sobre ella, diremos lo siguiente: La coca ejerce sobre el organismo una triple acción: física, moral e intelectual.

En el primer aspecto, la coca es ciertamente un agente de refuerzo orgánico y, al propio tiempo, atenuante del hambre. Por ello el indio, ingiriendo de vez en vez un poco de coca, puede realizar travesías increíbles por los pasos más difíciles de la cordillera, sin que para eso el ayuno sea un obstáculo. Durante la guerra de 1879 con Chile, unos soldados conducidos desde la Altiplanicie a las orillas del Pacífico debieron regresar, después de la dispersión de San Francisco, a sus lejanos lares. Era un grupo de cinco a seis.

14 Mozo de cordel.

Emprendieron el regreso. Escalaron la Cordillera Occidental y atravesaron los abrumadores páramos circundantes, sosteniéndose apenas con pequeños puñados de coca y, después de varios días en que no habían probado otro alimento, llegaron a un rancho donde pudieron reparar sus fuerzas para proseguir su caminata de más de 500 kilómetros.

Y así como la coca produce una anestesia física, produce también una anestesia moral. La cual explica mejor el concepto de los medicamentos llamados "de ahorro", aplicado a la coca, en atención a sus propiedades meramente físicas. La coca es también un *remedio moral* –aunque parezca paradójica la expresión. El indio encuentra en ella un lenitivo de su pena secular. No anula –como el opio o el *haschisch*– la personalidad ética. No es un estupefaciente. Es un arma poderosa de sostén, una fuerza. Y representa por ello uno de los beneficios mejores que el indio, hoy esclavizado, pudo recibir de sus antecesores.

Y vayamos a la coca como estimulante intelectual. La coca lo es, seguramente. Y aquí lo antitético. Pues si es tan grande el poder anestésico de la coca, era de lógica simple juzgar que, en vez de activar el funcionamiento intelectual, lo llevase más bien a la obnubilación. Y no es así. La coca, en dosis moderada, refuerza, aviva, despeja la mente. Despierta aun el cerebro adormecido. El que esto escribe puede, a este propósito, citar los siguientes casos de experiencia personal: de niño, ya escolar, era muy perezoso en sus estudios. Y los apuros eran al llegar los exámenes. Había que pasar buenas horas de la noche en vigilia. Y el colegial se dormía con el libro ante los ojos. Entonces, un amigo aconsejole masticar coca para vencer el sueño. Hubo de hacerlo, no obstante la repugnancia que le causaba el amargo sabor de las verdes hojas. Y aquello, sí, fue un remedio magnífico. La coca salvó más de una vez al pequeño escolar en los exámenes.

Y después, cuando vinieron los viajes incontables, las expediciones lejanas, la coca volvió a ser para el antiguo colegial un amigo salvador. Cruzando alguna vez en marchas nocturnas las desoladas altitudes andinas, bordeando insondables precipicios con el riesgo de caer, vencido por el sueño, desde el lomo del caballo, tomaba un puñado de hojas de coca y aquí también la transformación era sorprendente. Despabilado el cerebro, podía el viajero vencer, aun en noches seguidas, las dificultades de aquellas largas y penosas travesías.

Y nada diremos del influjo de la coca en otros campos del dominio intelectual. Pero aun a los poetas aconsejaríamos nosotros tomar a veces un poco de coca. Acaso sentirían así venir a ellos, con más solicitud, la musa divina, que no siempre se da a cada quien…

¿Y qué decir de los turistas? Ya lo íbamos insinuando; en las pesadas marchas a través de las cordilleras gélidas, sufriendo acaso el mal de las montañas –que no se aleja mucho del mal de mar– la coca ciertamente es un recurso eficaz para el viajero.

La quina

El árbol de la quina se da hoy profusamente en otros países –tal la India inglesa, antípoda del Macizo de Yungas, donde la iniciativa británica ha realizado plantaciones sistemáticas de este vegetal. Pero tampoco, no obstante las facilidades que tiene en este orden la técnica científica, se ha podido superar la calidad que ofrece la planta en sus tierras de origen al trasladarla a otro ambiente. Y es que para lograr ese resultado había que trasladar además el sol, el terreno y las otras condiciones meteorológicas regionales.

En los Yungas, a pesar de hallarse el árbol de la quina –que otrora dio lugar a un activo comercio– solo en estado silvestre y de haberse ya agotado inmensas cantidades por la imprevisión de los extractores, se dan todavía diversas variedades, acusando siempre óptimas virtudes, muy particularmente en las regiones que se extienden al oriente del Illampu, entre el río Mapiri y Zongo. Puede decirse que allí el árbol crece a la vista del hombre: tal es la feracidad de aquella tierra.

Y señalemos también a este propósito un hecho curioso. Justamente en las zonas donde el paludismo se hace más temible, como en la del Mapiri, se dan también las mejores variedades de la quina. No parece sino que la naturaleza hubiera puesto junto al mal el remedio providencial. Pero el hombre no sabe, o a menudo no puede aprovechar debidamente estas ventajas. La industria química está abandonada. El propio habitante de aquellas regiones, por otros conceptos paradisiacas, muere cada día víctima del *anopheles*, teniendo a la mano el árbol benéfico. Es esta una de esas paradojas bolivianas de que nos hemos ocupado en otros libros.

En un reciente estudio nuestro, de carácter médico –*El paludismo en Bolivia*– hemos propuesto la idea de establecer en la región yungueña, señalando concretamente la ciudad de Sorata, una fábrica de productos químicos que tendría, fuera del aliciente de la exportación, al principal consumidor dentro del propio país. Hay que esperar que se lleve pronto al terreno práctico esta iniciativa.



Y basta. Con los simples enunciados anteriores sobre los productos vegetales más caracterizados de los Yungas creemos haber dado al viajero una idea aproximada de ellos, dispensándonos de meticulosas descripciones que no encajan en el plan del presente libro.

Por lo demás, el turista podrá juzgar por sí mismo la bondad de otros artículos de los Yungas. Tal será con los mismos productos de aclimatación, que allí encontraron condiciones excepcionales para su desarrollo y mejoramiento. Así, algunas frutas que el viajero podrá hallar en su mesa de hotel: las suaves bananas, las limas de tamaño descomunal, las sabrosísimas paltas, las jugosas naranjas, las peras y peramotas, el ananá, las uvas, la papaya, la chirimoya… Y en la hora del café –el café, otro producto importado a Yungas, como el microbio a su caldo de cultivo–, el viajero, más aún si es un sibarita del negro néctar, podrá verificar que el buen café yungueño puede muy bien rivalizar con el mejor moka.

La fauna

La fauna del Macizo de Yungas está en estrecha relación con las características regionales que, como hemos visto, varían rápidamente conforme se desciende desde las grandes alturas a las ramificaciones cordilleranas orientales. Así, en aquellas, volvemos a ver los ejemplares típicos que señalábamos al hablar de los de la Altiplanicie: el cóndor, la vicuña, la llama.

El cóndor –ya lo sabemos– es un habitante de las cumbres. Aquí, es el solo dominador de la Cordillera Blanca. Es el viajero etéreo entre ellas y las nubes; pero que desciende también a los profundos valles en busca de la presa. Quizás por este carácter señero figura tan profusamente en el mito indígena. Al lado del hombre prehistórico aparece él también grabado en los bloques pétreos cubiertos por el moho de cien siglos.

Y después del cóndor, vemos al puma.

Lo que significa que hemos descendido ya bastante en el gran Macizo de Yungas.

El hombre primitivo, al asociar en sus ideografías el cóndor y el puma, trató seguramente de significar un estrecho ligamen, ya entonces existente, entre las respectivas regiones geográficas, de características tan opuestas. Y así se comprende que todo el Macizo de Yungas, con más las tierras lejanas que siguen a sus faldas –*habitat* genuino del puma– quedase incluso en el gran Estado cuya urbe metropolitana político-religiosa fue Tihuanacu.

Hoy mismo, el puma todavía ambula en las tierras lindantes entre la Altiplanicie y los valles yungueños. Nosotros lo hemos visto en el Illampu, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Y sabemos que alguna vez se lo ha encontrado en plena Altiplanicie. Se trataba acaso de ejemplares desplazados de su nativo lar por factores desconocidos. El puma, pues, al igual que el cóndor, viene a ser un animal simbólico.

Y entiéndase que cuando decimos *puma*, nos referimos también a las otras variedades del felino, que tienen en el Macizo de Yungas un área enorme de dispersión.

El ancestro

En tiempos pretéritos, perdidos en la lejanía de muchos milenios, una raza fuerte e inteligente alentó entre los relieves de la Cordillera Real que forman el Macizo de Yungas. Villamil de Rada, insigne varón que, fundándose en argumentos lingüísticos, geográficos e incluso geológicos, ha hecho, como dijimos atrás, del Illampu el Olimpo primordial, llegó, de igual suerte, a situar nada menos que el Edén bíblico en el andén illámpico que sirve de asiento, actualmente, a la ciudad de Sorata que hemos nombrado ya varias veces.

La amenidad del lugar, el hecho de estar encajonado entre altas montañas –como lo quieren para el Edén las viejas leyendas–, su aire tibio y suave, sus aguas clarísimas, su cielo radiante y el panorama grandioso que desde allí ofrece el gigante, a manera de una escala –sería la de Jacob– tendida entre la tierra y el cielo, todo esto (sin olvidar tampoco el acendrado amor de Villamil al terruño, ya que había nacido justamente en Sorata) llevaron al políglota a tal concepción.

Por nuestra parte, sin dejarnos arrastrar, ni con mucho, por estas edénicas ideas del incorregible *globe trotter*, hallamos que, en verdad, esa zona ofrece lugares paradisíacos en el mismo cañón donde está Sorata, o en la serie de lujuriosos valles que, en cinta encarrujada, continúan adelante, rodeando las faldas del Illampu.

Por eso mismo, cuando sufrimos el susodicho confinamiento en uno de los pueblecillos perdidos entre los pliegues de esta cinta, decíamos, a quienes nos compadecían, que habíamos sido "desterrados al paraíso".

Verdad también que en tal paraíso veíamos con frecuencia pobres seres, minados por diversos males. Abundan sobre todo los cretinos. Diríase –siguiendo la leyenda bíblica– que allí se muestra, redivivo, el castigo divino contra los hijos del venerable Adán, por haber este atrevídose a comer un día de la sabrosa fruta del árbol del bien y del mal.



Los indígenas que actualmente pueblan los contrafuertes del Macizo de Yungas pertenecen, casi en su totalidad, a la raza aymara. No es seguramente ya la primitiva, sino una superposición, hace algunos millares de años, de una fuerte raza de tipo mongoloide sobre otra anterior, que habría sido la constructora de Tihuanacu en la Altiplanicie y que acabó por ser englobada en la avalancha étnica invasora, no sin haberla hecho adoptar muchos de los usos de su superior cultura. Tales: la técnica de ciertos cultivos altiplánicos o cordilleranos, como los antes nombrados de la quinua, la patata, el maíz, la coca; la cría de animales –llama, alpaca–; diversos ritos religiosos y modalidades sociales, como la de los collanas; y, en fin, el idioma, con el cual, muchas veces, el vencido suele imponerse al vencedor, comunicándole, en el curso del tiempo, su propia alma –el alma de la raza– que ha sabido dar a la lengua un especial carácter. Así ha subsistido hasta hoy ese idioma. Y como, a pesar de las tremendas catástrofes geológicas sobrevenidas en el planeta permanece enhiesta la gran cordillera –la Cordillera Blanca– formando el muro colosal del Macizo de Yungas, no obstante otras catástrofes humanas que se han producido en la meseta andina, dando fin con diversos tipos de evolución social, supervive el tronco de la lengua original; fuente prístina que sirvió de escuela magnífica para enseñar a las generaciones que se iban sucediendo

las virtudes admirables –físicas y morales– que llegaron a poseer los antepasados. Si el viajero, al contemplar los picachos blancos de la Cordillera Real, piensa que ellos fueron ya interrogados, hace muchos miles de años, por hombres que sabían vibrar con las hondas sugestiones que despiertan, de igual modo al escuchar la extraña parla de un grupo de indios que pasa a su lado, debe pensar que ellos hablan una lengua altísima –una lengua cumbre– con la cual el hombre primitivo expresara sus ideas y sentimientos, y que hoy permanece todavía viva y fuerte cuando otros idiomas posteriores, como el sánscrito o el latín, ya solo se cuentan en la lista de las lenguas muertas.

Caminos

Hoy, por desgracia, ocurre que el Macizo de Yungas no da de sí toda la suma de provecho que bien pudiera, conocidas sus grandes posibilidades para la vida y desarrollo humanos. Y una de las principales causas que median para ello es la falta de buenas vías de comunicación.

La yerma Altiplanicie, que fácilmente podría alimentarse con los productos de los opulentos Yungas que están a su vera, tiene que hacerlo con otros, venidos de países lejanos, salvando millares de kilómetros a través del mar.

Tal es el caso de las ciudades de La Paz y Oruro, las mayores de Bolivia, respecto a diversos artículos de uso inmediato, como el azúcar, la harina de trigo, las maderas, el arroz, medicamentos como la cocaína y la quina, cuerpos grasos como la manteca y, en fin, la carne misma de vaca.

Todo esto se podría traer en solo días, y aun en horas, de los Yungas, a contar con los necesarios caminos –ferrovías y carreteras–, los cuales, además, promoverían en aquellos riquísimos territorios una era de verdadera transformación industrial y comercial.

Infortunadamente, la misma Cordillera Blanca, que admirábamos tanto desde la Altiplanicie, tiene en mucho la culpa de semejante situación. Ella es una muralla difícil de perforar. Está cerrando el paso a las zonas ubérrimas que se hallan detrás.

Fue así que fracasaron en los primeros tiempos de la Conquista hispánica –pronto hará 400 años–, las temerarias expediciones de Candia y Anzúrez que pretendían “romper” la cordillera para

llevar su fuerte aliento hasta las tierras del enigmático Mojos, allí donde creían que estaba el áureo país de Enin, El Dorado o Paitití. La rompieron, en verdad, pero a costa de tales trabajos que pronto debieron volver vencidos y exhaustos.

De ahí que sin exageración pueda afirmarse que los soldados que, en nuestros días, se descolgaron repetidamente desde la Altiplanicie al Territorio de Colonias, atravesando la Cordillera Blanca junto al Illampu, con ocasión de los conflictos con el Brasil, en el Acre, realizaban un real prodigio de energía física y moral en esas campañas que hoy se conocen en la historia con el nombre de "Campañas del Acre".

Mas tales ejemplos de indómita audacia desde el punto de vista de una guerra no significan la solución de un problema gravísimo en la paz. Bolivia necesita vencer ya las montañas de la Cordillera Blanca por medio de la carretera y el riel. Este es un punto vital dentro de un plan integral de articulación interna que se debe realizar para poder consolidar la verdadera nacionalidad.

Por suerte, se nota al presente en este orden mayor actividad que en tiempos atrás; bien es verdad que sin una muy segura orientación. Un ferrocarril que, desde hace años, construye el gobierno boliviano de La Paz a los Yungas, ha quedado apenas a unos 50 kilómetros de su punto de partida, muy distante aun del eje mismo de la Cordillera Blanca. Los trabajos de una carretera en igual dirección van con más empeño, impulsados sobre todo por la iniciativa particular. La Sociedad de Propietarios de Yungas muestra gran tesón para llenar ese objetivo. Hay que esperar que pronto esa carretera, superando las dificultades que opone la Cordillera Real, habrá llegado a uno de los sectores más interesantes de los Yungas de La Paz, allí donde ya alientan con vida vigorosa pueblos como Chulumani, Coroico y otros.

Y anotemos igualmente, para ilustración del viajero que tratase de escalar el Macizo Boliviano desde el Pacífico, que también ya existe desde hace años una carretera de La Paz a Sorata, el emplazamiento edénico de Villamil de Rada. Asciende ella desde la profunda hoya en que palpita la mayor ciudad boliviana hasta la Altiplanicie. Corre por esta hacia el norte, por más de 100 kilómetros, dentro de un cuadro no precisamente alpestre, como alguien dijera, sino típicamente andino. El viajero que ha llegado desde La Paz al borde altiplánico contemplará el paisaje que ya

conocemos. A su frente, la estepa; a su derecha, la estepa; a su izquierda, la estepa. Es la monotonía hecha tierra. Una monotonía que, según la complexión del turista, le pesará como una lápida aplastante o lo elevará más bien a ideas altísimas y abiertas. Y más aún ante el cuadro que, en el confín de la Altiplanicie, se va mostrando hacia el oriente. Allí está la Cordillera Blanca. Nos vamos acercando a su extremo septentrional, donde se alza un coloso, más formidable que el Illimani y que ya hemos nombrado muchas veces: el Illampu. Y prosigue el viajero. A su izquierda se muestra una nota, ya no blanca sino azul –una faja azul a flor de tierra. Es el Titicaca, donde algún indio en su barca de totora está pescando la sabrosa *Orestias*. Pasan los pueblos lacustres de Pucarani, Laja, Achacachi y sigue la estepa. El gigante del sur –el Illimani– se ha achicado. En cambio, el del norte –el Illampu– ya está desmesuradamente grande. El viajero se siente como si fuese a volar. El auto asciende por una gruesa corrugación de la Altiplanicie. Es la cumbre. Está en el borde mismo del zócalo de la meseta, desde el cual la carretera desciende al valle de Sorata. Es un descenso de unos 30 kilómetros. La carretera culebrea trazando enormes zigzags. Desapareció ya el escuadrón de níveos picachos, pero de momento a momento, en una vuelta del camino, se encuentra el viajero diríamos cara a cara con el supremo capitán: el Illampu. El viajero ya está lleno del Illampu. Pero sus ojos, bajando desde tales alturas, miran en el fondo las curvas del camino que se descuelga en líneas mareantes y siente un poco de miedo. Diríase que está cayendo en un abismo sin fin.

Y sin embargo está descendiendo al paraíso perdido por nuestro padre Adán y encontrado otra vez por el simpático Villamil.



Y si desde Sorata, que está a poco más de 2.600 metros sobre el nivel del mar, seguimos por las vertientes orientales de la Cordillera Blanca, nos hallaremos pronto entre el conjunto laberíntico de sus ramificaciones trasandinas. Un mar de montañas vestidas, hasta sus cumbres, de vegetación lujuriosa estará días y días ante nuestros ojos. Ya no más la desnudez tremenda del paisaje altiplánico. Estamos al otro lado de la Cordillera Blanca; y si antes la veíamos bordeando la Altiplanicie, cada vez más próxima, ahora, al alejarnos al oriente, la seguimos viendo por sus vertientes atlánticas, cada vez más remotas.

Y henos así en sus postreras estribaciones, desde las cuales veremos abrirse hacia el oriente el océano verde de la Amazonía boliviana que se dilata hasta el Brasil. Nuevo paisaje, pleno de grandeza indescriptible. Ambulando entre las misiones de Tumupasa y San José, ya cerca al Beni, pudimos admirarlo. Habíamos dejado, hacía poco, la ilimitada altillanura sin un árbol. Ahora estábamos ante otra llanura inmensa, en que el árbol es el supremo señor. Millones de gigantes embozados en clámides verdes se sucedían sin término hasta cerrar el remoto horizonte. Y allí, emergiendo del piélago esmeráldico, veíamos, en las mañanas límpidas, el disco solar, que se nos antojaba de un tamaño prodigioso. Un globo de fuego infundiendo a la selva dormida frescos hálitos de vida y poder. Dijérase la misma hostia cristiana alzada por manos invisibles desde la copa colmada del néctar milagroso para dar a todos los seres la carne de la vida universal. Un hondo sentimiento, preñado del misticismo de un cenobita, se trasfundía a nuestro organismo joven. Y tornábamos entonces a pensar en los antecesores, aquellos enigmáticos seres que, impelidos acaso por ese mismo sentimiento heliolátrico, descendieron desde la Altiplanicie por las vertientes de la Cordillera Real hasta las remotas playas amazónicas, llevando a ellas su luminosa cultura.

V

El Macizo de Charcas

Hemos dividido la Cordillera Oriental en dos partes –septentrional y austral– comparando el todo a una letra *b*, cuya parte superior y delgada representaría el Macizo de Yungas, y la inferior y gruesa, el Macizo de Charcas. Vamos ahora a ocuparnos de este.



Al segmento de la Cordillera Oriental comprendido entre el nudo de Cochabamba y el de Lípez –desde los cuales aquella emite los ramales Cochabamba-Vallegrande y Lípez-Tarija, respectivamente–, siguen otras formaciones orográficas, más o menos paralelas a él, escalonadas en sentido descendente hacia el levante hasta encontrar la gran planicie amazónica y platense. En trazos esquemáticos, siguiendo esa dirección, podemos individualizar las cinco cordilleras siguientes: en el borde altiplánico la de Lípez, prolongada al norte por los Frailes y Asanaques; luego, la de Chichas, con el brazo Chorolque-Tasna-Ubina; la de Caipa y Liqui, con los brazos de Andacava y Wara-Wara; la de Tacsara, con los de Tarachaca y Sombreros y, en fin, la de Caiza, con los de Aguaragüe, Incahuasi y Vallegrande.

Queda así formada una gran masa montañosa, de 600 kilómetros de ancho, con los siguientes contornos: por el norte, el ramal de Cochabamba-Vallegrande; por el sur, el de Lípez-Tarija; por el occidente, los eslabones de Asanaques, Frailes, Lípez, Chichas; por el oriente, la Cordillera de Caiza, con los suyos de Aguaragüe, Charagua, Vallegrande.

Tal es el edificio orográfico andino al que hemos denominado Macizo de Charcas.

Geológicamente, pertenece al sistema que Bonarelli ha propuesto llamar subandino. Ya no presenta las transformaciones

graníticas de la Cordillera Blanca. En su estructura dominan las pizarras paleozoicas (silurianas) y los estratos devónicos levantados por el tectonismo terciario, constituyendo lo que el mismo autor llama “un paisaje juvenil”.

Geográficamente, caracterizan al Macizo de Charcas su posición central en el territorio boliviano y, según ya lo hicimos notar, su enorme ensanchamiento: es el eslabón más grueso entre los demás de la cordillera continental. Basta una ojeada al mapa para advertirlo. Además, en el aspecto hidrográfico, representa una colosal cisterna de donde se distribuyen las aguas de los mayores ríos de nuestra América –el Amazonas y el Plata. En su seno nacen casi juntos, en los Asanaques y Frailes respectivamente, el río Grande, que es el mayor de Bolivia y se echa en la hoya amazónica, y el Pilcomayo, que va al Río de la Plata.

Pero es, sobre todo, en la topografía que resalta más la significación del Macizo de Charcas. Al ganar él en anchura ha perdido en altitud. En su borde altiplánico no presenta moles como un Illimani o un Illampu que, con las otras intermedias, forman ese “muro blanco” casi infranqueable que decíamos. Las montañas aquí más bien se tienden. A los relieves agudos y rígidos suceden otros, suaves. La línea vertical deja el campo a la curva y horizontal. No hay saltos tan terribles como en el Macizo de Yungas. Por eso, en otros libros, hemos dicho que el Macizo de Charcas es una “una escalinata de tramos bajos y tendidos”. Y de aquí las correspondientes consecuencias en la climatología, la producción y la sociología.

El clima

Siendo el Macizo de Charcas una sucesión de cordilleras y terrazas que, en forma gradual, se escalonan desde el borde altiplánico a más de cuatro mil metros de altitud hasta la hoya platense, a menos de mil, en un descenso de más de 600 kilómetros, ya se comprende que a tal configuración debe corresponder una particular gama climatológica.

Así es, efectivamente. Desde el clima de la puna brava, en lo más alto del Macizo, hasta el abrasante del llano que sigue a sus pies, se recorren todas las formas intermediarias. De suerte que existen fajas climatológicas genéricas, correspondientes a las cordilleras que hemos señalado y a las altiplanicies interpuestas entre ellas. Mas conviene tener siempre en cuenta las numerosas derivaciones

montañosas que a veces contradicen la regla general: los valles profundos fraguados por los ríos, aun en las partes elevadas del Macizo; las grandes alturas de montes y sierras que están en las partes bajas; la orientación de diversos lugares y sus condiciones telúricas, todo lo cual, dentro de la unidad general de cada faja fundamental, crea la variedad de tipos climáticos.

El clima del Macizo de Charcas, en lo que tiene de genérico, se distingue del correspondiente al Macizo de Yungas por su sequedad. Elemento que, a su vez, influye en la luminosidad. Lugares hay donde ambos caracteres llegan al extremo, por ejemplo, en la ciudad de Sucre, seguramente la más luminosa de Bolivia. Allí las personas, no acostumbradas a una luminosidad tan intensa, quedan deslumbradas. Y ella, con la sequedad atmosférica y sus proyecciones en otros órdenes meteorológicos, como el índice eléctrico, repercute en el mismo temperamento de sus habitantes.

Si tomamos como puntos típicos en cada uno de los Macizos de la Cordillera Oriental las poblaciones de Sorata (Macizo de Yungas) y Sucre (Macizo de Charcas), observaremos que, no obstante de estar situados casi a la misma altura (más de 2.600 y 2.800 metros respectivamente), tienen climas diferentes. Sorata es de ambiente más húmedo y cálido que el de Sucre y de atmósfera menos límpida, por consiguiente. Así lo dispone el gigante que se alza a su vera. Recostado el pueblo justamente en uno de los estribos orientales del Illampu –el Olimpo aymara– y encajonado entre elevadas serranías, ensambla mejor con el concepto paradisiaco de las leyendas edénicas. Sucre, en cambio, al pie de sus pequeños cerros Churuquella y Sicasica, en una cuenca elevada y descubierta, no se presta mucho a tal concepto. Su clima tiene más bien algo de rebelde y satánico. Como que debió de influir no poco en aquel célebre levantamiento del 25 de mayo de 1809 que lanzó a toda la América a una cruenta guerra.

Productos

En el libro *La ruta atlántica* dividimos el Macizo de Charcas, desde el punto de vista de sus productos predominantes, en tres fajas –minera, agrícola y petrolífera– escalonadas de occidente a oriente. Tal división, aunque muy esquemática, puede sin embargo servir de pauta al viajero.

La faja minera

Bordeando la Altiplanicie, con Chayanta al norte, Huanchaca al centro y al sur los Lípez, aparece la faja de la plata, que se ensancha hasta abarcar la siguiente cordillera, la segunda de nuestro esquema, donde se yerguen el legendario Potosí al centro, el macizo argéntico de Colquechaca (*kjollkje-chaka*: puente de plata) al norte, y las ricas minas de Chichas (Portugalete, Chocaya) al sur.

Esta faja ya fue explotada, desde antiguo, por los autóctonos, y atrajo, más que todas las demás, a los conquistadores españoles. Sabido es que los que vinieron por el Atlántico con don Pedro de Mendoza, aun sin conocer estas tierras, las llamaron la Sierra de la Plata, pues su deslumbrante fama había llegado hasta los nativos del Brasil y del Paraguay. Y cuando se dio el nombre de Río de la Plata al que hasta entonces fuera río de Solís, no se hacía sino ampliar el mismo concepto. El instinto de los buscadores del blanco metal hacía brotar esas denominaciones. No hay sino fijarse en que a aquel río va a desembocar el Pilcomayo, nacido en el corazón de la Sierra de la Plata (Potosí, Malmisa, Chayanta). En la etapa de la Colonia, esta misma faja dio a España más plata que todo el resto de sus provincias de la América del Sur. Y, en la República, ha significado tanto para Bolivia que don Daniel Sánchez Bustamante pudo decir, refiriéndose a Colquechaca, que "salvó a Bolivia en la Guerra del Pacífico".



Junto a la faja de la plata, está la del estaño. El estaño, más aún que la plata, fue buscado por los primitivos para hacer esas aleaciones que asombran a los investigadores. Hoy ha destronado a la plata, como decíamos en las primeras páginas, y constituye el eje económico y político de Bolivia. Y son tan ricos los yacimientos estañíferos del Macizo de Charcas que el cerro de Uncía y Llallagua, por sí solo, representa más que la gran zona de la península Malaya y los Estrechos. Es la riqueza vertical que triunfa sobre la horizontal. De esta suerte, Bolivia ocupa el segundo lugar en la producción mundial de estaño, lo que es mucho decir tratándose de un país cuya técnica industrial es aún muy deficiente.

Y mencionemos también el oro. Solo que ese oro no puede ser hasta hoy debidamente explotado por la carencia de capitales. Acabamos de comprobarlo recorriendo una de las zonas auríferas más ricas del Macizo de Charcas. Cerca al mismo cerro estañífero

de Llallagua que acabamos de nombrar están las tierras de Hankjolaime (*hankjo-laime*: piedra blanca, una región abundante en rocas cuarzosas auríferas), chuqui-uta (*chuki-uta*: casa de oro), Taconi, desbordantes del amarillo metal. Lugares hay donde puede uno decir que está andando sobre suelos propiamente áureos y que bebe de manantiales áureos, como el de Chacori (*hankjo-laime*), cuyo mismo nombre evoca el oro,[15] y que se baña en termas también áureas, pues sus aguas contienen oro en estado químico, invisible. Pues bien: o no existe la explotación aurífera en tales regiones o se halla apenas en estado rudimentario. Ambulando por los cañones de Chuki-uta y Hankjo-laime, apenas solíamos nosotros encontrar algún solitario indígena con su chúa (plato hondo de barro), probando fortuna. Sabido es, por otra parte, que el antimonio, que existe en grandes yacimientos en la misma región, contiene también oro en diversas proporciones.

En realidad, pues, esta tierra está todavía esperando a los hombres emprendedores y debidamente munidos de recursos que inicien en ella una explotación científica, que daría inesperados provechos.

En el pasado, se explotó allí el oro desde las épocas prehispánicas y aun preincaicas. Hoy, todavía, en diversas partes, por ejemplo, en Taconi, quedan las huellas de esos trabajos; y los mineros suelen encontrar, en veces, laminillas áureas que bien demuestran que la industria del oro llegó a un grado muy alto de progreso entre los primitivos.



Si, como hemos dicho, el cerro más rico de estaño en el mundo es el de Llallagua, hay otro, en las tierras meridionales del Macizo de Charcas que, según algún técnico, es el más rico en bismuto: el Tasna. Bien es verdad que hoy este metal se halla desvalorizado, lo cual ha traído cierta decadencia en su explotación; pero no hay duda de que volverá en el futuro su auge, en atención a sus múltiples aplicaciones, incluso en la medicina.

Pero el Tasna no solo contiene bismuto. Nosotros, caminando sobre su cumbre, que es a la manera del lomo de un gigantesco

15 *Kjori:* oro en aymara.

paquidermo, bien podíamos notar, aun al ras de la tierra, o mejor entre las fonolitas que resonaban metálicamente bajo muestras plantas, afloramientos de cobre, de wólfram y otros metales. El Tasna está, pues, a su vez, aguardando su hora para colmar con sus riquezas a los buscadores de tesoros.



Y lo mismo podemos decir del Chorolque, cuyo nombre quechua está sonando a plata (*ch'uru-hjollkje*: caracol de plata). Un día, hallándonos también en su nevada testa, a más de 5.600 metros de altitud, uno de nuestros acompañantes –minero– decíanos entusiasta:

—Este Chorolque, al que acabamos de trepar, ha sido estudiado en Londres como ningún otro cerro de Bolivia. No solo tiene plata. Tiene también estaño, que es lo que hoy se le extrae. Y tiene bismuto, del que nadie hace caso. Y tiene cobre; ya le daré unos charques. Y tiene oro. Y tiene wólfram. Y tiene plomo…

—Y lo que más tiene, según se ve, es nieve –interrumpimos.

No se inmutó el minero; más bien prosiguió, cachazudo:

—Justamente, está nieve nos va ocultando muchas otras riquezas. El Chorolque es un antiguo volcán y, naturalmente, los tesoros que tiene vinieron desde muy adentro.

Y los ojos de nuestro interlocutor chispeaban con fulgor que, usando términos mineros, bien pudiéramos llamar plutónico o volcánico…

La faja agrícola

A la faja minera de nuestro esquema sigue la faja agrícola. Y en ella se van escalonando, sucesivamente, variados productos. No los enumeraremos separadamente. Bástenos citar dos cereales: el trigo y el maíz.

Ya en algún otro escrito nuestro hacíamos notar que la zona triguera por excelencia abarca en Bolivia las cordilleras de Liqui y Tacsara, tercera y cuarta de nuestro esquema. Es una faja que se extiende desde Tarija y Potosí por el sur hasta Cochabamba por el norte, teniendo al centro Chuquisaca, la vieja tierra de los charcas.

Cierto que el trigo también se da en otros puntos del Macizo Boliviano, en la misma Altiplanicie, junto al lago Titicaca; pero la tierra realmente propicia para él es la que hemos señalado.

Sin contar con sistemas de irrigación y otros recursos técnicos modernos, ni con selecciones de semillas, ofrece, por su altura (dos a tres mil metros), su temperatura, luminosidad y otras características telúricas, condiciones opimas para el caso.

Y resulta de esta suerte que, al pie mismo de la faja minera, agria y dura, está la tierra acogedora y suave que ofrece al minero su más caro alimento: el pan.



El maíz, que como decíamos es indígena de Bolivia, se extiende, con el trigo, hasta las vertientes bajas orientales del Macizo. Más allá queda como único señor, resistente a la fuerte acción solar que ya no puede soportar el otro cereal. Así constituye un arco circundante al del trigo, desde Tarija a Cochabamba, como el del estaño en torno a la plata en la faja minera.

Y por esas mismas características meteorológicas y telúricas del Macizo de Charcas que indicamos hablando del trigo, el maíz adquiere en él una calidad singular, incluso gustativa, desconocida en otras zonas maiceras, enormes, como las de la Argentina.

Así como tratándose de frutas –en variedad notable– hay en esta misma faja del maíz localidades que se distinguen por su producción selecta, sin necesidad de recurrir en ellas a procedimientos especiales fructícolas y sí solo por la bondad del ambiente. Tienen renombre la chirimoya de ciertos valles chuquisaqueños (Oronkjota, Huañoma), la uva *(*Cinti, Turuchipa*)*, el durazno y el ciruelo de las mismas huertas de Sucre.



La faja petrolífera

Y llegamos a la última faja de nuestro esquema: la faja petrolífera. En ella las condiciones agrícolas han adquirido nuevas potencias, apareciendo otros productos en gran profusión: el ají del Azero, sin igual por sus especiales cualidades; el tabaco, de calidad asimismo óptima; diversas plantas oleosas propias de la región (cebo vegetal); la madera, de admirable contextura para construcciones y ebanistería; productos de aplicaciones terapéuticas, conocidas desde un remoto pasado y sobre los cuales la ciencia aún no ha hecho las

necesarias investigaciones. Sin embargo, para caracterizar mejor esta última faja, asentada sobre las postreras vertientes orientales del Macizo de Charcas, nosotros hemos elegido como elemento típico, por el mismo hecho de su significación mundial, el petróleo.

Allí está, pues, en el mismo punto en que la montaña se continúa con la gran llanura tendida a sus pies, esta zona que tiene unos cien kilómetros de ancho y 500 de largo, donde el hidrocarburo se fraguó paso desde las entrañas terrestres ya en épocas inmemoriales, para revelarse al hombre que aún no lo buscaba. Así aprendieron las tribus primitivas indígenas a utilizar el petróleo en formas diversas, recogiéndolo de esas fuentes superficiales.

Hoy la mayor parte de la zona petrolífera hállase controlada por la Standard Oil Company, conforme a concesiones hechas por el gobierno boliviano. Su explotación es todavía escasa; pero constituye un enorme reservorio para el futuro.



De esta manera el Macizo de Charcas, que en sus más altas cumbres es ya un emporio colosal de metales preciosos, sigue mostrando en sus bases otra riqueza desbordante, que el hombre moderno requiere con más urgencia que el oro y la plata, pues es como la sangre de nuestra civilización.

La fauna

Ya conocemos los ejemplares típicos de la fauna en las partes altas del Macizo. Hablando de la Altiplanicie mencionamos el cóndor, la llama, la chinchilla, la vicuña y la alpaca, cuyo *habitat* se extiende también por las cordilleras circundantes.

Más abajo aparecen las especies importadas: el caballo, la vaca, la oveja, la cabra, el cerdo, las aves de corral. Todas se adaptaron muy bien, desde su entrada, a las modalidades climatológicas que ofrece el Macizo de Charcas en su tendimiento paulatino y gradual desde el talud altiplánico –puna brava– hasta sus pies. Recordemos, de paso, que fue del Macizo de Charcas de donde se llevaron al Río de la Plata, en los inicios de la Colonia (siglo xvi), las primeras tropas de ganado vacuno y lanar, que habrían luego originado la gran riqueza ganadera que ha dado a esa parte de América notoriedad en todo el mundo.

Entre las aves representativas de la Altiplanicie y sus contornos, tales como el cóndor y el *allkjamari*, solo el primero prosigue dominando en el cielo del Macizo de Charcas, aun en las zonas relativamente bajas como las cuencas del río Grande y del Pilcomayo. En cambio, el *allkjamari* ha desaparecido. Y es que esta ave de presa no ama el árbol. No le atrae la exuberancia selvosa que, a medida de descender por la vertiente oriental de los Andes, pone su nota verde sobre la tierra ubérrima. Como ya lo hacía notar d'Orbigny, que estudió los hábitos de estos volátiles, el *allkjamari* prefiere el paisaje de la puna. Gusta más encaramarse en la arista pétrea o anidar en el hueco de los peñascos desnudos, que no en la rama acogedora del árbol dominador de los amenos valles.[16]

El *sach'a-kuntur*

Por su parte, el cóndor ha sabido adaptarse de tal manera a las zonas cálidas y boscosas que hasta se ve en algunas de ellas, como en las provincias Campero de Cochabamba y en la provincia Azero de Chuquisaca, una notable variedad a la que podemos llamar el *cóndor blanco* o el *cóndor de la selva*, tal como lo denominan los quechuas (*sach'a*, árbol).[17]

Aunque algo menor en tamaño que el otro –cóndor oscuro– el *sach'a-kuntur* tiene su misma prestancia y lo supera ciertamente en belleza. Domina en su indumento plúmbeo el tono blanco, sobre el que, con los reflejos de la luz y los movimientos del ave gigantesca, aparecen las más hermosas irisaciones polícromas. Lleva el cuello orlado por una gorguera de plumas rojizas. Parece también más

16 D'Orbigny vio el *allkjamari* solo entre los paralelos 12° y 20° de latitud sur y en alturas que están a cuatro mil metros, más o menos, sobre el mar, como las de la Cordillera Oriental, en los sectores de Cochabamba y Potosí. Hablando de sus costumbres dice: "Elle aime les terrains secs et dépourvus de grands végétaux, qui lui seraient inutiles; car il nous est prouvé qu'elle ne se perche pas sur les branches; au moins ne l'a-t-on jamais vue ailleurs qu'à terre ou perchée soit sur les pics, soit sur les points culminants des rochers".

17 Quizás el *sach'a-kuntur* constituye un caso de desplazamiento animal desde la Altiplanicie a las tierras cálidas, por sus influencias climáticas. Porque si aceptamos que la variación del *cingulum* climático de la meseta –según la explicación de Posnansky– obligó a los grupos humanos que ella albergaba a emigrar a las hoyas, cabe lógicamente la correspondiente inducción para ciertas especies animales que, luego, bajo la acción del nuevo medio físico, habrían sufrido alteraciones somáticas, verbigracia, en el color.

fuerte que el cóndor negro, o, por lo menos, domínalo fácilmente cuando se trata de disputar la presa. O, mejor, ni siquiera hay disputa si ocurre que se encuentran, por ejemplo, un solo cóndor blanco y una bandada de los negros ante la carroña: al presentarse aquel, los otros, que ya estaban sobre el animal muerto, se retiran a respetuosa distancia. El cóndor de las selvas entonces se posa en tierra con toda dignidad y avanza a paso mesurado, balanceando el cuello, como si hiciera reverencias al corro volátil. Luego, ya ante la presa, con unos certeros picotazos arráncale los ojos de las cuencas y se los come, y lo propio hace con la lengua; y eso le basta. Son sus bocados favoritos. Después, se retira haciendo los mismos gestos que mostró al llegar. Y solo entonces los demás cóndores se adelantan a su vez para tomar su parte en el festín.

Desgraciadamente ya muy rara vez se suele ver al *sach'a-kuntur*. Parece elegir como vivienda habitual lugares determinados y en lo posible escondidos, bosques de Listi, a la altura en que el río Grande era llamado Chinguri por los indígenas (Cochabamba), o, en los del río Azero (Chuquisaca), ya cerca al Chaco. Por lo común vuela solo, pero así y todo se impone a todas las demás aves, incluso a los cóndores comunes, *caracaras*, buitres, y otras aves de presa, que jamás le hacen frente.

El cóndor blanco es pues más indómito que el otro. Los ensayos que algunas veces se han hecho para domesticarlo han sido inútiles. Siempre acaba por morirse desde que pierde la libertad. D'Orbigny y otros viajeros no conocieron este tipo de cóndor.

El hombre

Dadas las singulares condiciones del Macizo de Charcas, el hombre prehistórico debió de hallar en él un campo de dispersión variado y propicio. Todavía hoy subsisten, aquí y allá, grupos indígenas que triunfaron de los múltiples factores de extinción que sobre ellos han obrado. Tales los charcas y los chichas, entre los cuales frecuentemente se encuentran tipos antropológicos que se apartan en todo de los de las descripciones sumarias que, con pretendido carácter general, suelen hacer algunos sabios cuando tratan, casi siempre con ligereza, del indio boliviano. Citemos, entre otros, a los indios de Yura en el departamento de Potosí y a los de Tarabuco

en Chuquisaca, cuyos rasgos fisonómicos más salientes (corte del rostro, nariz aguileña, ojos rectos) se alejan mucho del tipo mongoloide predominante en la Altiplanicie.

Y ya en tiempos históricos –durante la Conquista– la evolución humana siguió floreciendo y cobrando nuevos impulsos en el Macizo. Aquí los españoles, después de fundar su primera población –Paria– en plena Altiplanicie (1535), fueron alzando, unas tras otras, las demás. Así apareció Chuquisaca, desde 1537, y con el nombre de La Plata en 1539, en el centro del Macizo; y Potosí, sobre la faja minera (1546); y así Cochabamba, hacia el norte, en la faja agrícola y sobre el brazo orográfico Cochabamba-Vallegrande (1574); y en la misma faja surgió Tarija, hacia el sur, en el brazo Lípez-Tarija (1574); y, en fin, Santa Cruz diríase a la sombra del Macizo de Charcas, ya en la iniciación de la llanura oriental (1590).

Se trata, como se ve, de un conjunto de poblaciones escalonadas a diferentes alturas y por consiguiente con distintos climas y distintos productos, pero todas favorables a la vida humana.

Los caminos

Aquí debemos recordar la fórmula con la que caracterizamos la arquitectura geográfica de los macizos de Yungas y de Charcas: “Macizo de Yungas: gran elevación y poco espesor; Macizo de Charcas: menor elevación y gran espesor”.

Ahora bien: ella, claramente, explica al viajero cómo tal configuración debe influir decididamente en la solución del problema caminero, fundamental para Bolivia.

Siendo la Cordillera Blanca de altura mayor, era también más difícil vencerla con el ferrocarril o la carretera. Sus vertientes caen violentamente sobre las llanuras subyacentes. De ahí pues las dificultades a menudo infranqueables con que se tropieza para la construcción de sistemas viales de tipo moderno. Como que ningún ferrocarril ha podido aún perforarla de parte a parte, de la vertiente occidental a la oriental. El que se construye de La Paz a Yungas se ha quedado, como decíamos, a 50 kilómetros escasos de su punto inicial. Y en cuanto a carreteras ya se ha visto cuán grandes obstáculos –que apenas han podido vencerse– opuso la que se ha labrado también de La Paz hacia las provincias de Sur y Nor Yungas.

En cambio, en el Macizo de Charcas la menor altura de sus eslabones iniciales, así como su caída suave sobre los llanos, ha hecho relativamente fácil la apertura de vías de comunicación. Como que ya son cuatro los ferrocarriles que han dominado hasta hoy la Cordillera de Charcas: en el eslabón de los Asanaques, los de Oruro-Cochabamba (paso de Arque) y Oruro-Uncía (kilómetro 60); en el eslabón de los Frailes, la ferrovía Río Mulato-Potosí (paso de El Cóndor); y, en fin, en los Chichas, yendo de Uyuni, por la Altiplanicie austral, a la ciudad de Tupiza, el ferrocarril Atocha-Villazón (paso de Escoriani).

Y cruzan también el Macizo de Charcas diversas carreteras que constituyen auxiliares preciosos de los ferrocarriles aún inconclusos y excelentes vínculos de enlace entre la Altiplanicie y la vertiente oriental de aquel. Citemos, entre ellas, dos que siguen justamente los flancos septentrional y meridional del Macizo de Charcas: la de Cochabamba a Santa Cruz, en el primero, y la de Villazón-Tarija-Villamontes, en el segundo. De esta suerte el viajero que haya escalado la Altiplanicie desde el Pacífico y quiera trasmontar la Cordillera Oriental para ir luego por la vertiente atlántica a las llanuras bajas que se dilatan a sus pies, encontrará que para ello se presta mejor aquella parte –la mitad gruesa de la *b* de nuestro esquema– en que dicha cordillera ha tomado más cuerpo, ensanchada y diversificada en escalones paulatinos, cual si quisiera ir al encuentro del otro mar.

He ahí un nuevo aspecto de la significación sociogeográfica del Macizo de Charcas. Imaginemos que el viajero escoge la vía de Arica para ascender a la Altiplanicie. Trasponiendo los Andes occidentales llegará a La Paz, y luego a Oruro –la ciudad del yermo– donde el frío glacial no le hará mucha gracia. Pero siguiendo de Oruro en el tren que atraviesa los Asanaques (Cordillera Oriental), entre Arque y Tapacari, descenderá encantado a los risueños valles de Cochabamba. Aquí el ambiente tibio y perfumado, el paisaje ameno, lo aliviarán del frío y del viento rudos que le azotaban en la bravía Altiplanicie. Y prosiguiendo de Cochabamba –ahora en automóvil– siempre al oriente, el viajero verá desplegarse ante sus ojos el cuadro variado y espléndido que ofrece ese trayecto de más de 500 kilómetros hasta salir de las montañas a la verdeante llanura –la gran selva oriental– en cuyo comienzo blanquea la ciudad de Santa Cruz, nacida de la noble conjunción de los conquistadores

hispánicos, llegados por ambos mares –el Mar del Sur y el Mar del Norte– cuando, hace cuatro centurias, se encontraron a orillas del Guapay.



Y si en las playas del Pacífico el viajero ha tomado la línea férrea de Antofagasta, el antiguo puerto boliviano, para subir al Altiplano, a Uyuni, y desde esta ciudad, aún más glacial que Oruro, prefiere atravesar la Cordillera Oriental, por el sur, para llegar, siguiendo su vertiente atlántica, a la llanura platense –el Chaco–, asistirá igualmente a otra sucesión de cuadros a cual más opuestos: ya la Altiplanicie, con sus enormes salares y sus horizontes lejanos; ya las corrugaciones de Chichas –un mar de montañas– donde se alza aquel Chorolque de que hablábamos antes; ya las tierras de color rosa encendido de Tupiza, cuyo abrigado asiento ofrece sosiego al cuerpo y al espíritu; ya el ventoso Villazón donde nuevamente se ensombrece el cuadro… Aquí el viajero deja el tren y continúa en automóvil. La naturaleza sigue cambiando de decoraciones. Una nueva altipampa –mucho más pequeña y también más baja que la anterior– se abre de pronto a sus ojos, cubierta con el manto verdioscuro de los tolares: es el lomo aplanado de la cordillera de Caipa y Liqui. Y luego ascenderá el viajero otra ancha cadena montañosa –la de Tacsara– cuyas alturas –un nuevo altiplano: las pampas de Tacsara– atravesará bordeando pequeños lagos, para descender a la Cuenca de Iscayachi y subir nuevamente (Alto de Sama), y volver a bajar, esta vez a un gran valle circular donde los churquis y molles dominan en los boscajes abigarrados. Y de pronto se verá ante una pequeña ciudad: Tarija, un plácido jardín por sus flores y por sus mujeres, que son también flores. Y de Tarija seguirá el viajero por comarcas cada vez más cálidas, subiendo y bajando y tornando a subir y bajar por sierras ya no desnudas, sino cubiertas –hasta la cumbre– de vegetación; y al cabo de algunas horas se verá al pie de los Andes. Allí arrastra el Pilcomayo lentamente sus ondas. Allí comienza la enmarañada y trágica llanura: el Chaco.



Pero todavía emprendamos un tercer trayecto. El viajero ha trepado ya a la Altiplanicie, por Antofagasta o Arica, para pasar a Potosí, la Villa Imperial, y Sucre, ciudades ambas que se encuentran en pleno Macizo de Charcas.

Para ello debe seguir la línea férrea que de Río Mulato va a Potosí, perforando la Cordillera de los Frailes. Y aquí nuevas modalidades en el paisaje. Desde la gran faja altiplánica en que se extiende el lago Poopó y se inician los innumerables salares australes, asciende lentamente el ferrocarril la vertiente occidental de esa cordillera, resoplando, jadeante, a modo de bestia fatigada. Diríase que en las aristas pétreas están asomando sus puntiagudos bonetes aquellos pobres frailes que un día, durante la Expulsión, murieron allí de frío. Al paso aparecen los hirsutos mechones de paja brava, prendiéndose a las areniscas fofas. Sin ellos, estaría más desgastada, y hasta habría quizá desaparecido, la cordillera, ya que su constitución geológica es tan deleznable que se presta fácilmente a la acción erosiva de las aguas, del viento y del sol. Las pajas, pues, están aún salvando a la Cordillera de los Frailes. Luego, ya más adelante, el viajero, pasando los cuatro mil metros de altitud, entra al dominio de las yaretas. Sobre las rocas, esparcidas como los restos de viejos monumentos megalíticos, se muestran ellas cual ropajes de un verde tierno que alivia el espíritu ahíto con la aridez del panorama. Y de igual suerte, alegran el trayecto los claros riachos en que se abreva el tren sediento. Tales, el río Márquez que, por la vertiente occidental de los Frailes, va a la Altiplanicie; o el San Juan que, por la oriental, desciende a la hoya del Pilcomayo. Y entre uno y otro, y más alto que ellos, y más caudaloso, está el hermoso Yura, que arrastra sus aguas diáfanas en cuyas márgenes verá el viajero, paciendo regaladamente, manadas de llamas, ovejas y vacas, a unos 4.500 metros de altitud. Y el tren sigue aún ascendiendo. En El Cóndor habrá alcanzado los 4.780 metros, y desde allí el turista verá amplificarse el paisaje con nuevas perspectivas. El tren ahora apresura la carrera, pues que empieza el descenso, por la otra vertiente de la Cordillera de los Frailes, a la Cuenca del San Juan y de Agua de Castilla. Por el sur, en el confín remoto, ha surgido el gran ramal de Chichas, donde culminan el Ubina, cónico, el Tasna, de ancho lomo, como el de un elefante de cinco mil metros de altura, y sobre todo, el Chorolque, de vértice agudo, (más de 5.630 metros), allí donde los mineros cargan el estaño en un andarivel que es el más alto de la tierra (unos 5.500 metros).

De esta suerte, a todo correr del tren, el viajero estará ya a los pies del legendario Porco[18] que evoca la imagen de un horno, fuego, ceniza, escorias, ya que allí la plata era explotada por los indígenas mucho antes de la llegada de los españoles, y después prosiguió siéndolo por estos, y al presente continúa, asimismo, dando no solo plata sino también otros metales, como el estaño y el antimonio. Hoy la estación en que el tren recibe esos metales se llama Agua de Castilla, nombre que pusieron al lugar los conquistadores hace cuatro siglos por la dulzura de sus aguas. El tren, por su parte, también se nutre de ellas y prosigue su marcha a Potosí. Y a poco, al ir avanzando a través de un paisaje abrigado por enormes masas montañosas de color sombrío, donde ha aparecido ese árbol de tronco retorcido y rojizo, como contraído por el frío –la *kjeuña*–, el viajero divisará en el límite lejano un bello cono de múrice, haciendo contraste con el piélago gris de los demás cerros: es el Potosí. Y a poco estará a sus pies, a más de cuatro mil metros de altura, ambulando por las callejas de la Villa Imperial, copiosa en tesoros artísticos de los días coloniales; o mirando la Matriz cuya fachada pétrea le hará sentir aún más crudo el frío del ambiente; o ante la Casa de la Moneda, a cuyos macizos y sombríos ventanales le parecerá que asoma su cara, contraída en gesto hilarante por la nostalgia y el alcohol, esa figura profundamente patética: el mitayo.

Pero como tal vez no plazca al viajero estar mucho tiempo en semejantes alturas y con tal frío y ante tan tétricas visiones, seguirá su camino, por la ferrovía o la carretera, a Sucre. Y en unas cinco o seis horas más habrá cambiado todo: clima, paisaje, gente. Cielo radiante, sol alegre, colinas de curvas ondulantes, huertos, flores –muchas flores–, blancura, luz –mucha luz. Estamos en Sucre, en el centro mismo del Macizo de Charcas, ameno rincón del mundo donde los bravíos charcas erigieran su población cabecera sobre la cual los conquistadores hispánicos, seducidos por el regalado ambiente, asentaron la ciudad de La Plata, capital que fue desde entonces del Alto Perú y que sería, andando el tiempo, una múltiple sede –económica, jurídica, universitaria, eclesiástica, política, intelectual.

18 *Pjurcu*: cenizas.

La ruta diagonal

Y citemos aun, entre las rutas que ligan las partes altas del Macizo de Charcas con las bajas, otra que corre oblicuamente, hacia el sureste, entre las dos laterales antes descritas (Oruro-Cochabamba-Santa Cruz y Uyuni-Tarija-Villamontes), y que debe llamar la atención del viajero, pues que en unas 30 horas le presentará una visión integral de todo el territorio charquense.

Es la que en otros escritos llamamos ruta diagonal.

El turista se embarcará, en Oruro, en el pequeño tren a petróleo de la empresa Patiño Mines que hace el servicio a Uncía. Pasará luego por los centros mineros de Machacamarca y Huanuni, este último un opulento emporio estañífero de la vertiente altiplánica de los Asanaques. Cruzado este eslabón, a una altura de más de 4.400 metros sobre el nivel del mar, descenderá rápidamente por la vertiente oriental, a Llallagua y Uncía: aquí habrá tocado el más poderoso núcleo industrial de Bolivia, donde el aire mismo huele a estaño y hasta el agua de sus termas contiene en su seno mil otros elementos –wólfram, oro, magnesio, hierro, litio, azufre, calcio. Y siguiendo de Uncía, en automóvil, siempre al sureste, bordeará las lagunas de Chayanta, colmadas de aves acuáticas. Está en plena región aurífera: a la izquierda se extienden las ricas tierras de Amayapampa y a la derecha las de Hankjo-laime y otras, grávidas además de *llunchis*[19] y yacimientos de antimonio casi siempre asociado al oro. Aquí el turista enfilará por el cañón de Chuqui-uta, donde verá a los indios lavando el metal en sus chúas. Ya ha vencido el primer tramo montañoso del Macizo de Charcas por el eslabón de los Asanaques. Hay que atravesar ahora la segunda cordillera del mismo, por su sector de Chayanta, siempre rico en oro, estaño y plomo; pero sobre todo en plata. A la izquierda se yergue, imponente, el Macizo de Colquechaca, rival del Potosí, y cerca están las viejas y aún no agotadas minas de Lípez-huayco, Ocuri y Maragua, donde otrora se explotó con ardor el argento y hoy se prefiere extraer el estaño. Y así habrá descendido el viajero el segundo peldaño de la gran escalinata charquense; entre este y el anterior (Asanaques) corren las tierras más ricas de la faja minera de nuestro esquema.

---

19 *Llunchi*: arena aurífera.

E, insensiblemente, está en la tercera cordillera y en la faja agrícola. Si es la estación propicia, sus ojos se recrearán contemplando ese otro oro de los trigales que vale más que el incrustado en el duro cuarzo; o el de los maizales resecos de donde extrae su inapreciable alimento el indio. El paisaje se ha suavizado. La puna con su aridez y su frío ha cedido el campo a más risueñas perspectivas. El cielo luce más azul. El aire es tibio. Llegamos nuevamente a Sucre. Y aquí, de paso por las calles, gozará el turista ante los claveles incomparables asomados a los balcones y podrá tal vez alegrar su mismo estómago gustando las famosas chirimoyas de las haciendas vecinas o los jugosos duraznos de los huertos de la ciudad. Y luego, dejando Sucre, ascenderá al frío Tarabuco, desde donde verá cerros ricos en piedras preciosas; y descenderá a Zudáñez y Tomina y seguirá a Padilla, entre tierras paniegas. En el confín se alzan unas montañas guarnecidas de curiosos farellones, que parecen enormes sombreros de piedra: son de la Cordillera de Sombreros. Vamos a salvar el cuarto tramo montañoso del Macizo de Charcas que por el sur se continúa con Tacsara y Tarija. Desde las alturas de Padilla la carretera desciende, en tirabuzón, a la profunda cuenca del río Azero (unos mil metros de descenso). Por ella el viajero sigue hasta el ardiente Monteagudo, en el quinto y último escalón del Macizo que desde aquí aun prosigue hacia el oriente en derivaciones también alineadas en dirección general norte-sur.

En Monteagudo el turista puede elegir entre dos vías para descender hasta la llanura.

Sigamos primeramente por la carretera. Después de pasar el empinado Incahuasi y descender a Lagunillas, enfilaremos al sur, entre una sucesión de lujuriantes vergeles –Choreti y Carahuaicho– hasta el río Parapetí en cuya margen izquierda está Camiri. Camiri… es decir, nos encontramos en el centro de la última faja de nuestro esquema –la faja petrolífera–, allí donde mana copioso el oro líquido.



El viajero, así, en unas 30 horas útiles ha recorrido todo el cuerpo del Macizo de Charcas, salvando alrededor de 700 kilómetros, con un promedio de 25 por hora desde Oruro, en la Altiplanicie, hasta Camiri en el Bajo Parapetí y cruzando sucesivamente las fajas minera, agrícola y petrolífera.

Pero volvamos aun a Monteagudo. Allí el viajero puede escoger otro camino que el que hemos indicado para seguir siempre la ruta diagonal hacia el sureste. Mas, habrá de resignarse a dejar el automóvil por la mula hasta Cuevo (más de cien kilómetros), donde encontrará nuevamente la carretera que lo conduzca al Chaco. Lo cual, por lo demás, según cómo sea el turista, bien podrá ser para él una variante de interés. Aquello de estar encajonado en el automóvil no siempre permite contemplar anchamente el paisaje. En cambio, con la mula es otra cosa. La mula –hay que decirlo de paso– es un elemento de real importancia en la historia de Bolivia. Puede ocupar ella airosamente el lugar del buen asno en el antiguo Egipto. ¡Cómo sabe ella elevarse en estas tierras agrestes a alturas que pasan con mucho de los cinco mil metros; y con qué destreza ubica sus patas en el sendero escabroso, bordeando espantosos precipicios y descendiendo a profundidades vertiginosas! Alabemos a la mula.

Bien pues: usando este nuevo medio de locomoción podrá el viajero dirigirse a Cuevo, compensándose el retardo del viaje con el interés del espectáculo. Verá un nuevo Yungas donde, si no se da la coca, sobran otros artículos de inmejorable calidad; tales: el tabaco y el ají, reputado este último como el mejor del país por los entendidos. Y verá, en San Juan del Piray, la triple conjunción del Parapetí, el Piray y el Carballo. Admirará la feracidad indescriptible de las tierras de Huacareta, prolongadas al sur con las del Ingre, Igüembe y Huacaya, colmadas de ganado. Y enfilando por el cañón de Mandiuti, la tierra del algodón, saldrá finalmente a Cuevo. Y siguiendo, nuevamente en automóvil, unos cuantos kilómetros más al oriente, llegará a Boyuibi, a la vera de Aguaragüe, la última estribación montañosa andina que se alza sobre la inmensa llanura selvosa tendida hasta el río Paraguay.

Y desde Boyuibi, siempre en automóvil, podrá dirigirse por el sur a Villa Montes, donde hallará temperaturas que suelen acercarse a 50° sobre cero a la sombra: él, que hace apenas unas horas estaba en la Altiplanicie, en sitios como Uyuni, donde en el invierno el termómetro baja hasta más de 20° bajo cero. O podrá irse por el norte a Charagua, sobre el camino que va hasta Santa Cruz, y allí refrescarse ampliamente gustando riquísimas limas, naranjas y mandarinas.

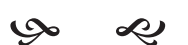
Charagua es un pueblecito delicioso situado a una altura de ochocientos metros y pico, al pie de la serranía de su nombre. Esta

serranía constituye el muro montañoso más avanzado sobre la llanura, entre todos los demás que corren a los pies del Macizo de Charcas (Aguaragüe, Tacuarendi, Incahuasi). Profundas cortaduras, algunas de las cuales llegan hasta la base, la dividen en bloques colosales que se alzan casi verticalmente. Diríase que un titán, armado de monstruoso cuchillo, se hubiese entretenido en rebanar de parte a parte ese muro. Nosotros, para pasar el rato, llevaremos al turista de paseo por entre una de tantas cortaduras. Y sea esta la de Ihuirapucuti.

Ihuirapucuti

Unas pocas leguas al norte de Charagua, pasando por los pintorescos lugares de Capihuasuti, Obay (corrupción de *uba-y*) y Piriti se entra a la cañada de Ihuirapucuti. Un riacho de aguas clarísimas salta entre rocas rojizas y blancuzcas, formando remansos que incitan a bañarse en ellos o beber cuando menos de su agua fresca y cristalina –lástima que ella tenga fama en el lugar de provocar el cretinismo. Siguiendo, tierras adentro, entre el boscaje de la margen izquierda, se llega a un claro donde existe una gran excavación. Otrora se alzaba allí un montículo artificial de tipo análogo a los de la Altiplanicie (Akapana en Tihuanacu). Pues bien, a cierto buscador de tesoros se le ocurrió que allí los había enterrados, por haber oído hablar a los indígenas de “unos llamarones” que se levantaban del montículo durante las noches. Y entonces –según nos lo refería él mismo– se dio ardorosamente a derribar esa construcción. Empleó en ello mucha gente. Gastó miles de pesos. Hizo añicos un gran número de objetos de alfarería y “unas figuras de personas y animales” que halló bajo tierra. Y cavó, cavó ancho y hondo, hasta que sus peones se hallaron con un “tubo grueso” que partía del centro de la colina artificial, a modo de cloaca máxima. Gran alegría de nuestro amigo que ya se creía ante el tesoro. Y con mucho tiento, se rompió el tubo… Decepción. Estaba relleno de modestos guijarros…

—¡Ay, don Ignacio! –decíamosle nosotros cuando terminó de narrarnos su aventura–. Por buscar usted esos tesoros ha destruido otros mucho mayores…



Pero volvamos al Ihuirapucuti. En su margen derecha hay otro punto que podrá interesar al turista que no busque precisamente los tesoros vulgares. El cerro, en esa parte, se ha hecho más escabroso. Defiéndelo una enmarañada vegetación espinuda. Imponentes peñascos de arenisca blanca se yerguen, amenazantes, cortados a pico sobre el río. A sus plantas, están esparcidos los bloques caídos desde arriba. A poca altura, sobre el río, se nota un enorme arco excavado en el muro rocoso. Tan regular es, que se diría hecho por manos humanas; pero no es sino una de tantas caprichosas formaciones geológicas frecuentes en esos lugares. Y, en fin, al ir trepando entre los bloques, junto al mismo muro, el turista se encuentra ante una extraña sucesión de figuras grabadas en él. Ya es un guanacu estilizado, que se nos muestra con trazos acanalados, todavía claros a pesar del desgaste de la roca; ya es el signo escalonado, repetido con frecuencia; ya es la figura del *lihui*[20] de la cual los primitivos se valían para cazar aves en el agua y animales –y aun hombres– en tierra… Y, de igual suerte, se ven figuras que parecen anclas o puntas de flechas, escudos y pendones. Y también las hay de plantas de pies humanos, representadas con gran realismo: ya pequeñas, como de niños; ya de tamaño natural; y una, de proporciones tan desmesuradas, que parece de un gigante.

¿Qué pretendían significar los primitivos con estas representaciones de pies humanos? Quizá es ese el lenguaje en que los antepasados nos hablan de sus éxodos admirables, desde la Altiplanicie hasta las más diversas latitudes.

Recordemos que, en efecto, se ven también huellas análogas en otros parajes. Tal, en el Incahuasi, que es una de las postreras estribaciones que avanza el Macizo hacia las llanuras chaqueñas, se encuentran, sobre unos bloques de piedra, signos de esta clase, junto a otras inscripciones prehistóricas. Desde allí hasta el Ihuirapucuti no hay sino unos 60 kilómetros de descenso, al oriente. Luego, siguiendo siempre en esa dirección a través del Chaco, se las vuelve a encontrar en el litoral del Alto Paraguay y aun cerca de la Asunción (Mbae Pirungá, Tucumbú). Para los padres jesuitas habrían sido estas las huellas que dejó Santo Tomás al peregrinar por tierras americanas, predicando la santa doctrina, lo que dio lugar a diversas leyendas, entre ellas la del Pay Zumé, tan socorrida

20 *Lihui*: boleadora.

entre los guaraníes, y contra la que se alza, indignado, el paciente escrutador de viejos papeles, Enrique de Gandía.[21] Para nosotros –que no damos mayor importancia a la patraña tomística de los soldados de Loyola– dicho está que solo se trata de pictografías y grabados antiquísimos, con los que acaso las multitudes trashumantes de entonces querían simbolizar sus largas migraciones en el tiempo y el espacio.

21 De Gandía, en su libro *Historia crítica de los mitos de la Conquista americana*, dice: "Todas las huellas mencionadas, según el criterio de los religiosos citados (jesuitas), forzosamente debían de pertenecer a Santo Tomás, pues este era el único entre los Apóstoles que tenía por costumbre dejar estampadas las huellas de sus pies en las rocas, conforme hizo también en Ceylán".

VI

Las hoyas

Y henos ahora al final de nuestra excursión por el Macizo Boliviano, en la que hemos tratado de mostrar al viajero, siquiera no sea sino meteóricamente, tal cual aspecto de esta magnífica porción del globo.

¿Nos despediremos, pues, del turista?

No. Queremos todavía acompañarlo por unos ratos más a otras tierras que aun cuando no integran ya, propiamente, el cuerpo del Macizo, tienen, sin embargo, estrechos nexos con él; se le articulan geográfica y geológicamente y aun diremos histórica y sociológicamente, y en cierto sentido, vienen a ser sus dependencias en esos campos, como lo son también en el político.

Nos referimos al sistema de tierras bajas que subsigue, por el oriente, a los pies del Macizo, trazando en su rededor un arco mayor aún que el formado por la Altiplanicie y sus cordilleras circundantes. Nosotros lo hemos llamado la Bolivia Posterior.

Bolivia, en efecto –repitámoslo–,[22] es un país mixto. La forma no tan solo ese bloque montañoso culminante en América al que los primitivos llamaron Kollasuyo y Alto Perú los españoles, sino también la gran masa de territorios bajos y calientes que prolonga sus faldas por el norte, oriente y sureste. Allí está la Bolivia de los llanos que completa a la Bolivia de las montañas.

Y es así cómo aparecen las dos hoyas de que vamos a hablar.

Esbozo geológico

En los tiempos arcaicos del planeta, frente al plegamiento urónico del periodo precámbrico, que formó, en el primer esbozo de la América del Sur, el escudo brasiliano, prodújose, asimismo, la poderosa

22 Véase *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*, Sucre, 1925.

expansión orográfica de la Cordillera Real, a la que nosotros denominamos Escudo Andino. Y, entre uno y otro, quedó la gran concavidad que diremos brasilio-andina, primordial basamento de las dichas hoyas. Era un área de inmersión que, a lo largo de las épocas geológicas posteriores, fue recibiendo las capas sedimentarias que depositaba en ella el mar de esas remotas edades.

Luego, retirado este, prosiguió el relleno de esa concavidad con los materiales de acarreo provenientes de su marco montañoso; y hoy mismo, todavía se cumple tal fenómeno. De suerte que aquel, sobre todo por el lado del Macizo Boliviano, rige, en mucho, la configuración de las hoyas.

Y ahora bien: si recordamos nuestra división de la Cordillera Oriental en mitades –Macizo de Yungas y Macizo de Charcas–, nos encontramos con que cada una de ellas sirve de patrón para la conformación de la cuenca que sigue a sus pies.

Así, diríamos que el Macizo de Yungas, principalmente, intervino –e interviene– en la constitución de la hoya amazónica; y, de igual suerte, el Macizo de Charcas en la de la hoya platense.[23]

El brazo Cochabamba-Santa Cruz que, como ya vimos, se dirige al oriente, desprendiéndose de la Cordillera Real en el nudo de Cochabamba, es, por el lado andino, el muro geográfico de separación de las hoyas. Luego, por el lado del sistema brasiliano, vemos que avanza también otro brazo, hacia el occidente, cual si viniese al encuentro del anterior. Y es con este relieve que se completa dicha separación. Este brazo es el Macizo de Chiquitos, del que debemos decir algunas palabras.

El Macizo de Chiquitos

A unas 50 leguas del extremo terminal del brazo Cochabamba-Santa Cruz, se alza el macizo arcaico y ya medio aplanado que llamaremos de Chiquitos, corriendo hacia el Alto Paraguay para ligarse con el sistema brasiliano de Mato Grosso. Lo constituyen, sobre todo, las serranías de San José, Santiago y Sunsas. En el centro de Suramérica, concurre él a formar el *magna divortia aquarum*, separando las aguas originarias del río Ytenes, que van al norte, de las del río

23 En rigor, el Macizo de Charcas –y aquí viene el fenómeno que llamaremos una paradoja geográfica– tiene, en este punto, una significación dual, a la vez amazónica y platense, como se verá más adelante.

Paraguay que van al sur. Y así, en esa parte, ya correspondiente al escudo brasiliano, divide la hoya amazónica de la platense.

El ilustre d'Orbigny, hace unos cien años, estudió este sistema, considerándolo, en su mayor parte, un poderoso bloque de *gneis*, ya compacto o ya friable, al que cubren las pizarras silurianas, las areniscas devónicas y los terrenos carboníferos (tierras de San José, Santiago, Sunsas), y también los materiales modernos de aluvión, los ferruginosos y los que ese sabio llamó "terreno guaraniano" [*sic*]. El pampeano solo se presenta en pedazos pequeños (Santo Corazón).

El mismo d'Orbigny, considerando este macizo independiente, geográfica y geológicamente, del sistema andino y del brasiliano, propuso llamarlo sistema chiquitano. Pero nosotros, conforme ya lo adelantamos en otros escritos, seguimos creyendo que es solo una dependencia, dentro de Bolivia, del Macizo Brasiliano.

En el aspecto sociogeográfico, el sistema de Chiquitos ha sido siempre de gran significación. Desde la prehistoria fue uno de los puentes principales de paso para las migraciones humanas entre los Andes y el Brasil. En la etapa hispánica, aquí fue donde vino a dar el famoso Ñuflo de Chaves, haciendo luego de Chiquitos la gran avenida para ir de Charcas al Paraguay. Aquí fundó el héroe la infortunada ciudad de Santa Cruz de la Sierra *la Viexa*. Y aquí también, dos siglos después, alumbró, con los misioneros jesuitas, la edad de oro de Chiquitos. O, si se quiere, la edad *del oro*, pues los santos padres, a la vez de catequizar a los aborígenes, sacaban a manos llenas el rubio metal, ya de sus criaderos mismos, o ya de los lavaderos pegmatíticos de esos lugares, a los que siempre daban el nombre de santos: Santa Rosa, San Javier, San Simón.

Una paradoja geográfica

Hemos dicho, del brazo Cochabamba-Santa Cruz y del chiquitano, que se extienden el uno hacia el otro, como si quisieran darse la mano, pero no se la dan. Y he aquí un curioso fenómeno geográfico. Estos dos brazos –dicho está– marcan la línea medianera entre las hoyas amazónica y platense; por el norte de ella corre el plano inclinado de la primera y, por el sur, el de la segunda. Pero he aquí que tal divisoria, claramente patentizada por la orografía, se halla contradicha por la hidrografía.

En efecto: por el espacio intermediario entre el brazo andino Cochabamba-Santa Cruz y el chiquitano se vierten en la hoya amazónica dos grandes ríos que hasta entonces habían corrido por la platense: el río Grande o Guapay y el Parapetí (más allá San Miguel).

Es decir, una hoya se vierte en la otra. Cédela una gruesa parte de sus aguas. El río Grande, que descendiendo del Macizo de Charcas corre hacia el sureste, llegado a la hoya platense, tuerce su curso y, trazando un gran semicírculo en torno al brazo Cochabamba-Santa Cruz, se dirige al norte y noroeste para formar, ya en la hoya amazónica, el río Mamoré, común colector de su intrincada red fluvial; y, de igual suerte, el Parapetí, que también baja del Macizo de Charcas a la hoya platense, corriendo por ella unos cien kilómetros al sur del río Grande. Hacia el oriente, tuerce súbitamente al noroeste vertiéndose, al pie del Macizo Chiquitano, en la laguna Concepción, de donde, ya en plena hoya amazónica, va con los nombres sucesivos de San Miguel e Ytonama a confluir con el Ytenes. Tal es la paradoja geográfica a que nos referíamos. Y ahora, reservándonos volver aún sobre ella más adelante, hagamos un bosquejo de nuestras dos hoyas.

La hoya amazónica

Hemos visto que, al levantarse sobre la faz del planeta, en el centro de la América del Sur, los escudos brasiliano y andino, quedó entre ellos una gran concavidad ocupada por el mar. Allí estaba el primer esbozo de nuestra hoya amazónica. Sobre los estratos marinos vinieron a sumarse otros en los periodos siguientes –el "terciario guaraniano" de d'Orbigny, el pampeano, que abarcó enorme extensión– y, sobre estos, los aluvionales modernos, cuya superposición continúa todavía: son los productos de la erosión de las formaciones montañosas circundantes. Y, en esa obra milenaria, claro es que el principal papel lo desempeña el sistema andino, representado por el Macizo Boliviano; y, en el caso particular de la Cuenca amazónica, por el de Yungas.

Del Macizo de Yungas puede pues decirse con verdad que sigue en la actualidad haciendo a la hoya amazónica boliviana. Él le da sus tierras y sus aguas. Desde los picachos níveos de la Cordillera Blanca descienden los ríos que arrastran la sustancia de las montañas para

depositarla en la hoya. Los hay que la llevan desde el mismo frente altiplánico, tales como el río de La Paz y el de Sorata o Illampu. De esta suerte, se ha formado muy pronto una copiosa red fluvial. De las vertientes de Cololo y Hankjo-uma caen los innúmeros afluentes del gran Madre de Dios, del Orton, del Abuná y del Acre que van a su común colector, el Madera, tronco principal del Amazonas.

Y, asimismo, del brazo Cochabamba-Santa Cruz, se desprende otra red de grandes ríos –Isiboro, Chapare, Chimoré, Ichilo, Piray– que afluye al Mamoré; y este –otro colector céntrico de los ríos de la planicie beniana en el sur de la hoya amazónica– se une, a su vez, con el Bajo Beni, formando el Madera.

Y, en fin, de las sierras de Chiquitos manan otras corrientes– Verde, Paraguá, Baures y sus afluentes–, que, en haz lateral, se vierten en el Ytenes, ya en la frontera de Bolivia con el Brasil.

Y como si esto no fuese bastante, todavía, desde la otra hoya que está al sur –la platense– salen otros ríos importantes –el Guapay o río Grande y el Parapetí o San Miguel– y se echan en la hoya amazónica, cual lo vimos antes.



Tal es el carácter de la cuenca amazónica, que aún parece continuar su historia primordial, de tipo subacuático, por esta abundancia y hasta exceso de sus aguas.

En los años lluviosos toda ella se convierte en un inmenso mar interior. Solo las eminencias del terreno quedan a salvo de las aguas, a modo de islas, penínsulas, cabos… Hombres y animales deben acogerse allí. Los mismos salvajes salen de las reconditeces selváticas para buscar refugio entre los civilizados de los pueblos vecinos. Perecen ahogadas grandes cantidades de ganado que no han tenido tiempo de alcanzar las alturas. Desaparece la propiedad. El latifundista, que contaba sus tierras por millares de hectáreas, las ve perderse en pocos momentos, bajo la capa líquida. Las calles de los pueblos se tornan canales. El tráfico, que hasta entonces había circulado en vehículos de tracción, debe ahora hacerlo en barcos por los caminos que se vuelven ríos.

Y por esto mismo, ¡cuán enorme es la riqueza vegetal de esta hoya! Allí está –sobre todo en las tierras del Madre de Dios, del Orton, del Acre– lo más pujante, lo más bello de las selvas bolivianas. Este es el que con expresión exacta se ha llamado bosque

real. Aquí, en verdad, el árbol es un rey; un rey que a la larga se convierte en tirano. Tal decíamos, hace años, en el libro *Páginas bárbaras*, volviendo de la última campaña del Acre, con la visión de la selva todavía estereotipada en nuestra mente:

> ¡El árbol! He aquí lo que caracteriza y resume esta tierra: es su vida, su gesto, su belleza. El árbol vence a la bestia –el tigre–; es el alcázar de las aves; el déspota de la pampa; el rival de la montaña. Es casa, es abrigo, es alimento, es templo, es lecho, es dosel. Y es un arpa gigantesca que gime, suspira, ríe, canta, pulsada por el bardo errante –el viento. Todo lo es allí el árbol: la fuerza, la alegría, el esplendor, el poder… Un gran rey. Pero también, ¡son tantos árboles! Rebaños de reyes. Aquel verdor fastuoso aturde, emborracha. Uno se siente aplastado bajo las bóvedas flotantes y entre el mar de pilastras –extraña arquitectura– que cruje y se mueve. Es un laberinto inextricable de donde, a poco que se pierda el rumbo, no se vuelve a salir. Se está en medio de un océano de hojas. Se está en una orgía fenomenal, una danza loca de troncos y ramas abrazados, apiñados, superpuestos, que interceptan el paso por delante, por los lados, por atrás, llevando la mente al vértigo y aun al terror. El árbol se vuelve aborrecible. Su protección se torna en tiranía.

Y señalábamos luego, entre esta legión de reyes, al que fuera un tiempo el más opulento, el rey máximo, el *imperator*: el árbol de la goma, el árbol de oro, como se dijo, que trastornó tantas cabezas y encendió tantos dramas en el fondo de los bosques; que convirtió a los civilizados en salvajes y a los salvajes en civilizados; que hizo correr junto a los ríos de agua, ríos de ajenjo, de cerveza, de champaña, de cachaza; que armó el velludo brazo del antiguo imperio de Don Pedro contra la "hija predilecta" de Bolívar; y que, en fin, caído de su trono, está hoy poco menos que abandonado, contemplando a sus fanáticos vasallos en la indigencia…

De esta manera al par que en la gea tipifica a la hoya amazónica su gran red fluvial, en la flora, la fisonomiza el árbol.



Y sírvanos este simple ejemplo de la goma elástica como una muestra de la inmensa escala de riquezas vegetales de esta zona; pues que el hablar de otras nos llevaría a interminables descripciones.

Ni tampoco nos entretendremos mayormente en la fauna, que solo *de visu* puede ser apreciada en toda su magnificencia y variedad. Tiene ella ciertos ejemplares que, por contraste, nos hacían pensar

en las tierras altas e intermediarias: el enorme tapacaré, entre los señores del aire, rival del cóndor andino, con sus espolones agudos en las alas, a guisa de puñales, sus ojos sangrientos y sus enormes garras; o, entre los señores de la selva, el jaguar, rival del puma de los contrafuertes andinos. Y no olvidemos a la sicurí (boa constrictor), que suele alcanzar tamaños increíbles. Cierta vez nos hallábamos en una estrada,[24] viendo picar[25] a un amigo –un siringuero–,[26] cuando, de pronto, hacia un ángulo, sentimos un extraño rumor entre la hojarasca. Miramos por allí, y nos encontramos ante una cara chata y monstruosa que, a unos 30 pasos, con las quijadas apoyadas en tierra, tenía fija la vista en nosotros. En nuestro espanto, solo atinamos a sacudir del brazo al siringuero y señalarle el punto de la asquerosa aparición. Y él, al verla, más asustado aún, echó a correr gritando: "¡Sicurí, sicurí!"… seguido instantáneamente por nosotros, entre los árboles y bejucos. Cuando, en la barraca, nos limpiábamos el sudor producido por la carrera y el miedo, decía el siringuero, ya en tono festivo: "Ese gallo debe tener por lo menos unas 30 varas de largo…".

El clima

Ya se comprende que los caracteres de la gea y la flora que hemos señalado rápidamente deben conferir al clima de la hoya amazónica cierto grado de humedad, siguiendo, también en esto, al tipo yungueño. Pero, en general, aquel es un clima agradable, ni muy cálido –no obstante su situación en la zona tórrida–, ni azotado por los fuertes vientos, como el simún africano.

El factor sanitario

Y en cuanto a la patología regional, claro es que ella presenta diversas modalidades comunes a los países cálidos. Tal el paludismo, que es la enfermedad más extendida en esta hoya. Nosotros, al visitarla, por la primera impresión, llamámosla la tierra de los hombres amarillos, no solo por la raza –pues abunda en ella el tipo

24 *Estrada:* claro del bosque.

25 *Picar*: herir los árboles para hacer chorrear la goma.

26 *Siringuero:* trabajador de la goma elástica.

mongólico– sino también a causa de la malaria y otros procesos anemiantes. Veíamos, asimismo, entre los indígenas y blancos, a los geófagos, víctimas del verme minúsculo –el necátor o anquilostoma–, a los disentéricos, a los espundiosos,[27] a los micósicos…

Pero, así y todo, de ningún modo puede asimilarse esta zona, respecto de la salubridad, a otras del África o del Asia, en que la patología tropical alcanza tan sombríos caracteres. Por el contrario, entre el común de los países cálidos, puede decirse que ella es uno de los más sanos. En dos años que allí permanecimos no encontramos, entre los indígenas, ni un solo caso de tuberculosis, lepra, sífilis y otras afecciones tan frecuentes en las naciones que van a la cabeza de la civilización.

Y digamos también, a este propósito, que esas mismas tierras amazónicas guardan en su flora gigantesca verdaderos tesoros para el tratamiento de muchas enfermedades, y que aún no conoce la terapéutica moderna. Alguna vez nos tocó ver cómo un curandero araona sanó, en pocos días, una espundia de varios años en otro indígena, usando un simple menjurje de yerbas. Sobre este caso hicimos una comunicación en la *Revista del Instituto Médico "Sucre"*, hace tiempo.

Falta de caminos

Lo lamentable es que esta interesante región, sobre todo en su frontera boreal –Territorio de Colonias–, esté poco menos que desvinculada del Macizo Andino por falta o deficiencia de vías de comunicación.

Así, la travesía de la Cordillera Blanca, para descender de la Altiplanicie a la cuenca beniana, está erizada de dificultades. Ya allí, ni ferrovías ni carreteras. Adiós el *confort* que quisieran ciertos viajeros exigentes. En lugar del auto, la mula. Y en veces, ni la mula: hay que atenerse a los propios pies. Solo con ellos se podrá orillar precipicios vertiginosos, deslizarse en los clásicos jaboncillos,[28] y

27 Espundia es un término indígena que se aplica a una enfermedad ulcerosa de la piel y mucosas.

28 Jaboncillo: terreno en que predomina la laterita, compuesto de alúmina y sílice que, seco, tiene la dureza del ladrillo –de donde proviene su nombre– y humedecido se torna en una pasta lodosa que hace los caminos muy resbaladizos.

vadear torrentes, comiendo mal o sin comer, y pasando noches y noches al raso…

El asunto no es muy alucinante que digamos.

Cierto que, para un turista de verdad, las mismas dificultades son otros tantos estímulos. Cuestión de temperamentos… Y de pies. Hace años, a poco de publicarse nuestro libro *Páginas bárbaras*, por el cual desfilan personas y cosas no precisamente halagüeñas del sombrío escenario amazónico, un profesor alemán –el doctor Oscar Tenz– residente en Valparaíso (Chile), a cuyas manos fue a dar dicho libro, inquietado por su lectura quiso regresar a su patria pasando por las tierras que habíamos pintado. Ascendió, pues, de las playas del Pacífico a la Altiplanicie, hasta La Paz, pasó de aquí a Sorata, en mula; luego, a pie, trepó los estribos septentrionales del Illampu; cruzó así la Cordillera Blanca y, a poco, estaba en las playas del Beni y del Madre de Dios, desde donde nos escribió, entusiasta, antes de proseguir a Europa, por el Amazonas, hablándonos de su interesante viaje. En su carta, fechada en Riberalta –el vistoso puerto asentado en los ribazos que dominan la conjunción imponente del Beni con el Madre de Dios–, está hablando, más que el profesor, el turista. Y un turista de la cabeza a los pies. Hay que recalcarlo: no basta tener de turista solo la cabeza; ni basta tener de tal solo los pies. Hay que tener de turista la cabeza y los pies.

Hace 30 años fuimos desde la Altiplanicie al Acre, en la frontera noroeste de la hoya amazónica, con algunos centenares de turistas. Eran estos soldados. Formaban un bravo batallón –el Batallón Murillo–. E iban con él varias mujeres y aun niños.[29] Atravesamos el Macizo de Yungas en un mes, haciendo gran parte del camino a pie; y, en otro mes, por agua, metidos en batelones, canoas y pequeñas lanchas a vapor, llegamos al teatro de operaciones. Al desembarcar, después de la pesada navegación, un soldado aymara decía a otro, en su idioma:

—Por fin volveré ahora a manejar mis pies…

Eran también aquellos los pies de un turista de verdad. Y con tales palabras, el indio andino –admirable andarín– mostraba toda su psicología. Aquello de ir acoquinado, durante semanas enteras, en los rústicos batelones, habíale causado empacho. Despertaba en él

29 Véase *Los héroes anónimos*, del autor (Cochabamba, 1929).

la nostalgia de sus montañas y hablaba la voz de su raza. Pensamos nosotros en el hombre primitivo. Vímoslo realizando –hace millares de años– sus éxodos prodigiosos, desde las altitudes del Macizo Boliviano hacia los cuatro puntos cardinales: ya un día cruzando la Cordillera Occidental, rumbo a las costas del Pacífico, donde han quedado muestras de su inteligencia y su poder; ya siguiendo –por el norte y el sur– la gran hilera de los Andes, hasta sus más remotos extremos; o ya, en fin, perforando, por el oriente, la Gran Cordillera y descendiendo a las cuencas subyacentes, para dejar también en ellas las inconfundibles huellas de su paso. Ellas subsisten, hoy mismo, en diversos puntos de la hoya amazónica, ya no tan solo en Bolivia, sino en el Brasil. Diríase que esas migraciones humanas marcharon por los mismos rumbos de los ríos desprendidos del Macizo Boliviano. Justamente a lo largo de ellos, ya en las corrientes superfluviales –como el Kaka yungueño–, ya en el Beni, ya en el Madera, ya en las mismas bocas del Amazonas (isla Marajo), subsisten las inscripciones rupestres que fundamentan esa inducción. Y en este último sector se han hallado también restos humanos cuyas características antropológicas son similares a las de los primitivos pobladores de la Altiplanicie boliviana. De estos aún subsisten grupos aislados –como los urus y chipayas. Y por ello algunos investigadores suponen que ese tipo humano se dirigió desde las orillas del Atlántico hacia el Macizo Andino. Para nosotros, acaeció justamente al revés: fue más bien el hombre del Macizo que emigró de occidente a oriente, desde los Andes a la llanura tropical, ya bajo la presión de violentos cambios en el ambiente físico –según aparece en la tesis del *cingulum* climático del profesor Posnansky– o ya por la concurrencia de factores humanos –invasión a la Altiplanicie de otras razas.

En una etapa más próxima a nosotros es muy sabido que la dominación quechua –incásica– se irradió en la hoya amazónica, sobre todo en las tierras del Mamoré (Mojos).



Quedan así trazados algunos rasgos de las tierras amazónicas bolivianas. El tema –como ellas mismas– es fascinante y gigantesco. Nosotros, dada la intención que anima las presentes líneas, apenas lo hemos rozado: no pretendemos sino despertar la curiosidad del lector,

interesarlo por el estudio de un asunto cuya importancia para Bolivia –desde cualquier punto de vista– no necesita ser encarecida.



Para finalizar este parágrafo dedicado a la hoya amazónica, y puesto que hace luengos años tocónos tomar cierta parte en uno de los aspectos de su tragedia –o, si se quiere, la tragedia del soldado y del siringuero– acerca de la cual escribimos los libros *Páginas bárbaras*, *Los héroes anónimos* y, últimamente, *El Acre* –aún inédito–, ofrezcamos al viajero, siquiera no sea sino para variar el tema, un trozo folklórico musical que, a guisa de romance o canción, nos inspiró un joven soldado. Se llama "En las playas del Acre":

Allá en las selvas del Acre,
al pie de la selva umbría,
oí cantar a un soldado
su elegía;
una elegía en que solo
estas palabras había:
¡Madre mía, madre mía!…

El pobre soldado, acaso,
así llamando estaría
a su madre que, de lejos,
no le oía…

Y solo el eco distante
de la selva repetía:
¡Madre mía, madre mía!…

Y triste soplaba el viento
y triste el río corría;
y triste el bosque sus frondas
sacudía…
Y triste también, muy triste,
mi corazón repetía:
¡Madre mía, madre mía!…

En mi mente está grabado
el recuerdo de ese día.
Y hoy, a pesar de los años,
todavía
me parece estar oyendo
al soldado que decía:
¡Madre mía, madre mía!…

Y vamos a la Cuenca platense.

La hoya platense

La hoya platense boliviana es, con mucho, menor que la amazónica. Nos detendremos, sin embargo, más en ella, por su significación misma en la Guerra del Chaco.

Vimos la gran importancia del papel desempeñado por el Macizo de Yungas en la formación de la hoya amazónica. Del Macizo de Charcas bien podemos decir lo mismo tratándose de la hoya platense. Es el padre de ella. La hizo y la sigue haciendo. Una breve excursión geográfico-geológica explicará al viajero nuestro aserto.

Livichucu. El *magna divortia aquarum*

En el mismo borde de la Altiplanicie, entre los eslabones de Asanaques y Frailes, se inicia la formación de un notabilísimo relieve montañoso, resto de pliegues de la era terciaria: es el de Livichucu, con más sus aledaños. Determina él una triple dispersión de aguas fluviales: unas, continentales, corren al occidente, por el río de Takjahua y se echan en el lago Poopó; otras se dirigen al noreste –ríos de Ayoma y Pocoata– y constituyen las fuentes originales del río Grande, tributario como sabemos de la hoya amazónica; y, en fin, otras –ríos de Culta y T'olapampa– corren al sureste: son las nacientes del Pilcomayo, perteneciente a la hoya platense.

Y ahora bien: desde este notable núcleo fluvial centrífugo, el indicado relieve montañoso avanza hacia el oriente y sureste, a la

manera de empinado lomo, pasa por la ciudad de Sucre y desciende hasta las vertientes atlánticas del Macizo de Charcas, ceñido en sus costados por los ríos Pilcomayo y Grande, haciéndose cada vez más ancho, de suerte que si entre los ríos de Culta y Ayoma no tenía sino unos diez kilómetros, a la altura de Sucre, entre el Pilcomayo y el río Grande pasa, ya de ciento y, junto a la llanura oriental, de 400. Y en cuanto a sus ríos marginales, que habían corrido paralelos en una gran parte de su curso, al dejar las montañas toman direcciones opuestas, pues el río Grande tuerce al norte, en tanto que el Pilcomayo prosigue al sureste; y así se convierte el lomo que decíamos en un gran espacio abierto que se dilata hasta el río Paraguay.

El indicado relieve es, pues, una cuña incrustada en el cuerpo del Macizo de Charcas, con su vértice en las alturas de este y su base en la llanura (Chaco). Es decir que el Chaco Boreal no viene a ser sino una expansión o prolongación, por el oriente y sureste, del relieve de Livichucu que acabamos de describir.



Y para mejor comprensión del viajero, individualicemos rápidamente los dos grandes ríos arriba nombrados y presentémosle un tercero, de gran significación en este mismo asunto.

El Pilcomayo

Nacido, como hemos dicho, en Culta y T’olapampa (Cordillera de los Frailes), tras la Altiplanicie, desciende en el Macizo trazando una línea de orientación general sureste. De paso recibe las aguas del Potosí y Chuquisaca, por ambas márgenes, y ya cerca del Chaco, las del caudaloso Pilaya; y, saltando por el estrecho de Pirapó (salto del pez, en guaraní), sale a la planicie chaquense, donde prosigue su curso ya rectamente al sureste, separando el Chaco Boreal del Central, hasta reunirse con el río Paraguay, frente a Asunción. Es, pues, un río de cepa genuinamente andina y que, en gran manera, ha contribuido a formar el Chaco. Es por esto que nosotros, en *La tesis andinista*, refiriéndonos a ese territorio, decimos:

> El Pilcomayo lo hizo, desde hace milenios; y sigue todavía haciéndolo. Él fue el gran vehículo que, bajando desde las nevadas cumbres del Macizo hasta la oquedad que dejaron a sus plantas en descubierto

> los mares silurianos al retirarse en remotas épocas geológicas, la fue rellenando con los múltiples materiales que arrastra a su paso.Y fue –y es hoy mismo—mensajero entre la nieve polar que corona la testa del Macizo y las tierras candentes que cabrillean a sus plantas; entre la morada del cóndor y la del puma; entre la yareta que cubre las rocas a cinco mil metros de altura y el quebracho que, apenas a un centenar, hunde sus fuertes raíces en la arena chaquense. Impetuoso o sereno, furibundo o manso, el noble río ha hecho esa obra como un verdadero artista: arrancó, desde las canteras andinas, las duras rocas; las quebrantó impertérrito y paciente; las redujo a menuda granza y, por fin, transformó esta en la fina arena que cubre la mayor parte del Chaco. Y prosigue hoy su obra milenaria. Por eso decimos que el Chaco fue hecho por el Pilcomayo. Y puesto que el Pilcomayo es uno de los grandes ríos que desde el Macizo Boliviano descienden al Chaco, se puede decir igualmente que el Chaco es hijo de los Andes.



Y, en el campo histórico, el Pilcomayo aparece también llenando un trascendente papel. Él guió y sostuvo al hombre altiplánico en sus travesías del Macizo hacia el Paraguay; así como fue uno de los trayectos principales que escogieron los invasores tupis y guaraníes para abordar desde el Paraguay el Macizo de Charcas; hoy mismo, como señal viva de su paso, queda en el sector de los Esteros de Patiño (parte meridional del Pilcomayo) el clavo étnico de los tapiete, de origen guaraní, entre otras tribus diferentes (tobas, chorotis). Y ya se sabe cómo en la era hispánica hicieron los conquistadores ensayos infructuosos para remontar el Pilcomayo en busca de la Sierra de la Plata –Charcas.

Tales, los de Ñuflo de Chaves en el siglo XVI y los del jesuita Patiño en el XVIII; por allí también, en opuesto sentido, condujo el bravo Armenta su hueste, desde Tarija hasta las proximidades de Asunción. Y son asimismo conocidos los grandes esfuerzos hechos en la República por los bolivianos para salvar el Pilcomayo y llegar al Paraguay: Magariños, Van Nyvel, Rivas, Giannelli… una mención especial merece, en este punto, la expedición Campos de 1883 que, partiendo de Tarija, fue por una y otra orilla del Pilcomayo, entre las más crueles penalidades, hasta salir al río Paraguay y luego a Asunción.

El río Grande

Nace muy cerca al Pilcomayo, en Livichucu y, guardando con él cierto paralelismo, desciende el Macizo de Charcas. Llegado a tierras atlánticas, se produce el curioso fenómeno de su vuelta al norte y su ingreso en la hoya amazónica, según vimos atrás. Es decir, ya en la llanura el río Grande traza un arco en torno a las tierras donde se alza la ciudad de Santa Cruz para ir a formar, en la Cuenca Beniana, el soberbio Mamoré, que se vierte en el Madera. El río Grande tiene, pues, un triple carácter fluvial: andino, platense y amazónico.

El Macizo de Charcas viene a ser, de esta suerte, un acuario común para ambas hoyas. Por su flanco septentrional (brazo Cochabamba-Santa Cruz), da a la amazónica un profuso haz de ríos; y por su vertiente platense, con el río Grande, le envía las aguas de su propio corazón.

Los primitivos indígenas andinos llamaron Chinguri a este río. Los invasores guaraníes que llegaron –como al Pilcomayo– hasta él, le dieron el nombre de Guapay ("río que abarca a los demás"). Y, por su parte, los conquistadores españoles lo nombraron río Grande, haciendo extensiva esta denominación al Mamoré y aun al Madera amazónico.

Fue en sus orillas que, en los inicios de la Conquista, sobrevino el famoso encuentro de Andrés Manso y Ñuflo de Chaves y la subsiguiente disputa. Allí apareció La Barranca de Manso, en tierras de Güelgorigotá, asiento actual de Santa Cruz de la Sierra.

El Parapetí

Pero más todavía a propósito de las relaciones hidrográficas que ligan el Macizo de Charcas con las hoyas amazónica y platense, he aquí otro río que presenta un caso análogo al anterior, o acaso aún más notable: el Parapetí.

El Parapetí, nacido en las postreras estribaciones orientales del Macizo de Charcas –serranía de Pomabamba–[30] se dirige, entre los ríos Grande y Pilcomayo, al sureste en su curso y, después de correr en la llanura primeramente al este, dobla lentamente al norte. Y aquí empiezan sus peripecias. Vacila, corre con dificultad, como si estuviese subiendo. Diríase que duda. Por eso lo llamamos alguna vez "río ambiguo". Y es así como en el

30 De *puma-pampa*: llanura del puma.

Isosog se forman esos grandes bañados que los lugareños llaman "las madres". Allí el agua se estanca. Y aun resulta que en veces corre al revés, si le falta impulso trasero. Otras, en la estación seca, acaba por desaparecer en gran parte de su recorrido, sumiéndose entre los arenales. Y sucede también que varía con frecuencia de cauce. Y, en fin, existe la presunción –y nosotros participamos de ella– de que en la zona de los bañados desprende uno o más brazos, superficiales o subterráneos, dirigidos al sureste, que formarían el misterioso Timanes y otras cañadas de las profundidades del Chaco, terminando por desaguar en el río Paraguay y por intermedio del Salado que a él afluye en las proximidades del Puerto Sastre. El río Salado sería así primitivamente el propio Parapetí, convertido luego en el Timanes y otras corrientes ocasionales.

Y sucede además que de "las [corrientes] madres" por el norte se desprende otro brazo –el Quimome– que se vierte en la laguna Concepción (Chiquitos), para salir de la misma con el nombre de San Miguel o Ytonama y echarse, después de cruzar la hoya amazónica boliviana, en el Ytenes.

Así resulta que el Parapetí es un río de las dos hoyas, amazónica y platense, y afluente de sus ríos marginales por el oriente: el Ytenes y el Paraguay.



Parapetí significa en guaraní "aguas matadoras": es que el río, con sus pantanos de barro pegajoso, que matan a la manera de un pulpo, continuamente está haciendo numerosas víctimas.

Con todo, sus orillas son más densamente pobladas que las del Pilcomayo chaquense. Se asientan en ellas las haciendas muy bien establecidas. La ganadería ha tomado allí gran incremento. Abundan los caseríos de indígenas. A unos 20 kilómetros del río, en su curso meridional, junto a la serranía de Charagua, está el pueblo del mismo nombre, uno de los rincones más atrayentes de la región por la bondad de su clima y la calidad de sus productos.

El Parapetí, además, es un río de ilustre abolengo histórico. En sus aledaños, las hordas guaraníticas que, viniendo desde el Brasil y el Paraguay embestían el Macizo de Charcas, hallaron la dura resistencia de los autóctonos. Y, durante la Conquista, en las tierras de su margen izquierda, ya convergentes a las montañas,

se encontraron, como en las del río Grande, los españoles de los Andes y del Paraguay: cuando, en 1548, desde Asunción, llegó a ellas Irala con arrestos de escalar "la sierra", los naturales, expresándose en la lengua de Castilla, le enteraron de que esa zona estaba ya comprendida en la jurisdicción de La Plata. Y años más tarde, en la misma orilla del río, asentó el capitán Manso su infortunada fundación de Santo Domingo de la Nueva Rioja, que destruyeron los chiriguanos en una noche.

Hoy, como por predestinación funesta, el Parapetí es también escenario de una lucha sangrienta entre bolivianos y paraguayos. El río de aguas matadoras sigue cumpliendo su sino…

Trazos geológicos

He ahí, sumariamente señalados, los tres grandes ríos andinos que concurren a formar la hoya platense, descendiendo por la vertiente oriental del Macizo de Charcas; y dos de los cuales dan lugar a esa que hemos llamado "una paradoja geográfica". Solo el Pilcomayo, corriendo siempre al sureste, se muestra típicamente chaquense. En cambio, el río Grande y el Parapetí, platenses en la primera parte de su curso, tuercen después al norte, penetrando en la otra hoya, y se convierten en ríos amazónicos. Diríase que niegan sus aguas al sediento Chaco, siendo ese uno de los factores que determinan la extrema sequedad de tal territorio.

Y así también se habrá explicado mejor el viajero la formación original de la hoya que consideramos. En realidad, esta circunscripción geográfica más propiamente que una hoya es –repitámoslo– simplemente la prolongación de aquel pliegue de Livichucu que, estrecho como vimos en su comienzo, va tomando en su descenso, paulatinamente, un ensanche tal que acaba por abarcar el Chaco Boreal y zonas adyacentes (Chiquitos) en la llanura. Y esta misma, si bien se examina, se verá que no es tampoco el plano perfectamente regular que suele decirse tendido entre los Andes y el río Paraguay. Es más bien un terreno desigual, arrugado en partes, llano en otras, con depresiones aquí y allá (cañadas) y con eminencias –restos de antiguas montañas ya casi destruidas por la erosión. Lugares hay –zona septentrional– en que aún subsisten cerros aislados: tales los de Chueri al sur del Parapetí; el Cortado, Tamané, Aguariagua, Urundaití, en su

margen oriental; los de Warani, Colorado, San Miguel y las lomadas llamadas antes Murillo y hoy Aroma, hacia el río Paraguay. En suma, este territorio vendría a ser lo que en lenguaje geológico se llama un peniplano. En las primeras edades del planeta, llegaba allí el mar siluriano; y al retirarse, las oquedades producidas por los movimientos epirógenos se fueron llenando con las tierras de acarreo llevadas de Chiquitos por el norte y, sobre todo, de los Andes por el occidente. Así se formó el talud que, desde las faldas del Macizo de Charcas, sigue degradándose poco a poco hasta el litoral paraguayo, de suerte que si hoy, en la zona septentrional, al pie de los Andes, tiene cerca de mil metros de altura, pasa apenas de cien sobre el río Paraguay.

Al presente continúa aún ese trabajo de acarreo. Las hoyas se van elevando con los despojos de las montañas vecinas. El granito, el pórfido, la traquita, las rocas metamórficas llegan allí ya reducidas a polvo. Así, cuando el viajero corre de Villa Montes a Ballivián y ve que su automóvil se sumerge en los pozos de finísima arena que con molesta frecuencia cortan la carretera, no estará descaminado si piensa que aquella es la sustancia de las mismas crestas rocosas que veía, por ejemplo, al pasar por las alturas de El Cóndor en la Cordillera de los Frailes. Recuérdese que de ellas se descuelgan diversos ríos, como el hermoso Yura, que por el Tumusla y el San Juan va hasta el Pilaya y el Pilcomayo, transportando al Chaco los detritus de aquella cadena montañosa tan deleznable que no es desacertado decir que se la está llevando el viento.

El clima

La sequedad caracteriza el clima de la hoya platense, particularmente en el Chaco. Él se distingue, pues, del de la hoya amazónica en este primer rasgo que, por lo demás, no es sino continuación –exagerada– del tipo climatológico predominante en el Macizo de Charcas. Así como la humedad del Macizo de Yungas repercute –también muy acrecentada– en la hoya amazónica, pasa igual con la sequedad del Macizo de Charcas en el Chaco. De manera que, en este orden, se puede decir que ambas hoyas siguen siempre la pauta marcada por sus correspondientes macizos.

Y tal sequedad, en el Chaco, es un obstáculo que tiene aún en jaque al esfuerzo humano civilizatorio. Ella fue el muro infranqueable para las expediciones bolivianas que se internaron,

reiteradamente, en las selvas chaquenses. La hueste de Campos y Thouar, hace 50 años, consiguió romperlo, pero por poco perece de sed. La sed… el *innema* fatídico de los indígenas del Chaco; el *ch'aqui* de los quechuas andinos; la sed que en la misma guerra pasada ha sido una de las visiones más trágicas.

Y hasta en las faldas montañosas bordeantes de este territorio suele desaparecer el agua de los ríos, en los años de seca. Lo cual es una catástrofe para sus pobladores –hombres y animales. La ganadería, allí la industria más avanzada, retrocede. Millares de vacunos mueren por la falta de agua.

Aún más: las perforaciones que en diversos parajes se han hecho –y se siguen haciendo– para extraer el agua del subsuelo, frecuentemente dan mal resultado: el agua que se encuentra –si se la encuentra– no siempre es potable; diversas sales, como el cloruro de sodio, la invalidan.

El paisaje

De esta suerte, como el aire, el suelo en esta zona es extremadamente seco. Ya aquí no se ve la red fluvial, copiosísima, de la hoya amazónica. Nada por ejemplo de un Mamoré o de un Beni con sus incontables afluentes. En las profundidades chaquenses no corre, propiamente, más río que el estacional y pequeño Timanes. Y en cuanto a los riachos que descienden de las montañas vecinas –Tarairí, Tihuipa, Macharetí, Charagua, Ihuirapucuti– apenas si llegan a correr un corto trecho en sus faldas siendo pronto tragados por el sediento arenal. Solo en la épocas lluviosas se humedece esa tierra y aún se producen inundaciones y grandes estancamientos pluviales (*curichis*) que, pasadas aquellas, desaparecen.

La vegetación, en consecuencia, adquiere un tipo mezquino. Ya no más la *selva real*. Manchas de bosque bajo alternan, en general, con praderas y lomadas vestidas de pajonales o de una maraña espinuda y rastrera (*aballoy*). Acaso podría decirse que el quebracho es aquí el rey; o el panzudo toborochi; o la palmera carandaya. Mas ninguno de ellos alcanza, ni con mucho, la magnificencia de aquellos gigantes que se espejean en las ondas del Madre de Dios, del Beni, del Acre…

La falta de agua quita, pues, al paisaje sus mejores atractivos, particularmente en el Chaco. Todo parece allí estar sediento. Lo

están hasta las polícromas mariposas que, en enjambres innúmeros, se apiñan sobre las gotas de agua que dejó escapar el chofer al refrescar el motor del automóvil; lo está el pobre arbusto que se acurruca, achicharrado, bajo el sol de plomo; lo está la arena misma que en napas rojizas cubre el suelo. Y, justamente, ese color rojo es como el certificado que acredita la sequedad telúrica de ese territorio, causada por la acción del sol, que acaso hará en el futuro de él un nuevo Sahara.

Cierto es también que en medio de ese mismo cuadro de ardentía y de sed, podrá el turista que se aventure en estas hurañas selvas hallar gratas sorpresas ante ciertas plantas que bien pudiéramos llamar providenciales. Tal, una humilde primulácea: el sipoy. El sipoy tiene tallo grácil y hojas menudas que evocan la figura de la cruz; pero su raíz es un descomunal tubérculo de forma ovoidea que pesa en veces más de una arroba y suele contener hasta varios litros de agua. He ahí un milagroso reservorio del precioso líquido, enterrado en las arenas de esa tierra seca y salobre. El mismo *caraguatá-guasú* que, en el fascículo de sus carnosas hojas, conserva las gotas del rocío mezquino, ¡cuántas veces ha salvado la vida al sediento!

La fauna

Con lo que llevamos dicho se explica que la fauna de la hoya platense sea mucho menos variada y abundante que la de la amazónica. Por ejemplo, el jaguar, la fiera totémica –el *yaguareté* que, según la leyenda chiriguana, se quería comer a la luna–, aquí apenas si está para comerse a la tímida *urina*; y más bien se halla a punto de emigrar del Chaco, ante la presencia del hombre civilizado.

En cambio, más difundido, más numeroso y sociable es ese otro ejemplar, de fama mundial, muy frecuente también en el Macizo Boliviano: el zorro. El viajero lo verá a menudo, aun en las noches, lanzando a carreras desenfrenadas delante de su automóvil. Hállanse alguna vez zorros blancos. El nombre Aguaragüe de una de las cordilleras bordeantes de la hoya platense por el occidente, significaría, en guaraní, madriguera de zorros (*aguará*: zorro).

Ni olvidemos tampoco al guanaco. De él decíamos, hablando de la fauna altiplánica, que ya ha desaparecido, casi del todo, de las alturas andinas, probablemente su tierra de origen. Pues, subsiste

aún en la hoya platense. Lo hemos encontrado en el corazón del territorio, adonde se internó quizá huyendo del hombre. La zona ribereña del Parapetí, hoy llamada Isosog, palabra derivada del chiriguano, se llamó anteriormente Huanacu-pampa, nombre quechua que significa llanura de los guanacos y que todavía subsiste en mapas antiguos. Sería este otro hecho demostrativo de que también en esos parajes solían realizarse, en remoto pasado, las famosas cacerías, de origen andino, cuyo nombre quechua dio origen a la palabra chaco (*chjakjo*: lugar desbrozado, abierto). El cronista Lozano y últimamente Enrique de Gandía escriben incorrectamente chacú.

Por último, como muestra notable de cosmopolitismo, citemos un pequeño roedor equímido, similar del llamado tojo o tuju de la Altiplanicie. Apenas más grande que un ratón, tiene los ojos de este, las barbas de gato, la piel de vizcacha, los dientes de castor, las manos de quirquincho (armadillo): una miscelánea viva. Viendo el animalito al hombre, se encoleriza, gruñe, muestra los incisivos, incurvados y recios, de color rojizo. Y de esta guisa muchas veces embiste. Pero aun cuando retrocede, lo hace sin volver las espaldas; puesto sobre sus patitas traseras se desliza hacia atrás dando siempre la cara al enemigo. Como en las alturas del Macizo, este animalito también fragua enormes oquedades en el subsuelo del Chaco. Es un arquitecto enano, una especie de gnomo, que si abre sus galerías bajo las carreteras da lugar a la formación de aquellos pozos que son la pesadilla de los choferes.

Entre las aves grandes solíamos ver con frecuencia el ñandú (avestruz), igual al que habíamos hallado antes en las praderas de Trinidad, en la otra hoya. En cambio, nunca encontramos el corpulento *tapacaré*, rival del cóndor andino, que en escuadrillas estridentes y hostiles nos persiguió más de una vez en los bosques del Madre de Dios y del Orthon.

Tampoco son precisamente numerosas las multicolores y bulliciosas parabas, que dan un típico carácter al paisaje amazónico, ya en el mundo del cóndor, pintando flores abundantes en su cielo, en sus ríos, en sus selvas; o ya en el sinfónico, con la sonoridad y destemplanza de sus gritos. Quizás en tiempo lejano, cuando el régimen climático en el Chaco era mejor que el presente, abundaban mucho más esas aves. Así se explicaría el nombre mismo del río Paraguay que, según investigadores autorizados en

excursiones etimológicas y etnográficas, quiere decir "río de los loros" (*paraba-y*).

Y para dar fin a esta remembranza del mundo volátil hablemos también al viajero de cierto avechucho noctívago que en cierta ocasión nos dio algo que hacer.

El cuyabo

Viajábamos una noche de otoño en lo más hondo de la selva platense, en la pésima carretera que, por Ingavi, se dirige al río Paraguay, ocupando junto al chofer la cabina de un destartalado camión. A poca distancia seguíamos, en otro camión de no mejor aspecto, un compañero de andanzas. Las altas horas de la noche pesaban en nuestro cerebro sobreexcitado con los apremios de la guerra en esos días. La selva negra nos rodeaba. A la luz de uno solo de los focos del camión –el otro estaba roto– apenas podíamos discernir por delante de la faja blanquecina de la carretera perdiéndose entre los árboles. Por detrás, rato a rato, veíamos el otro camión como un monstruo de ojos centelleantes, dando apariencias fantásticas al paisaje. Pero lo que sobre todo nos atraía era unos cuyabos que revoloteaban junto al coche con molesta insistencia, dando a ratos sus aletazos sobre la capota del motor y rozándonos casi en la frente soñolienta. Otras veces iban a posarse sobre las mismas huellas de la carretera, cual si quisieran oponerse al paso, remontándose solo cuando ya la rueda iba a tocarles. De lejos no se los veía; pero en cambio se mostraban entre las sombras, sembrados por el suelo, unos puntos rojos y brillantes, como ascuas de fuego.

—¿Son tal vez troncos encendidos? –preguntamos al chofer.

—Son los ojos de los cuyabos –contestó él.

Así avanzamos, cada vez más intrigados con estos pajarracos nocherniegos, pero en esto debimos hacer alto. El camión trasero no aparecía. Ya sus ojos no brillaban a la zaga, como los de los cuyabos delante. Esperémosle por un buen rato y como no llegaba, echamos pie a tierra para ir en busca del compañero. Pistola en mano desandamos, por varios kilómetros, el camino recorrido, bajo la tenue claridad de la luna oculta tras una capa de nubes que se dilataba por todo el firmamento. A momentos encontrábamos a la vera del camino troncos derribados de toborochis. Panzudos y deformes, semejaban cadáveres hinchados y putrefactos. Y en todo,

una profunda soledad. Ni un soplo de viento en las frondas negras. El bosque parecía petrificado. Y en medio del silencio sepulcral, apenas resonaban tácitamente nuestras botas hollando, a grandes trancos, la arena del camino.

Pero he aquí que de pronto hirió nuestros oídos una voz lastimera. Venía de la selva. Era como si una mujer se estuviese quejando allí. Pero ¿cómo podía ser tal si estábamos en pleno desierto? Pensamos que acaso se tratase de alguna mujer siracua, pues ya sabíamos que en las proximidades de Ingavi suelen vagar salvajes de esa tribu. Detuvímonos fijando más la atención. La voz tornó a sonar y hasta nos pareció distinguir, vagamente modulada en ella, una palabra quechua:

—¡*Kjuyahuay*!…[31]

La cosa, como se ve, adquiría mayor interés. Pero pronto un vuelo de ave que pasó junto a nosotros, volviónos a la realidad. Era un cuyabo que al entonar su canto en la noche iba articulando su mismo nombre que, como verá el turista, no dista mucho de *kjuyahuay*.

Productos

El petróleo, del cual ya hablamos, más corresponde al último tramo montañoso del Macizo que no propiamente al Chaco. E igual cosa se puede decirse de ciertos recursos agrícolas como la *cumanda* y el maíz, principal alimento este último del indígena. Y también su mejor diversión. Con el maíz fabrica, en efecto, el chiriguano, el *cangüa* (chicha) que, según el decir de cierto misionero, es "su dicha, su ideal, su dios, su todo".

La ganadería se desarrolla solo a lo largo de los ríos marginales. Para poderla incrementar en el interior del Chaco habrá primeramente que vencer el grave obstáculo que significa la falta de agua.

En el sector norte de esta hoya, existen enormes yacimientos de cloruro de sodio, ya explotados desde un remoto pasado aun por los bárbaros: son las salinas de Santiago y San José, que en el futuro darán seguramente lugar al establecimiento de diversas industrias. Créese que, además, ellas contienen grandes cantidades de petróleo.

La riqueza forestal es también otra explotación del porvenir, que dará resultados que ni siquiera se pueden calcular.

---

31 ¡Compadéceme!

Caminos. Pueblos

En cuanto a vialidad, esta hoya está ciertamente en mejor situación que la otra. Hablamos ya de las diversas carreteras que desde el Macizo de Charcas se descuelgan al Chaco. Ligada a ellas se extiende por este territorio una profusa red caminera que penetra hasta su mismo corazón: Ingavi, Picuihua, Camacho, Muñoz… El camino de Villa Montes a Muñoz está conectado con la gran ruta diagonal que nos ocupa páginas atrás.

Pero es distinto el caso tratándose de “los caminos que andan”. El Pilcomayo es todavía impracticable en este orden.



Junto a los más importantes caminos de acceso a la hoya platense por el flanco andino, se alzan algunas poblaciones importantes como Villa Montes, sobre el Pilcomayo, y Charagua, cerca al Parapetí. Hace poco tiempo, nosotros, en el Parlamento, propusimos la fundación de una ciudad a orillas de este último río.

En el borde oriental de la hoya, frontero al río Paraguay, está, sobre la laguna Cáceres, Puerto Suárez.

Salubridad

También en este punto superaba, hasta hace unos años, la hoya platense a la amazónica. Así, el paludismo estaba circunscripto a muy limitados focos. El anofelo, existente es verdad en diversas zonas, estaba aún incontaminado. Pero las miríadas humanas que llevó la guerra al Chaco infectaron el mosquito y esta es la hora en que el paludismo ha abarcado allí una enorme extensión. Y algo análogo pasa con otras afecciones: disentería, uncinariasis, micosis. Ello sin contar con los flagelos generales como la tuberculosis, las enfermedades venéreas, etcétera.

Una mención especial merece la fiebre amarilla. Habíamos opinado nosotros, hace años, que ella existe desde lejanas épocas en ciertas zonas de la hoya platense, como la comprendida entre el río Grande y el Parapetí, aunque revistiendo formas muy atenuadas y susceptibles de confusión con otras enfermedades. La epidemia que hace 50 años caracterizaron muy bien en el Isosog los doctores Ortiz y Camó, médicos de la expedición Thouar (1887), no era

sino el despertar del proceso amarillítico latente en esa zona. Y lo propio ha vuelto a pasar hace pocos años. Existe pues allí el flagelo, aunque muy disimulado. Confírmalo también la Misión Rockefeller. Más aún: hoy se tiende a creer que puede presentarse el mal aun sin la concurrencia del huésped intermediario conocido *(aedes aegypti).* En este sentido, el Chaco ya podría también contarse entre las regiones azotadas por el cuarteto sombrío, "los cuatro grandes problemas de los trópicos" al decir de cierto médico: el paludismo, la disentería, la uncinariasis y la fiebre amarilla.

El hombre

Teniendo la hoya platense los defectos que acabamos de señalar, muy especialmente la falta de agua en su mayor parte, no debió de ofrecer mayores ventajas para el desarrollo del hombre primitivo. Pero sucede también que ella está enclavada en pleno corazón de Suramérica, con los dos grandes sectores del Pacífico y Atlántico a los lados, constituyendo así un punto de paso obligado para las corrientes humanas dirigidas en uno y otro sentido.

El hombre andino

De nuestra parte, creemos firmemente que en tiempos remotísimos, muy anteriores por cierto a la etapa incásica, la civilización de Tihuanacu, que por el norte irradió hasta Colombia, a la Argentina y Chile por el sur y a las costas del Pacífico por el occidente, llegó también por el oriente a las tierras que son hoy el Brasil y el Paraguay. Y el avance hubo de verificarse por la hoya indicada. Todavía podemos nosotros considerar las diversas huellas que dejó en su marcha. Tales serían los restos arqueológicos de tipo altiplánico que se encuentran en Zudáñez a unos cien kilómetros al sureste de Sucre, los de Incahuasi a 400 y los de Charagua (recuérdese la referencia que hicimos a las inscripciones de Ihuirapucuti) a 600, ya al pie del Macizo de Charcas. Y asimismo sabemos de los hallazgos hechos en el litoral del río Paraguay: los de Fuerte Olimpo, comunicados por Juan de Cominges, y los del Mutún, citados por diversos viajeros, al norte de aquellos. En este último punto la imagen del sol, grabada repetidamente en la piedra, nos dice claramente de la raza heliolátrica que desde la Altiplanicie llevó su culto por los cuatro puntos cardinales. Acaso se tratase de una

emigración blanca, la de los *yuraj-kjaris* (hombres blancos), cuyo nombre subsistía hasta hace poco en el gran brazo orográfico Cochabamba-Santa Cruz (Cordillera de los Yuracarés).

Los chaneses

Se cree, por otra parte, muy fundadamente, que en tiempos posteriores aportó a América una invasión amarilla llegada por el estrecho de Bering: sería la de los chanes o chaneses, de origen asiático. Los advenedizos avanzarían, luego, a lo largo del borde occidental de las Américas, hasta el Perú, dejando de paso, en Centroamérica, la fracción de los mayas, en la cual aparece también el nombre de chanes (serpientes). En el Perú es muy conocida la región de Chan-Chan, que en lenguaje quechua significaría "región donde abundan los chanes", aunque es más socorrida su traducción por "muy antiguo", que no se opone precisamente al concepto anterior. Y ahora bien: nosotros pensamos que estos chanes, gente eminentemente prolífica y trashumante, pasaron del Pacífico al Atlántico, a través de los Andes, esparciéndose así sobre las dos hoyas, amazónica y platense. Hoy mismo subsisten en ellas tipos claramente afines al chino o japonés. Nosotros frecuentemente los hemos visto entre los araonas y otras tribus que pueblan las márgenes del Beni, el Madre de Dios, el Orthon, en el noroeste de Bolivia (hoya amazónica). Y hemos vuelto a encontrar ejemplares del mismo corte al pie del Macizo de Charcas, sobre todo en las tierras del Parapetí (hoya platense), en Copere e Iboperenda. Son los mismos chaneses frecuentemente nombrados por los antiguos cronistas españoles. Al advenir la Conquista, estaban subyugados por los chiriguanos bárbaros de ascendencia guaraní. Hoy se extienden aún sobre una extensa área del Chaco Boreal.

Los guaraníes

Los guaraníes, como se sabe, ocupan una gran parte de las costas orientales de Suramérica. Antropológicamente, serían de remota ascendencia negra. Venidos sus antecesores en tiempos prehistóricos desde el África, habríanse cruzado con los indígenas de la América tropical, en parte de origen andino, generando el tipo étnico llamado *tupi* o guaraní. Y bien: estos guaraníes realizaron un movimiento migratorio de sentido opuesto al de las corrientes

andina y amarilla. Estas fueron de los Andes al Brasil y Paraguay; aquellos dirigiéronse del Brasil y el Paraguay a los Andes. Varias de sus irrupciones tuvieron lugar en tiempos ya propiamente históricos, por lo cual son mejor conocidas que las anteriores.

¿Y qué buscaban los guaraníes? Buscaban el Macizo Andino. La fama de este, revestida de deslumbrantes tintes, llegaba seguramente a sus oídos por boca de los descendientes de las mismas gentes –los chaneses, por ejemplo– que emigraron de allá al trópico: en las montañas que habían dejado sus antecesores estaba el paraíso, (aquí el Edén de Villamil de Rada); estaba la morada de la felicidad, la tierra prometida; allí, al alcance de la mano, el *manioc* y todo lo demás en que la mentalidad balbuciente del bárbaro hacía consistir la dicha. Levantó, pues, el guaraní sus aduares y ya remontando el río Paraguay, ya subiendo el Pilcomayo o ya cruzando la región actual de Chiquitos entre el primero de los ríos nombrados y el Parapetí, llegó a los pies del Macizo y trató de escalarlo. Los naturales opusieron brava resistencia al intruso. Pero este se había embarcado en la aventura sin ánimo de regresar. Así se incrustó en aquellas tierras y aun se mezcló con los pobladores nativos. El resultado fue el chiriguano, que subyugando a la pacífica y nutrida nación de los chaneses, se extendió a todo lo largo de las últimas serranías del Macizo de Charcas e inició sus arremetidas contra la barrera montañosa para subir a la meseta. En los postreros tiempos del Imperio incaico, el problema chiriguano asumía ya muy graves caracteres. Como que los españoles, sojuzgados los hijos del sol, se apercibieron muy luego de él: en 1534 hubo un acuerdo entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro, según el cual este último debía ir a reducir a aquel pueblo indómito. Y es muy sabido cómo después el chiriguano tuvo en jaque al poderío español por cerca de tres siglos.



Tenemos, pues, que la hoya platense, comprensiva del Chaco Boreal, formó parte obligada del itinerario seguido por diversos éxodos humanos: uno de procedencia andina, probablemente blanco o blancoide; otro amarillo, mongoloide; y en fin el de los tupis y guaraníes, negroide.[32] Ello sin contar otras tribus bárbaras que con frecuencia solían

32 Véase: *Ensayo de prehistoria americana* de Belisario Díaz Romero.

replegarse a ese territorio, no obstante los tremendos contrastes que debían arrostrar en él empujadas por factores cuyo análisis no es de este lugar. Y digamos algo del éxodo blanco o español.

Los españoles

Hemos insistido repetidamente, en otras obras, sobre los móviles que determinaron las penetraciones al Chaco, durante el siglo XVI, de los conquistadores hispánicos llegados por el Atlántico. "Ellos no buscaban el Chaco" –decíamos. Aquel territorio sin agua debía parecerles algo como una dependencia terrestre del infierno bíblico. Querían, sí, llegar al Macizo de Charcas, la Sierra de la Plata. Ese era su ideal supremo. Y solo por cumplirlo hubieron de habérselas con las malditas tierras chaquenses. De suerte que, en este punto, llegaba a coincidir exactamente el invasor castellano con el antiguo invasor tupiguaraní. El mismo establecimiento de Asunción –hoy capital del Paraguay– obedeció ante todo a ese concepto. "Para estar más cerca de la Sierra de la Plata" –habían dicho los españoles, al erigir, en 1536, la reducción que fue más tarde aquella ciudad.

Así, ellos también fueron envueltos en la vieja tragedia de un territorio que tenía el triste sino de no interesar a nadie, pero que debía atraer a todos, puesto que era el puente que conducía a Charcas.

Charcas… He ahí el irresistible señuelo de los castellanos venidos por "la Mar del Norte", la mágica palabra que nos aclara su tenacidad fatal. Ahí está la patética legión: el infeliz gentilhombre don Pedro de Mendoza, adelantado del Río de la Plata, que se quedó sin plata y se murió contemplando sus propias llagas en vez de las "perlas e joyas" que con reiteración lastimera pedíale a su segundo Ayolas, que se lanzó en medio de las profundidades chaquenses rumbo a Charcas y no volvió ya; y luego un Irala, un Núñez Cabeza de Vaca, un Ñuflo de Chaves y tantos otros más, poseídos todos por la fiebre dorada y por la fiebre blanca, por el ansia inenarrable de llegar a la Tierra rica cruzando el Chaco misérrimo…

Si el viajero, pues, al ir excursionando con nosotros por los campos del Chaco, penetra también en estos otros campos de su historia, no siempre bien estudiada, pronto echará de ver que los conquistadores del Paraguay, al meterse en las selvas chaquenses, tenían su pensamiento muy lejos del Chaco, hincado en la deslumbrante Sierra de la Plata…

La irrupción actual

Y hoy vemos que a la vuelta de cuatro centurias se está reproduciendo el mismo fenómeno migratorio humano. Una nueva irrupción va avanzando por el lado del mismo Río de la Plata, en dirección a Charcas, la Bolivia actual.

Los descendientes de aquellos guaraníes prehistóricos y de los castellanos del siglo xvi, buscadores de tesoros, emprenden una vez más el viejo camino. Han atravesado el Chaco y ahora embisten los primeros tramos de la gran escalinata que conduce al hogar boliviano.

Y los hijos de Charcas, por su lado, descienden de sus montañas a la trágica hoya para cerrar el paso a los invasores. Y es a esto que se llama la Guerra del Chaco…



El nombre, ciertamente, no es exacto. Ya lo habíamos recordado: "la historia se repite". El drama de los tiempos pretéritos hoy se reproduce bajo nuevas formas. El Chaco es solo el teatro de la lucha multisecular, no por el Chaco mismo, sino por algo que está más allá, en la Bolivia del presente, en la Charcas de antaño.

Ahí está el petróleo, manando a los pies del Macizo Boliviano, de sus faldas montañosas que convergen al Chaco. ¡A tomar el petróleo! –ha dicho el invasor.

Y ahí están, más arriba, escalonándose en el Macizo, las otras riquezas, tan variadas, de su suelo apenas removido. Esta es aquella Sierra de la Plata tan buscada otrora y hoy desbordando también su estaño.

Sí: "la historia se repite". Habrán variado los trajes, las armas, los métodos, mas el móvil es el mismo. Si en edades lejanas fue el bárbaro semidesnudo que, en las selvas guaranianas, se alzó hipnotizado por Charcas, en nuestro siglo es el civilizado que viste frac y sombrero hongo, empujado por idéntico señuelo. Tal es la llamada Guerra del Chaco, de la que nosotros, años antes de producirse, ya dijimos: "guerra estúpida". He aquí las palabras con que, en 1927, cerrábamos el libro *La ruta atlántica*; una vez más, debemos anotarlas:

> Nosotros lo hemos dicho ya y lo repetimos: los dos pueblos, boliviano y paraguayo, unidos por la tradición, por la geografía y por sus

> comunes intereses, deben ser buenos amigos. El río Paraguay no debe dividirnos, sino más bien unirnos. Y el Chaco, en lugar de ser en el futuro el teatro de una guerra estúpida, debe ser el nexo áureo entre Bolivia y Paraguay.

Y henos ahora ante la dura realidad.

Digresión

Pero dicho está que no entra en los fines de este libro hablar de la guerra boliviano-paraguaya.

Limitémonos, ya que en la hoya platense apareció el Chaco y con el Chaco la guerra, a ofrecer al viajero, en el término de nuestra excursión, un breve relato anecdótico referente a un joven soldado que nos impresionó vivamente, como aquel otro que, 30 años atrás, en la otra hoya –la amazónica– y en otra guerra –la del Acre–, desde "la selva umbría" alzaba una canción nostálgica a su madre.



Noche. Hace una pausa la voz del cañón y las ametralladoras. La batalla había durado todo el día en una línea ondulada de más de 40 kilómetros entre Guachalla y Ballivián. Ahora el autor, junto con el Dr. Araníbar Orosco, director del hospital militar de este último punto, está en un puesto sanitario de socorro, viendo sacar a los heridos y muertos que quedaron esparcidos en el monte. El bravo regimiento Chuquisaca los había tenido muchos en una embestida imprudente al enemigo.

—No tengo, pues, cadenas para sujetar a esos muchachos –decía el mayor Cuéllar, comandante de esa unidad–. Se han lanzado en descubierto y ya no hemos podido recoger nuestros muertos y heridos…

Pero ahora se va ensayando a hacerlo. A la luz de unos mecheros de kerosén, mira el autor discurrir la macabra procesión. Entre los heridos hay uno muy grave. Tiene ambos muslos tomados por proyectiles de ametralladora. De entre los vendajes, puestos de prisa, escapa la sangre en gotas continuas y rutilantes. La región genital, también herida, está al descubierto; y allí se ve el miembro viril, descarnado y erecto. Solo le falta la vaina escrotal. Ni un hábil prosector habría hecho aquella obra notable de disección. El proyectil, respetando el esqueleto membranoso, destruyó solo la

cubierta. Rojo, túrgido, tenso, diríase del órgano una herramienta punzante después de hundirse en la herida sangrienta…

—¿Cómo te llamas?

—Pedro Manjón…

La voz flébil del soldadito apenas se oye, sus dientes castañetean. En su rostro polvoriento parece asomar la facies hipocrática, es la hemorragia. El Dr. Orihuela, médico del puesto de socorro, procede a poner al herido una inyección hipodérmica estimulante. Y cuando así lo hacía, el autor ha visto fulgir, bajo la luz del mechero, en el dedo anular de su mano derecha, un anillo de bodas. Y nada más… El autor regresa a Ballivián. Ya no brillan los mecheros de kerosén. En el paisaje, los árboles envueltos en la sombra parecen gigantes agazapados. La luna, todavía alta, difunde una claridad opaca. Todo es silencio y paz.

Poco después, el autor está acurrucado en su lecho de campaña. Las horas nocturnas se van deslizando por su mente grávida de negrura y de sangre. El autor, a lo largo de su inquieta vida, ha presenciado horrores de toda guisa. Mas el cuadro que ofrecía el soldado Manjón hace unas horas se halla todavía estereotipado en sus retinas insomnes…

Pero en esto, a los lejos, comienza a sonar una música deleitosa. Es un violín. Unas hábiles manos arrancan de él chorros de notas saltarinas, como perlas cayendo en su tazón de cristal.

—¿Será eso un gramófono? –ha preguntado el autor a un compañero, recogido en otro rincón del *pahuichi* y también en estado vigil.

—No –respondió él–. Es Montenegro, el telefonista, quien está tocando.

¡Qué diafanidad, qué dulzura, qué limpidez de esas notas!

Y entonces el autor vuelve a pensar en el herido. ¿Se habrá muerto ya? ¿Se estará muriendo, tal vez, en el hospital? ¿Llegarán, en sus postreros instantes, hasta sus oídos, aquellas divinas armonías?

Nada aquí de cantos fúnebres, de misereres, de plegarias lamentables para ayudar a bien morir, nada tampoco, de marchas guerreras, de fanfarrias detonantes mostrando al soldado esa que llaman “la senda de la gloria y del deber”. ¿No es mejor morirse suavemente, perdiendo poco a poco la sangre, envuelto por las miradas de la luna y escuchando el aire dulce que modula el violín?

Es la noche profunda.
En el confín
del bosque negro,
la luna riela meditabunda.
Y en un pahuichi
–como en un armonioso camarín–
tintinea el allegro
de las cuerdas de plata de un violín.

Es un aire español
de Sarasate,
pleno de arrullos,
de luz, de sol.



Soldado que caíste en el combate;
soldado de cuya herida
he visto cómo se vierte,
gota a gota, el raudal de la vida
yendo al mar sin orillas de la muerte;
soldado –juventud
esperanza, energía–,
no caigas todavía…
¡Salud, salud!
Ahora, tras del festín
macabro de la brega
hay que ir hasta el fin
oyendo el son alado
de las cuerdas de plata del violín.

Soldado,
bendice tu fortuna.
Ahí tienes la luna
en el confín
del bosque negro
para darte su amor
al cerrarse tus ojos adormecidos
en el postrer sopor.

Y para tus oídos
–en lugar del clarín
que lleva al duelo trágico–
ahí tienes ese allegro
que al golpe de su arco –plectro mágico–
arranca Montenegro
de las cuerdas de plata del violín.



Meses después, el autor, ya en Sucre, encontró al soldado Manjón, sano y bueno; o, como dirían sus camaradas, "vivito y coleando". Y en cambio supo que el Dr. Orihuela, que atendió al herido aquella noche, había muerto en El Algodonal, a manos del enemigo. Un tiro de fusil atravesole el cuello cuando se hallaba curando a algunos heridos bolivianos y paraguayos. Ellos también perecieron y todos juntos fueron enterrados en la misma fosa. Así se hallaron los restos del joven médico cuando se dispuso su traslación a Sucre. Ya no llevaba –se dice– el anillo de bodas…

VII

Conclusión

Y ya es tiempo de cerrar este libro. El autor debe despedirse del viajero.

Estamos en Villa Montes, a los pies del Macizo, soportando un calor africano; hay que subir algo para refrescarse. Pero ya no será por la carretera Villa Montes-Tarija. Ahí está, a la mano, en la pista de aterrizaje de este pueblo, un Junker del Lloyd Aéreo Boliviano. El autor invita al turista a embarcarse con él, para subir a la ciudad de Luis de Fuentes.

La mañana está blanca.

Blanca, porque debajo del trimotor que asciende suavemente sobre los Andes se ha inmovilizado una gruesa caparazón de nubes, ocultando la tierra. Diríase una inmensa llanura nevada, un paisaje polar. En el barco aéreo van una veintena de jefes paraguayos prisioneros que son conducidos a Tarija. Bajo las minúsculas alas de sus sombreretes de trapo destacan –desencajados– sus rostros de líneas angulosas. Sentados sobre el pavimento, unos a la manera turca, otros de cuclillas, varios de pie, forman un semicírculo prieto en torno a un féretro de tablas mal trabadas que está en el centro. Allí van los restos de un oficial muerto en esos días y que ahora son trasladados a Oruro. Cubren el féretro la bandera boliviana y un guiñapo negro.

El autor, que se había vuelto desde su sillón de preferencia, detrás del piloto, a ver al grupo y al féretro, no los encuentra muy atrayentes que digamos. Prefiere, entonces, continuar mirando por la ventanilla el paisaje exterior.

¡Cuánta blancura!

Abajo, las nubes siguen inmovilizadas. Arriba, el cielo fulge azul. El avión, a ratos, se descuelga en los pozos de aire para

ascender nuevamente. ¡Qué distintos ellos de los otros de fina arena del camino a Ballivián, donde se hundía el camión, arrancando blasfemias soldadescas a los choferes!

Pasa una hora y ya estamos sobre Tarija. La capa de gasas blanquísimas se rompe en pedazos y aparecen abajo las risueñas campiñas tarijeñas. Unos minutos más y el avión está sobre la pista. Aterrizamos.

Un grupo de curiosos rodea el trimotor. Entre ellos, ve el autor una pareja juvenil, que se le aproxima. Ella es una joven campesina de admirables ojos; él es un *chapaco*[33] vestido de soldado. Se ha fijado con mucha atención en las hombreras de la casaca militar del autor y ha dicho a su compañera:

—Este *ha'y* ser el coronel.

Ella ha contestado, incrédula:

—No *ha'y* ser.

De todos modos, el joven recluta se cuadra militarmente ante el autor, chocando los tacos de sus *chocolateras*,[34] lleva la mano derecha, con los dedos rígidos, a la visera de su quepis y pregunta:

—Con permiso, mi coronel… ¿es usted el coronel Bilbao?

—No.

Nuevo saludo militar, nuevo choque de tacos y media vuelta, mientras su voz adolescente repite:

—Con permiso, mi coronel…



Pues ahora el autor, a su vez, sin hacer precisamente las mismas piruetas del joven soldado, se despide del viajero con un sencillo y cordial *shake-hands*.

---

33 Habitante de la campiña de Tarija.

34 Botas de caña corta.



Apéndices

Apéndice I

Bolivia[1]

Potosí, antaño, era nombre de fábula –Cólquida, El Dorado, Ofir–, de la fábula estupenda que impregna de su luz maravillosa todo el Ciclo de Oro. Fue en una tierra de entrañas de oro donde Manco Cápac iniciara una civilización; donde las gentes de España destruyeran el imperio incásico e implantaran su dominio en su Alto Perú y Bajo Perú; donde Sucre consagrara a Bolívar el país nuevo que formó después de la victoria de Ayacucho.

Es hoy tan solo un recuerdo Potosí; mas Bolivia sigue siendo uno de los países más llenos de riquezas de todo el continente nuestro. País, como todos los hispanoamericanos, ardido tantas veces por revoluciones y luchas entre hermanos del propio territorio y de su vecindad, ha sufrido las inevitables fiebres del crecimiento.

"Bolivia –decíame un boliviano de talento y carácter– es el país de los contrastes". Y agregaba a tal afirmación: "Su topografía, su clima, sus producciones, sus monumentos y sus habitantes constituyen un conjunto de elementos tan heterogéneos que no parece que formaran parte de una sola nación. Quien ha viajado, no solo por una región de Bolivia, sino por todo su territorio, no puede menos que quedar pasmado ante la multiplicidad de cuadros, a cuál más inconexos y curiosos, que le presenta este país. Ya se le ve aplanado por enormes mesetas que cansan los ojos con su perpetua monotonía y que ejercen en sus moradores una acción achatante que los singulariza de modo muy particular; ya está cruzada por complicadas serranías y cordilleras, cuyos colosales picachos guarnecidos de eterna nieve parecen gigantes embozados en túnicas imperiales

1 Rubén Dario, *Prosa política*, Madrid: Mundo Latino, pág. 113.

de armiño que contemplan en actitud monolítica la sucesión de los siglos; ya está horadada de valles profundos y sinuosas quebradas, donde se ven mil accidentes del terreno, como las proyecciones de un cinematógrafo; ya bordado de praderas y selvas inmensurables, en cuyo seno bulle una vida activa y desbordante; ya está bañado por ríos larguísimos y misteriosos lagos como el Poopó y el legendario Titicaca, que guarda la poética tradición de los Hijos del Sol. La primera vez que recorrí Bolivia de extremo a extremo me pareció ir por un país de ensueño. Viéndome en la árida región que mira al Pacífico y ascendiendo a la Altiplanicie andina, sentíame hastiado por la uniformidad del panorama que se desarrollaba ante mis ojos. Aquella sabana terrosa, con su aspecto sepulcral, su frío, sus brumas, sus espejismos, sus pajonales y su silencio se me antojaba detestable. Como el navegante que en alta mar no ve más que agua y cielo yo, perdido en aquel océano de tierra, no veía más que la inmensa bóveda azul volcada sobre la inmensa llanura sin color. No se divisaba ni un solo arbusto. Yo deseaba ver cuadros más variados. Tenía la nostalgia de los árboles, la desnudez de la pampa, su serenidad, su quietud, su mutismo, infiltraban en mi espíritu un sentimiento mortal de desaliento. Aquella era una región exánime, maldita. Era la tristeza hecha tierra. Era la petrificación de la inercia y de la austeridad. Y bien. Poco después me hallaba en el otro extremo de Bolivia. Estaba, según mis deseos, en la región de los árboles. ¡Qué arboles! Ahora eran gigantescos vegetales sembrados por el suelo como soldados en ejército sin fin, los que formaban sobre mi cabeza una bóveda verde y fresca, bajo la cual caminaba días, semanas, meses. Ahora ya no más perspectivas ilimitadas y aburridoras. Yo habitaba en palacios pletóricos de verdor y de perfumes. Y ya no me deprimía el ambiente de la pampa agria y silente. Los árboles, el suelo, el agua y el aire eran hervideros de seres; laboratorios de energía, campos de una batalla fenomenal. Y de los árboles, del suelo, del agua y del aire, brotaba sin descanso la sinfonía intraducible de una vida fastuosa y triunfante. Pero, al cabo, esto también me cansó. El árbol dominador, desmesurado, omnipotente, llegó a causarme empacho. Me hallaba como en una suntuosa prisión. Deseaba que mi vista se explayase en horizontes más amplios, como los del Altiplano. Y tuve la nostalgia de la pampa. Y si antes esta me había hastiado con su aire de tierra muerta, ahora sentíame también fatigado con el derroche de vida

que veía en mi rededor. Pero ¿cómo escapar? Este mar de verdura se extendía hasta el otro mar, hasta el Atlántico.

Después visité otros puntos de Bolivia. Navegué durante temporadas largas por sus interminables ríos, descendí a sus hondos valles y trepé a sus vertiginosas cordilleras, y en todas partes continué admirando lo variado y caprichoso de esa tierra extraordinaria. Todo se opone en Bolivia: las ubérrimas tierras calientes al desolado Altiplano, el frío al calor, lo bello a lo deforme, lo miserable a lo rico. Sus mismos habitantes. El bravo y feroz aymara es distinto del quechua apacible; y ninguno de ellos es asimilable al bárbaro del noroeste o del oriente boliviano. Y aun prescindiendo de los tipos autóctonos, en el mismo elemento criollo se notan profundas diferencias, como si en él estuviesen marcadas las anfractuosidades y relieves de su suelo desigual. Las poblaciones constituyen verdaderos extremos. Santa Cruz, ciudad tropical situada apenas a algunos cientos de metros sobre el nivel del mar, con su calor de zona tórrida, rodeada de vegetación lujuriosa y poblada de gente de tipo marcadamente español, es muy diferente de Oruro, población de clima siberiano, construida en medio de un desierto, a miles de metros de altura y con habitantes en los que predomina el tipo indígena. Escalonemos entre esos dos extremos las demás poblaciones bolivianas y ni así se tendrá una idea neta de su variedad. Potosí es un pueblo encaramado sobre una gran serranía y parece estar trepando hacia el cono gigantesco de plata y estaño que fue asombro del mundo. La Paz, al contrario, está hundida en una hoya y al verla del borde del Altiplano da la impresión de una ciudad acarreada en masa por inmenso aluvión al fondo de un precipicio; y el viajero se admira de que a nuestros antecesores se les hubiese ocurrido ir a edificar esa ciudad –hoy la más populosa de Bolivia– en aquel estupendo agujero. A veces, hasta en un mismo sitio, hay aglomeración de elementos incongruentes, superposiciones extravagantes. Lo prehistórico se junta a lo actual; las edades se dan la mano. Lo gigantesco e imponente se codea con lo pequeño y vulgar. En Tihuanacu, la humilde choza del indio está adosada a monumentos colosales, extraños e inmemoriales, obra de una civilización desaparecida. Todo, pues, contribuye a hacer de Bolivia un país lleno de curiosidades y rarezas. Hasta en su historia se ve la desproporción y la incoherencia. Su advenimiento a la vida nacional fue extraordinario. La misma Guerra de la Independencia

que le precedió se caracteriza por el desconcierto con que obraban sus caudillos. Nadie se subordinaba a un plan regular y fijo. Todos obraban por su cuenta y riesgo. Y, sin embargo, con elementos tan variados se ha formado esta nacionalidad. He aquí la razón de que Bolivia sufra mayores dificultades que otros países para llegar a su definitiva constitución. El trabajo de integración de sus diversos componentes está aún por hacerse. La unificación en Bolivia, empezando por lo físico, es más difícil que en otros pueblos de estructura más homogénea y sencilla. Esos países con amplia salida al mar y que constituyen agregados a los cuales es fácil el acceso de la ola inmigratoria de la industria y del comercio, es lógico que se adelanten a este pueblo mediterráneo que, metido entre sus montañas, pampas y selvas de corte gigantesco, tiene que desarrollar una suma de esfuerzo mayor, proporcionalmente, que aquellos para ir por el mismo camino. En realidad, es más bien sorprendente que este país, hecho con elementos telúricos y humanos tan contradictorios, aún se mantenga en pie. Quiere decir que acaso posee energías latentes, aunque dispersas, que le sostienen. Hace falta que esas energías se fundan y formen un solo bloque, capaz de ejercer acción virtual fija. Hasta entonces la nación no habrá aparecido porque, al presente, valga la verdad, ella no existe en forma categórica y definitiva, como no existe en otros países que no son sino conglomerados informes de cosas y de hombres que se rechazan o no se conocen. Bolivia sufre las consecuencias de la disparidad de sus factores étnicos y de la complejidad de sus condiciones geológicas. Es un pueblo aún no acabado de formar y solo el día en que se haya realizado un trabajo de aproximación efectiva, de simpatía honda entre sus componentes, se habrá cumplido el ideal de los que la erigieron nación: una, libre y soberana. Hay que decir que para eso se requieren varias condiciones. Desde luego un buen vínculo de hierro que junte el árbol con el yermo, la cordillera con la pampa, al aymara con el guarayo. Ese día se acerca".

Tales conceptos y de quien conoce palmo a palmo su tierra concluyen con una voz de esperanza. La opinión del doctor Mendoza está confirmada por la realidad actual. Bolivia progresa y se vigoriza y están ya muy lejanos los tiempos de revueltas y satrapías famosas. Hombres de empresas prácticas y trabajadores de cultura se preocupan en la suerte de la patria. A la decadencia tan eficazmente

expuesta en el libro cauterizante de Alcides Arguedas, libro aplicable no solamente a Bolivia sino a la América hispanoparlante y en muchos de sus capítulos a todas partes, a la decadencia, digo, ha sucedido una actividad salvadora, una reacción de vida. “Hoy, dice el mismo Arguedas, una nueva generación forjada al calor de generosos ideales, decepcionada del poder de las revoluciones, escéptica del prestigioso popular de los caudillos, llena de bríos, generosa, preparada, idealista, soñadora surge”. Así se cumplirán mejor las palabras del Acta de la Independencia que dicen que “los departamentos del Alto Perú protestan a la faz de la tierra entera que su resolución irrevocable es gobernarse por sí mismos”. Tal ha sido el espíritu de adelanto en paz y libertad que ha animado a los últimos gobernantes de Bolivia.

La mentalidad ha tenido siempre brillos, y varones de saber y de armonía han descollado desde los tiempos de la docta y pretérita Chuquisaca. Así como en los tiempos de España brillaron Calancha, Escalona, Acevedo y tantos más, han animado luego las patrias letras los Bustamante, Sanjinés, Terrazas, Blanco, Cortés, Vaca Guzmán, Ramallo, Mujía y mucho más. Conocida es la notoriedad de los Aspiazu, los Ballivián, Baptista, René Moreno, Diez de Medina, Pinilla y otros más que formarían una larga lista. Yo he tenido oportunidad de conocer a bolivianos de tanto valer como Julio L. Jaimes, caballero de antaño, ingenio de pura cepa clásica y colonial; a su hijo Ricardo Jaimes Freyre, mi brillante amigo en las primeras luchas de renovación literaria en Buenos Aires, noble poeta y rico de saberes amenos; a Francisco Iraizós, lleno de discreción y cultura; a Moisés Ascarrunz, diplomático cuyos mejores amigos fueron en España los poetas; a Franz Tamayo, cuya viril juventud está llena de sapiencia; a Arguedas, que va por el camino de los triunfos; a Joaquín de Lemoine, soñador y páctrico, buen servidor de un país; al doctor Jaime Mendoza, en quien quizá pronto se revele en nuestro continente un nuevo y distinto Gorki.

La Paz, capital de la República boliviana adquiere animación. El ferrocarril conquista el territorio nacional, Europa se acerca. El progreso entra por el Pacífico y por Buenos Aires. Pronto una vía férrea unirá La Paz y Puerto Pando. Se cuida de los bosques, se hace oro. Se rehace patria, se va a buen paso al encuentro del porvenir.

Apéndice II

Las grandes vías continentales[1]

Como bien se sabe, la Cordillera andina, contorneante del borde occidental de Sudamérica, constituye una barrera que opone dificultades sin cuento a las comunicaciones terrestres entre los océanos Pacífico y Atlántico. Y es esta una de las razones que nos explican por qué las naciones de este continente no han construido hasta hoy múltiples ferrovías y carreteras que crucen de parte a parte esa gran cordillera. Así, tratándose de ferrocarriles, no se puede mencionar sino el de Uspallata, que vincula las repúblicas de Chile y la Argentina. En los demás países pertenecientes, total y parcialmente, al sistema del Pacífico –Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia– los ferrocarriles llegados desde ese mar a sus regiones interiores se han quedado apenas entre los contrafuertes andinos occidentales u orientales, sin poder seguir hasta el Atlántico.

Y parece que esta dificultad se acrecienta aún más si se considera la América del Sur en sus partes céntrica y septentrional, donde la masa del continente alcanza su máximo ensanchamiento; por ejemplo, solo como un mito se puede al presente imaginar un ferrocarril que atraviese transversalmente la América, desde Lima a Pernambuco.

Pero precisamente en este punto debemos anotar un hecho que, aunque parezca paradójico, es evidente. Una breve rememoración geográfica nos lo explicará mejor.

Hacia el sur del nudo de Cuzco, todavía en territorio peruano, la cordillera de los Andes se bifurca: un brazo –Cordillera de la

1 *L' Amerique Latine* (París), núms. 34 y 36 (25 de agosto de 1929; 8 de septiembre de 1929).

Costa u Occidental– continúa hacia el sur, bordeando el Pacífico; el otro –Cordillera Oriental– penetra en Bolivia y atravesándola de norte a sur, va a unirse nuevamente con el anterior, en la frontera chileno-argentina. Entre ambos se extiende la famosa meseta boliviana –la Altiplanicie.

He ahí el Macizo Boliviano. Su fórmula geográfica, como se ve, es harto simple: una meseta central y dos cordilleras circundantes.

Allí, pues, donde acuden a encontrarse los Andes peruanos, bolivianos, chilenos y argentinos, adquiere la cordillera sus mayores proporciones en altitud y espesor: en el núcleo mismo de esta convergencia orográfica multinacional está el Macizo Boliviano.

Pues bien: esta enorme expansión montañosa –nosotros la denominamos Eslabón Andino Central– que, por su elevación y anchura parece enteramente inapropiada para las comunicaciones entre el oriente y occidente americanos, es más bien la porción cordillerana andina que mejor se presta para tal fin. Lo cual se explica por su propia morfología.

La Cordillera Occidental comienza, desde el paralelo 19° más o menos, a deprimirse formando ramificaciones que se degradan paulatinamente hacia el mar –Sillillica, Huatacondo, Atacama–, ofreciendo, por lo mismo, pasos adecuados para los medios modernos de comunicación. Como que en esta sección hay ya dos ferrocarriles –el de Antofagasta y el de Arica– que ascienden del Pacífico a la Altiplanicie. Pero es aún más notable en este sentido la configuración de la Cordillera Oriental boliviana. Ella había penetrado a Bolivia formando los colosales eslabones de Cololo, Hankjo-uma y Quinsa-cruz, que ostentan picos como un Sorata, un Huayna Potosí, un Illimani, un Monte Blanco; eslabones que por su enorme altitud ofrecen dificultades por hoy insalvables para ciertas formas de vialidad. Pero desde el nudo de Cochabamba, hacia el paralelo 18°, esta cordillera se deprime, como la Occidental: sus eslabones altiplánicos –Asanaques, Frailes, Chichas– en una longitud de unos cuatro grados geográficos, emiten otros secundarios y paralelos dirigidos de norte a sur y seriados de occidente a oriente.

Es decir, la Cordillera Oriental, además de disminuir en altura en este sector, aumenta en espesor, merced a las ramificaciones indicadas, que van decreciendo a medida de avanzar hacia el oriente, hasta morir en las llanuras del Chaco.

A esta interesantísima porción de los Andes hemos denominado nosotros Macizo de Charcas, el cual no es sino el mismo Macizo Boliviano tomado en su parte meridional. Tiene, entre los nudos de Cochabamba y Lípez, sus puntos extremos por el norte y sur, respectivamente, una longitud de cinco grados geográficos, o sea unos 600 kilómetros; y otros tantos de anchura desde su borde altiplánico al chaquense.

Pues el Macizo de Charcas es quien, justamente en la parte central de los Andes suramericanos, se presta para facilitar, por singular manera, las comunicaciones humanas, porque si aquellos han perdido acá en altitud y ganado en latitud, gracias a sus ramificaciones decrecientes, es claro que por tal hecho ofrecen reales ventajas para la vialidad.

De suerte que, por el lado del Pacífico, se asciende la Cordillera Occidental por la sucesión de tramos relativamente fáciles de dominar que decíamos atrás hasta la meseta; y luego de cruzar todo lo ancho de esta, de horizontalidad casi perfecta, se desciende la vertiente oriental por el Macizo de Charcas, otra sucesión de tramos aún más bajos y extensos. Diríase de la Altiplanicie una gran plataforma a la que se llega por dos amplias y suaves escalinatas tendidas a ambos costados.

Y de este hecho deriva también una curva gradual de climas, desde el nivel del mar, en la zona templada, hasta las llanuras orientales, de clima cálido. El viajero asciende lentamente la escalinata occidental, es decir, la cordillera correspondiente, llega a la Altiplanicie, a una altura de 3.800 metros, la corta transversalmente y, a través de la Cordillera Oriental, emprende el descenso por una línea tendida en unos 600 kilómetros hasta el plano chaquense. Ha recorrido así toda una gama paulatina de temperaturas y altitudes, por razón de la morfología peculiar de terreno. No hay aquí los saltos bruscos y transiciones violentas de otros trayectos que cruzan la cordillera andina. Ni se ve, como en el trasandino de Uspallata, el peligro de la nieve que interrumpe el tráfico por meses enteros.

Tal es la significación de la estructura orográfica del Macizo Boliviano en las comunicaciones, la cual, en un futuro que ojalá esté muy próximo, determinará, estamos ciertos, la convergencia allí de grandes rutas interoceánicas y continentales. Hoy mismo han llegado ya hasta este notable edificio andino dos ferrocarriles

del Pacífico: el de Antofagasta, que viene del antiguo litoral marítimo boliviano hoy poseído por Chile; y el de Arica, que también está bajo la soberanía de ese país. Y de igual suerte, por su flanco atlántico, cuenta con el ferrocarril de Chichas, prolongado por el central norte argentino que, unido así a la línea del Pacífico, constituye un lazo férreo entre el Río de la Plata y el Gran Océano, vale decir entre ambos mares. Y esta misma línea férrea, después de atravesar de sur a norte la gran Altiplanicie boliviana, una vez empalmado con la que viene del Cuzco, formará el mayor tramo ya construido del gran ferrocarril longitudinal panamericano que se proyecta para el porvenir.

Desgraciadamente no se ha podido hasta hoy tender una línea directa entre ambos océanos a través del Macizo de Charcas, no obstante las ventajas topográficas que acabamos de señalar. Bolivia solo ha desprendido desde la línea altiplánica dos ramales hacia el oriente: el de Oruro a Cochabamba, que hoy se trata de prolongar hasta Santa Cruz, en la hoya amazónica; y el de Potosí a Sucre, que se aproxima a la hoya platense. El Brasil, de su lado, ha construido un ferrocarril de Río de Janeiro a Puerto Esperanza, sobre el río Paraguay, en la provincia de Mato Grosso. De manera que queda aún por hacerse el tramo intermediario, de unos 1.000 kilómetros, de largo, del cual ya solo una pequeña parte corresponde al Brasil y lo restante a Bolivia.

De desear es, pues, por las proyecciones así nacionales como internacionales de tal vía, un acuerdo entre Bolivia y el Brasil para concluirla, por una parte, y estudiar, por otra, la construcción de una carretera, en la misma dirección de la ferrovía, que facilite ciertas formas de transporte hacia el Atlántico, carretera que, mediante otra convención entre Bolivia y sus vecinos Perú y Chile, podría llevarse hasta el Pacífico.

Así se llenaría el fin trascendental que atribuimos al Macizo de Charcas, punto el más favorable en la inmensa barrera de los Andes para el paso de las corrientes humanas entre uno y otro mar.

Apéndice III

La ruta diagonal suramericana

Hemos visto la gran importancia que tiene el eslabón andino central con relación a las rutas continentales e interoceánicas en América Meridional.

Vamos ahora a describir –esquemáticamente– una de ellas, carretera a la cual denominamos, por su dirección predominante, ruta diagonal suramericana. Están sus puntos extremos en Lima (Pacífico) y Río de Janeiro (Atlántico), y en el medio, Sucre, la mediterránea capital de Bolivia.

Desde Lima, la vía toma los Andes occidentales de costado y, pasando por los territorios de Huancavelica, Ayacucho y Apurímac, llega al Cuzco, la ciudad monumental; de aquí prosigue paralela al ferrocarril Cuzco-Puno, bordea por el occidente el lago Titicaca, cruza la frontera con Bolivia y, colocándose junto al ferrocarril transaltiplánico, continúa a Oruro desde donde, próxima al ferrocarril Machacamarca-Uncía, tocando las minas de Uncía y Llallagua, colosales yacimientos de estaño, atraviesa los Asanaques –primera fila orográfica del Macizo de Charcas– desciende gradualmente las demás hasta Sucre y de Sucre, siempre al sureste, sigue a Cuevo, al pie de los Andes.

Como se puede comprobar en el mapa [*sic*], desde el Pacífico hasta Cuevo, la ruta ha seguido una línea estrictamente diagonal en la travesía de los Andes centrales.

Luego, desde Cuevo, cruzando transversalmente la llanura chaquense sigue la carretera hasta el río Paraguay, frente a Puerto Esperanza y ya en territorio brasileño, acompañando el ferrocarril que desde aquella ciudad va al Atlántico, atraviesa la sierra de Coyapó, penetra en la amplia Cuenca del Paraná, continúa por sus campos al oriente, pasa las postreras mesetas del Macizo Brasileño

y, perforando las sierras de Mantequeira y do Mar, remata por fin en Río de Janeiro, sobre el Atlántico.



La forma oblicua en que esta carretera cruza el Continente, entre el Pacífico y el Atlántico, aumenta su desarrollo, pero a la vez la rodea de otras condiciones sumamente favorables dentro del concepto de una comunicación estable y segura.

Se comprende, en efecto, que, siguiendo ese trazo diagonal, la travesía de los Andes tiene que ser mucho más fácil que no atacándolos perpendicularmente a su eje, así en la línea troncal como en sus vastas ramificaciones dirigidas, como se sabe, de norte a sur. Eso en lo topográfico.

Y de ello mismo resultan otras ventajas en el orden climatológico: la sucesión de climas correspondientes a esta vía es gradual. Desde Lima, en el paralelo 12° austral hasta Río de Janeiro en el 24°, a través de cuatro mil kilómetros, se desarrolla una línea de ondulaciones suaves, sin los saltos bruscos que se notan, por ejemplo, en el ferrocarril transandino de Valparaíso a Buenos Aires, tendido directamente de oeste a este, el cual, para cruzar los Andes, asciende violentamente la cordillera hasta más de 4.600 metros y la desciende luego por sus vertientes orientales con igual violencia. En nuestra ruta diagonal hay también alturas que se aproximan a la anterior; pero si se tiene en cuenta su mayor alejamiento del Círculo Polar Antártico, resulta que ellas son mucho menores que las del ferrocarril de Uspallata. (Recuérdese que cada grado de aproximación al polo equivale a un aumento de 120 metros de altura). Además, no tiene ella el gravísimo inconveniente de la nieve que interrumpe el tráfico de la línea chileno-argentina por largos meses. En suma, ascendiendo el viajero los Andes en forma oblicua, llega a sus mayores alturas casi insensiblemente –sierras peruanas y Altiplanicie boliviana–; recórrelas en una longitud de más de mil kilómetros, desciende por la vertiente oriental o atlántica, siempre diagonalmente, por más de 600 kilómetros, pasando por climas dispuestos en escala paulatina hasta las tierras bajas del corazón de Suramérica (Chaco Boreal, cuencas superiores del Paraguay y Paraná), de donde continúa, ya sin encontrar grandes alturas, por el territorio generalmente bajo y uniforme de Brasil.



Préstase también esta carretera como ruta troncal, por sus múltiples conexiones internacionales fuera de los tres países nombrados: Perú, Bolivia y Brasil.

Así, por el norte de Lima, a lo largo de la costa del Pacífico, yendo hasta Piura y Túmbez, puede empalmar fácilmente con las vías terrestres del Ecuador. En la Altiplanicie boliviana son harto fáciles las conexiones con Chile (Arica, Iquique). Más al sur pueden señalarse otras ramificaciones hacia la Argentina, ya desde el Macizo de Charcas –carretera de Sucre a Villazón– o ya desde la zona baja chaquense –carretera de Cuevo a Embarcación.

Pero en este mismo aspecto de las conexiones queremos destacar uno que puede establecerse desde Cuevo hacia las repúblicas del Paraguay y Uruguay. Vimos que, en aquel punto, la ruta que había seguido una dirección general sureste en la travesía de los Andes tuerce al oriente para cruzar transversalmente el Chaco. Bien pues: en el mismo Cuevo cabe una interesantísima bifurcación: mientras iba aquel brazo oeste-este al Brasil, continuaría la diagonal al sureste, tomando la margen izquierda del Pilcomayo hasta su confluencia con el Paraguay frente a la Asunción, para seguir desde esta capital, por Villa Rica, al Paraná, cruzar el territorio argentino de Misiones hasta el río Uruguay, pasar luego por territorio brasileño a Porto Alegre y, entrando en la República del Uruguay, rematar en su capital Montevideo, sobre el Río de la Plata.

De esta manera, nuestra ruta vendría a abarcar en el campo de su influencia directa ocho países suramericanos: Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay.

Y todavía, si ha de contarse con la futura realización de la gran carretera panamericana con la cual se proyecta ligar las tres Américas, la ruta diagonal que indicamos constituiría el complemento indispensable para llenar cumplidamente tal *desiderátum*, ya que, irradiando ella desde el Macizo de Charcas hacia los países del Atlántico que hemos nombrado –Brasil, Paraguay y Uruguay– los pondría cómodamente en contacto con la gigantesca vía troncal que correrá a lo largo de los Andes.



Nada diremos de la significación comercial de la ruta, ya que ello demandaría largas consideraciones y en el presente artículo

de revista solo damos trazos esquemáticos sobre algunas características de ella. Pero desde luego, esa significación es fácil de columbrar. Basta recordar los más importantes productos de las zonas extremas de la carretera: la zona andina, con sus cerros cuajados de metales, con su Altiplanicie que tiene inmensos depósitos de sal, con la coca de sus Yungas, el petróleo de sus vertientes orientales, etc.; y las opulentas tierras del Brasil austral con su café, su yerba, sus maderas, su ganado…y asimismo, teniendo en cuenta los demás países que entran en la órbita de influencia de esta carretera, salta igualmente a la vista su importancia para un intercambio activísimo una vez abierta y en condiciones de servir ampliamente a un tráfico intensivo y continuo. Ni es necesario extenderse mayormente sobre su trascendencia mundial. También ella se explica de suyo, pues que siendo una vía interoceánica y atravesando la masa continental en su parte céntrica, vale por un canal de paso para las corrientes humanas de todo el orbe.



Para el turista es claro que no puede menos de ser esta carretera de excepcional interés. Desde Lima, a medida de ir ascendiendo la cordillera de los Andes, surgen ante sus ojos los cuadros imponentes que desparramó la naturaleza. Por allí va el viejo camino de los conquistadores españoles del siglo xvi, cuando sobre el lomo de sus fuertes corceles treparon, en diminuta falange, la estupenda barrera para rendir la urbe sagrada del Imperio Incaico –el Cuzco, gran centro estratégico, defendido más aún que por el colosal Sajsahuaman por las montañas y ríos que lo guarecen–. Luego, desde el Cuzco pasa, cruzando el nudo de Vilcanota a la Altiplanicie, donde centella el lago Titicaca, de los más altos del mundo y cuna de inmemoriales civilizaciones, y se alza el enigmático Tihuanacu, obra monumental extraordinaria del hombre prehistórico. El paisaje, majestuoso; dijérase aplastante. A uno y otro lado –negros y blancos– los Andes gigantescos: el Illampu, el Huayna Potosí, el Mururata, el Illimani, el Sajama, el Parina-kjota, el Huallatiri; en torno, la meseta formidable donde la esbelta llama muerde el pasto escaso y está móvil, de cuclillas, el monolítico aymara; los vagos cendales que flotan sobre el río

Desaguadero y el misterioso Poopó; la ciudad del yermo –Oruro. Y cesa la visión de la Altiplanicie. El viajero perfora los Asanaques y empieza el enorme descenso de los Andes. Nuevos cuadros ante sus ojos. Surgen al paso Uncía y Llallagua, el bloque estañífero más poderoso del mundo, al cual siguen tierras colmadas de oro, antimonio, cobre, plomo, wólfram, plata, bismuto… Después, el paisaje se ablanda. El picacho glacial, la planicie torva, el viento cortante van tornándose en la colina suave, la vega placentera, el ambiente tibio, ríe el verde. El cielo, radiante, perfumado el aire. Al pie de dos pequeños cerros –roja y blanca– aparece una diminuta ciudad: Sucre.

Y desde Sucre prosigue el turista siempre al sureste descendiendo, como sobre un torso ciclópeo, la línea del magna *divortium aquarum*, avizorando a ambos lados las enormes depresiones montañosas por donde corren los dos ríos mayores de Bolivia: el Pilcomayo y el río Grande. Así llega a Cuevo, al pie de los Andes. Está en el centro de una riquísima zona petrolífera, llamada a incalculable porvenir. Al oriente se dilata la enorme sabana verde y reverberante del Chaco; la cruza el viajero. Llega, a las márgenes del Paraguay, el histórico río que remontaron los conquistadores venidos por el Atlántico, tratando de hallar un paso hacia la Sierra de la Plata (hoy Bolivia) que acaba el turista de pisar.

Y siguiendo la pista de uno de ellos –aquel mítico Alejo García– que hace 400 años, desde las costas del Brasil, llegó hasta el Macizo de Charcas buscando tesoros, continúa el viajero ante cuadros muy distintos de los que poco antes contemplaba en la zona andina. La vegetación abruma, el aire es cálido, pero lo refresca el pampero del sur. Se suceden –suavemente– las mesetas sureñas del Macizo Brasileño. Pronto espejean ante el viajero las linfas del Paraná. Estamos en la tierra del café que da la vida al Brasil. Y siguen los paisajes sonrientes, la vegetación herbácea, los bosques, las *fazendas*… Un hálito de vida desbordante se esparce por el ambiente. Comienza a sentirse –más cerca– Europa.

Y, en fin, el turista prosigue alegremente la última etapa de su carrera interoceánica. Y ya tocando la espléndida ciudad de Sao Paulo, o ya directamente, trasmonta la Sierra do Mar y desciende de su automóvil en la metrópoli brasileña que a la vera de su maravillosa bahía fulge bajo el sol tropical.

Así ha ido el viajero de uno a otro mar, a través del gran Macizo Boliviano, plataforma continental donde desde un remoto pasado se cumplieron vigorosas evoluciones sociales y seguirán cumpliéndose en el porvenir.

Apéndice IV

Nuestra luz[1]

En el número anterior de esta revista, al hablar de la meteorología boliviana, señalábamos en ella la importancia singular del elemento luz como el que tipifica, mejor que ningún otro, la fórmula climatérica del gran ensanchamiento orográfico de los Andes llamado Macizo Boliviano. Hoy vamos a insistir sobre este tema.

Que en Bolivia la luz astral, y muy especialmente la solar, tenga las excepciones características que la distinguen nada tiene de raro ya que, según lo hacíamos notar antes, contribuye a ello tanto la situación geográfica del país como su enorme elevación sobre el nivel del mar. En efecto, estando situado el Macizo Boliviano entre los 13° y 23° de latitud austral, corresponde al grupo de países de la zona tórrida y, por consiguiente, debería participar de los rasgos climáticos que los peculiarizan. Pero ahí que, para modificar y aun destruir en parte ese tipo común, viene otro elemento de significación capital en este caso: la altitud.

En consecuencia, el Macizo Boliviano, por razón de su altitud, pierde su carácter de país de la zona tórrida, que le daba su situación geográfica exclusiva, y se alinea más bien entre los de clima templado y hasta frío en la mayor parte de su extensión. Es decir, la altitud lo aproxima al polo antártico, alejándolo del ecuador, ya que, como es sabido, cada 120 metros de elevación sobre el mar equivalen a un grado de avance hacia el Círculo polar. Eso, en cuanto a la temperatura.

Pero, en cuanto a la luz, subsiste para Bolivia la ventaja que le da su situación geográfica en la zona tórrida, que se beneficia más directamente que las otras de la luz solar. Y, además, en esto

1 *Revista del Instituto Médico Sucre* (Sucre), núm. 56 (enero-febrero, 1930).

viene a figurar nuevamente el mismo factor que tanta significación tiene en la temperatura: el factor altitud. La Altiplanicie boliviana es una grandiosa plataforma a la que circundan sus dos gigantescas cordilleras, formando el conjunto el Macizo Boliviano. Diríamos un castillo inmenso cuyas columnas se hallan figuradas por sus picos nevados, muchos de los que se aproximan a los siete mil metros de altitud.

Es, pues, muy natural que esta gruesa masa continental ofrezca ventajas singulares para disfrutar de la luz cósmica en proporciones correspondientes a tal altitud. Y así como esta la había alejado de la línea equinoccial, hacia la zona glacial, transformado su tipo tropical en cuanto a la temperatura, tratándose ahora de la luz, vuelve a llevarlo hacia el ecuador.

Pero, aún más: en este punto, queremos también señalar otro factor de la misma situación geográfica, de la altitud y de la especial morfología arquitectónica del Macizo y que contribuye también, en gran manera, a dar nuevos matices a nuestra luminosidad. Nos referimos al régimen de lluvias, nieblas y vientos predominante en el Macizo.

Situado este justamente en el centro de los Andes suramericanos, allí donde ellos forman un gran ángulo, a la altura de Arica, sobre el Pacífico, e internándose por sus derivaciones hacia el oriente, constituyen la masa orográfica del Macizo de Charcas, expansión oriental del mismo Macizo Boliviano, dando lugar así también a notables modificaciones en el régimen de lluvias común a otros países. Los vientos alisios venidos del Atlántico, después de su enorme recorrido a través de la masa continental, han quedado ya atenuados y chocan contra la barrera que les ofrece la estupenda Cordillera Oriental. Y de otro lado, por el occidente, los vientos del Pacífico encuentran igualmente la barrera de la Cordillera Occidental.

El resultado lógico de todo ello es una modificación notable en el índice local de la evaporación y de las lluvias. Acaso en él, más que el aliento poderoso de los océanos, interviene de especial manera la acción de los depósitos lacustres de la Altiplanicie –el Titicaca y Poopó– cuya evaporación es muy grande, pero que no alcanza a dar al régimen de lluvias la suficiencia y regularidad que tiene en otros países.

Dicho régimen es, en efecto, muy pobre (unos 600 milímetros); y solamente a medida de ir descendiendo en los contrafuertes orientales de la Cordillera Real se nota su acrecentamiento paulatino,

el cual tampoco llega al formidable tipo diluvial de otras tierras, como las de la India en las faldas meridionales del Himalaya.

De ese mismo modo nos explicamos la escasez de la nebulosidad en las altitudes del Macizo Boliviano. No es esta una tierra nebulosa. Las nieblas aquí son raras, breves y tenues. No perjudican precisamente la luz. Aun en los cortos lapsos en que el cielo está encapotado, la luz solar difundida en el ambiente es todavía tan intensa que maravilla. Y más bien en muchos casos, siendo excesiva la luz, nieblas y nubes no hacen sino atenuarla sin llegar a destruir sus efectos beneficiosos.

En consecuencia, como otra característica meteorológica propia de la Altiplanicie y sus derivaciones cordilleranas charquenses, podemos anotar esta: la sequedad. Una sequedad que, en veces, se hace hasta dañosa, pero que en lo referente a la luz constituye otro factor que facilita su paso y difusión con más amplitud y libertad que en las tierras donde el tipo de lluvias, nieblas y vientos es distinto.

De manera que sobre este trípode: situación geográfica, altitud y sequedad, descansa la excelencia de nuestra luz. Somos un país bien soleado. No se puede hablar aquí de carencia solar estacional. Directa o indirectamente el sol siempre está operando aquí. Y por ello, así como alguna vez dijimos que, orográficamente, Bolivia es el país más alto de Suramérica, podemos añadir que, en cuanto al orden meteorológico, es el más luminoso.



Bien pues: refiriéndonos a estos hechos insinuábamos también, en el escrito referido, nuestro pensamiento acerca del influjo de la luz sobre el morador del Macizo como uno de los factores primordiales en la constitución de la raza aborigen. A este propósito no hemos temido usar ciertas expresiones como la de *irradiación ancestral*, por ejemplo.

Y, por último, aplicando estas mismas ideas al orden patológico, hemos planteado además la proposición de que ese mismo elemento –luz– tan personal aquí, no puede menos de obrar en forma trascendente, y en veces decisiva, en lo tocante al desarrollo y marcha de diversas enfermedades. Así, entre esas enfermedades citábamos, aunque muy de paso, pero categóricamente, el

raquitismo, tan común en otros países y tan raro en Bolivia, sobre todo en sus zonas altas.

El año pasado se dirigió una encuesta realizada por el Círculo Médico de La Paz al Instituto Médico Sucre acerca de este asunto. No ha contestado aún el Instituto Médico, pero de nuestro lado, personalmente, juzgamos que la explicación de la rareza, o ausencia completa, del raquitismo en Bolivia, es sencilla. Se trata –lo repetimos– de un hecho relacionado con el agente que vamos estudiando, o sea, el de la luz.

Que la luz obra sobre el raquitismo, es cosa que ya no se discute. Sea como elemento profiláctico o curativo, está suficientemente demostrado que ella realiza verdaderas maravillas en este orden. Hoy se ha llegado a establecer que la marcha del mal en los países por él azotados sigue un ritmo especial, directamente relacionado con este elemento. En el invierno, a medida de acentuarse la carencia solar en los europeos, aparece también el raquitismo con rigor casi matemático; y al retornar el buen tiempo, decrece en proporción la curva en la mortalidad por esta afección. Aquí está obrando la luz con más eficacia que otros elementos meteorológicos como la temperatura o los factores relativos a la higiene, como la alimentación, alojamiento, abrigo. Así, el niño rico, rodeado de cuidados pero, por un error de concepto, alejado de la luz, como ocurre en ciertas familias, será con más seguridad víctima del raquitismo que no el gamín semidesnudo que pasa hambriento y tiritando por la calle.

Las mismas observaciones del laboratorio son por demás elocuentes al respecto. Los animales privados de la luz se desnutren y acaban por sucumbir por buenas que sean sus otras condiciones de vida, verbigracia, la alimentación, mientras que los testigos sometidos a las mismas condiciones, pero en plena luz, se mantienen normalmente.

Y aun tratándose de la alimentación hay que tener siempre en cuenta la luz. Las investigaciones que se van haciendo actualmente nos enseñan cómo ella produce en nuestros alimentos cambios fisioquímicos que les confieren nuevas propiedades, desarrollan diversas vitaminas, destruyen ciertos microbios y acaso favorecen el incremento de otros que son útiles para la vida.

El agua igualmente –así lo entendemos–, para llenar con largueza sus funciones en nuestro organismo, debe estar debidamente

influida por la luz; debe ser tanto un agua bien irradiada, como un agua bien aireada.

Y, por extensión, decimos lo propio del aire. El aire, ese otro elemento indispensable para la economía humana, debe también estar accionado por la luz. La ciencia, en este orden, no ha hecho aún las investigaciones correspondientes, pero la inducción es justa: el aire, como el agua, para llegar al punto óptimo en su adecuación a la vida, tiene que estar previamente adaptado por la luz: debe ser también un aire irradiado.

Y así, la ciencia del porvenir nos irá enseñando otras propiedades, aún desconocidas, pero no por ello menos evidentes, de esa gran fuerza cósmica cuya grandeza ya se empieza a columbrar modulando la frase bíblica *fiat lux*.

De manera que, según todo lo dicho hasta aquí, la explicación del proceso del raquitismo, que no es sino una desviación en las condiciones nutritivas del organismo, se hace harto sencilla.

Es, ante todo, la carencia o escasez de la luz el factor que lo produce, en tanto que los demás elementos etiológicos, que desde antaño se invocan, tales como los desórdenes digestivos, el destete prematuro del niño, la alimentación precoz con farináceas, la carencia fosforada, el confinamiento del aire, diversas infecciones: tuberculosis, sífilis hereditaria, sarampión, coqueluche, bronconeumonías, son únicamente elementos raquitígenos de ocasión.

Y así también se explican los admirables resultados de la luz artificial emisora de rayos ultravioletas como agente preventivo o curativo del raquitismo, por la especial acción fotoquímica de sus ondas. Por todo esto ya se habla de una helioterapia y de una helioprofilaxia antiraquíticas, basadas sobre observaciones científicas concluyentes. Y hasta se ha llegado a anunciar que, a este paso, el raquitismo desaparecerá completamente.



Si, pues, la luz tiene una influencia específica contra el proceso raquítico y si, como acabamos de verlo, el Macizo Boliviano disfruta de excepcionales ventajas lumínicas, tenemos entonces que la rareza del raquitismo entre nosotros queda fácilmente explicada. Y en este sentido, aun las otras condiciones favorables a la producción del azote, como por ejemplo la mala alimentación, han quedado anuladas por la acción compensatriz de la luz.

Una muestra notable de ello nos la está dando el indio, elemento étnico que forma más de la mitad de la población boliviana. El indio, verbigracia, el aymara de la Altiplanicie, yace en condiciones realmente miserables. Así, tratándose de su alimentación, bástenos recordar que en ella faltan ciertos hidrocarbonados (azúcar) y que las grasas están reducidas a su mínimo. Otras veces se ve obligado a abstinencias forzadas. Y en no pocas, debe usar de alimentos en mal estado, como los cereales “picados”, o el charque putrefacto. Pues bien, no por ello se enseñorea el raquitismo en esa raza que yace incrustada desde hace miles de años en la Altiplanicie.

Y es que ella está bajo el amparo de su gran protector, el sol. El indio vive a plena luz. Y tratándose de su alimentación, puede decirse que come la luz. La papa, el chuño, la quinua, el maíz que forman la base de aquella, están ampliamente accionados por la luz. Son alimentos irradiados. Así como está irradiada el agua que bebe y así como está irradiado el aire sutil que respira el pobre indio en las estupendas alturas en que habita.

Y todavía, a todo esto, debemos añadir otro factor que ya antes señalábamos: el factor hereditario, la *herencia irradiada*. La raza misma en el indio está hecha en esas condiciones. Habiendo obrado el padre Inti, desde épocas inmemoriales en sus antepasados, por diversas vías, verbigracia la acción de la ergosterina, u otros mecanismos condicionados por la luz, debía necesariamente producir a la larga un tipo antropológico especialmente dotado contra ciertas enfermedades que, tal las que hemos mencionado, están influidas, directa o indirectamente, por ese elemento.



Otro mal que ya consideramos anteriormente, a propósito de sus relaciones con la luz, es la tuberculosis. Hoy no haremos sino pasar sobre este punto. Hallámonos aún en el periodo de la búsqueda de datos en el país, tomados de diversas fuentes, que nos ayuden a formular conclusiones en lo posible aproximadas a la realidad. Y como ello es harto difícil en Bolivia, ya por la escasez de observaciones meteorológicas aun en centros de importancia o ya por la deficiencia o falta completa de estadísticas tocantes a la indicada enfermedad, nuestro empeño se hace no poco embarazoso.

De todos modos, ya en nuestros escritos anteriores hemos avanzado ciertas presunciones respecto a la acción de la luz

sobre la marcha del proceso tuberculoso en Bolivia, y bien que algunas de ellas sean todavía hechas *a priori*, valen por lo menos como una opinión personal. Nos referiremos, pues, por el momento, a ellas.

Mientras tanto, creemos de oportunidad recomendar a quienes se interesan por esta clase de asuntos un importante artículo del Dr. P. Woringer intitulado "El valor profiláctico de la luz", aparecido en el *Journal de Médecine* de París (21 de noviembre de 1929). Es una comunicación dirigida por su autor al Congreso de Actinología, celebrando hace poco en París. En ella, el Dr. Woringer aborda el tema de la influencia de la luz en la patología humana, refiriéndose sobre todo a los centros europeos en los que, naturalmente, sus observaciones tuvieron ancho campo y trayendo a este propósito razonamientos coincidentes desde ciertos puntos de vista con los que nosotros nos habíamos permitido proponer para Bolivia. Precisamente, cita con particularidad el raquitismo y la tuberculosis como las enfermedades en que más claramente aparece la influencia lumínica, en tesis general; y siendo también de ellas que nosotros habíamos hecho ciertas apreciaciones con referencia a nuestro país, he aquí otra consideración que nos estimula a divulgar ese trabajo.

El autor nos dice cómo, en las zonas templadas de Europa, el raquitismo, o el proceso raquítico-espasmofílico, la tuberculosis y otras afecciones se presentan en curvas estacionales, bajo el compás que les marca la luz. Menciona a este propósito casos notables que tienen, como dice él mismo, el valor de una experiencia de laboratorio. Y, entre varias de sus afirmaciones, al ir hablando de ellos, sienta categóricamente esta conclusión: "La luz ejerce una acción preventiva absoluta sobre el raquitismo y la espasmofilia; confiere una inmunidad relativa muy apreciable respecto de las afecciones heliofobas: tuberculosis, pneumococcias, estafilococcias, meningococcias, etc.".

Respecto de las estreptococcias en Bolivia, nosotros, ya hace mucho tiempo, habíamos avanzado la opinión de que ellas, merced a las ventajas lumínicas ambientales, se hallan muy atenuadas en ciertos puntos de la Altiplanicie, donde nos tocó actuar de paso. Como un ejemplo citamos Uyuni, la población boliviana de tan singulares condiciones meteorológicas, tanto por su altura (3.600 metros), como por su conexión con los enormes yacimientos de

cloruro de sodio adyacentes que, seguramente, desecando aún más su atmósfera, contribuyen a dar mayor difusión a la luz. Por ello mismo, en esos tiempos propiciábamos la idea de instalar en Uyuni un buen servicio meteorológico, recomendado este punto a nuestro distinguido colega, el doctor S. Ferreira que, al retirarnos, nos substituyó en el servicio médico del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, entidad que aun, a falta de una acción pronta y efectiva del gobierno boliviano, podía fácilmente encargarse de llenar cumplidamente tal *desiderátum*.



Como se ve, reviste especial interés para Bolivia, por las condiciones naturales tan propias de este país, el estudio de los procesos patológicos subordinados a los factores cósmicos que hasta aquí hemos venido señalando.

Y por ello mismo encontramos que el Círculo Médico de La Paz, al proponer al Instituto Médico de Sucre el tema del raquitismo en nuestro país, procedió con muy buen sentido, tanto por la importancia de la materia para la ciencia en general, como por la utilización de sus resultados en Bolivia.

Será entonces de desear que una y otra institución, haciendo sus investigaciones desde las dos zonas distintas en que actúan, establezcan lo que hay de positivo en el asunto, averiguando, por ejemplo, si en ambas es igualmente raro el raquitismo y su correspondencia con la luz que, seguramente, varía según las localidades.

Y lo propio hay que decir de la tuberculosis. Si entre ella y nuestra luz hay la relación que nosotros creemos, he ahí otro asunto digno de ser estudiado por las entidades científicas del país, como el Instituto Médico Sucre y el Círculo Médico de La Paz que, aunando sus esfuerzos, pueden hacer mucho más de lo que harían aisladamente.

Y todavía, además de las enfermedades señaladas, tenemos esa otra serie a que el autor francés antes citado se refiere –estreptococcias, estafilococcias, meningococcias– hablando de Europa y cuyo estudio entre nosotros, ligado a una especial meteorología, en que la altitud y la luz tienen un sello tan notable, puede que en el porvenir nos reserve muchas sorpresas.

Apéndice V

El advenimiento de la nacionalidad boliviana[1]

1

La aparición de Bolivia en el concierto de los Estados libres de América suscitó seguramente una gran sorpresa internacional. Pocos podían imaginar, fuera del país, que en este rincón alejado y recóndito del continente pudiese surgir una nueva república autónoma.

El país, en efecto, había estado fusionado más de dos siglos al Virreinato de Lima, y en los últimos 40 años al de Buenos Aires. Lógico parecía que al finalizar la guerra siguiese la suerte de una de esas entidades, ya constituidas en naciones independientes. Pero he aquí que al alborear el año 1825, todo el gran Macizo Andino Central vibró intensamente a los ecos de la batalla de Ayacucho, y sus principales centros –Cochabamba, La Paz, Chuquisaca, Potosí, Tarija, Vallegrande y hasta la lejana Santa Cruz– se alzaron proclamando la patria libre.

Y aunque el país estaba a la sazón dominado por el general Pedro Antonio de Olañeta y en la capitulación de Ayacucho no se

1 NE: este texto fue publicado con el título "La creación de una nacionalidad" en *La Nación* (Buenos Aires), el 6 de agosto de 1925. Luego, con el título "Reaparición de una nacionalidad", fue reproducido por el *Boletín de la Sociedad Geográfica "Sucre"* (Sucre), núms. 268-269, en mayo de 1926, y también en *El Diario* (La Paz) el 6 de agosto de 1931. Esta última versión, con el mismo título, fue incluida como uno de los apéndices de la primera edición de *El Macizo Boliviano*.

En la presente edición se emplea la versión publicada por *El Diario* el 6 de agosto de 1974, con notas y añadidos bibliográficos de Gunnar Mendoza. También se recuperó el título original.

habían comprendido sus cuatro provincias, prosiguiendo en ellas, por consiguiente, el estado de guerra, sus habitantes quisieron aprovecharse del triunfo de Sucre, triunfo al cual habían contribuido decisivamente impidiendo concurrir a esa batalla el ejército de Olañeta obligado a sostener la causa peninsular en este país.

El jefe español corría de uno a otro punto, impaciente. Él, que durante los últimos años había hecho del Alto Perú algo así como su feudo, veía ahora escaparse la presa de entre sus manos. Los mismos "letrados" que hasta entonces le fueran adictos lo abandonaban. Su antiguo asesor, don José María Urcullo, iba pronto a figurar entre los fundadores de la nueva República. Y, de igual suerte, su sobrino don Casimiro Olañeta, el tribuno de verbo cálido y de alma pérfida.

La subversión era ya incontenible en el país. En las clases ilustradas hacía tiempo que se había hincado –rotunda– la idea de construir una república independiente. Y el sentimiento de las masas seguía el mismo rumbo, si no concreto en una fórmula precisa, por lo menos como impulso instintivo salido de las profundidades de la raza. Todos comprendían que al fin iba a aclararse el problema. Iba a cesar la sucesión de cuadros trágicos en aquel crepúsculo interminable. Los últimos combates por la libertad de América se iban a librar en este país, como los primeros. Era la hora de la suprema crisis.

2

Y mientras tanto, Bolívar, dictador del Perú, miraba con inquietud hacia este lado. Olañeta y el sesgo que tomaban los acontecimientos en las provincias altas constituían un grave peligro para la libertad del Perú y para la tranquilidad continental.

Por eso ordenó a Sucre pasar lo más pronto el río Desaguadero. Y aprestóse él mismo a trepar la gran meseta una vez que recibiese la venia del Congreso peruano y el permiso que había pedido a Colombia haciendo notar la importancia de la empresa a realizarse:

> Yo no pretendería marchar al Alto Perú si los intereses que allí se ventilan no fueran de una alta magnitud. El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera. Toda la América meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio, que puede venir a ser la hoguera que encienda nuevamente la guerra y la anarquía.[2]

---

2 "Bolívar al Vicepresidente de Colombia", Lima, 18 de febrero 1825. En: O´Leary,1884: 62.

Palabras del todo elocuentes sobre la máxima trascendencia que el Libertador atribuía a este país en esos momentos.

Sucre, en consecuencia, se puso en marcha hacia el Desaguadero y pidió instrucciones precisas a Bolívar acerca de la conducta que debía observar en el país; y como Bolívar no se las diese, aquí comenzaron sus embarazos e incertidumbres. Y entre tanto llegaban hasta él las voces urgentes del país reclamando su emancipación. El vencedor de Ayacucho pensó que seguía sirviendo a la causa de la libertad si accedía a esta demanda, corriendo con la opinión pública, pues aquel pueblo no quería ser sino de sí mismo, según sus propias palabras. Además pensó que seguía también en esto el pensamiento del Libertador quien, antes aun de Ayacucho, le había anunciado que la suerte de esas provincias sería el resultado de la deliberación de ellas mismas, y que su intención para salir de las dificultades del Alto Perú era convocar a una asamblea de estas provincias.[3] Según esto, Sucre, apenas llegado al país, expidió el Decreto de 9 de febrero de 1825, que traía ya en borrador y que iba a costarle tantos sinsabores por la desaprobación, no obstante lo dicho, de Bolívar.

El decreto, como se sabe, estatuía en su parte fundamental que el Ejército Unido Libertador tenía "el solo objeto de redimir las provincias del Alto Perú de la opresión española y dejarlas en posesión de sus derechos"; que la suerte de ellas sería "el resultado de la deliberación de las mismas provincias y de un convenio entre los congresos del Perú y el que se forma en el Río de la Plata"; y que de acuerdo con ello debía convocarse una asamblea de diputados de dichas provincias para sancionar un "régimen previsorio de gobierno" y "decidir sus destinos", quedando en el ínterin "dependientes de la primera autoridad del ejército libertador" (Lecuna, 1924: 95).

Gabriel René Moreno dice irónicamente, a este propósito:

> Tenemos en un mismo campo tres soberanías: primera, la del Alto Perú llamado a decidir su suerte; segunda y tercera soberanías, las del Congreso peruano y Congreso argentino, llamados a resolver en definitiva, de común acuerdo, las decisiones del Alto Perú acerca de su destino (René Moreno, 1907: 511).

3 "Sucre a Bolívar", Potosí, 4 de abril de 1825. En: Lecuna, 1924: 149,147.

Y aún se podría añadir una cuarta; la del Ejército Unido Libertador comandado por Sucre, bajo cuya autoridad quedaba provisionalmente el país.

Pero no obstante estas limitaciones, el fondo liberal del decreto aflora a la vista, por lo cual fue recibido con alborozo en el país, determinando en todos sus ámbitos una inusitada actividad a fin de constituir la Asamblea General convocada, que iba a ser el primer acontecimiento electoral democrático llevado a cabo en nuestro suelo.

En cuanto a su objetivo militar, la misión de Sucre no tuvo exactamente la realización que él se prometiera, pues, como se sabe, Olañeta fue muerto y destruido su ejército en el combate de Tumusla por el coronel Carlos Medinaceli, nativo del país, marcando este hecho el punto final de la guerra de 15 años por nuestra independencia (2 de abril de 1825).

En la práctica, el Ejército Unido Libertador no quemó “ni un cartucho por altoperuanía” (Moreno, 1907: 652), aunque con su sola presencia influyó grandemente en el fin de la guerra y de la marcha ulterior del país.

Sucre recibió en Potosí la noticia de Tumusla (Burdett O’Connor, 1972: 112) y considerando que su misión ya no tenía objeto determinó a retirarse con sus tropas, pero el pueblo de la Villa hizo una representación pidiéndole permanecer aún en el país, por lo menos hasta la reunión de la Asamblea por él mismo convocada. Y como al propio tiempo recibiese comunicaciones de Bolívar en igual sentido, tuvo que quedarse en el Alto Perú.

El Decreto de 9 de febrero no fue bien acogido por Bolívar, para quien Sucre se había salido de sus atribuciones, ya que no se le confirió la misión política de invitar a los altoperuanos a decidir su destino y darse gobierno y leyes. Se le había enviado tan solo “a ocupar el país militarmente y esperar órdenes del gobierno”.

Sucre se había excedido según el Libertador.

> Llamando Ud. estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego Ud. logrará con dicha medida la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma que no puede ver ni con indiferencia siquiera que Ud. rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo Virreinato. Por supuesto, Buenos Aires tendrá mucha justicia y al Perú no le puede

> ser agradable que con sus tropas se haga una operación política sin consultarlo siquiera.

3

Pero no hubo tal desaprobación, por el contrario, a poco llegaba al país la misión argentina encabezada por el general Arenales, cuyas instrucciones recalcaban que dicho enviado debía obrar sobre la base de que las cuatro provincias altas habían de quedar en la más completa libertad para acordar lo que mejor conviniera a sus intereses.

Y en cuanto al Perú, la resolución del 23 de febrero, expedida por el Congreso a indicación de Bolívar, fijando a este su papel respecto a "las provincias altas", decía en el primer artículo: "Que el Ejército Unido marche contra el enemigo hasta destruir, a juicio del Libertador, el último peligro de que la libertad del Perú estuviese nuevamente invadida o perturbada, estableciendo en las provincias el régimen más análogo a sus circunstancias" (Lecuna, 1924: 108).

Como se ve por estas palabras, al disponer el Perú la marcha el Ejército Unido Libertador a "las provincias altas", no lo hacía precisamente por ellas, sino por propia conveniencia, por quitarse de encima la amenaza de Olañeta y por destruir "el último peligro" contra "la libertad del Perú". Pero, como vimos, ni siquiera tuvo ese ejército necesidad de luchar. Olañeta fue destruido por los altoperuanos, de suerte que el país no fue libertado por el Perú como, un cumplido de circunstancias, dijo Bolívar y han repetido otros. Pero aun suponiéndolo que fuese así, ¿era acaso esa una razón para restringir la "soberanía popular" altoperuana? Según tal criterio, resultaría la curiosa paradoja de que al antiguo señor español había substituido el mismo que se decía "libertador"…

4

Sucre, ante el mal gesto de Bolívar, quedó amargado. Pues ¿por qué no se le enviaron oportunamente las instrucciones que con tanto ahínco reclamara antes de penetrar en el Alto Perú? En su mortificación, escribíale: "Mil veces he pedido instrucción a Ud. respecto del Alto Perú y se me han negado, dejándome en abandono". "¿Soy yo adivino para penetrar qué es lo que se quiere después de haberse mostrado otra cosa?". "Después de estar aquí y no sabiendo

qué hacer sin presentarme con aire aborrecible al pueblo, tomé el camino más noble y generoso, que fue convocar la Asamblea General de las Provincias". Y añadía este razonamiento irrefutable:

> Ud. Dice que la convocación a esta Asamblea es reconocer de hecho la soberanía de las provincias. ¿Y no es así en el sistema de Buenos Aires, en que cada provincia es soberana? Salta, Córdoba, Tucumán, La Rioja, Santa Fe, etc., ¿no tienen sus gobiernos independientes y soberanos? ¿Por qué, pues, una provincia con cincuenta mil almas ha de ser gobernada allí independientemente y federada, y cinco departamentos con más de un millón de habitantes no han de congregarse para prever a su conservación y a tener un gobierno provisional?[4]

Y el Mariscal de Ayacucho anunciaba al libertador su intención de retirarse del país una vez que la guerra hubiese terminado. Bolívar contestaba:

> Convenga Ud. conmigo, aunque le duela su amor propio, que la moderación de Ud. le ha dictado un paso que jamás pudo ser bastante lento. Lo que a mí me hacía dudar por lo mismo no resolver lo juzgó Ud. muy sencillo y lo hizo sin necesidad, primero porque el país no se había libertado; segundo, porque un militar no tiene virtualmente que meterse sino en el ministerio de sus armas, y tercero, porque no tenía órdenes para ello (Nasca, 26 de abril de 1825).

Y concluía recomendándole que, mientras dilucidase la situación, quedase ocupando el país militarmente como general en jefe de las fuerzas unidas. "El general en jefe es Ud. –decíale enfáticamente–, debe ser Ud. y no puede ser otro sino Ud".[5]

Pero Sucre, vista la actitud adversa de Bolívar, dudó de la bondad de su obra y aun quiso huir. "Supongo –escribía a Bolívar– que Ud. no querrá que yo quede tan mal con estos pueblos; en consecuencia, no me exigirá que me quede aquí mientras sucedan cosas que por una parte chocan a mi conciencia y por otra parte comprometen mi palabra".[6] E insistía nuevamente en retirarse.

Con todo, Bolívar no accedió a sus deseos. Por el contrario, insistió en que permaneciese en el Alto Perú. Y como Sucre tenía un respeto casi religioso por su jefe, no tuvo más remedio que obedecer.

---

4 "Sucre a Bolívar", Potosí, 4 de abril 1825. En: Lecuna, 1924: 147-148.

5 "Bolívar a Sucre", Nazca, 26 de abril de 1825. En: Lecuna, 1924: 193.

6 "Sucre a Bolívar, Potosí, 26 de abril de 1825. En: Lecuna, 1924: 152.

Y entonces fueron para él nuevas dudas y recelos. En medio de ellos creyó que tal vez lo mejor era suspender la reunión de la Asamblea, pero como el país y el mismo enviado argentino Arenales reclamaban tal reunión, acudió al expediente de aplazarla del 19 de abril al 25 de mayo:

> Yo por cumplir lo que Ud. manda, trato de retardar la reunión de la Asamblea hasta Ud. venga y la reúna si quiere, pero ojalá algún día no nos pese haber hecho esta demora, y que tengamos maldiciones de estos pueblos en lugar de bendiciones por haberles quitado a los españoles.[7]

Y algunos días más tarde: "Lo que sí nunca diré a estos pueblos es que esta reunión no se hará, porque como la desean perderíamos toda la opinión que tenemos en ellos si les quitamos esta esperanza".[8]

Tales eran los tristes azares a los que se hallaba librado el país en aquellos momentos críticos. Las pocas frases copiadas anteriormente de la correspondencia de Bolívar y Sucre pintan, mejor que pudieran largos comentarios, uno de los aspectos más interesantes en este singular proceso que dio por resultado la aparición de Bolivia en América del Sur.

5

Mientras tanto, los altoperuanos, ignorantes de estas contradicciones entre Bolívar y Sucre, proseguían afanosos en sus trabajos para la proyectada Asamblea. Tres eran las fórmulas que desde luego se perfilaron en el horizonte político:[9]

La primera planteaba la agregación del Alto Perú al Río de la Plata, a cuyo virreinato pertenecía en el momento de estallar la guerra. Esto era lo que el general Arenales anhelaba de todas veras, bien que las instrucciones de que estaba provisto por el gobierno argentino restringiesen su acción, limitándose por tanto a hacer valer discretamente su influencia personal entre algunos altoperuanos amigos. Sucre advirtió desde el primer momento a

7 "Sucre a Bolívar", Potosí, 26 de abril de 1825. En: Lecuna, 1924: 181.

8 "Sucre a Bolívar", Chuquisaca, 27 abril de 1825. En: O'Leary, 1879: 255.

9 La correspondencia de Sucre a Bolívar entre abril y julio de 1825 es muy ilustrativa al respecto.

Bolívar "la horrible aversión" del país contra la unión al Río de la Plata y que solo por la fuerza se podía imponerla.[10]

La segunda fórmula proponía la agregación de las "provincias altas" al Perú. La proclamaban "los hombres de juicio", según decía Sucre a Bolívar. Esos hombres de juicio, al opinar de tal guisa, pensaban que el país no estaba aún en el estado de ir solo por el mundo "porque carecía de virtudes políticas, de espíritu público, de elementos de seguridad y no tenía puertos ni marina".

La tercera fórmula, en fin, estaba sostenida por el grupo de los temerarios, como lo llamaremos nosotros, grupo audaz que quería, a toda costa, aun por el camino de las armas, llegar a la absoluta libertad y constituir "un Estado soberano e independiente de todas las naciones, tanto del nuevo como del viejo continente".

6

Así las cosas, a principios de junio, llegó a Chuquisaca un decreto de Bolívar, de mayo, con las siguientes disposiciones:

> 1. Las provincias del Alto Perú, antes españolas, se reunirán conforme al decreto del Gran Mariscal de Ayacucho, en una asamblea general para expresar libremente en ellas su voluntad sobre sus intereses y gobierno conforme al deseo del poder ejecutivo de las provincias unidas del Río de la Plata y de las mismas dichas provincias.
> 2. La deliberación de esta asamblea no recibirá ninguna sanción hasta la instalación del nuevo congreso del Perú en el año próximo.
> 3. Las provincias del Alto Perú quedarán entre tanto sujetas a la autoridad inmediata del Gran Mariscal de Ayacucho, general en jefe del Ejército Libertador.
> 4. La resolución del soberano Congreso del Perú de 23 de febrero será cumplida en todas sus partes sin la menor alteración.
> 5. Las provincias del Alto Perú no reconocerán otro centro de autoridad por ahora y hasta la instalación del nuevo Congreso peruano sino la del gobierno supremo de esta República.[11]

No llegó Sucre a promulgar esta disposición, pero la enseñó a muchos personajes altoperuanos que, naturalmente, quedaron pésimamente impresionados con ella.

---

10 "Sucre a Bolívar", Potosí, 4 de abril de 1825. En: Lecuna, 1924: 149.

11 "De Arequipa", 16 de mayo. En: Lecuna, 1924: 220-221.

> ¿Qué derecho tenía Bolívar –dice el historiador peruano Paz Soldán– para coartar o restringir la voluntad de provincias que no le debían su libertad? Por el contrario, ellas dieron el primer grito de la independencia y lo sostuvieron en mil combates derramando su sangre en ellos. Las provincias argentinas pudieron con más motivo reclamar derechos y no lo hicieron (1874: 17).

Pero después de los primeros momentos de estupor el grupo de los temerarios siguió adelante con sus propósitos. Y por suerte, y haciendo singular contraste con el Decreto del 16 de mayo, llegó también a Chuquisaca la Ley argentina de 9 del mismo mes, declarando que aunque las cuatro provincias del Alto Perú habían pertenecido al Río de la Plata, era la voluntad del Congreso Federal Constituyente que ellas quedasen en plena libertad para disponer de su suerte "según creyesen convenir mejor a sus intereses y su felicidad" (Lecuna, 1924: 202-203).

Era que por aquellos mismos días habíanse impuesto en Buenos Aires las ideas "particularistas" de Rivadavia y otros personajes argentinos: la gran provincia metropolitana del Plata bien podía valerse sola. Doctrina que produjo primeramente el "desasimiento" del Uruguay y, luego, no hizo sino favorecer los propósitos de las provincias altas en bien de la independencia de su país.

7

Y llegó el día –10 de julio de 1825– de la instalación de la Asamblea que debía interpretar el destino del Alto Perú. Sucre tomó todas las disposiciones necesarias para que ella se desenvolviese con la más completa independencia. Chuquisaca fue elegida para asiento de esta reunión trascendental. Retiráronse todos los cuerpos de ejército a 20 leguas a la redonda, formándose así una circunferencia de 40 leguas de diámetro en cuyo centro venía a estar situada la Asamblea. El mismo Sucre se alejó de Chuquisaca.

Leyéronse en las primeras sesiones los mensajes políticos y administrativos de Sucre. Luego se planteó la cuestión fundamental: la independencia del Alto Perú. Todos los diputados expresaron su pensamiento en el curso de varias sesiones; y, por último, cerrados los debates, el presidente presentó estas tres proposiciones a votarse: primera, ¿se unirían las provincias del Alto Perú a la

Argentina?; segunda, ¿se unirían al Perú?; tercera, ¿se constituirían en Estado autónomo?

La primera proposición fue rechazada por unanimidad; la segunda tuvo dos votos en su favor; la tercera fue aprobada por la gran mayoría restante. En consecuencia, se suscribió por 48 diputados el acta respectiva que, según se dice, constituye "la piedra básica" de la nacionalidad boliviana.

Estaba dado el primer paso. El grupo de los temerarios había triunfado. Un nuevo Estado surgía en el concierto internacional americano, protestando "que su voluntad irrevocable era gobernarse por sí mismo y ser regido por las constitución, leyes y autoridades que él mismo se diese y creyese más conducentes a su futura felicidad en clase de nación".[12] Gesto realmente audaz, con el que el Alto Perú se desvinculaba no solo de la vieja España sino también de sus hermanas mayores, y aun se alzaba contra los designios del Libertador, cuya figura en esos días resplandecía en América del Sur con la aureola de la omnipotencia.

Pero al dar tal paso el grupo de los temerarios contaba seguramente con la grandeza de Bolívar. La fama de este había llegado hasta aquí fascinando todos los corazones y todas las cabezas. Mirábasele como a un demiurgo sembrador de lauros y de luz. Los altoperuanos tenían fe en su alma extraordinaria, que aunque en ciertos momentos, bajo la férula de factores diversos, incurriese en errores, pronto tornaba a alzarse íntegra; y esa fe los llevaba a pensar que, al cabo, el Libertador concluiría por reconocer la justicia de la "causa altoperuana" y consagrar con su enorme autoridad la decisión de la asamblea.

Y así, al siguiente día de la declaración de la Independencia, votóse una ley de glorificación a Bolívar rindiéndole grandes homenajes, entre ellos el de dar su nombre a la nueva República. Lo cual es acremente censurado por Gabriel René Moreno. Para él la asamblea, al rendir tales homenajes a Bolívar, lo hacía sobre todo por miedo.

¿Y qué?

Si hubo allí miedo, pudiera ser verdad; mas ¿por qué limitar a ese sentimiento más o menos bajo, y por otra parte muy natural,

12 "Acta de Independencia de las provincias del Alto Perú".

el gesto de la Asamblea? ¿No significaba, además, él una simpatía y admiración que inspiran en todas partes aquellos seres que se alzan sobre el común con los relampagueos del genio?

Sí, ciertamente. A juicio nuestro, al proceder el Alto Perú en esa forma por intermedio de sus representantes, procedía también con altura y nobleza.

El propio Bolívar lo reconoció al manifestar su gratitud "sin límites para el pueblo generoso que había querido llamarse Bolívar y que había dado a su nombre una inmortalidad a que no tenía derecho" (Moreno, 1907: 676). "Ni la tendrá jamás", protesta el inexorable Moreno (*idem.*). Terrible afirmación, pero quizá exagerada.

Bolívar, al oponer sus reparos contra la reunión de la Asamblea, se había movido más por escrúpulos formalistas, de procedimiento, como se ve por su correspondencia a Sucre. En realidad antes del 9 de febrero ya había escrito a Sucre, como este se lo recordó oportunamente, "que la suerte de estas provincias será el resultado de la deliberación de ellas mismas". Y si a renglón seguido afirmaba: "Y de un convenio entre los congresos del Perú y el que se forme en el Río de la Plata", era precisamente por esos escrúpulos procedimentales aunque su genio preveía que ni el Perú ni el Río de la Plata habían de hacer cuestión sobre esto. Y desde que pisó el suelo altoperuano se convenció de que la decisión para proclamar su libertad era indefectible. El propio Moreno dice en algún otro libro suyo que "Bolívar llegó a Chuquisaca enemigo de la libertad y salió jurándola".

Pero quería, además, dar a las cosas todos los visos de legalidad que según él faltaban. Y por eso pedía a los delegados de la asamblea que fueron a entrevistarlo en La Paz, que "tuvieran paciencia y confianza" hasta el año siguiente en que debía reunirse el Congreso peruano para sancionar los sucesos políticos del Alto Perú. Muy conocidas son a este propósito sus palabras, dirigidas tanto a aquellos enviados como a todo el país en proclama del 1 de enero de 1826 al retirarse del Alto Perú: "El Mariscal de Ayacucho quedará a la cabeza de vuestros destinos y el 25 de mayo próximo será el día en que Bolivia sea".

8

Pero Bolivia ya era. De un estado inmanente, no hizo sino pasar al objetivo. Y por mucho que el Libertador aún se resistiese a aceptar

este hecho, él estaba definitivamente consumado, sin necesidad de la aprobación del Congreso peruano del año siguiente, el cual, por otra parte, ni siquiera llegó a reunirse.

9

Así nació Bolivia. Ella, como se ha visto, no fue obra de Bolívar ni de Sucre, bien que uno y otro hubiesen contribuido en gran manera a su advenimiento. Bolivia nació por voluntad y por obra de sus propios hijos, los altoperuanos.

Solo que ellos no estaban capacitados para sostenerla. Sus audaces gestos no emparejaban con el espíritu práctico que lleva a otros pueblos, desde sus primeros momentos, a destinos mejores. Nuestro país fue quizás como el niño que realiza una travesura descomunal. Pero lo hizo obedeciendo fuerzas recónditas e irreprimibles. ¿Quién puede fijar la raíz biológica, histórica, de tales travesuras en la vida de los niños y de los pueblos; y cómo rehuir la impostergable necesidad de su cumplimiento? La renaciente nacionalidad necesitaba, sí, ser guiada por alguien. Y ahí estuvieron para ello Bolívar y Sucre. Bolívar causóle no pocos sustos; pero, al cabo, debía ceder. Sucre, en cambio, desde los primeros momentos se constituyó en un admirable tutor. O más propiamente: Sucre fue como el médico sabio y bueno que interviene en un parto laborioso. Bolivia aún no había nacido pero ya existía. La nación estaba en potencia y le había llegado la hora de salir a la evidencia. El parto era precoz quizás; pero, imposible ponerle atajo cual quería Bolívar. Y entonces Sucre, arrostrando el enojo del Libertador, obró en aquella crisis con inteligencia, sagacidad, abnegación y fe.

10

Tales fueron los antecedentes históricos y sociológicos inmediatos a la aparición de Bolivia en la familia internacional de Suramérica.

Y decimos inmediatos, pues dada la índole de este estudio, no hemos querido ocuparnos de otros factores más distantes y complejos: el régimen colonial hispánico al cual el momento histórico había hecho ya inadecuado; el ejemplo de las revoluciones norteamericana y francesa; el aspecto económico-comercial, decisivamente influido por Inglaterra; y, en fin, el factor intelectual

representado sobre todo por la Universidad de Charcas, donde la agitación espiritual llegó a tener inusitado vuelo.

11

Pero, sí debemos detenernos aún en un factor cuyo papel en el proceso de nuestra nacionalidad creemos que es de capital significación; un factor grande, rudo, incontrastable, que vela callado y grave detrás de las acciones humanas, que parece extraño a ellas y no obstante las dirige; un factor, en el cual está la clave de muchos cosas que nos parecen enigmáticas: el medio físico.

"El medio hace al hombre". O de otro modo: el hombre no es sino su propio medio plasmado en forma de personalidad humana. El agua que bebemos, el aire que respiramos, la luz que nos alumbra, los alimentos que nutren nuestro organismo se están haciendo cada día en nosotros pensamiento, emoción, voluntad, acción. Creemos obrar por propia iniciativa, y estamos obedeciendo a las imposiciones de nuestro medio. Él marca el ritmo a nuestra vida. Una montaña, un río, un bosque, nos dictan normas. Y ni la estrella lejana que vemos en el cielo ni la humilde yerba que pisamos son ajenas a nuestro dinamismo vital. ¿Qué es la misma herencia considerada por muchos como una característica intrínseca al individuo? No es sino la transmisión por los antecesores a sus descendientes de las influencias del medio.

Así también el medio es forjador de razas y creador de naciones. Forma los lazos que atan, unos con otros, los grupos humanos, les da el aire familiar que tienen, crea sus tradiciones, hace su historia. De ahí que los pueblos que se han hecho conforme a las inspiraciones de su medio sean los dotados de vida más vigorosa. No así aquellas otras formaciones aparecidas por meros convencionalismos, por la conquista, por la diplomacia, formaciones artificiosas que si perduran, arrastran una vida privada de personalidad y espontaneidad. Solo la naturaleza realiza obras grandes y definitivas. Ella fija los moldes primordiales, talla los territorios, construye lo que podemos llamar las naciones naturales. El ser humano hace el resto.

Es, pues, de decisiva trascendencia para un pueblo haberse hecho sobre un sólido basamento natural. Una isla, verbigracia, ya forma un marco apropiado para albergar un solo pueblo. Y dentro de los continentes existen también formaciones especiales, relieves

territoriales que parecen estar llamando a la constitución de otros tantos pueblos claramente definidos. Bolivia está en este caso. No hay más sino que fijarse en su peculiar estructura, su singular topografía, sus grandes delineamientos que hacen de él un gran todo, no obstante la disparidad y multiplicidad de sus elementos físicos constitutivos.

Un macizo montañoso culminando a manera de gigantesco torreón en el continente: he ahí lo que desde luego caracteriza este suelo. La cordillera de los Andes se bifurca aquí en un ramal que contornea el Pacífico y otro que se interna en el corazón del territorio. Y entre ambas corre la inmensa meseta andina llamada Altiplanicie. Tal es el Macizo Boliviano: una sola montaña, vamos a decir… Y ese es el núcleo fundamental, el substrato físico de la nacionalidad.

Las tierras bajas circundantes por el norte, oriente y sudeste, no son sino rebalses aluvionales de dicho núcleo; este las ha hecho y sigue haciéndolas con las tierras que arrastran los ríos que desde el macizo descienden en esas direcciones. La montaña hace a la llanura y no la llanura a la montaña. Bolivia es, pues, ante todo, un país montañoso, una nación andina. Por tal razón, los españoles la denominaron Alto Perú. Y por ella misma es hoy llamada el "país del Altiplano".

Y ahora bien, ¿podría en buena lógica considerarse esta singular formación del suelo boliviano ajena a la aparición de su nacionalidad?

No, ciertamente.

Por el contrario, creemos nosotros que ella ha obrado decisivamente. Creemos que este factor determinó las demás fuerzas que concurrieron en la aparición Bolivia. Fue la fuerza motriz y directriz.

Y lo había sido ya muchísimo antes. Desde los tiempos prehistóricos, había venido suscitando diversos procesos humanos en este territorio. Los monumentos de Tihuanacu nos dicen categóricamente que en épocas remotas alentó aquí un gran pueblo. Sobre este alto pedestal se edificó la más alta metrópoli del mundo. Para tal marco tales figuras. Esta meseta, como la de Anahuac o el Irán, fue el vivero de una poderosa civilización. Y el Illimani, el Illampu, el Sajama, los hieráticos testigos e inspiradores de ella.

Y a través de los subsiguientes milenos, ¡cuántas otras evoluciones sociológicas vigorosas habranse sucedido sobre el gran

Macizo Andino! Tihuanacu no surgió aisladamente de la noche a la mañana. ¿No son una muestra viva y patente de ello los restos autóctonos que aún subsisten?

El mismo Imperio de los Hijos del Sol fue simplemente uno de tantos ciclos cuya fuente matriz estuvo en el Altiplano. Desde allí, como desde titánico atalaya, los incas fueron plantando los recios jalones de su dominación a lo largo de los Andes.

Y cuando, después de la destrucción del Imperio incaico, forjaron los españoles sus diversas entidades coloniales americanas, el formidable bloque andino continuó llenando una singular misión, destacándose con ruda personalidad. Aquí empezaron los trágicos levantamientos, no solo de los nativos esclavizados, sino de los mismos españoles contra su rey: la sangrienta insurrección de El Magnífico, las legendarias correrías del Demonio de los Andes, los disturbios de La Plata… (Diríase que este medio erizado de relieves estupendos tenía la virtud de infiltrar en sus moradores un espíritu incontenible de rebelión). La Audiencia Real de Charcas se erigió tomando como basamento el Macizo de Charcas. Los españoles también no pudieron menos de seguir las sugestiones del medio.

Y en la Guerra de Quince Años por la emancipación es ya muy sabido el papel que le cupo desempeñar al Macizo Boliviano. En su seno se inició la conflagración general de las colonias españolas por su emancipación. Aquí los famosos guerrilleros sostuviéronse durante 16 años; y aquí vinieron a asegurar el porvenir de sus pueblos, guerreros de las más alejadas latitudes: vinieron del sur los argentinos, del norte los peruanos, colombianos, venezolanos. El Macizo fue un palenque universal. Fue por sus condiciones topográficas y por su situación dominante en el medio continente la clave estratégica que se disputaron hasta el último momento patriotas y realistas. Y ya hemos visto cómo se hizo al fin aquí la carne, la idea de la liberación. Fenómeno extraordinario, hazaña aventurada de sus hijos, pero que por lo mismo acusa las inquietas propensiones de una raza que acaso obedecía, a impulsos ancestrales, al influjo irresistible del medio.

Se trataba, en el fondo, de un proceso que era a la vez de regresión, de repetición y de renovación. Tihuanacu, Kollasuyo, Imperio Incaico, Audiencia de Charcas, Alto Perú, Bolivia: he ahí otros tantos momentos en el milenario palpitar del gran Macizo.

El advenimiento de Bolivia fue resultado de un proceso de reconstrucción, o mejor, de renacimiento nacional sobre el mismo bloque montañoso que antaño sirviera de plataforma a otras razas que llenaron aquí grandes misiones.

Y en este sentido, la nación de hoy es la misma nación de ayer, como será la nación del porvenir.

Bibliografía citada en "El advenimiento de la nacionalidad boliviana"

Burdett O'Connor, Francisco
1972 *Recuerdos.* La Paz: Don Bosco.

Lecuna, Vicente (recop.)
1924 *Documentos referentes a la creación de Bolivia*. Tomo 1. Caracas: Litografía del Comercio.

Moreno, Gabriel René
1907 "Ayacucho en Buenos Aires". En: *Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas*. Santiago de Chile: Soc. Imp. y Lit. Universo.

O'Leary, Daniel
1879 *Memorias*. Tomo 1. Caracas: Gaceta Oficial.
1884 *Memorias*. Tomo 23. Caracas: Gaceta Oficial.

Paz Soldán, Mariano Felipe
1874 *Historia del Perú independiente.* Tomo 2. Lima: Havre.

Apéndice vi

Mandepo[1]

Notas de viaje

Estamos ante Mandepo, el chiriguano. Frente amplia, bien curvada; nariz aquilina, algo protuberante; labios delgados, siempre prontos a la risa; ojos que ríen, igualmente, en sus profundas cuencas; cabellos, en fin, grises y juguetones, que al ser agitados por el viento diríase que ríen también.

Mandepo, a la vera de su choza, habla alegremente con el padre Nazario, el misionero de Macharetí. Yo no les entiendo puesto que no sé el guaraní; pero oyendo las sonoras carcajadas con que Mandepo salpica su charla, supongo que están diciendo cosas muy graciosas. Póngome entonces de lado para trazar rápidamente el perfil de esa cara que empieza a interesarme. Mi lápiz ha corrido furtivamente sobre un guiñapo de papel rayado que encuentro en una faltriquera de mi uniforme militar.

Me gusta ese semblante de viejo septuagenario que tiene todo el vigor de los 40 años. Ni pizca en él del tipo mongoloide, tan frecuente entre los chiriguanos. Paréceme más afín de un festivo lord inglés o de un burgués americano o siquiera de un piel roja.

Y, en tanto, ríe el bárbaro. Ríe con risa franca, tonante, contagiosa que a mí me hace reír también. ¡Qué lejos está este indígena de aquellos guaraníes tristes, agobiados, sin voz, casi sin vida, que tan gráficamente pintaba Azara en el siglo xviii!

Es que Mandepo, seguramente, no es guaraní puro. Por su frente, por su nariz, por sus ojos, por su risa y sus gestos, me trae

1 *La Semana Gráfica* (La Paz), 23 de febrero de 1934.

más el recuerdo del antiguo charca, aquel risueño morador de las vegas chuquisaqueñas, tan aficionado a la danza (la *chjarkja*).

Pues ¿por qué Mandepo tiene nombre guaraní y habla el chiriguano, dialecto guaraní?

Propongo la explicación de tal hecho en mi libro *La tragedia del Chaco*. Mandepo es descendiente de un mestizaje ancestral en que ha predominado antropológicamente el tipo andino, mientras se extinguía su idioma.

Y ríe Mandepo... Pero, he aquí que al ir hablando tan risueñamente en un idioma que no entiendo, le oigo pronunciar distintamente el nombre de Sucre.

Después, cuando nos despedimos de Mandepo, el padre Nazario me explica el caso en esta forma: cuando ocurrió, en 1891, la tremenda sublevación chiriguana de Curuyuqui, que el general Gonzales ahogó en torrentes de sangre indígena, Mandepo, ya entonces robusto mozo, tomó parte en ella y supo salvar de la hecatombe. El vio cómo el general exterminador se llevaba al interior las familias de los vencidos para fraccionarlas entre diversos centros de Bolivia. Y como muchos de ellos marchaban con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin querer ya levantarla, quizá expresando así su protesta contra el rigor del castigo o la vergüenza de su orgullo rendido, entonces el general hacía que se les sujetase fuertemente al pecho, con cuerdas, un palo terminado por arriba en una horqueta que abrazaba y levantaba forzadamente el maxilar inferior.

—Y así llegaron desde acá hasta Sucre –había comentado, siempre riendo, Mandepo.

Apéndice VII

La raza que se va[1]

He aquí un paisaje propiamente lilial; uno de esos paisajes –tan característicos de Bolivia– en que las sierras lejanas y el cielo y el aire mismo parecen a ciertas horas sumergidos en un baño de luz violeta que a la vez entinta hasta la imaginación. Son estos simples juegos de luz producidos por la radiación atmosférica; pero es lo cierto que tienen la virtud de suscitar, sobre todo en ciertos temperamentos, extraños sentimientos de nostalgia y melancolía. Dijérase que hablan ellos de lo lejano, de lo ausente y aun de lo funeral.



El sol se ha puesto tras una cima distante. El ambiente está quieto. Yo voy a caballo, caminando en lo alto de una larga lomada, paso a paso, mientras mis ojos se empapan en la contemplación del cuadro.

A mi derecha se extiende un mar de montañas. En el fondo corre una diáfana sierra azul. A mi izquierda, al pie de la lomada, veo una quebrada blanca en cuyo opuesto costado se alza una fila de montes sombríos. Surge de entre ellos un cabezo alto y hosco, destacando su silueta erizada en lo alto de árboles y matorrales que semejan hirsutos mechones. Y allí, en el cerro, rayando con pálido trazo su negrura, veo un camino sinuoso que empieza en la quebrada, trepa retorciéndose como una serpiente, desaparece en las rugosidades, vuelve a mostrarse en los resaltos y después de mil ondulaciones se pierde en una ceja distante.

A mi paso voy encontrando *kjeuñas*, con sus troncos retorcidos, como atormentados, descarnado su rojiza corteza en láminas a

1 *La Gaceta* (Tucumán), 6 de agosto de 1925.

modo de papiros; cebadales espigados de color verde claro; papales de verde oscuro. Y arriba siempre el fulgor violáceo del cielo volcado sobre el paisaje como un fanal.

Y todo en redor mío respira quietud, soledad, silencio. Apenas si a momentos una ligera racha de viento sesea entre el follaje umbrío de los pinos silvestres, enhiestos a la vera del camino, o me trae algún eco lejano –un balido de oveja, un ladrido de solitario can–. Luego esos rumores acallan y ya no escucho sino el son acompasado que producen los cascos de mi cabello hiriendo el suelo pedregoso; y ese mismo son cesa a ratos, cuando la bestia camina sobre las praderas cubiertas de menudo pasto.



Pero he aquí que en medio de esta soledad y mutismo rasga de repente el aire sereno una extraña voz; una voz al mismo tiempo salvaje y melodiosa; una voz profunda y monótona que vibra con dejo varonil; un lamento prolongado que tiene algo del bramar de un toro y acaba como el ¡ay! de un moribundo…

Es un *erkje*.

Sorprendido por esta extraña música me vuelvo hacia el punto de donde va saliendo y pronto diviso al tocador. Es un indio. Un *jallkj'a* que ha empezado a trepar el cerro de que antes hablé.

Y en verdad que el tal indio toca admirablemente su *erkje*.

Lo miro, a lo lejos, bañado por la luz de la tarde opalescente. Va por el angosto camino. Se detiene a momentos, emboca el instrumento y arranca de él esas notas que me embelesan. No parece sino que fuera gozando intensamente en este ejercicio musical. Debe ser uno de esos artistas silvestres que, por excepción, solemos encontrar entre los aborígenes a juzgar por la destreza con que sopla ese cuerno que en otras bocas no suele emitir sino ruidos desentonados y molestos.

Por lo demás, su música se reduce a una sola melodía siempre repetida, pero que sin embargo no me cansa. Son apenas seis notas dispuestas en tono menor. Salen del cuerno lentamente, como arrastradas. Cada una vibra, con variadas inflexiones, por bastante rato, terminando el motivo con otra nota aún más larga que, prolongándose gravemente, ulula en el espacio como un alarido y viene a sacudir mi corazón.

Y la tarde se esfuma. El lila del cielo se va ensombreciendo. Comienzan a fulgir las estrellas. La sierra de mi derecha tiene un

color morado. Los montes de mi izquierda están casi negros. Ya apenas borrosamente puedo distinguir al indio que se ha remontado hasta medio cerro. Y la voz del *erkje* sigue resonando en mi oído, desgarradora, solemne, dolorosa y cada vez más lejana.



¿Qué sentirá ese indio tocando su *erkje*?

Seguramente ni él mismo acertaría a decirlo. Mas yo creo que en estos momentos asoman al huraño espíritu de aquel solitario ser innumerables generaciones. Allí está condensada toda una raza. Una raza que grita, que solloza, que canta…

Mil curiosas imaginaciones asaltan mi cabeza. Los broncos clamores del *erkje* llévanme a remotas edades, a extrañas gentes, a cuadros pretéritos. Esas notas tienen para mí un aire a la vez cautivador y lamentable. Son imponentes, fieras, grandiosas. Suenan como un grito guerrero y a la vez lúgubre. Son oración, protesta, anatema, resignación. Son lo feroz y lo doliente juntos. Y vagamente, a lo largo de ellas, asisto a una sucesión de extravagantes visiones: una legión triunfal que se torna en hato de cautivos; una cohorte de seres que brilla, deslumbrante, por un momento y que se transfigura en cortejo fúnebre, un banquete fastuoso que acaba en dantesca tragedia…



La noche ha caído. El lila del cielo tiene un tinte siniestro, amenazador. Las estrellas refulgen fríamente, como aceros desnudos. La tierra en mi redor está negra; y negra está la misma azulada sierra que antes veía como un límpido cristal. Hace ya mucho rato que no veo más al indio que iba por el camino del cerro, pero sigo oyendo el eco de su *erkje* cada vez más lejano, más lejano… a momentos no suena sino como un eco vago, imaginario, ya no de este sino de algún otro mundo enigmático. Es ya solo como un soplo de aire, como un suspiro, como una flébil exhalación.

Y entonces yo me digo:

—Sí… Esa es la voz remota de un pasado legendario, de una época muerta, de un pueblo desaparecido. Es la raza que se va…

Apéndice viii

Algo sobre geología boliviana

No existe todavía la fórmula exacta y definitiva de la estructura geológica boliviana. No se han hecho todos aquellos estudios que son menester en este orden para llegar a una conclusión general. Los hasta hoy existentes fueron verificados o con fines industriales, en las zonas mineras, y por tanto de carácter solo parcial o, mejor, regional, o por viajeros y misiones científicas ambulantes que no podían permanecer largamente en el país.

Por otra parte, hay cierta anarquía o contradicción entre esas mismas escasas investigaciones en lo tocante a diversos puntos: formaciones geológicas, edades, tectonismo. Así, mientras unas afirman que la Cordillera Occidental corresponde a la Era Secundaria o Mesozoica, otras la consideran terciaria o cenozoica.

Quizá lo mejor de la incipiente geología boliviana es también lo más antiguo. Hace ya un siglo que ascendió al Macizo Boliviano un sabio francés, Alcide d'Orbigny, y lo estudió en gran parte haciendo largos recorridos, con frecuencia a pie, por millares de kilómetros, especialmente en la Cordillera Oriental y también en la hoya amazónica (Chiquitos y Mojos). Su obra bien puede considerarse como monumental. Mas, ni el mismo d'Orbigny pudo reconocer todo el territorio boliviano. En la Altiplanicie no alcanzó el sector austral, desde la zona de los grandes salares a la Puna de Atacama. Tampoco llegó, en la hoya amazónica, a las tierras regadas por el Madre de Dios, por el Orthon, por el Acre, ni conoció, en la hoya platense, el Chaco Boreal.

Posteriormente a d'Orbigny fueron llegando a Bolivia otros investigadores como Castelnau, Forbes, Steimann, Kozlowsky,

Dereims, Sundt, cuyos trabajos han servido por lo menos para empezar a descifrar la incógnita geológica boliviana.

Hemos podido también conocer, aunque solo fragmentariamente, los estudios realizados en ciertas zonas mineras del país por Lindgren, Kittl, Ahlfeld y otros.

Nosotros, ateniéndonos en partes a todos estos trabajos y en parte separándonos de ellos, vamos a tentar la proposición de una fórmula sintética en esta importante materia.



En el periodo arcaico Precámbrico de nuestro planeta, al iniciarse el enfriamiento de la corteza terrestre primordial durante el ciclo que los geólogos llaman hurónico, hubo en América el primer plegamiento de aquella, abarcando el área sobre la que hoy se levanta la Cordillera Real.

Es el que hemos llamado Escudo Andino, sin englobarlo precisamente en el Escudo Brasiliano, como parece hacerlo Steimann, quien llama Brasilandes a todo un complejo orográfico que comprendía ambas formaciones montañosas, con más la mayor parte de la Altiplanicie y la Puna de Atacama.

Para nosotros, frente al Escudo Brasiliano cuyos restos, ya muy desgastados, están constituidos por el Macizo de Mato Grosso y otras corrugaciones circundantes, entre las cuales habría que contar el sistema de Chiquitos en el territorio de Bolivia, se alzó, tal vez posteriormente, el Escudo Andino, cuyas capas graníticas coronantes son ciertamente más jóvenes que las otras circunscripciones geológicas, verbigracia, la de los Alpes.

Tenemos así un primer esbozo del Macizo contemporáneo de la Era Arcaica.

Luego vienen sucediéndose los periodos de la edad primaria (Cámbrico, Siluriano, Devónico, Carbonífero, Pérmico) en que el mar va depositando sus diversos estratos y el tectonismo correspondiente que da lugar a nuevos plegamientos, fracturas, fallas. Probablemente, ya desde entonces había emergido de las aguas la Cordillera Real, con los portentosos picos del Illampu, Kaka-aka e Illimani, alineados de norte a sur en una gran masa arqueada, con su convexidad frontera al oriente.

En la Era Secundaria, considerada como de pausa o de paz en esta pugna de las fuerzas recónditas del globo, se inicia, no obstante

al occidente de la Cordillera Real, otra serie de plegamientos de la costra terrestre, formando la que es hoy Cordillera Occidental o Longitudinal como uno de los tramos de la gran línea de fuego trazada, como si dijéramos, entre los polos terrestres ártico y antártico. Luego, con los nuevos plegamientos de los ciclos Caledónico y Herciniano, y después de un larguísimo periodo de sumersión y emersión, quedó por fin constituida la gran barrera que llamaremos *pacífica* (de Pacífico), donde hoy se levantan las cimas del Sajama, Parina-kjota, Huallatiri y los otros picos volcánicos que cierran el borde occidental de la Altiplanicie.

Y de esta suerte, entre el gran arco de la Cordillera Real y su secante, la barrera pacífica, quedó abierto un "hueco", como decimos en el texto de este libro. Tal hueco venía a ser el original basamento de la Altiplanicie.

Dentro de él habían quedado aprisionadas las aguas correspondientes del mar y las capas sedimentarias primitivas. El subsiguiente trabajo de erosión en los muros cordilleranos circundantes fue rellenando ese hueco con nuevos estratos. Y con ello, las aguas marinas debieron ir subiendo de nivel hasta rebalsar por los puntos fracturados de esos muros, mientras, por su parte, la evaporación hacía su obra.

Era el mismo fenómeno que se cumplía aquí como en otras partes del planeta. En algunas, durante el ciclo Herciniano, hizo que llegasen a desaparecer cordilleras enteras por la erosión.

Y, en fin, en la Era Terciaria sobreviene "un nuevo despertar" de las actividades tectónicas de la tierra que modelan la configuración hoy mismo subsistente, con pocas variantes, en esta parte del mundo.

Es a esta etapa (Cenozoica) que, según el consenso común de diversos geólogos, pertenecen las grandes masas montañosas que nosotros, considerando su aspecto geográfico, hemos llamado Macizo de Yungas y Macizo de Charcas.

Por nuestra parte, nos atrevemos a proponer la explicación siguiente respecto a ellas. Las fuerzas intraplanetarias, en su despliegue hacia fuera de la corteza terrestre, debían buscar naturalmente los puntos de menor resistencia. Y, ahora bien: puesto que ya desde la edad primaria se habían producido los pliegues primordiales de la Cordillera Real u Oriental, con sus anticlinales, sinclinales, fracturas, etcétera, todo eso constituía tal área de menor resistencia, encontrando en ella las nuevas actividades tectónicas un campo propicio a su acción.

Fue así que se contempló ese levantamiento colosal de la costra terráquea que es el Macizo Boliviano. Él, a lo largo de la cordillera andina panamericana, como ya dijimos, es el eslabón más alto y más grueso entre los demás.

El ingeniero geólogo Kittl, hablando sobre el arco de la Cordillera Real y la presencia frecuente en él de rocas intrusivas, dice: "Es probable que la formación del arco tenga conexiones causales con la aparición de estas rocas intrusivas". Asimismo, se refiere a una cordillera ya medio cubierta en la Altiplanicie, compuesta por esquistos peleozoicos con algunas intrusiones volcánicas, y a los afloramientos efusivos de Oruro y Eucaliptus. Todo ello corresponde al costado occidental de la Cordillera Real.

Y en cuanto a su vertiente oriental, sobre todo en el sector del Macizo de Charcas, el geólogo Bonarelli, que ubica allí lo que llama "terciario subandino", relacionándolo con las formaciones del norte argentino, dice:

> En el sentido transversal de los plegamientos subandinos se observa una gradual disminución en la intensidad del fenómeno diastrófico de oeste a este, presentándose en la región chaqueña las últimas repercusiones del monumento orogénico en forma de ondulaciones muy suaves, tapadas en parte por sedimentos cuaternarios. Esto demuestra precisamente que el plegamiento se efectuó por la acción de un empuje unilateral del oeste.

Y, en efecto, la configuración geográfica actual del Macizo de Charcas está confirmando este aserto. La escalinata charquense se va degradando, poco a poco, hacia el oriente, como lo hemos hecho notar, de suerte que en la hoya platense esas ondulaciones que dice Bonarelli ya solo están representadas por serranías bajísimas y medio aplanadas, como las que hay entre Macharetí y Carandaití.

De nuestro lado debemos hacer resaltar aquel relieve orográfico que señalábamos iniciándose en Livichucu, junto a la Altiplanicie y formando entre las fuentes prístinas de los ríos Pilcomayo y Grande un pliegue muy angosto pero ensanchado a medida de descender al oriente, continuándose luego con el plano inclinado chaquense que se extiende hasta el río Paraguay.

Dicho pliegue, de dirección sureste, está a su vez resquebrajado por otros secundarios, alineados en general de norte a sur. Estos son las serranías escalonadas del Macizo de Charcas que enumeramos en el capítulo correspondiente de este libro.

Respecto a la estructura geológica, d'Orbigny, que descendió la vertiente oriental del Macizo por la parte de Potosí, dice:

> En resumen, toda la travesía del río Pilcomayo al valle de Miraflores (sector Potosí) ofrece el mismo grande interés geológico, porque presenta con evidencia la superposición de los cuatro sistemas geológicos de Bolivia: los terrenos silúricos representado por las pizarras; los terrenos devónicos compuestos de arenisca gris compacta; los terrenos carboníferos reducidos en este punto a las areniscas rojas friables; y, en fin, el terreno triásico, con sus arcillas abigarradas y sus calcáreos compactos.

Allí mismo encontró d'Orbigny formaciones graníticas y el *Chemnitzia potosensis*.

Hay que decir, por lo demás, que en aquellos tiempos la geología no había llegado a las concepciones que hoy rigen en lo tocante a la división de etapas, tectonismo, estratigrafía, etc. Ni tampoco se habían hecho aún ciertos hallazgos en las profundidades del Macizo que hoy nos demuestren patentemente la contextura precámbrica de su base.



La constitución geológica de las hoyas que subsiguen las vertientes orientales del Macizo es, en verdad, más sencillamente explicable que la del mismo.

Así, para la hoya amazónica, una simple ojeada al mapa de Bolivia ya empieza ilustrando al lector sobre este punto.

Frente al Macizo Boliviano que, desde el norte de Mato Grosso, emite el gran ramal de la Cordillera Real y la Sierra de los Parecis, trazando un arco a cuyos picos corre el río Ytenes, está el otro arco, andino, de la Cordillera Real y el brazo Cochabamba-Santa Cruz, que se atan en el nudo de Cochabamba, paralelo al anterior, a una distancia de casi mil kilómetros. Entre ambos se extiende la hoya amazónica boliviana, desde las faldas de la Cordillera Real hasta el Ytenes, en cuya margen derecha comienzan las tierras del Brasil.

Es decir que, primitivamente, este fue también un "hueco" como el de la Altiplanicie, aunque mucho más bajo, que se fue rellenando por la erosión de su marco montañoso en la sucesión de las edades. Hoy día, ese relleno prosigue sobre todo con los materiales de acarreo del Macizo de Yungas y la cordillera de los

Yuracarés, que tienden sobre la cuenca subyacente una copiosísima red fluvial. Basta ver el mapa para encontrar cómo esa red cubre de sur a norte la hoya amazónica boliviana, siendo solo su sector oriental constituido por las corrientes desprendidas del sistema de Chiquitos que, como dijimos, geológicamente corresponde al Macizo Brasiliano.

Tratándose de la hoya platense, ya vimos en el curso del presente libro, la parte que toma en su formación el Macizo de Charcas, con el relieve montañoso de Livichucu. Dicho relieve seguramente influyó para que esta hoya fuese más alta que la amazónica e hizo inclinar las aguas que por su flanco izquierdo descienden a la primera –ríos Parapetí y Grande– hacia la segunda. A este fenómeno *sui generis* es que hemos llamado una paradoja geográfica.

Bonarelli ha propuesto llamar, a la faja de serranías charquenses convergentes a la hoya platense, "sistema geográfico subandino":

> Dicha faja –dice– constituye, morfológica y geológicamente, una unidad bien definida, con caracteres evidentes de elementos subpositivos formado por una serie en gran parte marina, permocenozoica completa, o casi completa, cuyo diastrofismo se efectuó principalmente por los movimientos de la segunda fase (Keidel), los cuales se iniciaron durante el mioceno y terminaron en la iniciación del pleistoceno.



Recapitulando lo dicho hasta aquí, creemos nosotros que, geológicamente, el Macizo Boliviano está compuesto en su mayor parte de estratos paleozoicos (silurianos y devónicos) visibles sobre una base Precámbrica invisible. En la superficie, ya regular o irregularmente distribuidos, se hallan los elementos sedimentarios de épocas posteriores (Secundaria, Terciaria, Cuaternaria).

La parte más eminente en esa constitución es también la más antigua, correspondiente al periodo arqueo: es la Cordillera Oriental. Ella forma el eje o tronco del Macizo, trazando un arco cuya concavidad mira al Pacífico.

A cada lado de ese eje hay dos llanuras o planos de tiempos mucho más recientes. La primera, u occidental, es la Altiplanicie; la segunda, u oriental, está formado por las hoyas amazónicas y platense.

La Cordillera Oriental es de estructura granítica, sobre todo en los sectores de Cololo, Hankjo-uma y Quinsa-cruz. Allí el granito

aparece ya coronando sus cimas (lacolitos, batolitos), como en el Illampu e Illimani, o ya bajo las capas paleozoicas, como en Quinsa-cruz. Es en estas rocas intrusivas graníticas y en las contiguas metamórficas que se hallan con frecuencia las inyecciones metalíferas de oro, estaño, plomo, antimonio…

La llanura occidental, o Altiplanicie, que sigue al oeste de la Cordillera Oriental, originalmente fue una cuenca profunda comprendida entre ella y la Cordillera Occidental. Hoy es un altiplano formado a expensas principalmente de los materiales de erosión de aquellas mismas. Este plano está en partes interrumpido por otras serranías bajas o a medio aplanarse que corresponden en su mayor parte a la Época Terciaria y son de naturaleza efusiva. Puede citarse, entre ellas, la línea de cerros traquíticos que desde las proximidades de Achacachi se dirige hacia el oriente y sur de Oruro, pasando cerca de Viacha y Tororani, paralelamente a la Cordillera Oriental. Créese que interrumpió por una fractura de la Altiplanicie tendida en esa misma dirección. Al occidente de ella, aparecen nuevas líneas efusivas: la que va al oeste de Eucaliptos y pasa por Oruro, y la que desde Corocoro sigue, de norte a sur, formando el llamado sistema cuprífero.

Hacia el sur, están los grandes yacimientos salinos que cubren gran parte de la Altiplanicie.

En fin, amuralla por el occidente la meseta andina la Cordillera Occidental, o de la Costa, generalmente considerada de origen mesozoico.

La llanura oriental, que sigue a la vertiente respectiva de la Cordillera Oriental, está formada de dos planos inclinados divergentes: el primero, o amazónico, que se inclina al norte; y el segundo, o platense, que se inclina al sur. Entre ambos se alza el Macizo de Chiquitos, compuesto en su mayor parte de una masa de *gneis* ya muy desgastada por la erosión.

La hoya amazónica boliviana corresponde también primitivamente a un hueco abierto entre el Macizo Boliviano (escudo andino) y el brasílico (Escudo Brasiliano). El fondo de ese hueco debe de estar constituido por una base precámbrica, pero que se halla a una gran profundidad. Actualmente, en los cortes fraguados por algunos ríos, como el Beni, solo aparecen los estratos devonianos. De esta hoya dice d'Orbigny: "En último análisis representa una profunda cuenca, especie de lago, a donde los ríos llevan materias terrosas

o arenosas que se esparcen por su superficie en las inundaciones y que tienden a elevar el suelo".

La hoya platense, que no conoció d'Orbigny, es todavía un tercer hueco, rellenado por los detritus de las formaciones orográficas circundantes, especialmente por el Macizo de Charcas. En ella aún se notan las ondulaciones de la Época Terciaria, ya en parte cubiertas por los terrenos pampeanos y aluvionales.

Es entre esta hoya (Gran Chaco) y el Macizo, que se halla esa "faja de relieves pedemontanos" a que el geólogo Bonarelli propone llamar "terciario subandino". Este autor, que la estudió con cuidado desde el punto de vista de las formaciones petrolíferas, establece la superposición de capas geológicas en la forma siguiente, de abajo arriba:

1.ª Esquistos micáceos (devonianos) con bancos intercalados de areniscas cuarcíferas. Espesor desconocido.
2.ª Areniscas inferiores (permo triásicas). Espesor: hasta 2.500 metros.
3.ª Horizonte calcáreo dolomítico (cretáceo) con calizas fosilíferas, margas verdes, grises, azules, coloradas. Espesor: de 40 a 150 metros.
4.ª Areniscas superiores (cretáceo). Espesor reducido.
5.ª Terciario subandino (cenozoico). Areniscas blandas, tobas rojas, etc. Espesor hasta 2.500 metros.
6.ª Una discordancia más o menos marcada.
7.ª Una serie de conglomerados. Espesor variable.

Desde esta faja petrolífera de Bonarelli se están elevando los terrenos y desordenándose o aun desapareciendo la anterior disposición de ellos. Así, el devoniano, que en esa faja aparece hasta más de cinco mil metros de profundidad respecto de la superficie, en el Macizo forma sus más grandes alturas, de cinco a seis mil metros de elevación.



Para concluir esta breve excursión geológica, y limitándonos ya solo al aspecto metalífero, citemos, siquiera no sea sino someramente, algunas de sus muestras típicas.

El cobre

Aunque este metal se halla copiosamente esparcido en todo el Macizo, puede decirse que su zona de predilección es la Altiplanicie. Ejemplo: el sistema cuprífero del centro y occidente de esta, donde están las minas de Corocoro. Allí aparecen los inmensos yacimientos de cobre nativo, en los estratos geológicos que los mineros llaman "los terrenos de las Vetas y de los Ramos". El hombre también altiplánico primitivo lo encontró así a la mano para sus primeros ensayos metalúrgicos, para lo cual, justamente por nativo, el cobre se prestaba de modo especial. Y como también tenía cerca el estaño, es natural que hubiese nacido pronto la industria del bronce, en aquella que podemos llamar, entre nosotros, la Edad Eneolítica.

En Corocoro el cobre se encuentra ya en forma pulverulenta, ya en masas, charques, fibras. El geólogo Sundt atribuye su génesis a la precipitación en los terrenos de las soluciones en que está el metal (cloruros, sulfatos).

El estaño

Este metal ocupa en el Macizo Boliviano una gran faja que corre de norte a sur, en las alturas, por unos dos mil kilómetros de longitud. Y dicho está que, al igual que el cobre, también fue explotado desde la prehistoria. Precisamente en la Cordillera de Quinsa-cruz quedan aún las huellas de esta explotación primordial. De suerte que el hombre moderno, en la extracción gigantesca de este metal, no hace sino proseguir una tradición inmemorial.

Los grandes yacimientos de estaño se hallan ya en las formaciones efusivas de la Altiplanicie, como en Oruro, o ya en las cumbres y vertientes de la Cordillera Oriental, tal en los eslabones de Hankjo-uma (Illimani, Huayna Potosí, Chacaltaya), de Quinsa-cruz, y sobre todo en los Asanaques, donde forma los ingentes depósitos de Huanuni, Llallagua, Villa-apacheta.

En la Cordillera Real se ve el estaño con frecuencia unido a las rocas intrusivas graníticas que dominan en sus alturas, u ocupando a la vez los estratos paleozoicos y zonas de contacto entre unas y otras. Acompaña muchas veces al oro y otros metales, especialmente la plata. Su forma más común es la casiterita (óxido de estaño). Encuéntraselo asimismo formando extensas cuencas, ya por los

desmontes que resultan del trabajo humano o por la acción de los elementos naturales.

La plata

Forma otra faja de longitud análoga a la del estaño (dos mil kilómetros). La plata, como se sabe, es el metal histórico por excelencia en Bolivia. El solo nombre de Potosí nos lo dice. Ella generó la leyenda blanca de la Sierra de la Plata de los conquistadores hispánicos, como el oro la leyenda amarilla de El Dorado.

La plata se halla comúnmente en las formaciones porfíricas del Macizo (riolita, dacita, andesita), en Oruro, Huanchaca, Colquechaca, Potosí, Chichas, Lípez, unida al hierro, al oro, al azufre, al arsénico, al plomo y sobre todo al estaño, siendo muchas veces reemplazada por este, a medida de avanzar en profundidad.

El geólogo Arturo Wend, que estudió largamente las formaciones argénticas del Macizo, sobre todo en Potosí, juzga que la deposición del metal es harto reciente y acaso "tan moderna como el advenimiento del hombre".

El oro

Este metal se halla en todo el Macizo, desde sus cumbres hasta sus pies. Y más allá sigue mostrándose en las hoyas. Sus tipos genéticos son distintos en los Macizos de Yungas y Charcas. En el primero se hallan sus filones en las rocas ígneas, unidos a la monzonita cuarcífera, como productos de diferenciación de los magmas ácidos y semiácidos (Palomani, Illampu, Illimani, Quinsa-cruz). En el segundo se halla más frecuentemente ligado al antimonio en las pizarras paleozoicas, siendo de origen hidrotermal, como lo hace notar Ahlfeld. Entre ambos sistemas o tipos se halla el de Amayapampa, que participa de unos y otros caracteres, por lo cual se llama mixto.

En cuanto a las hoyas, quizá la más rica en oro es la amazónica, ya que según el mismo Ahlfeld "todos los ríos que van al este contienen oro hasta en la región de las selvas". Se refiere a los ríos de los Yungas. A lo que nosotros añadiremos que también el río Grande, procedente del Macizo de Charcas, lo lleva a la misma hoya, pudiendo ser muy bien llamado "río del oro", como el Pilcomayo "río de la plata".

Y ya que hemos nombrado Chiquitos, citemos también allí, cerca al rubio metal, al moreno o negro, el hierro. Y d'Orbigny, hace 100 años, lo hallaba a cada paso en sus andanzas por esa región. Hoy el ingeniero Jorge Muñoz dice que el hierro está allí "en forma de hematita". En el litoral del Alto Paraguay, correspondiente a Chiquitos, está la zona del Mutún y de la Cruz, donde una serranía de unos 20 kilómetros de longitud está constituida casi exclusivamente de hierro (75%). Por desgracia, no se ha intentado aún allí ninguna explotación. Pero, si se tiene en cuenta la abundancia de combustible vegetal en la región, a falta de carbón de piedra, se comprende que en ese sector la industria siderúrgica está llamada a un gran desarrollo en el porvenir.

Apéndice IX

Visión heroica[1]

(Fragmento)

¡Oh qué visión grandiosa la que he tenido!… Pero
si he de mostrarles, hermanos, que un silencio austero
se haga en redor. Oíd
hijos de Manco Cápac, descendientes del Cid.

Yo he visto a los guerreros en la planicie agreste
del Kolla-suyu. He visto su formidable hueste
pasar como un ciclón,
mostrando en sus banderas el Cóndor y el León.

He visto sus cimeras, he visto sus penachos
en tanto que a lo lejos alzaba sus picachos
la Cordillera Real
–flamígeras cimeras de otra legión triunfal–.

Y he sentido el tonante rumor de los clarines
llevando un himno heráldico a todos los confines:
el himno del poder,
el himno de los hombres que supieron vencer.

He visto a Rocinante pastando con la llama;
y junto a los hijos de esa estrecha amalgama
de indio y de español:

1 NE: del libro inédito *Poemas del tiempo viejo*.

los hijos del Quijote con los hijos del Sol.
He visto, sí, a los rudos paladines en marcha
hollando los zarzales, las piedras y la escarcha
de la yerma altitud
que temblaba a sus plantas cual bajo de un alud.

He visto, sí, a los hombres de los tiempos pretéritos
los hombres arquetipos, los hombres beneméritos…
Mas, todavía, oíd
hijos de Manco Cápac, descendientes del Cid.



Un pueblo es grande porque quiere; la voluntad
tuerce los brazos mismos de la fatalidad
como el martillo al hierro forjándolo en el yunque.
A un pueblo de hombres fuertes no hay nada que le trunque.
Ni nada que le achate, ni nada que le estorbe.
Un pueblo de hombres fuertes tiene a sus pies el Orbe.



¡Arriba, oh patria, arriba! Sé tú ese pueblo; sé
un pueblo acorazado de su valor y fe.
¡Arriba! Que tus huestes se levanten. Que rompa
el himno de los fuertes y sea cada trompa
un verbo ignipotente. Cese la voz dulzaina
de melifluos bardos. Salte ágil de su vaina
la espada. Y en tu seno surgiendo rediviva
la estirpe primitiva.
asciendas nuevamente la triada inmortal
que condujo a sus hijos al punto cenital.

¡Arriba, arriba, patria!… Sé el pueblo que eras antes:
un pueblo de gigantes,
el pueblo que en sus tiempos tan grandes obras hizo.
Y así como tus Andes forman el gran Macizo
que alza la sobrefaz
de todo un continente, que así se empine audaz
tu raza. Que ella sea como tus altos montes

como tu Altiplanicie, como tus horizontes.
Sea el florecimiento y el natural producto
de tus entrañas. Sea cada varón reducto
cerrado al miedo, cada cerebro el templo sacro
de la verdad exento de todo simulacro
y de toda ficción.
Y en cada corazón
se alce el lucero estoico
que está siempre en defensa de lo grande y heroico.



Silencio… Se han callado los bélicos clarines
y marchan, marchan, marchan los bravos paladines.
Y en la llanura agreste solamente se escucha
el jadear pujante cual jadear de lucha
de sus robustos pechos, y el son acompasado
que sobre el suelo hollado
producen sus rotundos y herméticos talones.
Y cascos y trompetas y espadas y pendones
relumbran bajo el sol
con llamas empapadas de sangre y arrebol.

Y en tanto allí en el vago confín de donde arranca
sus níveos crestones la Cordillera Blanca,
el Illampu se empina sobre el extremo norte
y al sur el Illimani, y al centro, con su cohorte
de otros titanes blancos, el Huayna Potosí;
y hay reflejos sangrientos –grana, arrebol, rubí–
sobre las albas clámides
que cubren sus torreones, columnas y pirámides;
y hay reflejos sangrientos sobre la superficie
gris de la inmensurable y helada Altiplanicie;
y hay reflejos sangrientos en el azul del combo
firmamento que vuelca su gigantesco dombo
sobre la estepa; y de ella se alzan espesos vahos
oliendo a sangre como si el rojo dios del caos
pasase ignipotente por el cielo y la tierra
desgarrándolos. Todo parece armado en guerra.

Y hasta en mi corazón
hay reflejos sangrientos… ¡Oh trágica visión!

❧ ☙

Pero ya basta… Cese tan hórrido transporte.
Que la calenturienta cabeza se reporte
por un momento. Basta…
Y ahora ¿qué es lo que veo?

—¡Oh, espejismos que forja la fiebre del deseo!
Ahora el cuadro se agranda, se transforma y complica.
El rojo se ha borrado. Pero más bella y rica
surge otra gama de tonos. Veo el verde
en las praderas donde la humilde oveja muerde;
veo los tintes claros del oro, cual la lumbre
del sol cristalizada sobre una excelsa cumbre;
y la blancura nítida de la plata, como una
condensación gloriosa de la luz de la luna
sobre otra cumbre. Veo ya el zafir de las ondas
del mar; ya la esmeralda movible de las frondas;
ya la policromía
de las aves y flores, como una sinfonía
de llamas y colores
en que las notas fueran esas aves y flores.
Veo doquier la vida, la vida buena y sana
veo la dicha humana
desbordando en cantares, cual si una fresca risa
brotase de los prados, del río y de la brisa.
Veo en torno una patria que entre las otras es
un modelo y ostenta sin lacras su pavés.
Y veo su bandera que flota al viento, augusta,
cobijando a millones de seres que en robusta
asociación han hecho, con soplo fecundante,
un organismo fuerte, dinámico, vibrante;
un pueblo en que se cumple gallardamente aquella
ley del Inca, *ama sua, ama llulla, ama kjella*.
Veo sobre el Macizo, bajo la Cruz del Sur
y del Centauro fúlgido que perfora el azur

con sus cascos de plata, relumbrar otros astros
–los ojos de la urbe– sabia en seguir los rastros
del sol. Veo los hombres de entonces en el delirio
de la altitud forjando, aun antes que el asirio,
otra Babel gigante para ver desde el agro
el cielo, y de esta suerte comprender el milagro
del Cosmos. Veo alzarse la vieja Pacha-Mama
vistiendo el panorama
de contornos fantásticos.
Veo el granito en bloques soberbiamente plásticos;
la arcilla hecha montañas
por mano de los hombres y no por las entrañas
ignívonas del Orbe. Veo muros magníficos
talleres, columnatas, portadas, jeroglíficos,
signos extraños, templos, estatuas grandiosas;
creaciones, en suma, desconcertantes; cosas
tan altas y tan bellas
que no puede mi lengua decirlas. Y con ellas
veo a los hombres grandes como sus monumentos,
grandes sus voluntades, grandes sus pensamientos,
grandes sus corazones, grandes, sí, todos grandes.

Desperté… Y a lo lejos fulguraban los Andes.

Apéndice x

Nota final

Cerramos este libro con el mismo buen humor con que lo habíamos abierto, no obstante las vicisitudes por las que ha debido pasar su publicación.

Dadas las dificultades, derivadas del estado de postguerra que hay actualmente en Bolivia a este respecto, pensamos nosotros hacer esta edición en Chile aprovechando cierta proposición que se nos hacía de la Editorial Ercilla, de Santiago. Mas la Junta de Control de Giros, en La Paz, nos negó las divisas –unas pocas divisas– que necesitábamos para tal fin. La Junta, en su negativa, decíanos que bien se podía hacer la edición en La Paz. Solo que en La Paz no hay siquiera un buen papel. Y hasta faltaban operarios. Pero ¿qué hacer? ¿Rabiar? ¿Protestar? No. Sonreír más bien.

Y fue por ello que nos resolvimos a comprimir el libro, suprimiendo algunos capítulos y reduciendo otros.

Ocurríamos, pues, igual que en nuestra obra anterior –*La tragedia del Chaco*– que publicamos en plena guerra. Tampoco entonces había papel. Y menos había operarios: estaban en la campaña. Y así debimos cortar la última parte de este libro –"Líneas sinópticas"– y otras anteriores, lanzando después, para completar siquiera una parte de nuestras opiniones, el pequeño opúsculo "El ideal pacifista".

Por suerte, en el caso presente, no se trata de un libro de la misma índole que *La tragedia del Chaco*. Como lo advertimos en sus primeras páginas, *El Macizo Boliviano* es solo una recopilación de artículos periodísticos escritos otrora, algunos de los cuales ya se publicaron en la prensa extranjera. De ahí que la supresión y reducción indicadas no dañen mayormente el fondo de la obra.

Y tal vez eso mismo nos da tiempo para volver sobre tal o cual materia, en el futuro, con más aplomo y un mayor acervo

documental, por ejemplo, en la parte referente a movimientos humanos desde el Macizo Boliviano hacia otras latitudes, como aquel de los chanes o chaneses que hemos llamado "El éxodo amarillo", aventurando la suposición de que acaso se trataba de una inmigración de origen asiático venida por el Pacífico a las costas occidentales de América, para seguir después, a través de esta, al Atlántico. Aquí faltan todavía diversos datos para dar consistencia a nuestra tesis. Aunque es verdad que ciertas investigaciones últimas, como las de F. Buck en las costas peruanas y en la Altiplanicie (Tihuanacu) sobre las afinidades del calendario maya con el altiplánico, serían favorables a nuestra opinión, ya que al hablar de los chanes (serpientes) de Centroamérica, nosotros también, etnográficamente, los hacemos afines de los de Bolivia –los chaneses del Chaco–, de todos modos, el asunto requiere nuevas observaciones para llegar a una conclusión definitiva.

No nos lamentamos, pues, por haber dejado solo a medio decir estos y otros puntos.



Y en cuanto a otros pequeños obstáculos que este libro ha encontrado, ¿qué más da?

En estos días han desaparecido del correo, entre Sucre y La Paz, unos originales que enviamos para el Apéndice: los del poema que, fragmentariamente, aparece al final, y de un artículo sobre el andinismo que registró, hace años, La Sierra de Lima. ¿Y qué? Tal desaparición nos ha inducido a acortar aún más el poema "Visión heroica", lo que tal vez está mejor. Y en lo que hace al andinismo, creemos que es ya hora de ir limitando ese concepto que ha empezado a crecer más de la cuenta.



En el marco de la celebración de los 200 años de la Independencia de Bolivia, en 2025, la Vicepresidencia del Estado Plurinacional, a través de su Centro de Investigaciones Sociales (cis), determinó la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (bbb), cuyo propósito principal es seleccionar, publicar y difundir 200 de las más representativas obras del pensamiento y conocimiento de nuestro país para promover la lectura, el estudio y la investigación de lo boliviano, fortalecer el sistema educativo y la reflexión sobre la identidad plural de Bolivia.

La bbb es un proyecto editorial que toma en cuenta aspectos cronológicos, históricos, geográficos, étnicos, culturales, lingüísticos, etc., con la intención de conformar una colección de obras representativas de y para la historia de nuestro país en cuatro colecciones: Historias y geografías; Letras y artes; Sociedades; y Diccionarios y compendios.

Historias y geografías

1. Alarcón, Ricardo: *Bolivia en el primer centenario de su Independencia*
2. Albó, Xavier y Barnadas, Josep: *La cara india y campesina de nuestra historia*
3. Aldeano (seudónimo): *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia*; Pentland, Joseph: *Informe sobre Bolivia* (libro fusionado)
4. Armentia, Nicolás: *Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba*
5. Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé: *Historia de la Villa Imperial de Potosí*
6. Arze Aguirre, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*
7. Bakewell, Peter: *Mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí*; Mitre, Antonio: *Los patriarcas de la plata*; Tandeter, Enrique: *Coacción y mercado. La minería de la Plata en el Potosí colonial, 1692-1826* (libro fusionado)
8. Baptista Gumucio, Mariano: *Cartas para comprender la historia de Bolivia*
9. Barnadas, Josep: *Charcas*
10. Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo xix*
11. Block, David: *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*
12. Cajías, Fernando: *La provincia de Atacama*
13. Calancha, Antonio: *Crónica moralizada*
14. Choque, Roberto: *La masacre de Jesús de Machaqa*
15. Chungara, Domitila (Moema Viezzer): *Si me permiten hablar*
16. Coímbra, Juan: *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni* ; Pinto Parada, Rodolfo: *Arreando desde Moxos* (libro fusionado)
17. Combès, Isabelle: *Etno-historias del Isoso. Chane y chiriguanos en el Chaco boliviano*
18. Condarco, Ramiro: *Zárate, el "temible" Willka*
19. Condori, Leandro; Mamani, Carlos y thoa: *El escribano de los caciques apoderados*; *Taraqu, 1866-1935: Masacre, guerra y renovación en la biografía de Eduardo L. Nina Qhispi*; *El indio Santos Marka T'ula…* (libro fusionado)
20. Crespo, Alberto: *Esclavos negros en Bolivia*; Inge Buisson-Wolff: *Negerklavereiundnegerhandel in Hochperu 1545-1640* [*Esclavitud y tráfico de negros en Alto Perú*] (libro fusionado)
21. Dalence, José María: *Bosquejo estadístico de Bolivia*
22. De Ribera, Lázaro: *Moxos: Descripciones e historia de los indios, animales y plantas*
23. De Viedma, Francisco: *Descripción geográfica y estadística de Santa Cruz de la Sierra*; Comajuncosa, Antonio; Hanke, Tadeo y La Cueva, Francisco: *Otros* (libro fusionado)
24. Del Valle, María Eugenia: *Historia de la rebelión de Túpac Catari*
25. D' Orbigny, Alcide: *Viajes por Bolivia*

26. Dunkerley, James: *Rebelión en las venas*
27. Escobari, Jorge: *Historia diplomática de Bolivia*
28. Finot, Enrique: *Historia de la conquista del oriente boliviano*; García Recio, José María: *Análisis de una sociedad de frontera: Santa Cruz de la Sierra en los siglos XVI-XVII* (libro fusionado)
29. Gamarra, Pilar: *Amazonia norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940)*
30. Guevara, Ernesto: *Diario del Che en Bolivia*
31. Irurozqui, Marta: *A bala, piedra y palo: La construcción de la ciudadanía política*
32. Klein, Herbert: *Orígenes de la revolución nacional boliviana*
33. Larson, Brooke: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia: Cochabamba 1550-1990*
34. Lofstrom, William: *El Mariscal Sucre en Bolivia*
35. Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero*
36. Mendoza, Gunnar: *Obra reunida*
37. Mendoza, Jaime: *Obra reunida*: *El Macizo Boliviano* y *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (publicado)
38. Mercado, Melchor María: *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*
39. Montes de Oca, Ismael: *Geografía y recursos naturales de Bolivia*
40. Moreno, Gabriel René: *Últimos días coloniales del Alto Perú*
41. Parkerson, Phillip: *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana*
42. Pärssinen, Martti: *Tawantinsuyo*
43. Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el Norte de Potosí* (publicado)
44. Platt, Tristan; Harris, Olivia y Bouysse-Cassagne, Thérèse: *Qaraqara-Charka*
45. Poma de Ayala, Guamán: *Nueva crónica y buen gobierno*
46. Querejazu, Roberto: *Guano, salitre y sangre*
47. Querejazu, Roberto: *Masamaclay*
48. Roca, José Luis: *Ni con Lima ni con Buenos Aires*
49. Rodríguez, Gustavo: *Teoponte, la otra guerrilla guevarista*
50. Sanabria, Hernando: *Obra reunida* (*En busca de El Dorado*; *Apiaguaiqui Tumpa. Biografía del pueblo chiriguano y su último caudillo*; *Breve historia de Santa Cruz*)
51. Serulnikov, Sergio: *Revolución en los Andes*
52. Soux, María Luisa: *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas*
53. Suárez, Nicolás: *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre*
54. Thomson, Sinclair: *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*
55. Trigo, Eduardo: *Tarija en la independencia del Virreinato del Río de la Plata*
56. Vargas, José Santos: *Diario de un soldado de la Independencia*
57. Vásquez Machicado, Humberto: *Obra reunida*
58. Wachtel, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva*
59. *Antología de arqueología*
60. *Antología de biografías*
61. *Antología de ciencias de la tierra*
62. *Antología de cronistas coloniales de Charcas*
63. *Antología de diarios de viajes y expediciones*
64. *Antología de documentos históricos fundamentales de Bolivia* (publicado)
65. *Antología de estudios regionales*
66. *Antología de folletos*
67. *Antología de la problemática marítima*
68. *Atlas general e histórico de Bolivia*
69. *Nueva historia general de Bolivia*

Letras y artes (72)

70. Aguirre, Nataniel: *Juan de la Rosa* (publicado)
71. Alfaro, Óscar: *Obra reunida*
72. Antezana, Luis: *Ensayos escogidos*
73. Arguedas, Alcides: *Raza de bronce*
74. Bascopé Aspiazu, René: *Obra reunida*
75. Bedregal, Yolanda: *Obra reunida*
76. Borda, Arturo: *El Loco*
77. Camargo, Edmundo: *Obra reunida*
78. Cárdenas, Adolfo: *Periférica Blvd.*
79. Cerruto, Óscar: *Obra reunida* (dos volúmenes)
80. Céspedes, Augusto: *Sangre de mestizos*
81. Chirveches, Armando: *Obra reunida*
82. Costa du Rels, Adolfo: *El embrujo del oro*
83. De la Vega, Julio: *Matías, el apóstol suplente*
84. Echazú, Roberto: *Obra reunida*
85. Gerstmann, Roberto: *Bolivia: 150 grabados en cobre*
86. Gisbert, Teresa y Mesa José: *Historia del arte en Bolivia*
87. Gisbert, Teresa: *Iconografía y mitos indígenas en el arte*
88. Gumucio, Alfonso: *Historia del cine boliviano*
89. Guzmán, Augusto: *Obra reunida*
90. Jaimes Freyre, Ricardo: *Obra reunida*

91. Lara, Jesús: *Yanacuna* (*Yawarninchij*)
92. Medinaceli, Carlos: *La Chaskañawi*
93. Medinaceli, Carlos: *Obra reunida*
94. Mitre, Eduardo: *Obra reunida*
95. Montes, Wolfango: *Jonás y la ballena rosada*
96. Moreno, Gabriel René: *Obra reunida*
97. Mundy, Hilda: *Obra reunida*
98. Otero Reich, Raúl: *Obra reunida*
99. Paz Soldán, Edmundo: *Río fugitivo*
100. Pentimali, Michella; Gisbert, Teresa; Paz, Valeria; Calatayud, Jacqueline: *Bolivia: los caminos de la escultura*
101. Piñeiro, Juan Pablo: *Cuando Sara Chura despierte*
102. Poppe, René: *Interior mina*
103. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Los deshabitados*
104. Querejazu, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*
105. Querejazu, Pedro: *Pintura boliviana en el siglo XX*
106. Reynolds, Gregorio: *Obra reunida*
107. Rocha Monroy, Ramón: *El run run de la calavera*
108. Saenz, Jaime: *Felipe Delgado*
109. Saenz, Jaime: *Obra reunida*
110. Salazar Mostajo, Carlos: *La pintura contemporánea en Bolivia*
111. Sanjinés, Javier: *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*
112. Shimose, Pedro: *Obra reunida*
113. Sotomayor, Ismael: *Añejerías paceñas*
114. Spedding, Alison: *De cuando en cuando Saturnina*
115. Suárez, Jorge: *Obra reunida*
116. Suárez Araúz, Nicomedes: *Obra reunida*
117. Tamayo, Franz: *Obra reunida* (dos volúmenes)
118. Terán Cabero, Antonio: *Obra reunida*
119. Urzagasti, Jesús: *Obra reunida* (dos volúmenes)
120. Vaca Guzmán, Santiago: *Obra reunida*
121. Viaña, José Enrique: *Cuando vibraba la entraña de plata*
122. Wicky, Jean Claude: Bolivia: *Mineros*
123. Wiethüchter, Blanca y Paz Soldán, Alba María: *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*
124. Wiethüchter, Blanca: *Obra reunida*
125. Zamudio, Adela: *Obra reunida*
126. *Antología de la arquitectura en Bolivia*
127. *Antología de la caricatura en Bolivia*
128. *Antología de crónica literaria y periodística*
129. *Antología del cuento en Bolivia*
130. *Antología de ensayo y crítica literaria en Bolivia*
131. *Antología de fotografía boliviana*
132. *Antología de gastronomía boliviana*
133. *Antología de literatura aymara*
134. *Antología de literatura colonial*
135. *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia* (publicado)
136. *Antología de literatura quechua*
137. *Antología de literatura de tierras bajas*
138. *Antología sobre la música en Bolivia*
139. *Antología de poesía boliviana*
140. *Antología de tradición oral en Bolivia*
141. *Antología de teatro boliviano*

Sociedades (49)

142. Albarracín, Juan: *Sociología boliviana contemporánea*
143. Albó, Xavier: *Obra reunida*
144. Almaraz, Sergio: *Obra reunida*
145. Anónimo: *El manuscrito Huarochirí*
146. Arguedas, Alcides: *Pueblo enfermo*
147. Arze, José Antonio: *Obra reunida*
148. Baptista Caserta, Mariano: *Páginas escogidas*
149. Bouysse-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan y Cereceda, Verónica: *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*
150. Díez Astete, Álvaro: *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones Amazonia, oriente y Chaco*
151. Francovich, Guillermo: *Obra reunida*
152. García Jordán, Pilar: *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*
153. García Linera, Álvaro: *Obra reunida*
154. Gianecchini, Doroteo: *Historia natural, etnográfica y geográfica del Chaco boliviano*
155. Guillén-Peñaranda y Pérez, Elizardo: *Warisata, la escuela ayllu; Utama* (libro fusionado)
156. Holmberg, Allan y Stearman, Ayllin: *Nómadas del arco largo: los sirionó del oriente boliviano; No más nómadas* (libro fusionado)
157. Hurtado, Javier: *El katarismo* (publicado)
158. López Menéndez, Felipe y Barnadas, Josep: *Compendio de historia eclesiástica de Bolivia*; *La Iglesia Católica en Bolivia* (libro fusionado)
159. Marof, Tristan: *Obra reunida*
160. Montenegro, Carlos: *Nacionalismo y coloniaje* (publicado)
161. Murra, John: *Formaciones económicas y políticas en el mundo andino*

162. Ovando, Jorge: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*
163. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Obra reunida*
164. Reinaga, Fausto: *La revolución india*
165. Reyeros, Rafael: *El pongueaje: historia social del indio boliviano*
166. Riester, Jürgen: *Obra reunida*
167. Rivera, Silvia: *Oprimidos pero no vencidos*
168. Romero Pittari, Salvador: *Obra reunida*
169. Saignes, Thierry: *Obra reunida*
170. Urquidi, Arturo: *Obra reunida*
171. Van Den Berg, Hans: *Obra reunida*
172. Villamil de Rada, Emeterio: *La lengua de Adán*
173. Zavaleta Mercado, René: *Obra reunida*
174. *Antología de antropología de tierras altas*
175. *Antología de antropología de tierras bajas*
176. *Antología de ciencias políticas bolivianas*
177. *Antología de ciencias de la vida*
178. *Antología sobre ciudad, mestizaje y economía popular*
179. *Antología del deporte boliviano*
180. *Antología de economía en Bolivia*
181. *Antología de educación en Bolivia*
182. *Antología de farmacopea indígena*
183. *Antología de filosofía boliviana*
184. *Antología sobre las Fuerzas Armadas y la Policía*
185. *Antología sobre la hoja de coca*
186. *Antología sobre el minero y la minería en Bolivia*
187. *Antología del periodismo y estudios de comunicación*
188. *Antología de sociología boliviana*
189. *Antología de tradiciones, folklore y mitos*
190. *Antología sobre textiles*

Diccionarios y compendios (10)

191. Barnadas, Josep: *Diccionario histórico de Bolivia*
192. Bertonio, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymara*
193. Coello, Carlos: *Diccionario de bolivianismos*
194. Gianecchini, Doroteo: *Diccionario chiriguano-español, español-chiriguano*
195. Gonzales Holguín, Diego: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*
196. Herrero, Joaquín y Sánchez, Federico: *Diccionario quechua*
197. Layme, Félix: *Diccionario aymara*
198. Marbán, Pedro: *Diccionario de lengua mojeña*
199. Ortiz, Elio y Caurey, Elías: *Diccionario etimológico y etnográfico de la lengua guaraní hablada en Bolivia*
200. *Vocabulario de los pueblos indígenas*

Este libro –la obra 37 de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB)– se terminó de imprimir en julio de 2016 en los talleres de Plural editores, en el barrio de Sopocachi de la ciudad de La Paz (Bolivia). Para su composición se emplearon las tipografías Swift, Myriad Pro, Filosofía y Fedra en sus distintas variantes y tamaños. Se imprimieron 3.000 ejemplares –2.500 en rústica y 500 en tapa dura– en papel bond ahuesado de 70 g y el emblocado se realizó en cuadernillos costurados.



El Macizo Boliviano y *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* trazan, en palabras de su autor, Jaime Mendoza, "una afirmación bolivianista, basada en postulados geográficos" que busca dar "una idea integral de la complicadísima geografía boliviana, cuyo macizo montañoso es sustrato básico de su nacionalidad".

El factor geográfico, libro de 1925, se abre con la descripción de los Andes continentales, el eslabón andino central, para abordar el tema del Macizo y sus rasgos principales. En cuanto a *El Macizo Boliviano*, de 1935, es un libro que el autor definió como una "recopilación de una serie de artículos periodísticos que tocan diversos aspectos de la gran división geográfica andina". Tras una visión de conjunto, describe la altiplanicie y sus cordilleras circundantes, para culminar con el estudio del Macizo de Yungas, el Macizo de Charcas y las hoyas (o cuencas del Amazonas y del Plata). Mendoza consideró que este ensayo constituye la reunión en "un solo cuerpo" de las ideas centrales de su gran concepción sociogeográfica.

Ignacio Mendoza



